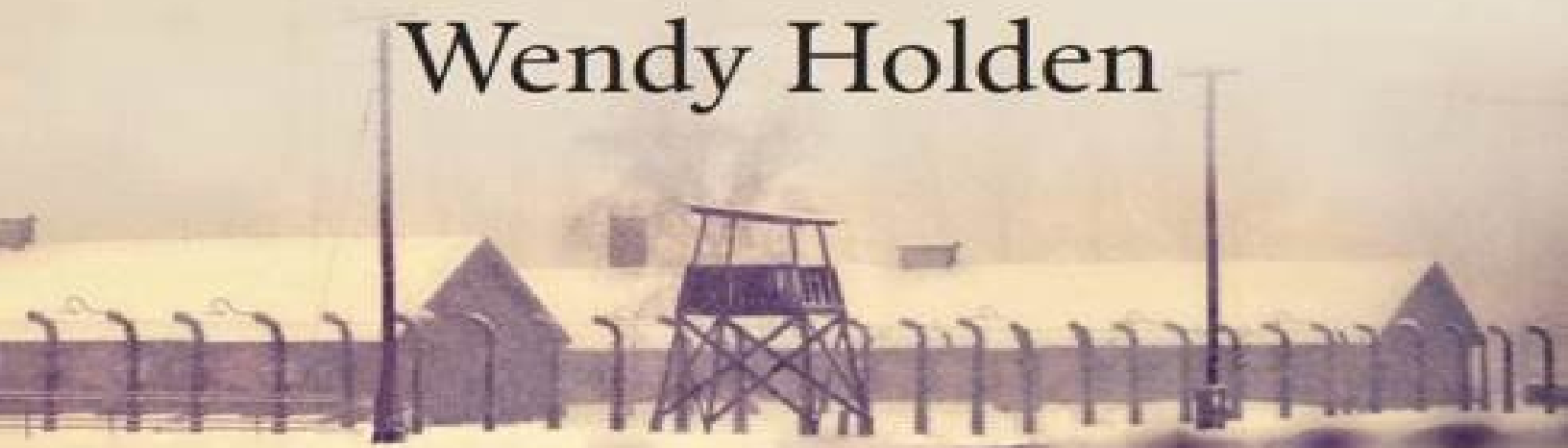




NACIDOS EN MAUTHAUSEN

La lucha por la vida de tres madres
y sus bebés en el horror de los campos nazis

Wendy Holden



RBA

Título original inglés: *Born Survivors*

© Wendy Holden, 2015.

© de la traducción: Víctor Manuel García de Isusi, 2015.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2015.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

CÓDIGO SAP: OEBO391

ISBN: 9788490068649

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

CITA

DEDICATORIA

MAPA

NOTA DE LA AUTORA

PREFACIO

1. PRISKA

2. RACHEL

3. ANKA

4. AUSCHWITZ II-BIRKENAU

5. FREIBERG

6. EL TREN

7. MAUTHAUSEN

8. LA LIBERACIÓN

9. EN CASA

10. LA REUNIÓN

PASANDO LISTA

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

AGRADECIMIENTOS



Eva, Mark y Hana. (© Prof. Albert Lichtblau.)

A veces, incluso vivir es un acto de coraje.

SÉNECA

ESTE LIBRO ESTÁ DEDICADO AL CORAJE Y LA TENACIDAD
DE TRES MADRES Y A SUS HIJOS, NACIDOS EN UN MUNDO
QUE NO QUERÍA QUE EXISTIERAN

Tres mujeres embarazadas de sus maridos.

Tres parejas que rezaban por un futuro mejor.

Tres bebés, nacidos con semanas de diferencia entre sí y en circunstancias inimaginables.

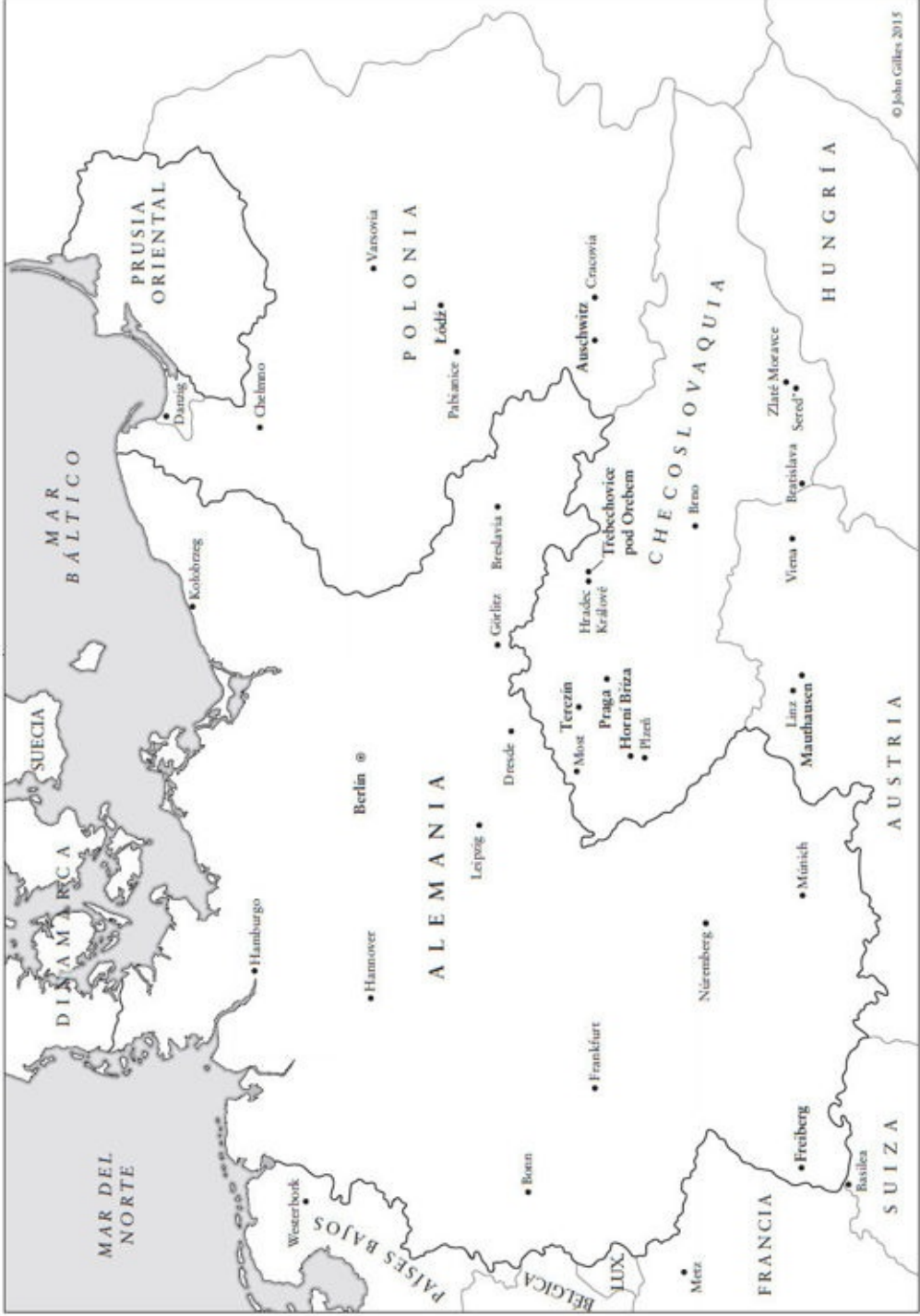
Para cuando llegaron al mundo, con menos de kilo y medio, a sus padres los habían asesinado los nazis y sus madres eran «esqueletos vivientes» que vivían, minuto a minuto, en el mismo campo de concentración.

No se sabe cómo, pero las tres mujeres consiguieron sobrevivir.

Contra todo pronóstico, sus hijos también.

Setenta años después, estos «hermanos de corazón» se han reunido para contar por primera vez la extraordinaria historia de sus madres, que desafiaron la muerte para darles la vida.

Todos ellos son supervivientes natos.



NOTA DE LA AUTORA

La historia de cada una de estas supervivientes se ha reconstruido con sumo cuidado a partir de sus recuerdos, de las cartas que cruzaron con sus familiares y de las historias que compartieron con ellos en privado; además, se han tenido en cuenta las declaraciones que hicieron a investigadores e historiadores a lo largo de los años. Cada historia ha quedado reforzada por una dolorosa investigación y por los testimonios de varias personas, tanto vivas como muertas.

Siempre que ha sido posible, dichos recuerdos han sido corroborados por testigos independientes, material de archivo o registros históricos. Cuando no ha habido modo de constatar de forma directa detalles o conversaciones exactas —o les han llegado a unos y otros a lo largo del tiempo con ligeras variaciones—, los he reseñado basándome en la información de que disponía y cabe la posibilidad de que no sean recordados por todo el mundo de la misma manera.

PREFACIO

Estamos en deuda con Wendy Holden por su gran empatía con nuestras madres y su inagotable energía a la hora de recorrer con ellas los durísimos pasos que tuvieron que dar durante la guerra.

En el camino, no solo ha desenterrado información que desconocíamos, sino que nos ha acercado —a los tres «bebés»— aún más como «hermanos», algo por lo que siempre le estaremos agradecidos.

También le damos las gracias por investigar y descubrir la actitud desinteresada de los ciudadanos checos de Horní Bříza, quienes hicieron absolutamente todo cuanto estaba en su mano para proporcionar comida y ropa a nuestras madres, así como a los prisioneros de otros dos campos que viajaban en el «tren de la muerte», camino del campo de concentración de Mauthausen.

No podemos dejar de admirar la tenacidad, diligencia y habilidad con que Wendy Holden ha rastreado y descrito los esfuerzos realizados por los miembros de la 11ª. División Acorazada del Tercer Ejército de los Estados Unidos, cuya actuación resultó fundamental para liberar Mauthausen y para dar a nuestras madres —y a nosotros— un nuevo aliciente para seguir viviendo.

Ellas se sentirían honradas si supieran que, por fin, alguien, después de tantos años, ha contado su historia de principio a fin, dedicándoles a cada una un tercio de este fascinante libro, el cual llega a tiempo de conmemorar nuestro septuagésimo cumpleaños y, por ende, el septuagésimo aniversario del fin de la guerra.

Muchas gracias, Wendy —nueva hermana honoraria— en nuestro nombre; tres personas que, pese a haber nacido durante el gobierno de un régimen que planeaba asesinarlas, estaban destinadas a formar parte de los últimos supervivientes del Holocausto.

HANA BERGER MORAN, MARK OLSKY
Y EVA CLARKE, 2015

PRISKA



Carné de identidad de Priska Löwenbeinová. (© Hana Berger Moran.)

«Sind Sie schwanger, fescbe Frau?» (¿Estás embarazada, guapa?). La pregunta, dirigida a Priska Löwenbeinová, iba acompañada por la sonrisa de su interrogador de las SS que, con las piernas abiertas frente a ella, la miraba de arriba abajo con fascinación forense.

El doctor Josef Mengele se había detenido delante de la maestra eslovaca de veintiocho años, que desnuda temblaba de vergüenza en la plaza de armas de Auschwitz II-Birkenau, adonde acababa de llegar hacía pocas horas. Era octubre de 1944.

Priska, que medía metro y medio, aparentaba menos edad de la que tenía. Estaba flanqueada por unas quinientas mujeres desnudas, la mayoría de ellas desconocidas entre sí. Todas judías, se hallaban tan estupefactas como Priska después de que las hubieran deportado al campo de concentración en la Polonia ocupada por los nazis desde hogares y guetos de Europa entera, apiñadas de sesenta en sesenta y cerradas a cal y canto en los vagones de convoyes que podían llegar a arrastrar hasta cincuenta y cinco coches.

Desde que habían salido, intentando tomar aire, a la infame Rampe ferroviaria, en el corazón del complejo de exterminación más eficaz de los nazis, conocido en conjunto como Auschwitz, no habían parado de gritarles desde uno y otro lado: «Raus!» («¡Fuera!») o «Schnell, Judenschwein!» («¡Rápido, cerdas judías!»).

La marea humana, confundida y conmocionada, era pastoreada por prisioneros que hacían las veces de funcionarios de prisiones inexpresivos, vestidos con sucios uniformes a rayas, quienes empujaban a las mujeres por un terreno irregular mientras los soldados de las SS se mantenían en pie con su uniforme immaculado, sujetando a los perros guardianes, que ladraban y tiraban de la correa. No había tiempo para buscar a los seres queridos porque a los hombres los separaban a todo correr de las mujeres, y a los niños los empujaban a una fila junto a los enfermos y los ancianos.

A todo aquel que estuviera tan débil como para mantenerse de pie o que tuviera las piernas entumecidas después de llevar días en un vagón donde faltaba el aire, lo empujaban con rifles o le pegaban latigazos. Por doquier, en aquel ambiente frío y húmedo, se oían descorazonadores gritos de «¡Mis hijos!» o «¡Mis pequeños!».

Delante de las largas columnas de despojados había dos edificios bajos de ladrillo rojo, cada uno de ellos con una inmensa chimenea que escupía humo negro y aceitoso a un cielo plomizo. La atmósfera gris era muy densa debido al olor pútrido y empalagoso del campo, que se les metía sin remedio por las fosas nasales y hacía que les picara la garganta.

A decenas de mujeres que andaban entre los catorce y los cincuenta años, separadas a la fuerza de amigos y familiares, las obligaron a recorrer un pasillo estrecho formado por verjas electrificadas, como las que rodeaban el enorme campo de concentración. Estaban tan impactadas que avanzaban en silencio tambaleándose las unas contra las otras, mientras pasaban junto a las chimeneas y al borde de varios estanques profundos, hasta que llegaron a un edificio de recepción enorme de una sola planta —la Sauna o balneario— escondido entre los abedules.

Allí les enseñaban sin ceremonias lo que era la vida de un Häftling («prisionero») en un campo de concentración; un proceso que empezaba forzándolas a deshacerse de cualquier posesión que les quedara y a desvestirse por completo. Al carecer de un idioma común, protestaban en un clamor de lenguas, pero los guardias de las SS las pegaban o intimidaban con los rifles hasta que se mostraban dóciles.

Luego, estas madres, hijas, esposas y hermanas tenían que avanzar desnudas por un pasillo ancho hasta una estancia amplia donde otros prisioneros —tanto hombres como mujeres— les quitaban prácticamente todo el pelo del cuerpo mientras los soldados alemanes las miraban con lascivia.

Apenas reconocibles entre sí una vez las máquinas eléctricas habían hecho su trabajo, tenían que salir de cinco en cinco, una junto a la otra, al patio, donde los alemanes pasaban lista y donde tenían que esperar, descalzas sobre el barro frío y húmedo, más de una hora antes de enfrentarse a la segunda Selektion, llevada a cabo por el hombre al que el mundo acabaría conociendo como el «Ángel de la Muerte».

El doctor Mengele, con un uniforme impecable, ceñido y de color gris verdoso con brillantes galones y calaveras de plata en el cuello, llevaba en la mano un par de guantes de cuero pálido con puños exagerados. Iba re peinado con brillantina y, como si nada, movía los guantes a derecha o

izquierda mientras caminaba por delante de las prisioneras para inspeccionarlas y, más concretamente, preguntarles si estaban esperando un hijo.

Cuando le llegó su turno, Priska Löwenbeinová tan solo tuvo unos segundos para decidir cómo responder al oficial sonriente que tenía aquella separación entre los incisivos. No lo dudó. Mientras negaba con la cabeza a toda prisa, la consumada lingüista contestó en alemán: «Nein».

Estaba embarazada de dos meses, y el suyo era un bebé muy deseado tanto por ella como por su marido Tibor (que la mujer esperaba que estuviera en alguna parte del campo), pero no tenía ni idea de si decir la verdad la salvaría o los condenaría a ella y al bebé a un destino incierto. Lo que sí sabía era que se hallaba en presencia del peligro. Mientras con un brazo se cubría los pechos y con la otra mano, lo poco que le quedaba de vello púbico, rezó para que Mengele aceptara su tajante negación. Aquel oficial de las SS de aspecto agradable se detuvo un instante para mirar a los ojos de la «fesche Frau» antes de seguir adelante.

Tres mujeres más allá, el hombre le retorció con fuerza el pecho a una mujer, que reuló. Cuando unas gotitas de leche delataron que llevaba al menos dieciséis semanas embarazada, un ligero movimiento de los guantes a la izquierda por parte del oficial hizo que la sacaran de la fila a empujones y la llevaran a una esquina de la plaza de armas, donde había un grupo de mujeres embarazadas que no paraban de temblar.

Ninguna de aquellas mujeres con los ojos abiertos como platos sabía en aquel momento que el movimiento de los guantes hacia uno u otro lado significaba la vida o algo muy diferente. Nadie sabe cuál fue el destino de las mujeres que el doctor Mengele eligió aquel día.

Hasta aquel momento, Josef Mengele representaba el mayor peligro para la joven Priska, aun cuando esta desconocía a qué tendría que enfrentarse dentro de nada. En los siguientes meses, el hambre iba a convertirse en su enemigo más temido, al tiempo que parecía la mejor manera de poner fin a sus sufrimientos.

El primo del hambre, la sed, la atormentó con la misma crueldad durante la época que pasó en los campos, junto con el cansancio, el miedo y la enfermedad. Ahora bien, fueron las demandas insistentes y dolorosas de su cuerpo embarazado por nutrirse las que casi acabaron con ella.

Resulta paradójico —y un tanto perverso— que lo que la ayudara a aliviar alguno de sus pinchazos de hambre más terribles fuera recordar aquella vez en que había pegado la nariz contra el escaparate de una pastelería, cuando iba de camino al colegio, antes de regalarse a sí misma algo tan dulce como un *babka* de canela cubierto de azúcar y migas crujientes. Recordar el instante en que, en la pastelería de Zlaté Moravce, partía con las manos aquel pastel mientras las migas le caían por la blusa, le hacía pensar en su idílica infancia en aquella ciudad, situada en lo que es hoy la esquina suroeste de la República de Eslovaquia.

A unos cien kilómetros de Bratislava, la región donde creció Priska era famosa porque en ella se

buscaba oro con bateas, y, de hecho, el nombre de uno de sus ríos, el Zlatnanka, deriva de la palabra eslovaca que significa «oro». «Moravce, la Dorada» era casi tan próspera como sugiere el nombre de la localidad, con una iglesia imponente, colegios y calles de tiendas, cafés y restaurantes, además de un hotel.

Los padres de Priska, Emanuel y Paula Rona, regentaban uno de los cafés *kosher* más respetables del pueblo, alrededor del que se orquestaba gran parte de la vida local. Con una situación inmejorable en la plaza mayor, el café también tenía un bonito patio. En 1924, Emanuel Rona, próximo a cumplir los cuarenta, había visto en el periódico que el negocio se alquilaba. Con la esperanza de hacer fortuna, tomó la atrevida decisión de trasladarse con su mujer e hijos a doscientos cincuenta kilómetros del remoto pueblecito de Stropkov, emplazado en las colinas orientales que había cerca de la frontera con Polonia.

Priska, que había nacido el 6 de agosto de 1916, tenía ocho años cuando se mudaron, pero volvía a Stropkov con su familia cada vez que se podían permitir ir a visitar a su abuelo materno, David Friedman, un viudo que regentaba una taberna, además de ser un reconocido escritor de panfletos polémicos.

En Zlaté Moravce, el café de la familia era, tal y como la describiría Priska más adelante, bonito, y siempre estaba impoluto gracias a lo duro que trabajaban sus padres y a una serie de devotas camareras. El establecimiento tenía un cacareado salón para funciones privadas que, orgullosa, su madre solía denominar *chambre séparée*, donde ocho músicos vestidos con traje oscuro tocaban para los clientes cada vez que la mujer retiraba la cortina. «Teníamos buena música y maravillosas bailarinas. La vida que se hacía en el café por aquel entonces era importante. Me encantaba mi juventud».

Su madre, cuatro años más joven y una cabeza más alta que su padre, era tan guapa que quitaba el sentido y bastante ambiciosa —pero sin dar la nota— porque quería lo mejor para su familia. Paula Ronová, que había adoptado el sufijo femenino tradicional eslovaco *-ová* después de casarse, resultó ser una esposa, una madre y una cocinera excelente, además de una «mujer en extremo decente» que hablaba poco pero pensaba mucho. «Mi madre era mi mejor amiga».

Su padre, por otro lado, les imponía una disciplina estricta y conversaba con su madre bien en alemán, bien en yidis cuando no quería que sus hijos les entendieran. Priska, a quien se le habían dado bien los idiomas desde pequeña, lo entendía todo en secreto. Aunque no siguiera con celo la fe en la que había nacido, Emanuel Rona consideraba importante guardar las apariencias y llevaba a su familia a la sinagoga todos los días festivos judíos.

«Cuando era joven, era importantísimo comportarse con decencia debido al café —comentaba Priska—. Teníamos que ser una buena familia, buenos amigos y buenos propietarios o los clientes no volverían».

Priska, a quien habían llamado Piroška al nacer y que contaba con cuatro hermanos, era la cuarta. Andrej, conocido como «Bandi», era el mayor; su hermana Elizabeth, «Boežka», era la siguiente;

luego venía Anička, a quien llamaban «Anita». Cuatro años después de Priska nació Eugen, al que todos conocían por «Janíčko» o «Janko», el más pequeño de todos. Un sexto hermano había muerto siendo un bebé.

La familia vivía detrás del café, en un apartamento tan espacioso como para que cada hijo tuviera su propia habitación. Contaba con un jardín grande que descendía hasta un riachuelo que lo recorría por entero. Priska, atlética y extrovertida, a menudo se reunía allí con sus amigos, donde incluso jugaban al tenis. Era saludable y feliz, tenía un lustroso pelo negro y, como en el caso de sus demás hermanas, era popular entre los chicos de la zona, que, con afecto, la llamaban «Piri» o incluso «Pira».

«Me daba igual que fueran judíos o gentiles. Para mí, todos eran amigos. No establecía diferencias».

Sus hermanos y ella crecieron rodeados de «buenas mujeres», que les ayudaban con las tareas de la casa y hacían las veces de madre. La familia comía bien, con carne *kosher* presentada de forma «elegante» casi a diario. A menudo, a los succulentos guisos les seguían postres del café. Priska era muy golosa y su postre favorito era la *Sachertorte* vienesa, un pastel con mucho chocolate, merengue y mermelada de albaricoque.

Aunque no estudiaran religión en el colegio, asistían a las oraciones cada viernes por la tarde y sus padres les exigían que se lavasen las manos a conciencia antes de sentarse a una elegante mesa de *Shabbat* («Sabbat») con velas especiales y los mejores tejidos.

Priska era una de las seis niñas que había entre los más de treinta alumnos de su clase. Su hermana Boežka era, según ella, una «verdadera intelectual», que aprendía idiomas sin dificultad, como si los absorbiera. Sin embargo, a Boežka apenas le interesaban los libros, pues prefería las labores artísticas, como la costura, en la que destacaba.

Puede que Priska tuviera que esforzarse más que su hermana en el colegio, pero era diligente y estudiar pronto se convirtió en su pasión. Decidida a alcanzar un entendimiento más profundo del mundo, también era diferente de Anna, la más guapa de las hermanas, quien prefería disfrazarse o jugar a las muñecas. «Me gustaba ser la que más sabía», admitía. Desde muy joven le fascinó el cristianismo y a menudo se colaba en el cementerio católico de la ciudad cuando volvía a casa del colegio. Lo que más admiraba era sus imponentes tumbas y mausoleos, y siempre le intrigaban las «nuevas llegadas», acerca de las cuales imaginaba historias, en especial, de cómo habría sido su vida.

Su madre alimentaba el hambre de saber de su hija y se sintió muy orgullosa cuando se convirtió en la primera Rona en ir al colegio secundario —el *Gymnázium Janka Král'a*—. Inaugurado en 1906, se trataba de un atractivo edificio de estuco blanco y tres pisos de altura, que se alzaba frente al cementerio y el ayuntamiento. Priska, una de los quinientos alumnos con edades comprendidas entre los diez y los dieciocho años, estudiaba inglés y latín, además de alemán y francés, que eran obligatorios. Sus hermanos solo recibieron educación primaria, excepto Bandi, que estudió para contable.

Competitiva por naturaleza, Priska ganó numerosos premios académicos, y sus profesores estaban encantados con sus progresos. La mejor alumna también disfrutaba de la atención de los chicos de su curso, quienes le imploraban que les ayudara con el inglés y se reunían con devoción en el jardín de la chica para que les diera clase. «Solo guardo recuerdos maravillosos de Zlaté Moravce».

La mejor amiga de Priska en el colegio era una chica con el nombre de Gizelle Ondrejkořová, a la que todos llamaban «Gizka». Aparte de guapa, era también popular. Hija del jefe de policía del distrito, un gentil, no era, ni mucho menos, tan estudiosa como Priska, por lo que su padre llamó un día al de esta para hacerle una oferta. «Si Priska consigue que Gizka acabe los estudios, les permitiré que tengan el café abierto hasta la hora que quieran», ¡y no tendrían que pagar más impuestos por ello!

Y así fue como la cuarta de los Rona pasó a ser, de la noche a la mañana, de vital importancia para el modesto negocio familiar. Mientras Priska fuera la tutora extraoficial de su compañera, garantizaría que el café de la familia prosperase por delante de los demás de la ciudad. Fue una responsabilidad que se tomó muy en serio y, a pesar de que le dejaba poco tiempo para disfrutar de la vida social, Gizka le caía tan bien que se alegraba de ayudarla. Ambas amigas se sentaban juntas en clase y acabaron graduándose al mismo tiempo.

Después de la secundaria, Priska empezó a dedicarse a la enseñanza y parecía que todo le venía de cara para empezar su carrera como profesora de idiomas. Como era buena cantante, se unió al coro de profesores que iba por el país interpretando canciones nacionalistas tradicionales, una de las cuales proclamaba con orgullo: «Soy eslovaco y siempre lo seré», melodía que rompería a cantar con alegría a lo largo de su vida.

En Zlaté Moravce se la tenía en gran estima y disfrutaba de que la saludaran primero por la calle—símbolo eslovaco de respeto—. Se enamoró de un profesor gentil que la llamaba cada semana para llevarla los sábados por la noche a un café, a bailar o a cenar al hotel de la ciudad.

Había pocas razones para que Priska o su familia sospecharan que algo iba a alterar su confortable vida. Aunque los judíos habían sido perseguidos por toda Europa, sufriendo en especial a manos de los rusos durante los pogromos de principios del siglo XIX, se habían adaptado con facilidad a las nuevas naciones europeas surgidas tras la Primera Guerra Mundial y el colapso de los imperios alemán, austrohúngaro y ruso. En Checoslovaquia habían adquirido protagonismo asimilándose bien a la sociedad. Los judíos no solo jugaban un papel clave en la vida productiva y económica, sino que contribuían en todos los campos de la cultura, la ciencia y el arte. Además de construir nuevas escuelas y sinagogas, los judíos estaban en el centro de la vida en los cafés. Así las cosas, la familia Rona apenas sufría el antisemitismo en su comunidad.

Sin embargo, una severa depresión económica después de la Primera Guerra Mundial empezó a cambiar los ánimos a lo largo de la frontera alemana. Adolf Hitler, líder del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán—conocido más tarde como Partido «Nazi»— desde 1921, acusaba a los judíos de controlar la riqueza de la nación y de ser la fuente de muchos de sus males.

Tras las elecciones federales de 1933, en las que los nazis obtuvieron diecisiete millones doscientos mil votos, las autoridades le propusieron a Hitler un gobierno de coalición y lo nombraron canciller. Su ascenso al poder marcó el final de la democrática República de Weimar y el comienzo de lo que fue conocido en el mundo entero como el *Dritte Reich* («Tercer Reich»).

Los discursos radicales de Hitler denunciaban el capitalismo y condenaban a cuantos se aliaban con los bolcheviques, los comunistas, los marxistas y con el Ejército Rojo ruso para participar en la revolución. Tras escribir en un manifiesto autobiográfico titulado *Mein Kampf*, publicado en 1925, que «la personificación del diablo como símbolo de todo mal adquiere la forma viva de los judíos» prometió eliminar de Alemania a estos y a otros «indeseables» en lo que describió como una «solución minuciosa».

Una vez proclamado su «nuevo orden» para contrarrestar lo que muchos alemanes veían como injusticias a las que se les había sometido después de la guerra, animó a los guardias de asalto de camisa parda a que hostigaran a los judíos, bloquearan y boicotearan sus negocios. Su grito de guerra, «*Sieg Heil!*» («¡Arriba la victoria!»), vociferado por las adoctrinadas Juventudes Hitlerianas, retumbaba en las ondas radiofónicas de Berlín. En un tiempo relativamente corto, parecía que Hitler estuviera cumpliendo sus promesas y de hecho obtuvo tal recuperación económica que el apoyo que tenía creció. Animado por el éxito, su gobierno empezó a poner en marcha una serie de leyes que excluyera a los judíos de la vida política, económica y social. Quemaron «degenerados» libros judíos, se expulsó de la universidad a quienes no fueran arios y se empujó al exilio a judíos de renombre, incluido Albert Einstein.

A medida que el antisemitismo germano iba en aumento, los nazis profanaban sinagogas o incluso las quemaban hasta los cimientos, a veces con judíos atrapados en su interior. El piso de las calles en pueblos y ciudades resplandecía por efecto de los cristales rotos, y los escaparates de los negocios judíos eran pintarrajeados con la estrella de David o eslóganes ofensivos. El gobierno animaba a los gentiles —denominados «arios» por los nazis— a denunciar a los judíos y, en medio de aquella atmósfera de desconfianza y traición, judíos que habían vivido felices en el vecindario durante años y cuyos hijos habían crecido mezclándose con los otros, a menudo recibían salivazos o palizas en la calle, e incluso eran arrestados. Había espías muy dispuestos por todos lados, ansiosos por denunciar a sus vecinos con la esperanza de hacerse con sus propiedades. La gente saqueó metódicamente cientos de hogares, en los que entraba sin que nadie se lo impidiera y de los que se llevaba cuanto le placía.

A los alemanes oriundos les animaban a que inspeccionaran y se quedaran con los mejores apartamentos de los judíos, por lo que familias enteras se veían obligadas a abandonar su hogar de la noche a la mañana. Se decía que los nuevos inquilinos se mudaban «antes de que se enfriara el pan recién hecho». A aquellos a quienes habían desahuciado, solo se les permitía mudarse a una casa más pequeña en los distritos más pobres, lo cual les impedía continuar con la vida que habían llevado hasta entonces.

A los que tenían taras físicas y a los enfermos mentales —tanto arios como judíos— los declaraban «indignos de vivir» y muchos fueron enviados a campos o ejecutados sumariamente. El resto de la población tenía pocas opciones, aparte de conformarse con las imposiciones de las Leyes de Nuremberg de Hitler, aplicadas con crueldad y bien pensadas para alienar a los judíos y demás minorías. De acuerdo con lo que los nazis definieron como «racismo científico», con el que pretendían mantener la pureza de sangre alemana, estas regulaciones determinaban quiénes eran «racialmente aceptables» y restringían los derechos civiles básicos de «judíos, gitanos y negros, y de sus retoños bastardos». La Ley de Protección de la Sangre y el Honor Alemán anulaba todos los matrimonios mixtos y, con la intención de evitar la «contaminación racial», condenaba a muerte a todo aquel judío que hubiera mantenido relaciones sexuales con alemanes.

A los judíos les negaron la ciudadanía, y el gobierno arrestaba y recluía en los primeros *Konzentrationslager* o «KZ» («campos de concentración»), situados, por lo general, en antiguos barracones, a todo aquel que considerara «asocial» o «peligroso» —una categoría difusa que abarcaba a comunistas, activistas políticos, alcohólicos, prostitutas, mendigos y vagabundos; e incluso testigos de Jehová, quienes se negaban a aceptar la autoridad de Hitler.

Los arios tenían prohibido contratar a judíos. Mediante un proceso gradual, les impidieron ejercer su propia profesión —abogacía, medicina y periodismo— y escolarizar a sus hijos más allá de los catorce años. Con el tiempo, les negaron la entrada a los hospitales estatales y no podían alejarse más de treinta kilómetros de su casa. Los parques públicos e infantiles, las piscinas, las playas y las bibliotecas quedaban siempre fuera de dicho límite. El gobierno borró de los monumentos conmemorativos el nombre de los soldados judíos que habían participado en la Primera Guerra Mundial, a pesar de que tantos de ellos hubieran luchado por el káiser en aquel conflicto.

Las autoridades instauraron un sistema de cartillas de racionamiento y sellos de comida, pero a los judíos les tocaba la mitad que a los arios. Además, solo les permitían comprar en tiendas concretas y entre las tres y las cinco de la tarde, hora en la que ya se había vendido la mayor parte de los artículos frescos. Tenían prohibido ir al cine y al teatro y viajar en los vagones delanteros del tranvía; solo podían ir en el último, que a menudo estaba abarrotado y, por tanto, hacía mucho calor en él. Los judíos tuvieron que entregar sus radios en las comisarías, y el gobierno estableció un toque de queda para ellos entre las ocho de la noche y las seis de la mañana, que aplicaba a rajatabla.

Asustados por la nueva política, miles huyeron a Francia, Holanda y Bélgica en busca de asilo. Checoslovaquia, nación que se llamaba así desde 1918, se convirtió en otro refugio habitual, pues no solo disponía de fuertes fronteras, sino de aliados poderosos —entre los que se contaba Francia, Gran Bretaña, y Rusia— y la familia de Priska seguro que era una de las muchas que se sintió a salvo allí.

Entonces, en marzo de 1938, mientras Europa temblaba, Hitler anexionó Austria en lo que pasó a ser conocido como el *Anschluss* («la Anexión»). Tras declarar la autodeterminación alemana, exigió *Lebensraum*, un mayor «espacio vital» para su pueblo. Pocos meses después, el gobierno revocaba

todos los permisos de residencia de los extranjeros que vivían en el Reich. El gobierno polaco declaró inesperadamente que invalidaría los pasaportes de los ciudadanos a menos que volvieran a Polonia para renovarlos. Para facilitar esto, los nazis ordenaron la expulsión del país a unos doce mil judíos polacos. Los polacos no lo aceptaron, lo que provocó que vivieran en un nada envidiable limbo en la frontera.

Deseoso de negociar la paz, dado que había pasado tan poco tiempo de la Gran Guerra, el primer ministro británico, Neville Chamberlain, condujo una serie de reuniones internacionales que concluyeron con el Acuerdo de Múnich en septiembre de aquel año. Sin participación rusa ni checa, los mayores poderes europeos dieron permiso a Hitler para ocupar las regiones del norte, del sur y del oeste de Checoslovaquia, conocidas en conjunto como Sudetenland («Los Sudetes»), y habitadas en su mayoría por hablantes alemanes. Gracias a este pacto, que muchos checos apodaron «La traición de Múnich», el país perdió fronteras estratégicas.

En noviembre de 1938, por venganza, el hijo adolescente de una familia de judíos a la que habían obligado a abandonar su hogar, asesinó a un oficial alemán en París. A modo de respuesta, el alto mando nazi ordenó la *Reichspogromnacht*, más conocida como *Kristallnacht* («La noche de los cristales» o «La noche de los cristales rotos»). Los partidarios del régimen atacaron miles de casas, sinagogas y negocios judíos en Alemania en una sola noche, asesinando al menos a noventa judíos, mientras la policía arrestaba a otros treinta mil. En los meses siguientes, los partidarios de Hitler continuaron provocando disturbios antisemitas y hubo que movilizar al ejército checo; pero en marzo de 1939 el Führer invitó a monseñor Jozef Tiso —líder católico de los eslovacos (al que habían depuesto)— a Berlín. Poco más tarde, llegó Emil Hácha —presidente católico de Checoslovaquia—. Se les dio un ultimátum a ambos: o ponían voluntariamente a los suyos bajo la «protección» de Alemania —se encontraban bajo la amenaza del creciente interés de Hungría por sus territorios fronterizos— o serían invadidos a la fuerza por los nazis.

Tiso y su gobierno colaboracionista se mostraron de acuerdo con las exigencias de Hitler casi de inmediato y al primero lo declararon presidente del recién instaurado Estado Eslovaco, sin que fuera necesaria la intervención nazi. Tras sufrir un infarto el presidente Hácha, al día siguiente se esperaba de todas formas una resistencia generalizada por parte del pueblo; razón por la cual el 15 de marzo de 1939, las tropas alemanas marcharon contra el país y la nación checa pasó a convertirse en el Protectorado de Bohemia y Moravia. Hitler invadió Polonia seis meses después. Los rusos invadieron el país por el este unas semanas más tarde, destapando el pacto secreto que mantenían con los alemanes. Gran Bretaña y Francia le declararon la guerra. La vida de los europeos no volvería a ser igual.

De la noche a la mañana, los judíos de los «estados coloniales» nazis fueron reducidos a parias. *Juden nicht zugänglich* («Prohibido el paso a los judíos») era un cartel habitual en muchos edificios públicos. A veces, en el letrero ponía: «Prohibido perros y judíos». Cuando estos se enteraron de las atrocidades que se cometían contra los de su fe en Alemania, Austria y Polonia, empezaron a

abarrotar embajadas extranjeras implorando un visado, que les era denegado. Ante un futuro del que parecía imposible escapar, algunos se suicidaban.

A Priska y a su familia no les quedó más remedio que acatar el nuevo régimen y cada uno de los decretos que iba promulgando. Eran los pequeños detalles los que más daño hacían. El profesor ya no la llamaba para ir a bailar, la gente que antes la saludaba en primer lugar dejó de hacerlo o miraba hacia otro lado cuando se cruzaba con ella. «Había muchísimas actitudes desagradables, pero tenías que aceptarlas de inmediato si querías seguir con vida». Otros amigos, como Gizka y un compañero de clase, cuya familia de granjeros seguía proveyendo a los Rona de leche fresca, le fueron leales. Incluso hubo quienes se complicaron la vida al saludar en público a sus amistades judías y ofrecerles ayuda.

Debido a los rumores de que el gobierno iba a «reubicarlos» en otro sitio en contra de su voluntad, los judíos empezaron a acumular comida y bienes. Enterraban sus objetos valiosos o les pedían a sus amigos que los escondieran, a pesar de ser una actuación castigada con la pena de muerte. Los judíos que se lo pudieron permitir huyeron al Mandato Británico de Palestina, donde había esperanza de establecer un estado sionista en el futuro. Bandi, el hermano de Priska, era uno de ellos. Se marchó en 1939 porque decía que había entendido «las señales de advertencia». Sin avisarla siquiera, el primer novio de Priska emigró a Bélgica y, después, a Chile. Era rico y joven, y la pareja hacía poco que se había prometido de forma oficial, tal y como se hacía en el caso de los matrimonios concertados; pero desapareció sin más.

El resto de la familia hacía lo que podía para ir tirando. Anička se había casado en 1932, con diecinueve años, con la esperanza de evitar pasarse la vida sirviendo en el café de la familia. Tuvo un hijo, Otto, pero el matrimonio no duró. Después del divorcio, Anna se cambió el nombre por uno que pareciera más ario: Helena Hrubá y encontró trabajo en otro café. A Janko, que había estudiado para ingeniero electricista, lo reclutaron en un batallón de trabajo judío con la intención de convertirlo en un «*Robotnik Zid*» («obrero judío»), los cuales llevaban un característico uniforme azul y eran a quienes les asignaban los peores trabajos. Boežka, una solterona de treinta y tantos, se quedó en casa cosiendo ropa para la familia y los amigos.

Priska, que siempre se había sentido orgullosa de su nariz judía —o «bella probóscide», como ella la llamaba en broma— estaba encantada de poder lucir las creaciones de su hermana, puesto que así no se sentía un paria de la sociedad. «Nunca había sido una belleza, pero me ocupaba por conservar un buen aspecto —confesaba—. La gente de la ciudad siempre me trató bien, porque les gustaba que me sintiera orgullosa de ser la hija del dueño del café».

Pero no tardaron en negarle aquel honor. En 1940, a sus padres les prohibieron llevar el negocio que con tanto esfuerzo habían levantado a lo largo de dieciséis años. Dado que su educación era limitada y que carecían de otras habilidades, no podían dedicarse a nada más. «Lo perdieron todo —contaba Priska—. Eran buena gente». Resultó sorprendente lo amable que el ario o *Treuhänder* («administrador»), a quien el gobierno puso al mando de su negocio, se mostraba con Priska, de

quien apreciaba que hablara inglés, francés, húngaro y alemán. «Era importante y se daba valor a que supiera hablar idiomas», aseguraba.

Como les impedían trabajar, Priska y lo que quedaba de su familia decidieron mudarse a Bratislava, la nueva capital del Estado Eslovaco, a orillas del Danubio. David Friedman, el abuelo de la muchacha, a quien le arrebataron la taberna, huyó de su pueblo natal y se reunió con ellos. Habían conseguido conservar algo de dinero y tenían la esperanza de que a los judíos les resultase más sencillo pasar desapercibidos en una ciudad grande, y no se equivocaron. Cuando los nazis invadieron el país, en Bratislava vivían quince mil judíos —lo que suponía el 12% de la población—, quienes se habían integrado bien y sufrían poco el antisemitismo.

Aunque todo había cambiado bajo el gobierno de los nazis, la familia de Priska encontró un apartamento en la calle Špitálska, y la joven, que trabajaba como profesora particular, pudo volver a disfrutar del ambiente de un café, tal como había hecho desde niña. Le gustaba en especial el Astorka, donde se codeaba con intelectuales, con quienes hablaba en varias lenguas. Fue allí, en el Café Astorka, un día de octubre de 1940, donde conoció a un joven esbelto con bigote que estaba sentado en la mesa de al lado, conversando, mira por dónde, con unos amigos de Priska.

«Hablaban muy convencido y animadamente con mi amiga Mimi, que era farmacéutica. De pronto, Mimi se puso en pie y vino a decirme que a aquel hombre le parecía muy guapa». El atrevido admirador de Priska se acercó y se presentó. Tibor Löwenbein era un periodista judío de origen polaco que hablaba con fluidez alemán y francés y que venía de Púchov, en la región noroccidental de Eslovaquia. Ella siempre mantuvo que estaba un poco achispado cuando se conocieron, de ahí que le dijera que no le gustaban los hombres que bebían. Decidido a impresionarla, le prometió que nunca más volvería a probar el alcohol. Y mantuvo su palabra.

No obstante, fumaba en pipa y poseía una colección de cuarenta de aquellos utensilios para fumar —que Priska no tenía permiso de tocar siquiera—. Su atractivo pretendiente, quien prestaba mucha atención al vestir, contaba asimismo con una colección de cuarenta camisas. Dado que quería ser escritor, era habitual ver a Tibor escribiendo en los cuadernillos de notas que llevaba consigo. También coleccionaba sellos, aunque Priska siempre dijo con una sonrisa irónica que, después de conocerla, ella se había convertido en su única afición.

Tibor era el único hijo de Heinrich Löwenbein y Elizabeth, la esposa de este y a quien llamaban «Berta». El padre de Tibor tenía una pequeña granja, pero Tibor se había mudado a Bratislava porque no quería llevar una vida de campesino. Allí empezó a escribir para el periódico *Allgemeine Jüdische Zeitung*, en el que se encargaba de los deportes y de la política local. También escribió un librito titulado *SlovenskoŽidovské hnutie a jeho poslanie*, donde explicaba qué debía hacer un judío para integrarse por completo en el día a día eslovaco.

Cuando las Leyes de Nuremberg le impidieron seguir en el periódico, el amable dueño griego del Banco Dunajská de Bratislava le ofreció trabajo en calidad de cajero. Tibor era alto y buen mozo, de buenos modales, el pelo rubio y la piel clara. No parecía muy judío —cosa que, como decía Priska,

era muy importante en aquella época—. De hecho, estaba tan bien considerado en el banco que lo enviaban a Praga y a Brno a hacer negocios, lo que hubo de estarle prohibido debido a las restricciones que tenían los judíos para viajar. La cuestión es que su jefe tenía contactos muy importantes y Tibor conseguía salir airoso de cualquier asunto. Como era periodista conocía a todo el mundo y la gente tendía a ser educada con él, una cortesía que se hacía extensiva a la bella joven que llevaba del brazo.



El periodista y escritor Tibor Löwenbein, marido de Priska.
(© Hana Berger Moran.)

Cada mañana, de camino al trabajo, se detenían en el café Astorka, donde ella disfrutaba de un café matinal y un pastel. Cuando él se marchaba, se paraba y la saludaba, lo que la hacía reír. Por la tarde, después del trabajo, paseaban por la orilla del Danubio, algo muy popular entre las parejas de novios. Allí escuchaban la música que se tocaba en la calle y observaban el reflejo de la luz de la luna en las ondas que dejaban en el agua las gabarras, las barcazas y los transbordadores, mientras la surcaban despacio.

Durante los seis primeros meses de su noviazgo, Tibor escribía a Priska a diario. La llamaba su «*Pirečka Zlaticko*» («Pirečka doradita») y ella a él «Tibko» y, más a menudo aún, «Tiborko». Enamoradísima, guardaba todas y cada una de sus notas, alguna de ellas muy breve, pero siempre cálidas. La mayoría sobrevivió a la guerra. En una carta datada el 10 de marzo de 1941, Priska escribe:

Tibko mío, me pone tan contenta recibir tus cartas, en especial las largas. [...] ¡No puedo esperar a contarte una noticia buenísima! A partir del jueves voy a tener algo de tiempo libre, así que nos vamos a ver cuatro días seguidos. Es todo un lujo en estos tiempos de disponibilidad restringida. [...] Querías saber qué me parecen tus cartas. Son maravillosas. Me fascina que tú, que eres tan serio y un pesimista que ve la situación actual tan negra, escribas líneas tan maravillosas. [...] Pienso mucho en ti y sé que encuentras solaz en tus

libros. De hecho, cuando estamos alejados, me pone un poco celosa su presencia en tu vida —aunque solo durante un rato—, pero, por favor, salúdalos de mi parte, pues son una gran compañía cuando yo no estoy. Un millón de besos. Tu Pira.

En su respuesta, del 12 de marzo, Tibor escribe:

Mi doradita Pirečka, me alegró muchísimo leer tu carta. ¡Qué felicidad! En la terrible realidad del día a día, tus palabras son como un rayo de sol que se abre camino entre los nubarrones. Intento expresarte mi agradecimiento y mi alegría. [...] Es probable que no te haga justicia. [...] Espero verte mañana a las cuatro y media en mi casa, y mientras pienso en una ocasión tan jubilosa, no puedo olvidar cómo juega con nosotros el destino; pensamiento que me invade al darme cuenta de que no podremos estar juntos en el aniversario de nuestro quinto mes de novios. Por tanto, tendré que esperar a la tarde, que es cuando vamos a vernos, para compartir contigo las palabras que quiero dedicarte. [...] No veo el momento de abrazarte [...] nos vemos mañana, querida [...] hasta entonces, te envío muchos besos. Tuyo, Tibor.

La pareja se casó el sábado 21 de junio de 1941 en la sinagoga de estilo morisco de las torres gemelas de Bratislava. La novia, que tenía veinticinco años, lució un abrigo largo y blanco, sombrero sin ala blanco, perlas y zapatos blancos con un vestido estampado. Llevaba un ramo de gladiolos blancos, pues se mostró conforme con el *ketubah* («matrimonio judío»). El novio, que tenía veintisiete años, llevó sombrero y un terno elegante con los pantalones holgados, tan de moda por aquella época.

Los padres de Priska, que convinieron en que su yerno era «perfecto», dieron su bendición a la pareja y se mostraron encantados de tener algo que celebrar. Los padres de Tibor no estuvieron en la boda. A principios de año, su padre se había suicidado en la granja que tenía en Púchov y había dejado sola a su madre. El hijo, consternado, había vuelto a casa con ella, pero se había visto obligado a volver a Bratislava porque se arriesgaba a que lo arrestaran por alejarse sin permiso de su dirección registrada. Priska y los padres de esta se convirtieron en su nueva familia.



Priska y Tibor el día de su boda en 1941 en la sinagoga de Bratislava. (© Hana Berger Moran.)

Fue una unión feliz y los recién casados se entendían bien. «No discutimos ni una sola vez», confesó Priska, que describía a su marido como «sensacional». A ella le gustaba que él hablase eslovaco «correctamente», cosa que no hacían muchas personas, pues a menudo lo mezclaban con el alemán o el húngaro. «Era muy bueno conmigo y le maravillaba que supiera hablar tantos idiomas. Tengo muy buenos recuerdos de mi Tiborko. Era el marido que todas deseamos».

No obstante, el eco de la guerra nubló su felicidad. El día después de la boda, los alemanes invadieron la Unión Soviética como parte de la Operación Barbarroja, con la que Hitler pretendía hacerse con territorios rusos. Sin dejar todavía de albergar esperanzas, ignorantes no obstante ante lo que les deparaba el futuro, Priska y Tibor se mudaron a un apartamento del número 7 de Rybárska Brána, calle conocida más tarde como Fischertorgasse, junto a la plaza mayor de Hlavné Námestie. Allí fueron felices a pesar de las amenazas continuas a las que tuvieron que enfrentarse. Deseosos de aumentar la familia con todo, Priska se quedó embarazada muy pronto y la pareja se sintió afortunada. Con un bebé en camino, Tibor daba gracias por tener una fuente de ingresos fija. Incluso consiguió que no lo despidieran en septiembre de 1941, cuando los judíos eslovacos, sin excepción, tuvieron que empezar a seguir una lista de casi trescientas reglas nuevas que los alemanes denominaron *Židovský Kódex* («Código Judío»).

Este código, que definía oficialmente a los judíos en el campo racial, reinstauraba una práctica de hacía siglos por la que se veían obligados a llevar humillantes emblemas, impuesta por primera vez en el siglo IX en lugares tan alejados entre sí como Inglaterra o Bagdad. A todo aquel que fuera de origen judío le estamparon en el pasaporte y demás documentos una gran «J». También se vieron obligados a comprar brazaletes o estrellas, que recortaban de enormes rollos de tela estampada en fábricas en las que muchos de ellos se habían ganado la vida en el pasado. Tenían que coser cada emblema en la parte delantera y trasera de todas las prendas que llevaran a la vista pero, sobre todo, era para que la lucieran sobre su corazón judío.

A raíz de aquello, su presencia era tan visible que su persecución pública aumentó. Además de que sus tiendas y negocios sufrieran ataques y saqueos constantes, se encontraban en serio peligro en cuanto abandonaban el santuario de su hogar. Muchos de los amigos de Tibor y Priska pagaron grandes sumas de dinero para conseguir documentación falsa, pero se enfrentaban a castigos terribles si les descubrían. El jefe de Tibor consiguió que este no tuviera que llevar la estrella ni padeciera muchas de las restricciones, pero Priska carecía de tal protección. Cada vez que salían tras el toque de queda o iban a algún sitio al que no admitían judíos, ella sujetaba su bolso o giraba la solapa del abrigo de tal manera que nadie pudiera distinguir la estrella.

Entonces, poco después de la imposición de las nuevas reglas y debido a ellas, los judíos tuvieron que abandonar el centro de Bratislava y mudarse a los arrabales más pobres. Priska consiguió trabajo de profesora en una escuela de primaria a veinte kilómetros, en Pezinok. Tibor tenía que viajar a Bratislava a diario, para lo que salía de casa a las seis de la mañana. «Le gustaba mucho su puesto y, además, tenía que trabajar porque estábamos esperando un bebé». Los padres de Priska, su abuelo y

su hermana Boežka consiguieron permanecer en Bratislava, en un apartamento a orillas del Danubio, donde Boežka seguía trabajando de costurera. Así es como esta familia tan unida salió adelante, sin perder la esperanza.

Priska siguió enseñando en la escuela hasta que las autoridades decretaron que aquellos que no fueran arios tenían prohibido enseñar a niños que sí lo fueran. Tras despedirse con afecto de los alumnos, siguió considerándose afortunada, puesto que un inglés que dirigía una academia de idiomas le pidió que diera clases en ella —¡incluso empezó a ganar más que antes!—. «Se me presentaban oportunidades. Tenía muchos estudiantes particulares que seguían viniendo a verme, así que era como si no hubiera sucedido nada. No padecía. Me pagaban y tenía para salir adelante».

Decidida a ayudar a otras familias menos afortunadas que la suya, enseñaba gratis a muchos otros alumnos. Les leía clásicos alemanes, franceses e ingleses.

De pronto, perdió el bebé que esperaba.

Mientras la pareja se lamentaba en silencio, el día a día empezó a hacerse más difícil debido a que los nazis cada vez aplicaban el código con mayor rigor. Las autoridades obligaron a los judíos a catalogar toda su plata, obras de arte, joyas y demás propiedades, tras lo cual tenían que enviarlo todo a los bancos locales, que se lo confiscaban. Después fueron las pieles y sus mejores prendas de abrigo. Les prohibieron tener mascotas y tuvieron que entregar gatos, perros, conejos y pájaros en centros de acogida. No volvieron a verlos.

El Estado Eslovaco, gobernado por el padre Tiso, se convirtió en uno de los primeros integrantes del Eje que consintieron las *Aktionen* de las SS, es decir, las deportaciones de judíos a nuevas «ubicaciones» o campos de trabajo para que ayudaran a los alemanes en sus esfuerzos bélicos en el frente oriental. A cambio de que no fueran enviados a esos lugares ciudadanos arios, el gobierno aceptó pagar quinientos *Reichsmarken* por cada judío que los alemanes deportaran a través de su frontera. Como contrapartida, los nazis aseguraron a las autoridades que aquellos «parásitos» a los que «reubicaban» jamás volverían para reclamar sus propiedades. En aquella atmósfera tan opresiva, *gardistas* eslovacos y otros milicianos reunieron a decenas de miles de judíos para «concentrarlos» en campos de labor eslovacos, principalmente en Sereď, Vyhne y Novaky.

Varios miles de presos permanecieron en los nuevos campos fabricando herramientas vitales para los esfuerzos bélicos alemanes, pero a unos cincuenta y ocho mil los enviaron a campos de trabajo orientales como parte de lo que los nazis dieron en llamar *Osttransport*. Se daba por supuesto que en el «Este» los campos se hallarían próximos a las fábricas de armamento de la Polonia ocupada, donde los presos tendrían que trabajar a cambio de comida y alojamiento. A algunos les prometieron que cosecharían o ayudarían a crear nuevos estados judíos.

Abandonados e indefensos, los judíos eslovacos se resignaron a un destino que cada vez parecía más desalentador. Esperaban encontrarse ante una serie de condiciones duras y privaciones en general, pero rezaban para que, una vez acabada la guerra, su vida volviera a la normalidad. Familias enteras se presentaban voluntarias para acompañar a los primeros deportados tras considerar que

sería mejor permanecer juntos. Otros prometieron enviar dinero, cartas y paquetes con comida pues estaban convencidos de que todo llegaría al destino indicado.

En marzo de 1942, casi nueve meses después del día de su boda, más o menos cuando debería haber estado celebrando el nacimiento de su primer hijo, Priska se enteró de que su hermana mayor, Boežka, había sido incluida en una de las *Aktionen*, tras acceder las autoridades eslovacas a entregar a los nazis cinco mil mujeres solteras y sanas. Viendo cuál iba a ser el destino de su hermana, Priska corrió a la estación de tren de Bratislava para intentar rescatarla —lo que bien podría haberle costado la vida—. Cuando llegó, el tren de pasajeros, abarrotado, estaba a punto de partir y era incapaz de reconocer a su hermana entre el mar de caras de pavor y desconcierto. «No conocía a ninguno de los *gardistas*, pero les imploré que dejaran marchar a mi hermana. Me gritaron: “¡Si estás soltera sube al tren! ¡De lo contrario, vuelve a casa!”. Me sorprendió que no me dejaran permanecer en la estación».

Los temidos guardias *Hlinka* eslovacos, con sus característicos uniformes negros —a muchos de los cuales los habían entrenado las SS—, acabaron arrestando a Priska, que pasó la noche en el calabozo. Tibor, consternado, pues no tenía ni la más remota idea de dónde se encontraba su mujer, recibió un mensaje al día siguiente: «Ven a por tu esposa. Es una alborotadora». Acudió a la comisaría y persuadió a las autoridades para que dejaran que se llevara a su mujer a casa sin imponerle ningún castigo, pero estaba tan enfadado por todo lo que su esposa había puesto en peligro que se negó a hablarle, aunque solo durante medio día, ya que la joven estaba tristísima porque había sido incapaz de rescatar a la dulce Boežka.

No pasó mucho tiempo antes de que Priska volviera a quedarse embarazada. Una vez más, a pesar de que parecía que la vida se estuviera desintegrando a su alrededor, la pareja se sentía dichosa. Ninguno se dio cuenta del peligro que corría hasta que, a lo largo de las siguientes semanas, las autoridades continuaron llevando a cabo incursiones relámpago en los hogares de los judíos para deportarlos de mil en mil. En una ocasión, los padres de Priska oyeron unas botas militares en el descansillo y consiguieron escapar saltando por la ventana.

El 17 de julio de 1942, en cambio, no tuvieron tanta suerte. Desamparados ante la cadena de mando que decidía sobre la vida y la muerte, a Emanuel y Paula Rona los atraparon sin previo aviso. Priska ni siquiera se enteró de que hubieran desaparecido hasta que fue demasiado tarde. Ambos mediaban la cincuentena y su hija no había tenido la oportunidad de despedirse de ellos. Tal y como le había sucedido con su hermana, no tuvo ocasión de salvarlos. Tampoco pudo salvar al segundo hijo que esperaba, pues sufrió un aborto. «Pensaba incluso que yo también debía ir al Este. Ya no me importaba nada», confesó.

Tibor se enteró de que a su madre, Berta, también se la habían llevado de casa, cerca de Püchov, a un campo de la Silesia polaca. Era una anciana y estaba sola. A todas luces, se había quedado huérfano. A Priska, amigos de la infancia como Gizka, le contaron que la mayoría de la población judía de Zlaté Moravce también había desaparecido, incluidos amigos y parientes.

Al parecer, ya no importaba que sus padres hubieran conseguido entregarle a Gizka sus

pertenencias más valiosas para que se las guardase. Aquella mejor amiga, a la que había dado clases durante toda la secundaria, había arriesgado su vida al poner a buen recaudo dichas pertenencias. Ahora que sus padres y su hermana habían desaparecido y que sus demás hermanos estaban dispersos, Priska se preguntaba de qué le iban a servir unos platos de porcelana y unos cubiertos de plata después de la guerra, si no tenía con quién sentarse a la mesa del Sabbat.

A su hermana Anna, unos amigos gentiles la habían ayudado a escapar al Alto Tatra —unas montañas seguras, hasta cierto punto— donde trabajaba de camarera con nombre falso y vivía con su tío materno, el doctor Gejza Friedman, un especialista en neumología que ejercía en un sanatorio para enfermos de tuberculosis. El hombre también se había llevado consigo a su padre, David Friedman, de ochenta y tres años, el abuelo de Priska, tras quedarse solo cuando raptaron a los padres de Priska. Otto, el hijo de Anna, de once años, estaba escondido con unas monjas católicas. Bandi, el hermano mayor, se encontraba a salvo en la Palestina bajo mandato. Janko había huido de la cuadrilla de trabajo judía a la que lo habían asignado los nazis, uniéndose a los partisanos para organizar ataques contra los guardias *Hlinka* y llevar a cabo actuaciones que socavaran el gobierno proalemán. Hacía meses que no sabían nada de él.

Priska, cuyo interés por el cristianismo se había reavivado, se bautizó en la fe evangélica con la esperanza de salvarse. Tibor, que había crecido en un hogar judío mucho más observador de las normas, dudaba de que aquello sirviera de nada. Ambos siguieron respetando las tradiciones judías fundamentales. A pesar de la gran incertidumbre que los rodeaba —o quizá por ello—, Priska volvió a quedarse embarazada, aunque de nuevo perdió el bebé.

Para el otoño de 1942, las autoridades eslovacas habían puesto fin a las deportaciones al Este. La élite política y religiosa, junto con los judíos clandestinos, había formado una organización llamada Grupo de Trabajo de Bratislava, la cual presionó muchísimo al gobierno de Tiso en cuanto empezó a sospechar que los nazis habían asesinado a la mayoría de los cincuenta y ocho mil judíos deportados. Más de siete mil eran niños.

Durante los dos años siguientes, después de que el gobierno eslovaco reconsiderase su postura y se negase a deportar a los veinticuatro mil judíos que restaban en el país, quienes habían evitado la deportación gozaron de una seguridad relativa. El Grupo de Trabajo realizó esfuerzos descomunales por salvar a los judíos, para lo cual sobornaba a figuras clave en el gobierno. Incluso negoció con las SS y con el *Hauptsturmführer* Dieter Wisliceny, el asesor eslovaco de los nazis en temas de judíos, a quienes ofrecieron millones de *Reichsmarken* en oro. Denominadas «Plan Europa», estas negociaciones se atascaron cuando a Wisliceny lo trasladaron a otro puesto. En el ínterin, no obstante, el Grupo había conseguido suavizar las leyes antisemitas y que se redujera la persecución, aunque todos seguían albergando un mal presentimiento.

Gracias al trabajo de Tibor y a las clases de Priska, el matrimonio consiguió volver a Bratislava y mudarse a un apartamento en la calle Edlova. Aunque seguían sufriendo racionamientos y restricciones respecto a las tiendas en las que podían comprar, estaban bien alimentados en

comparación con otros miles que había por toda Europa. Cada vez que a Priska la atormentaba su pasión por los dulces, compartían un pastel en su nuevo local favorito, el histórico Café Štefánka.

Tal y como hacían casi todos sus amigos —ya fueran judíos o gentiles—, intentaban no pensar mucho en el futuro, depositando toda su fe en que la guerra acabase cuanto antes. En 1943, desde luego, parecía que las tornas cambiaban en favor de los Aliados. Las pocas radios de que disponían les informaban de que en Polonia se habían producido alzamientos exitosos y de que, poco a poco, el Ejército Rojo se estaba haciendo con el control. Los alemanes habían perdido Stalingrado tras una campaña brutal que se extendió cinco meses. Por su parte, los Aliados habían recuperado Libia, obligando al Afrika Korps a rendirse. Italia le había declarado la guerra a Alemania y en Berlín empezaban a evacuar a los civiles. Así las cosas, se preguntaban si el final estaba a la vista o si, por el contrario, la situación iba a empeorar.



Priska y Tibor en Bratislava en 1943. (© Hana Berger Moran.)

Nadie lo sabía. Como tampoco qué les había sucedido a sus seres queridos, de quienes no habían vuelto a tener noticias. En Bratislava hacía meses que circulaban rumores acerca de los campos judíos, y otros nuevos aparecían cada vez que, de vez en cuando, alguien explicaba algo sobre las deportaciones. Se decía que les obligaban a trabajar hasta la extenuación, que los mataban de hambre o que los ejecutaban de maneras atroces. Las noticias que llegaban de Estados Unidos y de Gran Bretaña en 1942 aseguraban que a los judíos los estaban masacrando metódicamente. Aquellas historias se tornaron más terribles aún después de abril de 1944, cuando los prisioneros eslovacos Rudolf Vrba y Alfred Wetzler consiguieron huir de un campo al sur de Polonia del que nadie había oído hablar y avisar de las ejecuciones en masa que tenían lugar en cámaras de gas y hornos crematorios. El detallado informe de ambos hombres acerca de Auschwitz-Birkenau, con ilustraciones y todo, tardó un tiempo en empezar a circular y muchos no se lo creyeron ni siquiera

entonces, aunque los judíos empezaron a recelar todavía más, evitando a toda costa subirse a los transportes que iban al Este.

Priska y Tibor no querían creer en aquellas historias, que les parecían demasiado inverosímiles. El sentimiento general entre sus amigos era que dichos relatos constituían bien las divagaciones de personas a las que el cautiverio había trastornado, bien exageraciones propagandísticas contra los nazis. A pesar de todo lo que habían padecido, eran incapaces de concebir que Hitler estuviera hablando en serio al afirmar que pensaba erradicar a todo ser humano de origen étnico «indeseable» para crear una raza pura; al fin y al cabo, el alemán era uno de los pueblos más cultos y civilizados del mundo. La nación que había alumbrado a Bach y Goethe, a Mozart y Beethoven, a Einstein, Nietzsche y Durero no podía concebir un plan que fuera tan perverso... ¿O sí podía?

La pareja, que seguía manteniendo la esperanza en el final inminente de aquella guerra incomprensible, siguió adelante con su vida lo mejor que pudo. A mediados de junio de 1944, una semana antes de su tercer aniversario de boda, decidieron de nuevo tener un hijo. Dos meses después, la relativa calma de la que llevaban disfrutando durante casi dos años se rompió en mil pedazos a causa del Alzamiento Nacional Eslovaco, una insurrección armada cuya intención consistía en derrocar el gobierno de paja. Janko, el hermano de Priska, fue uno de los miles de ciudadanos de a pie y partisanos que hicieron lo posible por acabar con el régimen fascista bajo el que vivían sometidos.

La rebelión violenta estalló en el Bajo Tatra el 29 de agosto de 1944 y enseguida se extendió hasta que, dos meses más tarde, los alemanes enviaron tropas de la Wehrmacht para aplastarla con saña. Murieron a millares. Después, todo cambió. Estos soldados, cuyo cometido era vengarse, ocuparon el país en muy poco tiempo bajo el auspicio de la Gestapo, que llegó para imponer el orden allí donde hubiera alguien que se atreviera a desobedecer al Führer. Una de las primeras tareas de la policía de seguridad consistió en obligar al presidente Tiso a imponer de nuevo la deportación forzosa de los judíos eslovacos que quedaran. Desesperados por evitar aquel destino, miles se escondieron o huyeron a Hungría u otros países, en los que se consideraba que no correrían tanto peligro.

Con la intención de mantenerse optimistas ante lo que cada vez parecía más inevitable, Priska y Tibor decidieron permanecer en Bratislava, donde durante tanto tiempo habían conseguido evitar que los capturasen. Consideraban un regalo cada día que pasaba sin que los descubrieran, sobre todo, porque semana a semana recibían más noticias de la guerra: los Aliados habían liberado París, además de los puertos clave de Francia y Bélgica, y habían empezado a asaltar Holanda por el aire. ¿Acaso no era seguro que Alemania capitularía pronto?

El martes 26 de septiembre de 1944, la pareja celebró el trigésimo aniversario de Tibor. Sucedió que aquel año caía en Yom Kippur, el «Sabbat de los Sabbats», las veinticuatro horas de ayuno previos al Día de Redención y el precepto judío más sagrado. Después de haberse lavado bien las manos, como tenían por costumbre, se sentaron a la mesa y disfrutaron de una comida en la que

sirvieron cuanto había a su disposición. No solo celebraban el cumpleaños de Tibor, sino también la nueva vida que Priska llevaba en su vientre hacía poco más de ocho semanas. Rezaron para que aquel, su cuarto hijo, sobreviviera.

Dos días después, sus esperanzas de ser felices se esfumaron cuando tres miembros de la *Freiwillige Schutzstaffel* («voluntarios de las SS») —compuesta en gran medida por eslovacos alemanes paramilitares— entraron por la fuerza en su apartamento y les ordenaron meter sus pertenencias en dos maletas pequeñas que no pesaran más de cincuenta kilos juntas.

«Eran aterradores. Arrogantes. Apenas hablaban y yo tampoco dije nada. [...] Se me daba bien mantenerme en calma ante la adversidad. No les di pie a nada», recordaba Priska.

En aquel agradable día de otoño, y con un coste de mil *Reichsmarken* para el gobierno eslovaco, a Priska y a Tibor Löwenbein los sacaron a rastras de su casa y les obligaron a subir a la parte trasera de una gran furgoneta negra. En casa dejaban la colección de sellos de Tibor, sus pipas y camisas, una buena biblioteca y las preciadísimas libretas en las que llevaba años escribiendo.

A la joven pareja la trasladaron primero a la gran sinagoga ortodoxa que había en la calle Heydukova. Allí los tuvieron esperando durante horas, junto con unas cuantas decenas de judíos más, sentados en el suelo o sobre su equipaje, temiendo ambos por su vida. A Priska la asaltaron las náuseas matutinas —las primeras que había padecido jamás—. Se obligó a superarlas aferrándose a Tibor, que le pedía que pensase en su pequeñín. «Mi marido no dejaba de acariciarme mientras me decía: “Quizá nos digan que volvamos a casa, *Pirečka*”. Yo solo pensaba en el bebé. Lo deseaba con todas mis fuerzas».

Más tarde, aquel mismo día, junto con otros dos mil judíos, fueron transportados en autobús a la pequeña estación de tren de Lamač, desde donde los deportaron hasta Sered', un campo de trabajo y tránsito en expansión ubicado en las tierras bajas del Danubio, a sesenta kilómetros. El sitio, que había sido una base militar, se encontraba ahora bajo la supervisión de Alois Brunner, oficial de las SS y ayudante de Adolf Eichmann, *Obersturmbannführer* («teniente coronel») nazi, además de uno de los principales perpetradores de la llamada «solución final de la cuestión judía» de Hitler.

A Brunner lo habían enviado a Sered' para que supervisara en persona la deportación de los últimos judíos eslovacos tras el éxito cosechado en una operación similar en Vichy, Francia. Hoy en día se considera que el oficial, a quien se veía a menudo con uniforme blanco —su preferido—, fue el responsable de deportar a Auschwitz a más de cien mil personas.



Judíos descendiendo de un vagón de ganado al llegar a Auschwitz.
(© akg-images.)

Los recién llegados a Sered' eran conducidos hasta barracones de madera que enseguida se llenaban hasta los topes. La deshumanización de los prisioneros empezaba con los *Appelle* («pases de lista») matutinos y un estricto régimen de trabajo físico durísimo o de quehaceres domésticos. Los nazis no solo los hacinaban en el escaso espacio disponible, sino que pretendían que subsistieran con media taza de «café» amargo, una sopa anémica de origen dudoso y un poco de pan duro. Algunos de los judíos más devotos usaban aquel agua caliente —cuyos captores pretendían hacerles creer que era sopa— para lavarse las manos antes de cortar con cuidado y compartir aquellas míseras raciones.

En el Yom Kippur, el día que Priska y su marido habían observado en Bratislava, los nazis de Sered' asaron un cerdo entero en mitad del campo mientras invitaban a comer, entre risas, a judíos medio muertos de hambre. Por lo visto, ninguno aceptó la invitación.

Los primeros transportes de Sered' hacia el Este comenzaron a salir poco después de que Priska y Tibor llegasen en autobús, pues Brunner supervisaba la «liquidación» del campo y se preparaba para la siguiente remesa de prisioneros. El 30 de septiembre de 1944, oficiales eslovacos y húngaros de las SS obligaron a los casi dos mil judíos bratislavos a salir de los barracones en mitad de la noche y a guardar fila, en formación militar, antes de ser metidos a empujones en los vagones de tren. En cada vagón, sin ventanas, hacinaban entre ochenta y cien personas sin apenas espacio para respirar, y mucho menos moverse. Una vez cerradas las grandes puertas de madera, mientras que la gente empezaba a sofocarse a oscuras, a los niños más pequeños los pasaban por encima de las cabezas para que quienes habían podido sentarse en una estrecha plataforma situada al fondo los llevaran en su regazo. Los demás tenían que permanecer de pie o en cuclillas.

No había más instalación sanitaria que un cubo de madera y una lata llena de agua, y los vagones enseguida apestaban y resultaban antihigiénicos, puesto que el cubo se volcaba con cada sacudida.

Algunos intentaban vaciarlo por un ventanuco que había, pero como estaba tapado con una rejilla de alambre de espino, era imposible hacerlo del todo, por lo que aquellos seres humanos se vieron forzados a orinar o defecar, a mancharse la ropa, allí donde estuvieran.

Sin comida, aire fresco ni agua, aquellas personas sudorosas y desalentadas se bamboleaban los unos contra los otros. Durante el viaje de trescientos kilómetros en dirección noroeste, los que alcanzaban a ver a través de las estrechas rendijas de las paredes de madera iban pronunciando en alto el nombre de las diversas poblaciones por las que pasaban. Para cuando cruzaron la frontera polaca, algunos de los prisioneros más ancianos empezaron a recitar las oraciones judías destinadas a los muertos, tras lo cual cerraban los ojos y se quedaban así, sin más. Aquellos que morían eran abandonados en las paradas que el convoy hacía por el camino, lo que dejaba un poquito más de espacio para los supervivientes. Al igual que los miles de judíos a quienes, antes que ellos, habían deportado desde Sered' en condiciones abominables durante los últimos meses de 1944, los mil ochocientos sesenta judíos eslovacos se dieron cuenta de que eran conducidos a un sitio en el que, muy posiblemente, iban a tratarlos peor y donde era muy probable que fallecieran.

Priska y Tibor tenían tanto miedo como los demás, pero procuraban consolarse el uno al otro diciéndose que todo saldría bien y que volverían a casa con su bebé. Ella, en especial, estaba decidida a no rendirse porque «me gustaba mucho mi vida». Le recordaba a Tibor que su capacidad para hablar varios idiomas le permitiría comunicarse con los demás prisioneros e incluso con las SS, que quizá la trataran con un poco más de respeto. Le aseguró que tenía cerebro y que sabía cómo usarlo.

Para Priska, su fe era muy importante y confió en ella a lo largo de aquellas horas sombrías en que el tren los condujo hacia el este. «Creer en Dios es lo más importante que hay en la vida. Cuando alguien tiene fe, sin duda es debido a que se trata de una persona decente que sabe comportarse. Cada noche doy gracias a Dios antes de acostarme». Dado que se había bautizado en la doctrina evangelista, no era habitual que se considerase judía, ironía que no le sirvió de nada puesto que a Tibor y a ella los trataron como a los demás, sin ninguna compasión, al margen de su credo. «Es terrible lo que les hicieron a los judíos —admitió—. Horrible. Como si fueran animales. Las personas son seres humanos y deberían comportarse con propiedad los unos con los otros. Trataron fatal a los judíos. Íbamos hacinados en un tren de mercancías [...] del que nos sacaron a empellones. Se portaron de forma abominable».

El viaje en tren duró más de veinticuatro horas, durante las cuales, apretujados, quienes iban en los vagones se preguntaban adónde los conducían y si podrían reunirse con sus seres queridos, aquellos que les habían arrebatado hacía un par de años. ¿Volvería a ver a su hermana Boežka y a sus padres? ¿Se reuniría con sus amigos de Zlaté Moravce, con quienes había nadado, cantado, y hablado en inglés y alemán? ¿Podría Tibor reconfortar por fin a su madre viuda?

El hombre, que cada vez se sentía más afligido, no lo creía posible y tampoco soportaba ver sufrir a su esposa. Con náuseas y sin agua ni aire fresco, Priska se esforzaba por respirar en mitad de aquel vagón oscuro y fétido, mientras él la abrazaba, le daba besos en el pelo e intentaba consolarla. Sin

apenas detenerse para tomar aire, Tibor le hablaba sin parar y le pedía que fuera optimista pasara lo que pasase y que se centrara en las cosas bonitas. Igual que cuando en sus cartas la había descrito como un «rayo de sol que se abre camino entre los nubarrones», intentaba esperanzarla de cara al futuro.

No obstante, a medida que el tren avanzaba de forma inexorable, Tibor empezó a perder la esperanza. Si así era como los estaban tratando, ¿qué otras crueldades no les aguardarían cuando llegasen a su destino? Abrazó a Priska con más fuerza todavía y empezó a rezar en voz alta para que su esposa y su tan ansiado bebé sobrevivieran. Consciente de que aquella podía ser la última oportunidad que tuvieran, la pareja decidió elegir, en aquel sitio tan horrible, un nombre para su hijo. Entre susurros, se decantaron por Hanka (Hana, en su versión más formal) —como una de las tías abuelas maternas— si era niña y por Miško (Miguel) si se trataba de un niño.

En aquel vagón en penumbra, junto a la joven pareja, viajaba Edita Kelamanová, una solterona húngara de treinta y tres años que vivía en Bratislava. No había podido evitar escuchar la conversación del matrimonio y se sentía conmovida. Alzando la voz por encima del fortísimo traqueteo del tren, le dijo a Tibor: «Le prometo que si su esposa y yo permanecemos juntas, cuidaré de ella». La mujer, de extracción culta y adinerada, no solo lo consideró su *mitzvá* («deber moral»), sino que esperaba que guardando su promesa, Dios escuchara sus plegarias —salvase y casarse algún día—. Tibor dio las gracias a la amable desconocida mientras Priska, que había reconocido su acento, añadía en voz baja en húngaro: «*Köszönöm*» («gracias»).

Todos empezaron a gritar cuando el tren se detuvo de golpe en una importante estación situada en la frontera entre Polonia y el Reich, donde tuvo lugar la entrega de los prisioneros a las nuevas autoridades. Las puertas de los sofocantes vagones no se abrían y en su interior, mientras los tenían esperando en una vía muerta, ignoraban lo que estaba sucediendo fuera. De pronto, el tren de Sered' pegó una fortísima sacudida y comenzó a moverse de nuevo hasta que, unas horas después, empezó a zarandearse a uno y otro lado en un cambio de vías, mientras traqueteaba con violencia para ir a detenerse en la estación ubicada en el corazón de Auschwitz II-Birkenau. Era el domingo 1 de octubre de 1944. Tras las puertas cerradas de sus cárceles con ruedas, los reclusos enseguida reconocieron los sonidos de la violencia —hombres gritando y perros ladrando— y cayeron en la cuenta de que habían llegado a su destino.

«Todo va a salir bien, doradita mía», le prometió Tibor a su esposa momentos antes de que las puertas del vagón se abrieran de golpe con un estruendo tremendo. Cuando salieron hacia lo desconocido arrastrando los pies, él le gritaba: «¡Sé optimista, Piroška! ¡Piensa solo en las cosas bonitas!».

RACHEL



Rachel Abramczyk. (© Mark Olsky.)

«Guten Morgen hübsche Dame, sind Sie schwanger?» (*Buenos días, bella señorita, ¿está usted embarazada?*).

A Rachel Friedman le formularon una pregunta semejante en otoño de 1944, cuando Mengele le sonrió con aquel aire de suficiencia que parecía reservarse para esas mujeres afeitadas y desnudas, plantadas como si fueran maniqués en Auschwitz II Birkenau.

Rachel no sabía ni qué decir ni adónde mirar, así que siguió con la cabeza gacha, con el mentón pegado al pecho. A su alrededor había cientos de mujeres más en las mismas condiciones, a todas las cuales les habían ordenado que aguardaran de pie durante horas en una plaza de armas descubierta. Igual que ellas, se sentía avergonzada por hallarse desnuda frente a tantos desconocidos. Tenía veinticinco años y de pronto se sintió agradecidísima de que a Monik, su marido, no lo hubieran traído también desde el gueto polaco en el que vivían y, así, no fuera testigo de su humillación.

Igual que Priska Löwenbeinová —una de las miles de mujeres que compartieron su destino—,

apenas tuvo unos segundos para decidir cómo responder al oficial nazi de alta graduación, que indicaba con un informal movimiento de la mano quién iba a vivir y quién no. Ni siquiera estaba segura de hallarse embarazada de Monik porque, de ser así, el feto apenas tendría unas pocas semanas. Tampoco sabía qué implicaba reconocerlo.

Había oído muchas historias terribles acerca de lo que sucedía en los campos nazis, pero no llegaba a creérselas. Aunque no importaba lo absurdos que fueran los rumores, porque en ninguno se mencionaba al doctor Mengele, ni cuál era el destino de las mujeres embarazadas que tenía a su cargo, o los horribles experimentos médicos que realizaba con niños, en especial con los gemelos. De eso se enteraría más tarde.

Lo único de lo que Rachel estaba convencida, mientras observaba cómo el impecable doctor examinaba a decenas de prisioneras, era de que aquella sonrisa que esbozaba no se le reflejaba en los ojos. De hecho, su conducta y actitud eran las de un granjero diligente que inspecciona su ganado, solo que, en su caso, ora evaluaba con descaro el cuerpo de una quinceañera ruborizada, ora apretaba los senos de una mujer en la plenitud de la vida.

Con aquellas botas tan relucientes y el uniforme almidonado, semejaba ser un hombre que valorase mucho la disciplina y la rutina. Mientras que daba la impresión de que algunos de los nazis arrogantes, que había repantigados alrededor del perímetro de la plaza de armas embarrada, estaban borrachos —o algo peor—, no parecía que Mengele necesitara adormecer sus sentidos. Todo lo contrario, daba la sensación de que estuviera disfrutando con su trabajo e incluso a veces silbaba mientras paseaba por entre las filas de prisioneras, tarea que solo abandonaba para dar órdenes a unos reclusos que vestían una especie de pijama a rayas.

A todas las mujeres que no podían esconder su embarazo o a quienes se les escapaban gotas de leche de los pezones se las llevaban aquellos hombres inexpresivos. Las mujeres, en cambio, no se mostraban inexpresivas en absoluto. La cara de pavor que ponían mientras las juntaban en un grupo fue suficiente como para convencer a Rachel de la respuesta que debía dar.

Cuando Mengele le formuló la pregunta y empezó a mover, impaciente, los guantes a derecha e izquierda, se protegió los pechos con las manos y le respondió en voz baja: «Nie».

Mengele no llegó a tocar a aquella embarazada que tenía delante. Mientras avanzaba hacia su siguiente víctima, ni siquiera volvió a dedicarle a Rachel Friedman una mirada por encima del hombro.

Rachel había crecido en una familia grande, «feliz y estupenda», en la que los niños jugaban, reían y cantaban juntos, para quienes la vida debería de haber sido larga y dulce.

Su nombre completo era Rachel Abramczyk, pero durante gran parte de su vida se dirigieron a ella como «Ruze» o «Rushka». Era la mayor de nueve hermanos y había nacido un mes después del final

de la Primera Guerra Mundial, en la Nochevieja de 1918, en Pabianice, cerca de Łódź —la segunda ciudad más importante de Polonia.

Pabianice constituía una de las poblaciones más antiguas del país y se contaba entre las más prósperas gracias a una larga historia de manufacturas textiles. Aun así, seguía siendo bastante rural y solo había dos coches en ella, uno de los cuales pertenecía al médico. Los judíos de esta parte de Europa del Este habían sufrido discriminación desde que se consolidara el gobierno prusiano, pero en los años treinta del siglo xx se habían integrado muchísimo mejor y ahora representaban casi el 16% de la población. Los judíos ortodoxos y los jasídicos, quienes destacaban por ir vestidos con túnica y sombrero negros, eran mucho más perseguidos que familias no religiosas como la de los Abramczyk, los cuales se reconocían «de cultura judía» o como judíos «reformados» mucho antes de que el movimiento de reforma comenzara de manera oficial.

Aunque hablaran yidis en casa, celebraran el Sabbat y conmemorasen otros días sagrados con comida *kosher* y velas, apenas iban a la sinagoga y a los niños no los criaron para que observaran con rigurosidad la ley judía, incluso asistiendo a una escuela judía.

Shaiah, el padre de Rachel, era ingeniero textil en una fábrica de sus suegros, una de las pocas industrias en las que podía colocarse alguien que profesara su fe. La familia tenía sus propios telares y empleaba, en su mayoría, a los propios parientes para realizar tapices, cortinas y tejidos con los que decorar los muebles. Vivían bastante bien, en un enorme apartamento de tres pisos con dos balconadas y un jardín trasero enorme, gracias a los padres de Fajga, su esposa.

Shaiah Abramczyk, que contaba cuarenta y ocho años cuando nació su primer hijo, poseía una cultura muy amplia, inusual para la época, y se consideraba un intelectual. Era prácticamente autodidacta, además de un lector voraz al que le encantaban los libros de historia, de arte y los clásicos de la literatura. Obligaba a sus hijos a que se concentraran en los estudios y les animaba a que aprendiesen a hablar alemán con fluidez porque muchos lo consideraban el idioma de la gente culta.

Rachel no solo respetaba a su padre, sino que había heredado su ansia por aprender. Era una estudiante diligente que, junto con sus hermanos, caminaba un kilómetro al día para ir a la escuela, hiciera el tiempo que hiciera. Estudiaban de ocho de la mañana a una y media, tras lo cual tenían libertad para leer o jugar.

Como solía ser habitual por aquel entonces, su madre era mucho más joven que su padre y, de hecho, solo tenía diecinueve años de edad cuando dio a luz a Rachel, a partir de cuyo momento permaneció embarazada durante casi toda la infancia de su hija mayor. Aunque adoraba a sus hijos, Fajga a veces se mostraba en desacuerdo con esa ansia de su marido por amueblar su cabeza y les expresaba a amigos y familiares su deseo de que, por el contrario, podría plantearse considerar métodos de control de natalidad más efectivos.

Fajga, una mujer amable y dulce que estaba orgullosa de su vida y que a menudo les decía a sus hijos «nuestro hogar es nuestro castillo», decoraba el apartamento con una mezcla ecléctica de arte,

buena porcelana y adornos, y siempre tenía flores frescas en *Pesach* («Pascua judía»). Los amigos o familiares que iban a visitarlos se quedaban impresionados de lo ordenada que estaba la casa de los Abramczyk y de lo bien que se portaban los niños. Gran parte de aquella buena conducta se debía a los esfuerzos de Rachel, pues su tímida madre poca disciplina les podía enseñar. En cuanto tuvo edad para sostener un bebé entre los brazos, la niña se convirtió en la figura maternal sustituta de la casa y ayudaba con la comida y las tareas, además de cuidar de sus hermanos.

Preparaba la comida cuando volvían de la escuela y, después de comer, permitía que sus hermanos fueran a jugar. La familia recibía ayuda de otras mujeres de vez en cuando, pero eran las hijas mayores las que hacían la mayor parte de las labores. Sala, la segunda, tres años más joven que Rachel, recordaba: «Una de nosotras siempre estaba con alguno de los pequeños en brazos o haciendo la colada a la antigua, con tabla». A Ester y a Bala, las siguientes, las reclutaron en cuanto tuvieron edad. Sus hermanos, Bernard —al que llamaban «Berek»— y el que vino luego, Moniek, hacían cuanto podían; pero los dos que seguían después, los mellizos Dorcka —a la que llamaban «Dora»— y Heniek, nacidos en 1931; y la más pequeñita de todos, Anička —«Maniusia»—, en 1933, eran demasiado pequeños.

Rachel sentía la presión de la responsabilidad. «Éramos todos muy buenos y no nos peleábamos, como otros hermanos», comentaba, si bien su madre había delegado en ella que se ocupara de que sus hermanos se comportaran y realizaran las tareas. Aquel papel disciplinario lo representó toda la vida. Cabe la posibilidad de que la gran cantidad de quehaceres que tenía a su cargo fuera la causa de que creciera delgaducha y de que a menudo dijeran de ella que era la «enclenque» de la familia. Sala, vivaz y guapa, quien cantaba y bailaba en grupos de teatro locales, comentaba: «Rachel siempre parecía más delgada que los demás».

Financiada en gran medida por los padres de Fajga, que tenían muy buenos contactos, la familia comía bien, disfrutaba de los *pierogi* rellenos y de platos de carne tales como pato con manzana o pollo con ciruelas. Las comidas eran siempre un momento memorable y al recordar lo que comían se les hacía la boca agua (eso ayudó en parte a Rachel y a su familia a subsistir en los peores momentos de la guerra).

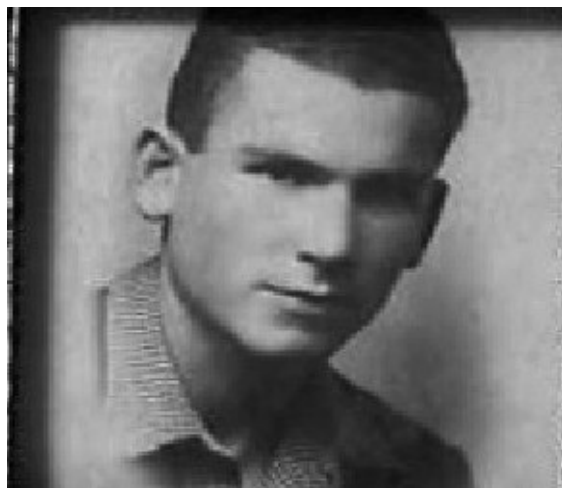
Las cuatro hermanas mayores eran populares entre los chicos de su edad. Educadas, bien vestidas y bilingües, tenían un amplio círculo de amistades compuesto por gente de todos los credos. A Sala la consideraban una belleza tal, que la profesora de pintura de su colegio incluso le hizo un retrato. «Se trató de un gran honor, pero es que siempre fui su favorita», recordaba.

Aunque el negocio de la familia medraba y la suya era una casa moderna y feliz, el estilo de vida de los Abramczyk estaba bajo amenaza constante en su condición de judíos polacos, quienes contaban con experiencia al sufrir una serie de prejuicios generalizados y la única opción de acudir al tribunal de su comunidad o a los rabinos. Todo aquel que no fuera judío y deseara quedarse con algo de lo que poseían, podía hacerlo. Aquello preocupaba a muchos, en especial a las generaciones más jóvenes, que solían hablar de emigrar y empezar una nueva vida en otro sitio en donde no sufrieran

un hostigamiento tan continuo. El sionismo, fundado en el siglo XIX, había experimentado un auge de popularidad en la Europa del Este durante la década de los años treinta. Su concepto idealista de poder llevar una vida sin discriminaciones en la «Tierra de Israel» —considerada el hogar de los judíos— atraía cada vez más a los que se sentían desamparados.

Los judíos más ancianos y observantes de la ley soñaban con viajar a Palestina y morir en algún sitio donde Dios estuviera «más cerca» —el mayor símbolo de posición social—. Algunos, como el padre de Rachel, preferían Azerbaiyán, pues había prometido asilo a los judíos. Los más jóvenes apenas seguían la religión y lo único que querían era establecerse en algún lugar donde pudieran criar a sus hijos sin problemas y todos fueran iguales.

Desde que cumpliera los dieciséis años, Rachel había sido miembro del Fondo Nacional Judío, que recaudaba dinero para emigrar a Palestina. Ella también fantaseaba con mudarse allí en algún momento y poder vivir realizando buenas obras. Tras pasar la adolescencia prácticamente como una niñera al cuidado de sus hermanos, se hizo la firme promesa de casarse cuanto antes con un hombre tan rico como pudiera; lo que cumplió nada más terminar la educación secundaria. Él, de nombre Moshe Friedman —conocido también por «Morris» o «Monik»—, era un joven atractivo nacido el 16 de mayo de 1916, dueño —junto con su madre viuda, Ita, y sus dos hermanos mayores, David y Avner— de una fábrica textil tan grande que se veían obligados a emplear incluso a gentiles, lo que no era muy habitual.



Monik Friedman, marido de Rachel. (© Mark Olsky.)

Había sido Ita, una húngara indomable, la que había logrado que la fábrica funcionase después de que su marido, Shimon, muriera de tuberculosis; una enfermedad que a punto estuvo de llevársela a ella también y que la dejó con una salud quebradiza. No obstante, se convirtió en «la jefa de todo cuanto tenía». Era una madre devota que adoraba a sus hijos, y que se había propuesto sacar el negocio adelante para que estos tuvieran algo que heredar.

Monik y Rachel se casaron en marzo de 1937, en cuanto ella acabó la escuela secundaria. Como había ganado algo de peso desde que era niña, fue una novia atractiva. Su marido solo tenía veintiún

años y ella, con dieciocho, se convirtió en la típica esposa judía, sumisa y tradicional. Cuando se casó, Fajga, su sufrida madre, aún tenía en casa a los mellizos, de seis años, y a la pequeña Manusia, de cuatro. Debió de echar mucho de menos a Rachel.

Monik Friedman compartía el interés de su prometida por el sionismo y la pareja se había unido a una organización juvenil llamada Gordonia (por el sionista progresista A. D. Gordon) que promovía seguir la forma de vida tradicional del kibutz y el resurgimiento de los hebreos. Con el fin de adecuarse a sus creencias, pidieron una boda sencilla. Sin embargo, la influyente madre de Monik esperaba que sus hijos vivieran conforme a su riqueza, de modo que su hijo pequeño y la esposa de este llevaban un estilo de vida envidiable en la casa de Łódź a la que se habían mudado. La inflación posterior a la guerra, que tantos millones de vidas arruinó en Europa, tuvo pocas consecuencias para los que fueron tan espabilados como para invertir en telas u oro.

«Me casé con un hombre muy rico y no tenía que trabajar —admitía Rachel—. Vivíamos mejor que el resto de la gente». Decidieron no ampliar la familia de inmediato porque querían disfrutar el uno del otro y ayudar en todo lo posible a que el negocio prosperara. Además, Rachel había pasado demasiado tiempo cuidando niños.

Łódź, que poseía una enrevesada historia —había pertenecido a Prusia, a Alemania y a Polonia—, era una de las ciudades industrializadas más pobladas del mundo. Se trataba de una metrópolis imponente con edificios magníficos, bulevares de estilo parisino y zonas públicas preciosas; además de albergar la segunda comunidad judía más grande del país —después de Varsovia—, la cual comprendía, aproximadamente, el 30% de casi un millón de habitantes. El resto estaba formado por gentiles polacos y una minoría de alemanes. Łódź, donde se estimaba que había mil doscientos negocios textiles y más de dos millones de husos, se había convertido en la joya del imperio comercial polaco durante la Revolución Industrial además de en un polo de atracción para los trabajadores cualificados.

El matrimonio tenía en la cosmopolita Łódź muchas más cosas con las que entretenerse de las que Rachel había gozado jamás en Pabianice. Sin la necesidad de estudiar ni de ocuparse de otras tareas, Rachel tuvo la oportunidad de concentrarse en la captación de fondos, mientras la familia Friedman debatía si abrir otra fábrica en Varsovia —a ciento treinta kilómetros—, donde, de hecho, ya poseían un apartamento. Sin embargo, decidieron posponer aquel plan debido a lo que estaba sucediendo en el mundo. Cuando Adolf Hitler anexionó Austria y expulsó a todos los polacos, quedó claro que seguir ignorando al canciller alemán resultaba un despropósito; después de la *Kristallnacht*, fue evidente que su amenaza era genuina. Mientras los judíos alemanes, austríacos y sudetinos se preparaban para huir, Rachel y Monik se plantearon hacerlo también mientras estuvieran a tiempo. Al fin y al cabo, eran sionistas y muchos de sus amigos estaban emigrando a Palestina. Ahora bien, ¿qué iban a hacer en Levante, tan lejos de sus seres queridos? ¿Cómo y dónde iban a vivir en mitad de aquel clima cálido y hostil de Oriente Próximo?

Aunque la idea de escapar de las políticas extremistas de los nazis resultaba tentadora, Hitler y sus

fanáticos todavía se hallaban bastante lejos y todo el mundo tenía la esperanza de que se conformaran con lo que ya habían tomado. Aun cuando su influencia llegase a Polonia, los Friedman creyeron que el objetivo iban a ser los judíos religiosos, y no los acaudalados e integrados como ellos.

Después de mucho deliberar, Rachel y Monik decidieron quedarse en su madre patria. Parecían alemanes y hablaban alemán. Además, tenían una situación económica mucho mejor que la mayoría y gran cantidad de amigos gentiles. Hasta que las relucientes botas militares negras no marcharon sobre la ciudad, no se dieron cuenta del peligro que corrían. Como Rachel contaría más tarde: «La brutalidad de los nazis no me sorprendió lo más mínimo. Lo que no me cabía en la cabeza era que un pueblo como el alemán estuviera haciendo algo así». Además, la pareja no creía que fuera a tener, en ningún otro lado, una vida tan buena como la que llevaba allí. Ambos consideraron que podrían lidiar con lo que les echaran, más allá de las circunstancias, incluso contemplando la pérdida de sus propiedades.

Pero aquellos pensamientos esperanzados se vieron truncados cuando, en el amanecer del 1 de septiembre de 1939, los nazis invadieron Polonia con una *Blitzkrieg* («guerra relámpago») mostrando así su tremenda superioridad militar. La infantería irrumpió por las fronteras norte y sur y hubo múltiples bombardeos, incluido un ataque aéreo contra Wieluń —a una hora de Pabianice— que arrasó el 90 % del centro de la ciudad, además de provocar la muerte de mil trescientos civiles. Comunidades enteras huyeron en bicicleta, a pie o en carro con la esperanza de que el ejército polaco consiguiera frenar el avance alemán. Muchos cruzaron la frontera hacia Rumanía, Lituania o Hungría. Después, la Luftwaffe pulverizó Varsovia en un ataque sorpresa en el que hubo tanto objetivos civiles como militares. Murieron decenas de miles de personas y muchas más resultaron heridas.

Tanto Rachel, en Łódź, como su familia, en Pabianice, oyeron los aviones y corrieron a los refugios mientras las sirenas aullaban con cada nuevo ataque. Cuando Gran Bretaña y Francia le declararon la guerra a Alemania, el 3 de septiembre, la pareja ya no pudo huir.

Cuando por fin terminó el bombardeo, los nazis asediaron Varsovia durante tres semanas, hasta que las tropas polacas capitularon. Los alemanes tomaron cien mil prisioneros de guerra. Al día siguiente, el 1 de octubre de 1939, los tanques Panzer alemanes rodaban por las calles mientras la Wehrmacht ocupaba la ciudad. Hitler anunciaría triunfante: «El estado al que Inglaterra había extendido su garantía ha sido borrado del mapa en dieciocho días. [...] La primera fase de esta guerra ha terminado y comienza la segunda». A sus jubilosos seguidores les aseguró que Alemania se había convertido en la mayor potencia del mundo.

Después de la conmoción inicial producida por la invasión llegaron las primeras muestras de antisemitismo. Desde el principio, las dos familias se dieron cuenta de que su «bella vida» había llegado a su fin. Los alemanes y los soviéticos se repartieron Polonia y ninguno de los bandos parecía mejor que el otro. De inmediato, los judíos que contasen entre catorce y sesenta años fueron condenados a trabajos forzados. Muchos de los polacos alemanes que con tanto entusiasmo habían

celebrado la llegada del ejército de Hitler empezaron a comportarse, de la noche a la mañana, como si fueran más alemanes que los propios germanos, iniciando una campaña de racismo y humillaciones públicas contra aquellos que hasta entonces habían despreciado en secreto.

Los hombres de la secta jasídica, en especial, eran objeto de violencia gratuita en unas calles que se habían vuelto hostiles contra ellos. A menudo los paraban y maltrataban pegándoles con la culata del rifle, cortándoles la barba —o incluso mesándosela— u obligándoles a limpiar el pavimento con un cepillo de dientes o su chal de oración. A muchos los ahorcaron porque sí. Asaltaban sus hogares y rompían los escaparates de sus negocios y las ventanas de las sinagogas. Los alemanes suprimieron las festividades de los judíos y les obligaron a realizar trabajos forzados, en vez de permitirles seguir en la industria textil, que tan bien se les daba. A aquellos a quienes no deportaron, los forzaron a entregarles prácticamente todas sus posesiones y les prohibieron realizar transacciones monetarias.

Miles perdieron su sustento y la mayoría de sus pertenencias a los pocos días de la invasión. Muchos de sus vecinos se unían a las fuerzas de ocupación para asaltar los hogares judíos y apropiarse de cuanto quisieran. Les robaban la vajilla de porcelana y la ropa de hogar, los cuadros y los muebles. Incluso les arrancaban la alianza del dedo. Los judíos tuvieron que llevar, en un principio, brazaletes amarillos y, después, estrellas amarillas, emblemas que ponían de manifiesto su segregación.

Los alemanes declararon idioma oficial el alemán en su parte de Polonia y cambiaron los nombres de las poblaciones y las calles: Pabianice pasó a ser Pabianitz, Łódź se renombró como Litzmannstadt en honor a un general de la Primera Guerra Mundial, y cuando la calle mayor pasó a llamarse Adolf Hitler, Rachel y Monik tuvieron claro que los alemanes pretendían quedarse.

Con todos los medios disponibles a su alcance, que eran considerables, Monik se las ingenió para conseguir documentos de identidad falsos que aseguraban que era *Volksdeutsche* («polaco alemán ario»). Gracias a que era rubio y tenía los ojos verdes, aquello le dio cierta posición entre los polacos arios, que parecían decididos a convertirse en la clase gobernante. Compró papeles similares para Rachel, lo que les permitía viajar con libertad de Łódź al apartamento de su familia en Varsovia y también que no les aplicaran unas medidas cada vez más restrictivas. Ironías de la vida —de no ser por la devoción que tenían hacia su negocio y sus familias—, la pareja pudo haberse mudado a una población más segura y haber permanecido en ella hasta el final de la guerra sin que la descubrieran.

Unos amigos le habían contado a Rachel que sus familiares, a pesar del asedio, seguían vivos en Pabianice; sin embargo, ponerse en contacto con ellos la delataría. También se enteró de que los nazis estaban preparando un gueto para judíos en una zona pequeña de su antiguo pueblo y que algunos se habían mudado allí de forma voluntaria con la esperanza de que el número hiciera la fuerza. Las autoridades aseguraban que aquel gueto era necesario para proteger a los judíos de los ataques de los arios y para impedir que siguieran «colaborando con los enemigos del Reich»; también alegaban que había que mantenerlos aparte para evitar el riesgo de propagación de las enfermedades con las que, por lo visto, nacían. A principios de 1940, la familia de Rachel se

encontraba entre las miles de familias de Pabianice y de las regiones circundantes a las que los nazis habían obligado a mudarse a uno de los primeros guetos europeos y a las que, bajo pena de muerte, se les prohibía abandonar sus límites, fuertemente vigilados.

Avisaban a familias enteras con muy pocos días de antelación y les permitían llevarse solo ropa de cama y unas pocas pertenencias. Para diciembre de 1940, el gueto había pasado de contar con unos cientos de habitantes a casi ocho mil, que vivían hacinados en las habitaciones o apartamentos que les asignaban las autoridades. Por suerte, los Abramczyk tenían unos amigos que eran dueños de una propiedad en el apretado gueto de calles adoquinadas y les ofrecieron una habitación grande. El sitio disponía de algunos muebles y de una cocinita. Otros no tuvieron tanta suerte y muchas familias se vieron obligadas a separarse o a compartir con desconocidos espacios muy pequeños de almacenes casi en ruinas o de bloques de apartamentos desolados, la mayoría de los cuales carecía de luz eléctrica y de agua corriente.

El gobierno nazi obligaba a pagar con bienes o servicios la comida y el combustible que llegaba al gueto, por lo que todos sus habitantes precisaban trabajar. De acuerdo con los términos de las Comunidades Económicas instauradas por el Consejo de Ancianos Judíos —designado por los alemanes—, un día de faena equivalía a una ración de sopa, así que si no cumplían con sus turnos se arriesgaban a morir de hambre. Algunos trabajaban muy duro en fábricas que había a las afueras del perímetro del gueto y otros lo hacían en casa. Sala, Moniek y Berek se hallaban empleados en una fábrica dedicada a manufacturar ropa, uniformes y objetos de lujo. Fajga se quedaba en casa con los hijos más pequeños y Shaiah hacía lo que podía para conseguir comida y que el suyo fuera un hogar habitable. La familia subsistía con ollas de sopa clara o guisos y con un poco de pan. Tenían que pedir, rebuscar entre la basura y realizar trueques para conseguir más verduras y con suerte un poco de carne o huevos.

Desde las cinco de la tarde hasta las ocho de la mañana, los habitantes del gueto tenían que permanecer en el confín de su hogar, abarrotado siempre y, en verano, además, sofocante. Por si fuera poco, como el sistema de alcantarillado no funcionaba, la gente usaba cubos de madera que enseguida se llenaban y que había que vaciar cada día en apestosas fosas sépticas o carretones para los excrementos —simples carros de madera— que empujaban los desafortunados que componían el *Scheisskommando* («servicio de la mierda»).

La familia de Rachel intentaba contentarse con su situación y rezaba para que aquella dura prueba terminase pronto. Unos y otros hacían lo imposible por mantener la moral alta y no dejaban de animarse diciendo: «Una semana más y volveremos a ser personas». Pero las semanas se convirtieron en meses y nada cambiaba. La moral decaía, lo que los llevaba a adelgazar y enfermar. Sala dijo en una ocasión: «Cuando nos arrebataron el orgullo, intentamos sobrellevarlo lo mejor que pudimos, pero ya no éramos los de antes».

En febrero de 1940, en los barrios de Bałuty y Stare Miasto —casi en ruinas— los alemanes organizaron un gueto parecido, de unos dos kilómetros y medio cuadrados, para los ciento sesenta y

cuatro mil judíos de Łódź. Rachel y Monik decidieron huir, pues aún estaban a tiempo, y se mudaron a su apartamento de Varsovia con la madre de él y sus dos hermanos. Aunque la Luftwaffe había arrasado gran parte de la ciudad, Varsovia era en aquel momento una zona de Polonia dispuesta bajo la administración del gobernador y general alemán Hans Frank. La pareja albergaba la esperanza de no llamar tanto la atención allí. «No esperábamos que la guerra durara más de dos o tres meses», confesó Rachel.

En la capital se encontraron con que la gente estaba muy nerviosa. A diario llegaban riadas de refugiados de todo el país en busca de asilo, así que la vida no era tan sencilla como habían previsto. No paraban de llegar carros —tirados tanto por animales como por personas— cargados hasta arriba en precario equilibrio con todo cuanto sus dueños habían podido recoger, con ollas y sartenes colgadas a los lados traqueteando entre sí. Había una gran escasez de comida e incluso con papeles falsos corrían el riesgo constante de que los arrestasen, o algo peor.

En abril de 1940 empezó la construcción de los muros del gueto de Varsovia, en donde encerraron, hacinados, a los cuatrocientos mil judíos que había en la ciudad, por lo que pasó a convertirse en el gueto judío más grande de la Europa ocupada por los nazis. En los siguientes meses, el pánico comenzó a extenderse, dado que la gente empezaba a huir en mayor medida al este con la esperanza de escapar a Palestina o a algún otro país más seguro. Rachel, Monik y los hermanos de este también viajaron hasta la frontera para investigar de qué posibilidades disponían. A lo largo del camino se encontraron con varias columnas de refugiados rezagados que llevaban consigo todo cuanto habían podido reunir a la espera de encontrar asilo en países lejanos.

Ita, la madre de Monik, se había negado a abandonar su hogar porque su salud había empeorado desde la invasión de los nazis. Al igual que muchos otros hijos de aquella generación, Monik sentía que tenía una obligación para con su madre y que estarían mejor si permanecían juntos. Cuando Rachel y él comprendieron que marchándose les aguardaba una vida nómada y extraña, se dieron cuenta de que huir con Ita no resultaba factible. «Iba a ser muy duro, demasiado para ella, así que decidimos volver y quedarnos», reconocía Rachel.

En noviembre de 1940, los nazis habían forzado a todos los judíos en Varsovia a vivir en el gueto y disparaban a matar contra todo aquel que intentara escapar. Detrás de muros de tres metros de altura coronados por alambre de espino, cientos de miles de personas vivían apiñadas en una zona de poco más de dos kilómetros cuadrados. El gran apartamento de los Friedman se encontraba dentro del gueto desde el principio, así que apenas sintieron el cambio. «La vida era casi normal —aseguraba Rachel—. No hacíamos gran cosa y vivíamos gracias al dinero de mi suegra». Las autoridades permitían la entrada en el gueto con comida y paquetes, y quien tuviera unos cuantos *zlotys* o *Reichsmarken* podía adquirir ciertos lujos en el mercado negro. Pasaban los meses y la vida seguía sin grandes cambios, hasta el día en que la familia recibió la orden de abandonar el apartamento porque era demasiado grande para cuatro personas. Con gran amabilidad, un cliente de antes de la guerra les ofreció una habitación de su apartamento, que aceptaron muy agradecidos.

La gente había empezado a caer en las calles y la tasa de mortalidad por inanición y enfermedades como la tuberculosis y el tifus alcanzaba los dos mil individuos al mes, de modo que Rachel decidió organizar un grupo de asistencia para los que no eran tan afortunados como su familia, sobre todo si procedían de Pabianice. «Había mucha gente pobre que estaba muy hambrienta, así que unos cuantos organizamos una cocina para que, por lo menos, pudieran comer una sopa y un mendrugo de pan al día. Algunos pagaban unas monedas por la comida y con eso comprábamos más. Alimentábamos a unas setenta personas a diario».

El *Judenrat* («Consejo de ancianos»), que dirigía el día a día dentro del gueto, les buscó a Rachel y a sus voluntarios una cocina más grande para que preparasen la comida de los pobres, pero no les proporcionó ninguna ayuda material. «Lo hicimos durante seis meses, hasta que nos quedamos sin dinero. Entonces, tuvimos que dejarlo».

Rachel cambió de objetivo y empezó a reunir ropa para aquellos con más probabilidades de morir de frío en invierno. A pesar de que ellos tenían leña y algo de comida, en las calles empezaban a aparecer cadáveres y el pequeño cementerio del gueto se llenó tan rápido que hubo que empezar a enterrar a los muertos en fosas comunes. Le preocupaban en especial los niños que había en el gueto, muchos de los cuales carecían de defensas, pues estaban desnutridos y enfermos. Junto con un par de amigos, fue a ver a Janusz Korczak, de sesenta y dos años, médico, educador y escritor de cuentos, quien en 1912 había fundado el primer orfanato de Varsovia. Korczak había rechazado varias oportunidades de huir del gueto porque se negaba a abandonar a los doscientos niños callejeros que tenía a su cargo.

Las mujeres le ofrecían ayuda en su orfanato de la calle Dzielna. El director les solicitaba ropa de abrigo para sus «pequeñines» y ellas se la conseguían. Lo más probable es que aquellos fueran los abrigos y vestidos que llevaban el día en que, un año después, Korczak les pidió que se pusieran elegantes porque iban a marcharse del gueto. Las deportaciones al Este habían comenzado y a los jóvenes, viejos y enfermos fue a los primeros a los que trasladaron en los trenes. Dado que había declarado: «Adonde vayan mis niños, he de ir yo», Korczak los acompañó mientras marchaban, de dos en dos, al *Umschlagplatz* («andén de carga») de la estación de tren Warszawa Gdańska, desde la que un ferrocarril los condujo a las cámaras de gas del campo de concentración de Treblinka. Murió junto a ellos.

Adam Czerniaków, el líder del *Judenrat*, quien no había conseguido impedir que los nazis deportaran a seis mil judíos al día, prefirió ingerir una cápsula de cianuro en vez de acatar sus imposiciones. A su esposa y a un miembro del *Judenrat* les dejó una nota en la que decía: «Me piden que asesine con mis propias manos a los hijos de mi nación. No puedo hacer otra cosa que matarme [...] Ya no soporto esta situación. Mi actuación demostrará a los demás qué es lo que deben hacer».

Los límites del gueto estaban muy bien protegidos, pero sus habitantes podían salir con los papeles adecuados. Privados de los productos que se habían acostumbrado a comprar a los mercaderes judíos, los gentiles de Varsovia se veían obligados a recurrir al mercado negro. Aquellos que se

mostraron solidarios con las necesidades de las personas atrapadas en el gueto se arriesgaron a que los condenasen a muerte por llevarles bienes tan básicos como comida, combustible o leña. Por otro lado, hombres y chicos se arrastraban por túneles y canalizaciones para introducir el correo y provisiones.

Gracias a sus documentos falsos, Monik a veces se arriesgaba a salir extramuros para comprar provisiones esenciales o en busca de noticias de cómo le iba a la familia de Rachel en Pabianice. Cada vez que lo hacía, su esposa era consciente de la posibilidad de que no regresara de nuevo. Se sentía muy aliviada cuando volvía y, en la cama, entre susurros, pasaban la noche intentando consolarse con la idea de que aquella pesadilla no podía durar mucho más. Incluso cuando empezaron las deportaciones, se decían: «Esto tampoco durará». Cuando los nazis prometieron comida adicional y la posibilidad de trabajar en una granja y vivir en balnearios a aquellos que se ofreciesen voluntarios para que los «reubicaran», la familia no se dejó convencer. Estaban decididos a permanecer juntos hasta que les obligaran a irse. Seguían aferrándose a la esperanza de que la guerra concluyera en poco tiempo.

Sin embargo, era evidente que les estaban apretando las tuercas. Oficiales de las SS, acompañados por policías judíos —que vestían un sombrero y un uniforme especiales adornados con una estrella amarilla—, empezaron a detener a personas que consideraban «subversivas» y a ejecutarlas sumariamente. A otros los ahorcaban en la plaza mayor. Las familias sentían pavor a que llamasen a su puerta, en especial, después del toque de queda. Detuvieron a casi todos los contrabandistas del gueto y los acribillaron a balazos, hecho que seccionó el contacto de los judíos con el mundo exterior. Se volvió demasiado arriesgado usar papeles falsos, y la escasez de comida, cada vez mayor, aceleró las muertes.

Monik, que cada vez se sentía más impotente, estaba convencido de que su joven esposa y él tenían que escapar. Con casi todo el dinero que le quedaba a la familia, y a pesar de que los riesgos eran enormes, contrató a un contrabandista para que sacase a Rachel del gueto. El pasador —gentil, lo más seguro— llegó con un carro y un caballo. Recogió a Rachel y a otra mujer y, sin inmutarse, las sacó por la puerta al trote, tras lo cual emprendió un viaje de ciento veinte kilómetros hasta Pabianice. «Tardamos tres días en llegar —confesó Rachel—. No nos escondíamos. Íbamos vestidas como granjeras, con *babushkas*». Dos semanas después, el contrabandista volvió a por el marido.

Avner, uno de los hermanos de Monik, se quedó en Varsovia cuidando de Ita, su madre. El otro hermano, David, había huido al Este y lo último que sabían de él es que estaba en la Unión Soviética. Avner le siguió más tarde y acabó en Kiev. No obstante, no hay constancia de que ninguno de los dos sobreviviera a la guerra.

Rachel llevaba dos años sin ver a su familia y la reunión en el gueto de Pabianice fue muy emotiva. Shaiah Abramczyk andaba por los sesenta y cinco años y su esposa mediaba la treintena, pero ambos parecían mucho mayores. Frágiles y céreos, la chispa de sus ojos había desaparecido y también la alegría que, tal y como recordaba su hija, conservaban cuando era niña. Ahora bien, les encantó que

volviera, poder oír las noticias que les traía y contarle a su vez las suyas propias, entre las que le relataron, orgullosos, que habían podido celebrar su veinticinco aniversario con unos pequeños regalos y algo un poco mejor que sopa para comer.

A pesar de lo contenta que se sentía por estar con su familia, Rachel no tardó en darse cuenta —al igual que su esposo— de que, allí, la vida era tan mala como en la capital. Al poco de llegar, les informaron de que los judíos de Pabianice iban a ser deportados al gueto de Łódź, donde se decía que las condiciones eran todavía peores. Rachel y Monik dejaron hundida a su familia, pero consideraban que no les quedaba más remedio que volver a pagar a un contrabandista para que les ayudase a entrar en Varsovia de la misma manera que habían salido. Una vez dentro, cada cual hizo su camino por separado instalándose en una casa diferente por motivos de seguridad. A Monik lo acogieron unos amigos, tal y como habían quedado, pero la puerta del «piso franco» en que debía quedarse Rachel estaba cerrada a cal y canto y sus ocupantes tenían tanto miedo que no quisieron dejarla entrar. A pesar del riesgo que corría de ser detenida por la policía, no le quedó más remedio que persuadir al contrabandista, que aún esperaba, para que la llevara de vuelta con sus padres.

Poco después del regreso de Rachel, el sábado 16 de mayo de 1942, militares y policías rodearon el gueto de Pabianice con la intención de «liquidarlo». Las autoridades dieron a los ocupantes veinticuatro horas para que recogieran sus bienes más preciados. Mientras los nazis los apuntaban con los rifles y los amenazadores perros alsacianos les ladraban sin descanso, la población judía se vio obligada a formar con precisión militar. Los once miembros de la familia Abramczyk, Rachel incluida, permanecieron muy juntos mientras marchaban al estadio de la ciudad, donde los alemanes pretendían contarlos para hacer un «censo».

Estuvieron allí sentados todo un día y una noche. No les dieron de comer y a algunas personas les pegaron palizas y humillaron. Por fin, fueron informados de que los iban a enviar a Łódź en autobús y en tren. Mientras permanecían en filas que parecían no tener fin, a la espera de subir a los vehículos, los soldados alemanes decidieron que iban a solventar allí mismo quiénes eran viables para los trabajos forzados y quiénes no. «Vimos cómo se llevaban a los ancianos y a los niños menores de siete u ocho años. No les permitían subir al autobús —explicaba Sala—. Nosotros tuvimos suerte porque la más pequeña de los hermanos tenía once años y pudo quedarse con nosotros».

Se desató el caos porque madres histéricas se negaban a separarse de sus hijos. Rachel y su familia presenciaron horrorizados cómo los nazis le arrancaban un bebé de los brazos a su madre y lo lanzaban por los aires. No vieron dónde aterrizaba el niño, pero eran conscientes de que era muy improbable que hubiera sobrevivido. «Jamás lo olvidaré —comentaba Sala—. Después de aquello, algunas madres les entregaron sus hijos a las abuelas para que los cuidaran; sin que supieran adónde iban o qué iba a ser de ellos».

En cuestión de dos días, los nazis «seleccionaron» de forma despiadada a cuatro mil individuos —entre niños, ancianos y enfermos—, después de lo cual los enviaron a enfrentarse a un futuro

desconocido. Los lloros de sus parientes se oían desde fuera del estadio, igual que los disparos, pues los nazis ejecutaban al momento a todo el que protestara.

Mientras la familia de Rachel esperaba su turno para ser deportada, los oficiales alemanes pidieron que se presentaran voluntarios jóvenes y fuertes con el fin de acompañar a los niños y ancianos y desempeñar una «labor importante». Horrorizados, Rachel y los suyos vieron cómo Moniek, que tenía dieciocho años, se ponía en pie de un salto y ofrecía sus servicios. Insistía en que los niños no tendrían tanto miedo si los acompañaba. «Le dijimos: “¡No vayas! ¡Quédate aquí!”», pero respondió: “No, tengo que ayudarles”. Se lo llevaron con los pequeños». La última vez que vieron al joven y atractivo Moniek iba en un autobús lleno de chiquillos, cantando canciones infantiles para intentar calmarlos.

En aquel momento, la desconsolada familia no pudo imaginarlo siquiera, pero a los seleccionados los transportaron a Chełmno —renombrado Kulmhof por los alemanes—, un centro de las SS que se encontraba a unos doscientos kilómetros al noroeste de Łódź, especializado en asesinatos en masa. Se calcula que, durante la guerra, fueron allí exterminadas ciento cincuenta mil personas —ya pegándoles un tiro después de ponerlas ante una fosa común, ya tras subirlas a un camión adaptado para que el monóxido de carbono que salía del tubo de escape entrara en la caja mientras este se dirigía a un claro en medio del bosque de Rzuchów—. Setenta mil de aquellas víctimas provenían de Łódź. Hasta muchos años después de la guerra, la familia no descubrió lo que le había sucedido a su querido Moniek.

«Los llevaron a un bosque y les dispararon —contaba Sala—. Mi hermano era uno de los encargados de recogerlo todo y, cuando él y los demás jóvenes hubieron acabado, les pegaron un tiro. Le pidieron que se quitase la ropa y las autoridades la encontraron más tarde. Fue al primero de nuestra familia que mataron».

Como desconocían cuál había sido el destino del muchacho, los Abramczyk estaban destrozados por la separación y el dolor los tuvo aturridos mientras los deportaban a Łódź.

A Rachel, las condiciones del nuevo gueto —situado en un suburbio, donde se calcula que, entre 1941 y 1942, setenta mil judíos murieron de hambre— le resultaron terribles en comparación con las de Varsovia. Contaba que nunca había sabido qué era pasar hambre de verdad hasta que llegó a Łódź. Uno de los cartelones que había junto a la verja de acceso, muy vigilada, decía: «Zona residencial judía. Prohibida la entrada». Había soldados apostados cada quinientos metros con órdenes de disparar a todo el que intentase escapar.

Al otro lado de las barricadas, rodeadas de alambre de espino, unas doscientas treinta mil personas se hacinaban en condiciones pésimas en el interior de bloques de pisos que se alzaban en calles embarradas o adoquinadas. Había apartamentos sin ventanas que albergaban comunidades enteras. El aire estaba enrarecido por el olor de las aguas residuales y de la gente que se pudría —muerta o en vida—. Los espantajos que vivían allí estaban tan catatónicos que les daba igual su apariencia. Les colgaban los pellejos como si fueran las arrugas de la ropa y, a la luz, la silueta de muchos era tan

insustancial que daba la impresión de que el viento podría llevárselos. Sala explicaba: «Los que más tiempo llevaban allí tenían un aspecto horrible. Estaban desnutridos e hinchados por el hambre. Apenas podían caminar y tenían la cara macilenta y amarilla. Era lastimoso».

Tres puentes de madera cruzaban las calles principales del gueto, prohibidas a quienes no fueran arios. El tranvía pasaba por debajo de ellos, pero a los pasajeros no les permitían bajarse, por lo que solo podían observar cómo las condiciones del gueto iban empeorando por días. Los Abramczyk, que venían de un hogar lleno de color y alegría, estaban rodeados ahora de colores grises y de personas que parecían sombras, como si los pigmentos de la vida se los hubieran llevado el hambre y el frío.

Igual que en casi todos los guetos que crearon, los nazis insistían en que los judíos pagasen su mantenimiento, por lo que el objetivo principal de estos últimos pasaba por trabajar a cambio de la oportunidad de vivir. Había más de un centenar de fábricas al otro lado de los muros que rodeaban el perímetro y todo aquel que estuviera entre los diez y los setenta y cinco años debía buscar trabajo. Cada día, en la calle Lutomska, las autoridades comunicaban a los recién llegados por la megafonía del patio de la estación de bomberos —el espacio abierto más grande del gueto—, dónde tenían que presentarse antes de que sonasen los silbatos de las fábricas. Los nazis establecieron una «prestación para judíos», de unos treinta *pfennige* diarios por persona, para que los gastaran en las raciones de subsistencia que se servían en las cocinas comunes, de modo que cada residente precisaba trabajar para devolver aquel «préstamo». A Rachel y a sus familiares enseguida los emplearon en fábricas que producían todo lo necesario para la maquinaria de guerra alemana —entre lo que se incluía productos textiles, zapatos, mochilas, monturas, cinturones y uniformes—. A cambio, los nazis les proporcionaban suficiente comida como para sobrevivir —aunque no siempre— y unos pocos servicios básicos.



Pasarela en el gueto de Łódź destinada a los judíos para evitar las calles

Tras haber completado la mitad de un turno, el trabajador tenía derecho a un tazón de sopa o «bazofia», junto a un pedacito de pan. Cada semana hacían cola para obtener otras raciones, tales como remolacha, patatas, col, cebada o cebolla, dependiendo de lo que hubiera. Si las autoridades se sentían generosas, les entregaban una salchicha pequeña de origen dudoso, una barrita de margarina, harina, miel artificial o pececitos —apestosos—, lo que debía alcanzarles para todo el mes. A veces, les daban algo de leche, pero en verano enseguida se agriaba, o bien productos frescos que se pudrían casi de inmediato.

La forma de gestionar las provisiones de la semana quedaba en manos de cada uno. Podían realizar trueques con zapatos, ropa, cigarrillos, libros u otras pertenencias valiosas a cambio de algo más de comida, como hojas de rábano para darle más sabor a la sopa o tubérculos con los que, por lo general, se alimentaba al ganado. Shaiah, el padre de Rachel, fumador empedernido, a menudo cambiaba su comida por cigarrillos, de modo que empezó a encoger.

Lo que más recordaban Rachel y su familia acerca del gueto era que «nunca dejaban de trabajar y siempre sentían hambre». Empezaron a hundírseles los ojos y a sobresalirles la cadera. Se ajustaban el cinturón, pero cada cierto tiempo precisaban realizar agujeros nuevos. La poca ropa que tenían pronto estuvo harapienta y se quedó acartonada por la grasa. Les dolía la tripa y les pesaban las piernas. Igual que en Varsovia, era el mercado negro lo que hacía posible que la gente siguiera viva, pues los puntos de distribución y los almacenes de patatas eran presa cada vez más de la corrupción y de los robos —conocidos por todos como «desnatar»—. A causa de la desnutrición, cientos de personas tenían abscesos purulentos o los pies, las piernas o el cuerpo hinchados. «Algunos apenas podían andar porque se llenaban la tripa de agua, bebían demasiado —recuerda Sala—. Llegó un momento en que mis pies no podían conmigo y mi madre me dio un aceite negro y azúcar moreno como si fueran vitaminas. No sé cómo, pero funcionó».

Se calcula que el 20% de la población del gueto murió de inanición, cansancio o enfermedad. Durante los fríos inviernos, la gente moría congelada en la cama. Algunos se suicidaban tirándose por la ventana, envenenándose o ahorcándose para evitar lo inevitable. Unos pocos padres mataron a sus hijos, tras lo cual se quitaban la vida. Otros «se lanzaron contra el alambre», lo que implicaba correr hacia las barricadas con la esperanza de que una bala nazi les adelantara el final. Más tarde, en los campos de concentración, los prisioneros más desesperados recurrían a este método de lanzarse contra la alambrada electrificada, con el propósito de acelerar su muerte.

Mordechai Chaim Rumkowski, un negociante polaco de sesenta y tres años que no tenía hijos fue declarado por los nazis *Juden Älteste* («Consejero representante de los judíos»). Al igual que ocurrió con Czerniaków en Varsovia, lo pusieron al frente de la dirección del día a día en el gueto, labor que realizaba desde su despacho en la calle Bałuty. Entre sus quehaceres estaba el de decidir el destino de hombres, mujeres y niños. Antaño había sido fabricante textil y director de un orfanato, pero acabó

convirtiéndose en una figura controvertida; considerado un héroe por unos y un colaboracionista por otros cuando decidió cooperar con los nazis.

El hombre, de pelo cano y ojos azules, creía que si ponía en práctica su habilidad negociadora, así lo había hecho mientras fue director del orfanato más grande de la ciudad, podría conseguir salvar a los suyos como «moneda de cambio», pues eran trabajadores muy habilidosos. Dio forma al lema «*Unser Einziger Weg Ist... Arbeit!*» («Nuestra única opción es... ¡trabajar!») e insistía en que si el gueto producía mucho, los nazis no iban a poder permitirse el lujo de deshacerse de una mano de obra tan buena. Dos años después de que los alemanes hubieran destruido el gueto de Varsovia y otros, algunos creyeron que, en efecto, aquello podía garantizar su supervivencia.

Ahora bien, también creó una clara estructura de clases dentro del gueto, y a gran parte de la élite gobernante asociada con el hombre conocido como «El más anciano» le fue muy bien con aquella disposición. Quienes le ayudaron a engañar y explotar a judíos como ellos, a que se murieran de hambre, vivían en apartamentos confortables, bebían vodka y se quedaban con la comida destinada para otros. Algunos incluso tenían dachas de veraneo en el antiguo distrito rural de Marysin; o pagaban a profesores de música y hebreo para sus hijos, gozaban de lujos como agua caliente y jabón —artículos que les eran enviados del exterior—, e incluso acudían a conciertos y bailes, mientras el resto de la población permanecía sentada en el suelo de sus casas, rascándose las pústulas. En invierno, cuando los alemanes solo distribuían carbón para los hornos de las cocinas y panaderías, la élite disponía de él en abundancia; los demás debían conformarse con lo que se caía de los vagones o arrancar vigas de edificios deshabitados.

Rachel y ocho de los miembros que quedaban de su familia, al compartir una habitación grande en un apartamento bien situado en la zona centro del gueto —renombrada Pfeffergasse—, estaban mejor que muchos. Aun así, dormían apelotonados en colchones tirados en el suelo, no solo para mantenerse calientes, sino por falta de espacio. A Berek, a quien enseguida condenaron a trabajos forzados por ser joven y fuerte, lo alojaron en otro sitio. Cada semana, un colmado de la zona proporcionaba a la familia su ración de pan. Los Abramczyk enviaban a hacer cola a Heniek, el más pequeño, con la esperanza de que conmoviera al tendero y le entregara alguna hogaza más grande. Cuando, de vez en cuando, el chico conseguía traer aquel pan adicional, Fajga lo cortaba con cuidado en nueve pedazos y siempre le entregaba el más grande a su marido «porque era el rey del castillo».

Cada noche, cuando los miembros mayores de la familia regresaban a casa del trabajo, Fajga les servía la sopa que había cocinado con cualquier resto que hubiera conseguido. A veces les daban patatas, pero la mayoría de las que les llegaban en invierno estaban congeladas y tan negras por la podredumbre que debían deshacerse de ellas por temor a envenenar a la gente. En otras ocasiones, les daban nabos. Entre las raciones de las que podían disponer se incluía un sucedáneo de café en polvo, que Fajga mezclaba con un poco de agua para preparar unas pequeñas empanadillas con las que intentaban saciar a los niños. Más adelante, el olor del café siempre recordó a Rachel y a sus hermanas aquellas empanadas tan innovadoras.

«Por mucha hambre que tuviéramos, procurábamos no perder la alegría —decía Sala—. No dejábamos de pensar que, pronto, cualquier día de aquellos, la situación podía cambiar».

Shaiah Abramczyk, cuyo gran sentido práctico e inventiva resultaban sorprendentes, y a pesar de trabajar todo el día en un taller, también hacía demostraciones de sus habilidades en casa. Dividió una de las zonas de la habitación para tener un poco de privacidad, les arreglaba los zapatos a sus hijos, hacía baldas y, no se sabe cómo, consiguió conectarlos a la electricidad para que tuvieran luz y pudieran usar la máquina de coser. Esto último resultaba muy útil, en especial en relación con Sala, una costurera talentosa que hacía ropa y sombreros para los alemanes. Cuando la muchacha, con los pies doloridos y los ojos enrojecidos por el esfuerzo, volvía a casa de su turno en una fábrica en la que se trabajaba en penumbra, se tomaba la sopa y se ponía a coser a partir de telas viejas; para ofrecerlas luego a cambio de comida a una de las familias de la élite gobernante.



Trabajos forzados en el gueto de Łódź. (© akg-images.)

«Mi trabajo [...] consistía en diseñar ropa elegante para damas, que la fábrica enviaba a Alemania —contaba Sala—. A veces, me tocaba probarme las prendas y los alemanes venían y me observaban con ellas puestas. Luego, ya en casa, me las apañaba para diseñar modelos con lo que tuviera. [...] Recuerdo que en una ocasión conseguimos mucha tela verde».

Trabajar no solo era necesario para conseguir comida, sino para evitar la amenaza constante de que te «reubicaran» en los campos de trabajo, cosa que los nazis habían empezado a realizar en enero de 1942, antes de que Rachel y su familia pasaran a engrosar la población del gueto. Desde finales de 1941, habían estado llegando a Łódź judíos y gitanos roma procedentes de la Europa ocupada, y, con objeto de hacerles sitio, a Rumkowski y a su Comisión de Reubicación les ordenaron supervisar la deportación diaria de mil personas. Si los ancianos no entregaban a las personas suficientes para satisfacer las cuotas, los nazis se encargarían de completarlas con sus propias esposas e hijos. Rumkowski, que se veía obligado a entregar a mil de los suyos cada día, se enfrentaba a un dilema

moral monstruoso, pero no creía que tuviera otra opción que obedecer. Enseguida se había dado cuenta de que, si se negaba, aquellos que tan empeñados estaban en destruir a los judíos lo reemplazarían por alguien que hiciera cuanto se le ordenaba. Al menos, pretendía negociar con los alemanes con la esperanza de reducir su número.

Cuando empezaron las deportaciones, la policía alemana, acompañada por la *Schutzpolizei* («policía urbana») del gueto, rondaba por las calles en busca de «carne fresca». Si alguien intentaba resistirse a la detención, se oía las salvas de disparos con que lo abatían. En cuanto los nazis habían elegido un nuevo grupo de deportados a partir de una lista de nombres que tenían, unos tipos uniformados llegaban en camiones y rodeaban el bloque de casas en donde vivían. Luego, sacaban a todo el mundo a rastras, aunque fuera en pijama. Si los ocupantes no abrían por voluntad propia, echaban la puerta abajo a patadas.

En un primer momento, a los desafortunados de la lista los encerraban en la prisión de la calle Czarnecki, tras lo cual los subían a tranvías para conducirlos hasta la estación de Radogszcz, en Marysin, al otro lado del perímetro. Se calcula que, durante la guerra, doscientos mil judíos pasaron por el andén de carga conocido como *Radegast* («viajero de tren»). Mientras estuvieran en la calle Czarnecki había esperanza. Durante aquellas pocas horas —días, a veces—, sus seres queridos recorrían el gueto intentando encontrar un «contacto» —o persona influyente— a quien implorar o sobornar para que quitara a los suyos de la lista de deportados. Sin embargo, casi nunca lo conseguían. Ahora bien, en las pocas ocasiones en que tenían éxito, a la persona liberada había que sustituirla por otra para cumplir con el cupo, lo que se conocía con el eufemismo de «acabar en la sartén».

Aunque de vez en cuando cesaran los traslados, todo habitante del gueto vivía con el miedo constante a ser deportado y asesinado. En la familia de Rachel, la esperanza iba mermando. Por aquel entonces ya solo se esforzaban en sobrevivir hasta que fuera posible y en ayudar a sus seres queridos. Como cada vez tenía más miedo de perder a algún otro miembro de su familia —o a todos— en alguna de aquellas selecciones aleatorias, Shaiah Abramczyk hizo algo práctico para protegerlos. El hombre, a quien sus hijos consideraban tan inteligente que podría haber sido inventor, extendió la partición que había hecho en el cuarto y construyó una cómoda de madera que dispuso en medio de dicha pared. Luego, abrió una puerta secreta en la parte trasera del mueble para que la familia la cruzara cada vez que oyera llegar a la policía y a las SS. «Cabíamos todos. Los que entraran en la habitación pensarían que estaba vacía. Nuestro padre incluso colgó cuadros en la pared para que diera más el pego», precisó Sala.

Cuando, en septiembre de 1942, los alemanes reanudaron las deportaciones, aquel escondite resultó de un valor incalculable. En cuanto el estruendo de los camiones diesel y el retumbar de las botas militares anunciaba la llegada de los guardias, a sus vecinos se los llevaban quién sabe dónde. Cada vez que sucedía aquello, la familia Abramczyk reptaba por la puertecita del aparador y conformaba un prieto nudo humano al tiempo que intentaba hacer oídos sordos a las súplicas y lloros

de otras mujeres y a las risotadas sádicas que se oían en la calle y en otros pisos. «Los alemanes llegaban y se ponían a gritar a todo el mundo: “¡Fuera de casa!”. Seleccionaban a las personas. Luego, se llevaban en autobús a cinco o seis decenas. Y aquello sucedía a diario», explicaba Sala. Lo único que podía hacer la familia era despedirse en silencio de los amigos y vecinos que acababan de perder para siempre.

Entre las cuatro paredes que formaban las barricadas, pocos eran los que sabían qué estaba pasando en el ancho mundo o entendían qué iba a sucederles a los seres queridos que les habían arrebatado. Como los mantenían en una cuarentena informativa efectiva, resultaba imposible que supieran que sus únicas opciones eran morir —en Chełmno— de un disparo o bien asfixiados con monóxido de carbono. Escondidas entre las rendijas de los vagones de ganado que volvían del Este, los deportados encontraban notas en las que se describían por encima los horrores que les aguardaban y con las que sus compatriotas judíos les instaban a que no se subieran a los trenes. Los campos enviaban al gueto la ropa y pertenencias de los deportados de la Europa ocupada con el fin de que la reciclaran para el esfuerzo bélico, y en alguna de esas prendas reconocían el nombre de personas conocidas. Los judíos de Łódź empezaron a temerse lo peor y a creer que lo de «acabar en la sartén» constituía una terrible realidad.

Por miedo a las represalias de los nazis si no cumplían con las cuotas, Rumkowski y sus delegados intentaban, una y otra vez, asegurar a la población que los deportados iban a otros campos donde les permitirían permanecer con sus familias. Les prometían que ayudarían en las tareas de esfuerzo bélico y que vivirían en barracones donde tendrían mejores condiciones de vida. No obstante, dado que las deportaciones seguían produciéndose sin descanso y que nunca recibían noticias de las personas que se habían marchado, pocos creían aquellas palabras de consuelo. Al final, incluso Rumkowski dejó de fingir.

Su plan maestro estaba fallando. Después de haber creado lo que él consideraba un campo de trabajo modélico, con escuelas, hospitales, cuerpo de bomberos, fuerza policial y una comunidad de la que era el gobernante supremo —incluso oficiaba casamientos—, su autoridad empezaba a evaporarse poco a poco. Los nazis no solo habían deportado a miles de los suyos, sino que nunca les proporcionaban toda la comida convenida a cambio del trabajo que llevaban a cabo. Desesperado por sofocar las huelgas y manifestaciones —cada vez más habituales— que los suyos hacían por culpa del hambre y el descontento, Rumkowski se tornó más dictatorial y empezó a amenazar con el arresto a quienes se resistieran a sus intentos de que el gueto funcionara.

Los nazis, empeñados en acelerar la aniquilación de los judíos, rompieron el pacto que guardaban con él y le reclamaron todavía más gente para las deportaciones. Poco después, le hicieron la más cruel de sus demandas: la deportación de todos los niños por debajo de los diez años y de todos los adultos por encima de los sesenta y cinco (tres mil vidas al día durante ocho días).

El 5 de septiembre, cuando, a las cinco de la tarde, comenzó el *Allgemeine Gehsperr* («gran toque de queda») o *Groyse Sphere* en yidis, fue aquel escondite construido por el padre lo que salvó a los

Abramczyk. Durante esa semana, los nazis convocaron a más de veinte mil personas. Pocas familias quedaron intactas.

Después de tirarse días con el sombrero en la mano, implorando sin éxito a sus señores que revocaran la orden o que, por lo menos, redujeran el cupo, Rumkowski —que se jactaba de cuánto quería a los niños— aceptó por fin que jamás sería capaz de convencer a los nazis de que abandonaran su plan maestro. «Desmoralizado», convocó a los suyos en el patio de la estación de bomberos el día antes de que comenzara el gran toque de queda. Aquel día de otoño estaba siendo húmedo. Cuando tomó aire, anunció a todos los allí reunidos: «El gueto ha sufrido un duro revés. Nos piden que entreguemos nuestras mejores posesiones... los niños y los ancianos. [...] Nunca creí que fuera a tener que llevar el sacrificio al altar yo mismo. [...] Junto las manos y os lo imploro: entregadme a vuestros hermanos y hermanas. Padres, madres... ¡entregadme a vuestros hijos!».

Entre los alaridos y lloros de los suyos, les explicó que solo había sido capaz de negociar la reducción de la demanda original de veinticuatro mil personas y la preservación de los niños mayores de diez años. Dijo que tendrían que entregar a trece mil niños y ancianos, pero que las otras once mil personas del cupo había que sacarlas de algún lado. Había convenido entregar a los enfermos, como él decía «para salvar a los sanos». Les aseguró que si se oponían a las deportaciones, se llevarían a cabo igual, pero por la fuerza.

La hermana pequeña de Rachel, Manusia, tenía once años y se salvaba del terrible edicto, pero aquello no mitigaba el horror que suponía lo que les habían pedido, o la manera en la que se desarrolló la operación. Rachel contaba: «Pensábamos que los querían para trabajar hasta que empezaron a recoger a los niños y a los enfermos de los hospitales. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que se los llevaban para matarlos. Detuvieron a los pequeños de una manera tan horrible... Los tiraban al camión desde las ventanas de las casas, por lo que era evidente que no les esperaba nada bueno».

Al borde de la locura por las condiciones en las que se veían obligados a vivir, algunos padres se trastornaron cuando perdieron los hijos por los que tanto habían luchado para proteger. Corrían rumores de que algunas madres habían preferido asfixiarlos a entregárselos a los nazis, que recorrían las calles con rifles y perros.

Sala contaba: «Nos metíamos en nuestro escondite cada vez que oíamos que los alemanes estaban buscando gente y permanecíamos allí hasta que estábamos convencidos de que era seguro salir». Cuando la situación se tranquilizaba, después de una hora o incluso más, salían reptando de la cómoda y recorrían el edificio para ver a quién se habían llevado. Una puerta abierta a patadas y colgando de los goznes era un claro signo de que los vecinos que vivían tras ella no volverían, por lo que los demás se quedaban con la comida que tuvieran y con todos aquellos útiles que no se hubieran llevado. «Así es como tuvimos que vivir las últimas semanas. [...] Cogíamos su comida y la devorábamos como animales, no como personas».

Los prisioneros de Łódź siguieron viviendo bajo estas circunstancias a diario; en ocasiones,

minuto a minuto; y, desde luego, entre las distintas comidas. Los *zlotys* polacos, los *Reichsmarken* o el dinero del gueto de Litzmannstadt —conocido como «rumkie» o «chaimka» (por una concesión temprana a Chaim Rumkowski)— dejó de tener sentido, porque la comida se convirtió en la única moneda de cambio. Las raciones seguían siendo impredecibles, en especial porque, cada vez que iba a haber una nueva deportación, los nazis restringían las provisiones para reducir la resistencia y ofrecían comida gratis a aquellos que se presentaran voluntarios para reubicarlos en alguna otra parte. Para los que se quedaron, la ingesta de calorías se redujo en dos tercios debido a que la creciente corrupción llevaba a que muchas de las provisiones «desaparecieran».



Andén de carga *Radegast*, en Łódź, donde Rachel y doscientos mil judíos fueron deportados. (© Wendy Holden.)

A los más afectados por la desnutrición —a menudo descalzos, vestidos con harapos y con el cuerpo deformado— los conocían con el apelativo de «relojes de arena». Era habitual que aquellas almas cadavéricas, con el vientre y las piernas hinchados, se tumbaran en la cama con los ojos vidriosos por la fiebre y muriesen en cuestión de días. Las epidemias de tiña, tifus y tuberculosis se llevaron a varios cientos. Mientras las condiciones empeoraban, un Rumkowski en una posición cada vez más delicada llegó a pedir que «la lámpara de la industria» siguiera encendida en el gueto. En un nuevo discurso prometió: «No puedo protegeros a todos, así que en vez de exponer a la población al completo a una lenta muerte por inanición, voy a salvar al menos a diez mil de vosotros».

Visto que la gente caía muerta en la calle y que enseguida quedaba cubierta por enjambres de moscas azules en verano o congelada en invierno, conseguir comida devino en la única necesidad en la que se podían invertir esfuerzos. En el gueto, obtener aunque fuera unas peladuras de verdura o una patata podrida se convirtió en una obsesión.

Rachel, la joven esposa de uno de los tres hijos de una familia rica y prominente hacía solo unos

años, era más afortunada que la mayoría gracias a sus contactos. Sin embargo, eso no la libraba de tener que trabajar doce horas diarias en las oficinas de una fábrica de rafia que producía calzado para los soldados del frente ruso. Aquellos chanclos eran tan rígidos que resultaba casi imposible caminar con ellos, pero impedían que a los soldados de la Wehrmacht se les congelasen los dedos. En la fábrica trabajaban también tres de sus hermanas, incluida la menor de todas.

Más allá de los muros del gueto, Monik, el marido de Rachel, seguía buscando la manera de rescatar a su esposa. Lo arriesgó todo para escapar de Varsovia con documentación falsa y viajar a Łódź para reunirse con ella. «Pensaba que era demasiado débil para vivir sola en aquel gueto, pero no podía sacarme de él —comentaba Rachel—. Mi hermano Berek, que trabajaba en un campo cercano, lo veía ir y venir en el tranvía. Al final, arriesgó la vida y cruzó las barricadas rodeadas de alambre de espino vigiladas por los alemanes para estar conmigo, porque pensaba que, con él, tendría más opciones de salir adelante. No quería vivir aquella guerra sin mí [...] así que entró para quedarse a mi lado».

Monik, que había tirado por la borda para siempre su oportunidad de salvarse, empezó a vivir con la familia de su esposa en una habitación ya abarrotada de por sí. Su situación ilegal era el mayor problema en aquel sistema que los nazis tenían tan bien reglamentado y en el que su nombre no aparecía en ninguna lista. Rumkowski había sido amigo personal de Ita, la madre de Monik, por lo que la familia le pidió un favor. El «rey del gueto» le explicó que en el único sitio donde nadie le haría preguntas era en la división de *Sonderpolizei*, la «Policía Especial Judía». Accedió a alistarse y se instaló en los barracones con los demás. «Hacía cualquier cosa que le pidieran —explicaba Rachel—. Como nos pasaba a todos los que nos esforzábamos por sobrevivir bajo el yugo nazi, apenas tenía elección».

Monik también se ofreció voluntario para trabajar, junto con Berek, el hermano de Rachel, en la brigada de bomberos de una comunidad que, por fuerza, necesitaba sus propias regulaciones y servicios de emergencia. Aquellos que tenían tanta suerte como para conseguir un puesto de responsabilidad —como ellos dos— se alojaban en la Comisaría Central o en la Estación de Bomberos, donde estaban un poco mejor alimentados. Más tarde, a Rachel le asignaron un pequeño cuarto para ella sola en un apartamento que había en una calle cercana. Era un sitio donde por fin pudo disfrutar de algo de privacidad con su esposo, siempre que sus turnos le permitían reunirse con ella.

También hubo otras sorpresas. «Una persona que había sido representante de nuestra compañía antes de la guerra nos llevó a un almacén grande y nos consiguió algunas prendas de vestir y ropa de cama, porque solo teníamos la ropa que llevábamos puesta». Estaban en lo más crudo del invierno y las ventiscas que recorrían las calles lo cubrían todo con gruesas capas de nieve que le daban un engañoso aire de inocencia hasta a las calles más sórdidas, por lo que una manta podía suponer la diferencia entre sobrevivir o perecer.

Todos hacían lo que estaba en su mano para mantener la moral alta, por lo que organizaban

acontecimientos musicales y culturales. Había bandas de jazz y conciertos de música clásica, obras de teatro y pantomimas para niños. Sala, que había bailado y cantado en producciones teatrales de aficionados desde que era pequeña y también en el gueto de Pabianice, sobresalía en muchas de las representaciones. Tampoco dejaban de lado la educación, y en la fábrica en la que trabajaba Rachel contrataban a maestros para que dieran lecciones a los empleados mientras trabajaban. «Les enseñaban sin libros ni papeles, de forma oral. Les hacían deletrear y les contaban historias».

De septiembre de 1942 a mayo de 1944, la fuerza laboral del gueto, compuesta por setenta y cinco mil *Judische Arbeitskräfte* («mano de obra judía»), fue tan productiva que las SS detuvieron las deportaciones. Sin embargo, las tornas de la guerra empezaron a cambiar y los bombardeos aliados comenzaron a tener como objetivo, por primera vez, ciudades alemanas; incluidos los que arrasaron Hamburgo y la región industrial del Ruhr —y en los que hubo miles de muertos y heridos—. Fue entonces, en mayo, cuando Heinrich Himmler, el segundo hombre más poderoso del Reich, ordenó liquidar el gueto. Durante los siguientes tres meses, las autoridades enviaron a siete mil judíos a Chełmno para que los asesinasen. No obstante, en el momento en que resultó evidente que el campo no iba a poder asumir el ritmo al que llegaban los trenes de la muerte, optaron por llevarlos a Auschwitz. Los pobres carteros del gueto, cuya tarea consistía en dar la mala noticia a quienes habían sido elegidos para las deportaciones, empezaron a ser conocidos como «ángeles de la muerte».

Había tan poca comida que era necesario reducir el número de bocas que alimentar, por lo que ancianos y niños fueron los primeros en subirse a aquellos trenes cuyo destino nadie conocía. De acuerdo con las edades establecidas, Manusia, la hermana menor de Rachel, tendría que haber estado entre ellos, pero consiguió salvarse una vez más gracias a la pared falsa. En los casos en los que no encontraban a la persona en cuestión, los alemanes se llevaban a hombres en buen estado físico. Berek y Monik se salvaron de aquella deportación porque pertenecían a la Policía y al Cuerpo de Bomberos, pero no pudieron proteger a su familia mucho más tiempo. Ya no había dónde esconderse.

Rachel y los suyos habían conseguido librarse de los raptos y mantenerse juntos durante todos aquellos años. Un día de agosto de 1944, Berek —«el mejor hermano del mundo»—, que había hecho lo imposible para que su familia no se desmembrase y siguiera con vida, fue a visitarlos para contarles la «buena noticia»: las deportaciones habían cesado.

Las autoridades habían asegurado a los bomberos que los familiares de los trabajadores clave se salvarían; tan solo necesitaban salir de sus escondites y reunirse en el patio de la Estación de Bomberos, donde tomarían nota de quiénes eran con la intención de determinar cuántas bocas iban a tener que alimentar. Por desgracia, como casi todo en Łódź, se trataba de una falsa promesa.

«Unos guardias de las SS nos detuvieron cuando volvíamos a casa de la Estación de Bomberos —explicaba Sala—. Nuestra madre se había quedado en la habitación con los más pequeños, por lo que le pedí a uno de los alemanes: “Permita que mi hermanita Manusia vaya a casa a avisarle de que nos han detenido”. Tenía la esperanza de que se escondiera con el resto de la familia, pero nuestra madre

vino a todo correr con los demás y nos detuvieron a todos. Nos condujeron al tren. No hablábamos. No sabíamos cuál era el destino del ferrocarril o qué iba a ser de nosotros. Yo llevaba a mi hermana pequeña como si fuera un bebé. Entonces, abrieron las puertas de los vagones».

Rachel Friedman, una de los últimos judíos en abandonar Łódź —en Polonia no quedaba ningún otro gueto—, tenía veinticinco años cuando fue deportada a Auschwitz II-Birkenau, el lunes 28 de agosto de 1944. Hacía muchas horas que no veía a Monik y no sabía si lo habrían detenido a él también y viajaría en aquel tren o si seguiría escondido en el gueto. No tuvieron oportunidad de despedirse, ni de reconfortarse el uno al otro.

Berek, que podría haberse quedado en Łódź por ser parte de la escuadra especial de setecientos cincuenta judíos asignados a limpiar y reciclar todo cuanto hubiera quedado, prefirió reunirse con su familia. Era joven y fuerte y sabía que podía ayudar a su padre a superar las mayores privaciones en un campo de trabajo, y a punto estuvo de conseguirlo.

Junto con ellos, en alguno de los últimos trenes que salieron de la ciudad aquella noche de agosto, iban Chaim Rumkowski, su esposa y tres miembros más de su familia. Algunos decían que se había prestado voluntario a viajar con los deportados porque se esperaba lo mejor. Por aquel entonces, los alemanes ya habían liquidado los demás guetos polacos y el «rey» de Łódź (cuyo nombre de pila provenía del brindis judío «¡Por la vida!») había conseguido, por todos los medios a su alcance, mantener a los suyos vivos por más tiempo. El destino lo llevó a morir bien en las cámaras de gas a las que, sin saberlo, había enviado a miles, bien a manos de aquellos judíos que le culpaban de dichas muertes. Nadie lo sabe a ciencia cierta.



Interior de un vagón de mercancías donde se deportaba a los enemigos del Reich. (© Wendy Holden.)

De las más de doscientas mil personas registradas en el censo de habitantes del gueto de Łódź,

sobrevivieron menos de mil. Aquel fue uno de los grandes triunfos de los nazis en su ansia por erradicar a los judíos de Europa. Deportados en vagones cerrados como si fueran animales camino del matadero, Rachel y su familia consiguieron permanecer juntos. Apretujados los unos contra los otros en una esquina sombría de la parte de atrás, con muy poco espacio, sin comida ni agua, tuvieron que esperar para descubrir adónde los enviaban. «Íbamos tan asustados en aquellos vagones en los que no había ni siquiera una rendija por la que mirar, que nos daba miedo hasta hablar», contaba Rachel. Sin intimidación alguna, a aquellas personas no les quedó más remedio que sufrir el hedor de las heces y el picor del amoníaco en los ojos cuando alguien le dio por accidente una patada al cubo de excrementos y orines, que estaba hasta arriba y se derramó por el vagón con un repiqueteo. Desesperados por respirar algo de aire fresco, se dieron cuenta de cuánto mejor habrían estado cerca de la ranura tapada con alambre de espino que había en el vagón y que hacía las veces de ventana.

Para cuando el tren se detuvo en Auschwitz, con un estremecimiento, los niños lloraban y los ancianos rezaban. Respirando con esfuerzo, aquellas personas apiñadas las unas contra las otras en la terrible oscuridad oyeron que alguien abría los cerrojos y que, con un estruendo, las puertas se deslizaban hasta abrirse del todo, momento en que entró una bienvenida ráfaga de aire fresco. Al salir del vagón, mientras los enfocaban con reflectores para cegarlos, fueron recibidos con gritos insufribles y, a empellones, los dispusieron en diferentes filas. Todos coincidían en afirmar que aquel fue el peor momento. «No piensas, no hablas... avanzas como un autómatas», confesó Rachel.

El doctor Mengele estaba de servicio aquella noche, de pie junto a la *Rampe* porque acababa de llegar el nuevo cargamento. Su esposa, Irene, madre de Rolf, su único hijo, había llegado hacía poco para visitarlo —una estancia que acabó durando casi tres meses porque enfermó y tuvo que permanecer en el hospital de las SS, que tan bien equipado estaba—. Durante aquella visita, su marido le explicó que su cometido en Auschwitz equivalía a servir en el frente y que tenía que llevar a cabo sus quehaceres con la «disciplina de un soldado».

Cada vez que llegaba un transporte, algunos de los oficiales de la unidad especial SS-*Totenkopfverbände* (literalmente, «Regimientos SS de la calavera»), responsables de la administración en los campos de concentración, se quejaban en voz alta de la pésima calidad del «nuevo ganado». Mengele casi nunca hacía comentarios, pero miraba a los prisioneros de arriba abajo y les formulaba ciertas preguntas, a veces con bastante amabilidad, antes de redirigirlos a mano izquierda o a mano derecha (esto es, hacia la vida o la muerte).

A la familia de Rachel la separaron a los pocos minutos de llegar. Fajga, con los ojos abiertos como platos, se aferraba a sus tres hijos más pequeños —los mellizos Heniek y Dora, de trece años, y Manusia, su «bebé»— mientras a ellos los empujaban a un lado y a Rachel y a sus tres hermanas —Ester, Bala y Sala— al otro. Los recién llegados, pegados entre sí mientras los nazis obligaban a diferentes grupos a ordenarse a uno u otro lado, giraban la cabeza asustadísimos para intentar divisar por última vez a sus seres queridos antes de que les gritaran que miraran hacia delante.

Shaiah Abramczyk, el inventor, el sensible intelectual amante de los libros que había animado a sus hijos a aprender el idioma del Reich, vio cómo su bella familia se dispersaba a los cuatro vientos cuando a Berek y a él los llevaron a la fuerza a un grupo destinado a trabajos forzados. «Estaban muy lejos y no había ni rastro de Monik. Tampoco sabíamos nada de nuestra madre ni de nuestros hermanos más pequeños. [...] Un día vimos a nuestro padre y, con dos dedos, nos indicó que dos habían sobrevivido pero que otro, no», contaba Rachel.

Aunque en aquel momento no podían saberlo, aquella fue la última vez que Rachel y sus hermanas vieron con vida a sus padres y hermanos pequeños.

ANKA



Carné de identidad de Anka. (© Eva Clarke.)

«¿Está usted embarazada, señorita?», le preguntó en alemán el infame doctor de Auschwitz II-Birkenau a Anka Nathanová cuando le tocó el turno de permanecer frente a él en el Appell de aquella noche de octubre de 1944.

Anka, una checa bien dotada de veintisiete años que durante un tiempo se avergonzó del tamaño de sus pechos, intentaba cubrirselos con un brazo mientras con la otra mano se protegía el sexo. La muchacha, que miraba estupefacta a ambos lados, no podía creer cómo había podido ser tan estúpida de ofrecerse voluntaria para seguir hasta allí a su marido Bernd. Después de haber sobrevivido tres años en el gueto de Terezín —a una hora de Praga en dirección norte—, había sido tan ilusa como para pensar que los reubicarían en algún sitio similar. Dado que las autoridades ya habían enviado al resto de su familia al Este, pensó que sería mejor permanecer junto a su marido.

Desde el momento en que el tren se detuvo a velocidad agónica en aquella vía muerta que daba a la arqueada «Verja de la Muerte» de Birkenau, se dio cuenta del error que había cometido. En comparación con aquello, Terezín era un paraíso.

Nada más abrir los cerrojos de hierro de los vagones de mercancías, los alemanes recorrieron las grandes puertas de madera, que produjeron un estruendo metálico de mal agüero. Hombres, mujeres y

niños desconcertados salieron de golpe a la noche, tropezándose y cayendo unos sobre otros como si estuvieran borrachos.

«Acabábamos de llegar al infierno y no sabíamos qué habíamos hecho para que nos condujeran allí —contaba Anka—. Desembarcábamos, pero no sabíamos dónde. [...] Teníamos miedo, pero no sabíamos de qué».

La muchacha, empujada a aquella hambrienta boca que devoraba transporte tras transporte —pues, no en vano, se había convertido en el centro de asesinato industrializado más eficiente de los nazis—, se sintió aturdida desde el primer momento. Bajo los inhóspitos haces de luz de las torres de vigilancia, lo único que oía era el ruido atronador de los ladridos de los perros y lo único que veía era a hombres armados con porras que les gritaban: «Raus! Raus! (“¡Fuera!”)».

A su alrededor, como estatuas de mármol —al tiempo que sus secuaces (otros judíos prisioneros) pegaban, empujaban o aterrorizaban a la pobre multitud hasta someterla—, había oficiales alemanes vestidos de forma impecable. Todos ellos se mostraron crueles y hostiles con los recién llegados mientras la caótica cacofonía de idiomas en que los guardias gritaban las órdenes lo envolvía todo: las mujeres y los niños chillaban y berreaban, los hombres protestaban en vano.

Sin tiempo para comprender lo que estaba sucediendo, todo el que descendía de aquel tren experimentaba, de inmediato y mientras eran alineados en dos filas largas y separadas, la terrible sensación de hallarse en un lugar peligrosísimo. Tras apartar a las mujeres y a los niños de los hombres y los chicos más mayores, a los judíos de Terezín los hicieron avanzar en una bullente masa de humanidad hacia el oficial de las SS que Anka volvería a ver más tarde.

El sonriente doctor, en cuyas manos estaba su destino, los esperaba con las piernas separadas. Era el único que no los miraba como si no estuvieran allí, como si no existieran. Tras interrogarles a toda velocidad y preguntarles si había algún Zwillinge («gemelo») entre ellos, movía una fusta a uno u otro lado para indicar hacia dónde debían encaminarse. «Rechts» significaba a la derecha y «links», a la izquierda; que es adonde envió al menos a dos tercios de los recién llegados, incluidos hombres, mujeres y niños; no obstante, cuando llegó el turno de Anka le indicó que se dirigiera a la derecha.

Mientras pasaba por su lado, la muchacha sintió en él una excitación casi palpable, como si seleccionar a los mejores especímenes del último envío recibido fuera lo mejor del día. Por detrás del militar, a lo lejos, había dos enormes chimeneas de las que salían llamas resplandecientes y altas como casas. El doble rollo de alambre de espino y un vallado electrificado disuadían a cualquiera de intentar escapar. En el aire había un olor cargado y dulzón que Anka era incapaz de eliminar de sus fosas nasales —ni de su memoria— por mucho que intentara respirar por la boca.

Menos de una hora después de haber entrado en lo que ella denominaba «el infierno de Dante», volvió a encontrarse frente al diligente Mengele —esta vez en una plaza de armas empapada— quien, en aquella ocasión, pretendía que admitiera que estaba embarazada.

Anka evitó el contacto visual fijándose en aquellas botas que le llegaban hasta la rodilla y que llevaba tan bien pulidas que su cuerpo desnudo se reflejaba en ellas. Cerró los ojos para no tener que

ver a su yo humillado y negó con la cabeza mientras respondía «Nein». El doctor suspiró exasperado y siguió adelante.

Algunos de los días más felices de la vida de Anka Nathanová tuvieron lugar justo antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, cuando era una despreocupada estudiante de Derecho en la Universidad Carlos de Praga, una institución de origen medieval.

La muchacha, guapísima y capaz de hablar con fluidez alemán, francés e inglés, además de saber un poquito de español, italiano y ruso, disfrutaba de la rica vida de una de las ciudades más vibrantes y multiculturales de Europa. Praga era próspera y progresista y estaba llena de cafés, teatros y auditorios, por lo que atraía a algunas de las personas más inteligentes y con mayor talento artístico del mundo.

Anka adoraba la música clásica, en especial las composiciones de Dvořák y los conciertos en los que se tocaba a Beethoven y Brahms. La ópera checa *La novia vendida* era su obra favorita. Popular entre los chicos, lo que más le gustaba era que la llevaran al cine, donde se sumergía en las historias sobre las vidas de los otros y disfrutaba de películas como *La buena tierra*, *Treinta y nueve escalones* o *Alarma en el expreso*.

Anka, que vino al mundo como Anna Kauderová, nació el viernes 20 de abril de 1917 en Třebechovice pod Orebem, un ciudad pequeña del siglo catorce que se hallaba a unos trece kilómetros de Hradec Králové, la cual a su vez había formado parte del Imperio austrohúngaro. Hradec Králové, ciudad cuyo nombre quiere decir «castillo de la reina», constituye uno de los asentamientos más antiguos de la República Checa y se encuentra en la fértil confluencia de los ríos Elba y Orlice. Es una ciudad famosa por los magníficos pianos que se fabrican en ella con la firma de Antonin Petrof.

Alegre y —según ella misma admitía— un poco mimada, Anka era la menor de la familia Kauder, y tanto sus padres, Stanislav e Ida, como sus hermanas mayores, Zdena y Ruzena, y su hermano Antonin, al que llamaban «Tonda», la adoraban. Otro hermano, Jan, había muerto de meningitis cuando contaba tres años, dos antes de nacer Anka, y la madre nunca se recuperó del todo de aquella pérdida.

La familia era copropietaria de Kauder & Frankl, una próspera curtiduría y fábrica de cuero situada en Třebechovice pod Orebem. El otro propietario era un pariente de Ida llamado Gustav Frankl. Anka tenía tres años cuando su familia se mudó de su casa de Hradec a otra mucho más grande en uno de los extremos de la fábrica.

Kauder & Frankl era un complejo en crecimiento en forma de C situado en una gran extensión de tierra. La curtiduría, un bloque nuevo, tenía una chimenea de ladrillos muy alta que Anka, de pequeña, temía que se les derrumbara encima y los matase. La casa poseía un jardín y un patio con un cenador, más un horno exterior para las cenas de verano. Además, contaba con un huerto de verduras y

tomates y recogían la fruta de sus propios árboles. La extensión de la parcela era tan grande que, de hecho, cuando su hermana Ruzena se casó, su marido, Tom Mautner, y ella contrataron al famoso arquitecto praguense Kurt Spielmann para que les construyera una villa de estilo Bauhaus en ella, donde, junto con su hijo Peter, fueron muy felices durante muchos años.

Anka, una ávida lectora, se deslizaba al jardín de la familia para devorar a los clásicos, que leía en varios idiomas, además de sus libros preferidos en latín. Compartía aquella pasión con Tonda, su hermano, que era muy bueno con ella y se la llevaba consigo a todos lados, en especial, a los partidos de fútbol que tantísimo le gustaban y de los que siempre volvía ronco. «Nos entendíamos a las mil maravillas —reconocía ella—. Teníamos un coche y salíamos de excursión. Cada vez que me apetecía ir a bailar y a mi madre no, me acompañaba él, se quedaba en un segundo plano y no se inmiscuía. Pero me sentía protegida porque estaba conmigo».

Ida, la madre de Anka, era una mujer inusual para su generación por el hecho de trabajar en la empresa familiar detrás de la caja registradora. Se trataba de una señora agradable y parlanchina a la que le encantaba cotillear con las clientas —una mayoría frente a los hombres—, que le confiaban muchos secretos. Como la matriarca trabajaba, la familia tenía varios sirvientes, incluidos una doncella, una cocinera, un jardinero y una lavandera. Ida se aseguraba de que la casa estuviera siempre limpia y de que los niños estuvieran bien atendidos.

«Mi madre habría sido capaz de hacer cualquier cosa por mí —comentaba Anka—. Teníamos una relación muy buena. En casa, solo nos conformábamos con lo mejor».

Anka era una nadadora atlética, saludable y fuerte y llegó a ser campeona de Checoslovaquia en estilo espalda. Nadaba en el río local, a veces desnuda. Era espabilada por naturaleza y la habían criado para que pensara por sí misma e hiciera aquello que le gustara. Cuando contaba once años, dejó su idílico hogar para convertirse en una de las pocas judías que asistía al Liceo para Chicas de Hradec Králové. También le fue bien en el Gymnasium, donde recibió clases adicionales de latín, alemán e inglés. «Vivía en una pensión de la ciudad e iba al Gymnasium. Siempre estaba contenta. Había tenido muchos novios e iba a bailar y a fiestas. Todo marchaba como la seda». También aprendió a tocar el piano y a bailar, además de practicar varios deportes, entre los que se contaban el tenis y el remo.

La fábrica de su padre hacía bolsos y otros productos para el consumo masivo, y a pesar de que tanto ella como sus hermanas a menudo rechazaban los bolsos con los que este les obsequiaba porque los consideraban demasiado anticuados, Anka estaba orgullosa de la cartera de cuero para libros que le regalaban cada pocos años (en la que le cabía hasta el atlas de la escuela).

Stanislav Kauder, con cuarenta y siete años cuando Anka nació, era un «infiel» y un checo comprometido. No estaba de acuerdo con el concepto del sionismo y se tenía por muy patriota. Aunque judío de nacimiento, su familia no era nada observante y se consideraba librepensadora. «Me educaron sin atender a ninguna religión —explicaba Anka—. Fui a una pequeña escuela donde había alumnos judíos y, de vez en cuando, venía un profesor judío para hablarnos de historia, pero nunca

aprendí a hablar hebreo y en casa de mis padres no se mantenía la tradición *kosher*». Por el contrario, desafiando dicha tradición, la familia a menudo disfrutaba del plato nacional checo: cerdo asado con chucrut y bolas de masa hervidas, incluso en el Sabbat. En una ocasión, Tonda estropeó las posibilidades de Anka de casarse con un judío joven y bueno porque encendió un cigarrillo con la menorá mientras sus padres lo observaban atónitos.

Stanislav amaba a sus hijos, pero era reservado y casi nunca hablaba con ellos. Tal y como era costumbre, dejaba que su esposa se encargara de criarlos. Adoraba a su mujer, a quien Anka describía como «un ángel». Ida Kauderová era un poco más observante que su marido y sus hijos la llevaban a la sinagoga de Hradec Králové, a diez kilómetros, en las fiestas judías más importantes. Iba, sin embargo, más por «devoción hacia sus padres» y por satisfacer a su extensa familia —formada por doce hermanos— que por otra cosa. Siempre decía que lo mejor era cuando después iba con una de sus hermanas al Gran Hotel de la ciudad para tomar un café y un pastelillo. Nunca les impuso ninguna religión a sus hijos.

«Resultaba que habíamos nacido judíos y ya está. No me suponía ninguna traba para hacer nada», aseguraba Anka.

En Třebechovice solo había un puñado de familias judías y Anka no sufría de antisemitismo alguno entre sus amigos, sino todo lo contrario, podía hacer casi todo cuanto se le antojase.

Cuando la situación política europea empezó a empeorar, quienes la rodeaban comenzaron a mostrarse cada vez más nerviosos. Cuando su madre, que sabía alemán, oyó por la radio los discursos incendiarios de Adolf Hitler, a la mujer, por lo común optimista, le entró el miedo e iba diciéndole a todo el mundo que aquel hombre no traería nada bueno.

Sin embargo, como muchos de sus amigos, Anka se mostraba indiferente hasta el punto de vivir en la ignorancia y creía que estaban demasiado lejos como para que la ideología nazi pudiera afectarles de pleno. «Nunca pensamos que fuera a pasarnos nada. Nos sentíamos invencibles», confesaba Anka. Fue la primera de la familia en asistir a la universidad, lo que enorgulleció a sus padres, en especial a su madre, que era bilingüe y una apasionada de la historia, aun cuando no hubiera tenido ocasión de estudiar.

Anka ansiaba mudarse a Praga, que estaba a dos horas en tren. Era una ciudad que conocía bien porque se quedaba en ella siempre que podía, en casa de su tía Frieda, una sombrerera que tenía un apartamento en la plaza Wenceslas. Mientras estudió en la Universidad Carlos, vivió con ella.

Incluso después de mudarse a la ciudad, en 1936, siguió mostrándose inmune, en gran medida, a la creciente preocupación que despertaba Hitler. Gracias a la paga que le pasaba su padre, se encontraba esquiando de vacaciones en el Tirol austríaco con unos amigos cuando, en marzo de 1938, tuvo lugar el *Anschluss* («la Anexión»). De la noche a la mañana, Austria pasaba a manos de los nazis y Checoslovaquia quedaba rodeada. Las banderas rojas con la *Hakenkreuze* («esvástica») aparecieron en las calles de Salzburgo y Anka presencié asombrada cómo Austria daba la bienvenida a Hitler como si fuera un héroe, mientras que a los judíos del país los marginaba. Aquel primer contacto

directo con los nazis fue «algo que no alcanzaba a comprender». Anka añadía que, a pesar de que no vio ningún ataque directo a los judíos, «el malestar se percibía en el ambiente».

Aun así, no pensaba que el canciller alemán, que lucía aquel bigote tan cómico y con el que compartía fecha de nacimiento, fuera a afectar a su maravillosa vida. Hasta que su primer novio serio, Leo Wildman, no le dijo que se mudaba a Inglaterra para alistarse en el ejército británico, no empezó a cambiar de idea. Al padre de Leo lo habían arrestado por subversivo y se encontraba en prisión, y su familia temía por su futuro. Le apenó que su novio se marchara y fue a despedirse de él a la estación. Mientras el tren partía, el padre del chico —al que acababan de soltar de la prisión— llegó corriendo para despedirse, pero era demasiado tarde.

Aunque la pareja había ido bastante en serio, a Anka ni se le pasó por la cabeza marcharse con Leo, aunque tuvo la oportunidad de hacerlo. «Dos damas inglesas vinieron a Praga a ofrecer trabajo a chicas judías en el servicio doméstico o como niñeras. Pedí uno de los puestos de niñera y lo conseguí. Me proporcionaron un visado válido y papeles para salir del país y podría haberme marchado pero [...] lo aplacé tanto [...] que acabó estallando la guerra. [...] Me alegraba de haber conseguido prolongarlo hasta el punto de que ya no pudiera ir a ninguna parte. [...] Ay, pero qué estúpida fui».

Otros a los que les dieron *Durchlassschein* («permisos de salida especiales») sí que se marcharon, pero fueron los menos. Entre ellos se encontraba Tom Mautner, el marido de Ruzena, la hermana de Anka, quien aprovechó la oportunidad para huir a Inglaterra en uno de los últimos trenes con destino a Londres. Le había suplicado que tanto ella como Peter, el hijo de ambos, lo acompañaran, pero esta se negó en redondo a abandonar a su familia y su hogar. «Era mucho más cómodo quedarse allí que ir a Inglaterra, por lo que se quedó... y cuánto tuvo que lamentarlo», contaba Anka con tristeza.

Al igual que Ruzena, fueron muchos los que se quedaron, confiando en que todo acabaría bien. No debió de tardar mucho en arrepentirse de aquella decisión. Hitler se hizo con el control de los Sudetes, tras la firma del Acuerdo de Múnich, lo que sumó más de dos millones de alemanes a su dominio. Daba la impresión de que no se pudiera hacer nada para detener su marcha por Europa. Ese mismo año, y en la misma línea, prometería: «Seguiré con esta confrontación, me da igual contra quién, hasta que consiga que el Reich esté seguro».

En cuanto las intenciones de Hitler fueron evidentes, los refugiados judíos de los pueblos y ciudades de la frontera empezaron a llegar a Praga en riadas, llevando consigo solo lo que podían llevar a cuestas. Sin la ayuda de Gran Bretaña ni del resto de los Aliados, los checos se sentían traicionados.

Entonces, en marzo de 1939, los tanques alemanes entraron en Praga. Igual que le había sucedido en Austria, de la noche a la mañana Anka se encontró las calles llenas de soldados mientras que los civiles cortaban el aire con sus saludos. Aquel día gris no era la única que observaba con horror la llegada en varias oleadas de nazis con ojos acerados marchando por la plaza Wenceslas. «Estábamos en lo más crudo del invierno. Las calles se encontraban nevadas. Aquello fue una catástrofe».



Los nazis invaden Praga en 1939. (© akg-images/Album.)

Desde el *Hradčany*, el castillo de Praga, del siglo IX, Adolf Hitler proclamaba la división de Checoslovaquia en dos nuevos protectorados, el de Bohemia y Moravia, y la República de Eslovaquia o Estado Eslovaco. Mientras el canciller saludaba a las masas desde las ventanas del castillo, muy por encima de la ciudad, Anka de veintiún años y su familia pasaron a ser, de golpe y porrazo, ciudadanos de un territorio administrado por los nazis y parte del gran Reich alemán. «El mundo en sí no me había preocupado hasta que llegó Adolf Hitler —reconoció Anka—. No te das cuenta de la importancia que tienen [tu casa y tu país] hasta que desaparecen [...] que es lo que sucedió después de veinte años y fue un golpe terrible».

Las primeras manifestaciones estudiantiles en contra de la ocupación fueron aplastadas rápidamente por los soldados, que irrumpían en la universidad en la que Anka estudiaba Derecho. Nueve líderes estudiantiles y mil doscientos profesores y estudiantes fueron arrestados y deportados a campos de concentración antes de tomar la decisión de cerrar todas las universidades. Tras los arrestos aleatorios iniciales, empezó la imposición de las Leyes de Nuremberg, cuyas restricciones despojaban, por sistema, a los «enemigos del Reich» de sus derechos fundamentales. A la gente no le quedó otra opción que resignarse a la pérdida gradual de un conjunto de libertades que antes daba por sentado.

Una de aquellas restricciones, por ejemplo, consistió en requisarle el coche a la familia de Anka. Un inspector designado por el Reich se hizo cargo de Kauder & Frankl y expulsó a los padres de Anka de su propia casa. Les permitieron mudarse a la villa de Ruzena, en el jardín, donde podrían vivir con su hija y con su nieto Peter hasta que las autoridades decidieran qué hacer con ellos. Cuando Anka volvía a casa, era allí donde se quedaba. A continuación, les congelaron los activos y les prohibieron sacar de su propia cuenta en el banco más de 1.500 coronas a la semana. Los

desposeyeron de la ciudadanía y tan solo les permitían la entrada en zonas segregadas de los restaurantes y en unos pocos hoteles.

En Praga, a los judíos les prohibieron usar los baños públicos y las piscinas, así como entrar en los populares cafés que flanqueaban el río Moldava. Los obligaban a viajar en el segundo coche de los abarrotados tranvías y tampoco podían tener bicicletas, coches o radios.

Dado que los nazis habían cerrado las universidades, Anka tuvo que dejar de estudiar justo un año después de haber empezado —siempre bromeó con que aquello fue una bendición, puesto que había invertido mucho tiempo en divertirse y poco en estudiar—. No obstante, tras la ocupación alemana, poco entretenimiento había. «La cosa empeoraba por momentos, pero como a todo te acostumbras en la vida, a aquello también me acostumbré —comentaba Anka—. Primero no se nos permitía esto y al día siguiente tenías que renunciar a aquello, pero lo hacías. Hablábamos de ello [...] y se nos presentó una oportunidad de marcharnos aunque, como no sabías lo que te esperaba, resultaba muy difícil dejarlo todo y marcharse a la aventura».

La medida nazi que más le dolió fue que le prohibieran ir al cine. Aquello le parecía un tormento innecesario para alguien a quien le encantaban las películas. Así que el día que estrenaron un filme que ansiaba ver, decidió ir a pesar de todo. Salió sin decírselo a nadie, lo que fue —como admitió más tarde— «una verdadera tontería». Se había sentado sola en el centro del patio de butacas y la película iba por la mitad cuando, de repente, la cinta parpadeó y se detuvo. Tras encenderse las luces, entraron varios miembros de la Gestapo para comprobar la documentación de los espectadores, fila por fila. Según iban acercándose, a Anka, paralizada, le aterrorizaba pensar en cómo reaccionarían al ver la «J» estampada en sus papeles. Miró hacia ambos lados como una loca por ver si tenía escapatoria, pero decidió que sería peor. De pronto, justo una fila antes de la suya, la Gestapo se detuvo —aburrida, por lo visto— y abandonó la inspección.

Tomó aliento y, para no llamar la atención, permaneció sentada hasta que aparecieron los créditos. Cuando les contó a sus amigos lo que había hecho, estos no podían dar crédito a lo que oían y le soltaron: «¡Podrían haberte pegado un tiro!». Jamás fue capaz de recordar la película que había ido a ver, que perfectamente habría podido tratarse de *Lo que el viento se llevó* —una de sus novelas favoritas siendo niña que se estrenó en 1939—, la cual vio tantas veces después de la guerra que era capaz de recitar escenas enteras, lo que fue muy significativo más adelante.

A medida que las restricciones impuestas a los judíos iban en aumento y la gente hacía planes para huir, a Anka y a una amiga suya se les acercaron unos periodistas ingleses cuando tomaban algo en un café. «Mi amiga me dijo: “¡Voy a casarme con uno de ellos!”», y a las seis semanas lo hicieron —recordaba Anka—. El periodista tenía, por su parte, un amigo que me presentaron y que a los diez minutos me preguntó si me querría casar con él. Me pareció que estaba loco y que era muy divertido, pero no me interesaba en absoluto». Aunque se sintiera adulada, Anka le dio calabazas, con lo que volvió a dejar pasar otra oportunidad de escapar del peligro que corría.

Por el contrario, se hizo aprendiz de sombrerera en el taller de su tía, situado en el histórico pasaje

de la Rosa Negra de Praga, y su vida social prosiguió a puerta cerrada. A estas alturas, no era la fanfarronería lo que le impedía huir; tenía una muy buena razón para quedarse en Praga. En noviembre de 1939, su primo le había presentado a Bernhard «Bernd» Nathan, un judío alemán guapísimo huido de Berlín en 1933, con la subida al poder de Hitler. Entre los cientos de miles de judíos alemanes que habían emigrado desde 1939, él había sido de los que se equivocaron al pensar que Praga estaría lo suficientemente lejos como para encontrarse a salvo. Rolf, su hermano pequeño, había huido primero a Holanda y, después, a Suiza, donde se mantuvo a salvo alistándose en el ejército de los Estados Unidos. Marga, la hermana más pequeña, escapó a Australia y sobrevivió.



Bernd Nathan. (© Eva Clarke.)

Bernd, que había nacido en 1904, era trece años mayor que Anka. Había estudiado arquitectura y diseño de interiores y trabajaba en los famosos Estudios Cinematográficos Barrandov, uno de los más grandes y mejor equipados de Europa, hasta llegar a ser conocido como «el Hollywood del Este». Bernd tenía su propio taller con varios empleados, lo cual representaba un lucrativo negocio extra decorando tiendas. También trabajaba para los nazis. Ignorantes de que fuera judío, le habían encargado que equipara sus bares, clubes nocturnos y cafés.

Bernd se consideraba primero alemán y, después, judío. No era nada religioso y como el alemán era su lengua materna se le daba muy bien soslayar las restricciones y hacerse pasar por ario. «Era igual que ellos [...] y hablaba como ellos porque era berlinés —explicaba Anka—. Le invitaban a salir con ellos. [...] Nos iba bastante bien, incluso ante las narices de Hitler».

Durante la Primera Guerra Mundial, Louis, el padre de Bernd, había obtenido la máxima condecoración militar que se entregaba en Alemania —la Cruz de Hierro de primera clase— y era *Kriegsblind* («ciego de guerra») por culpa del gas mostaza, por lo que estaba considerado un héroe

de guerra. A pesar de su minusvalía, Louis era un mujeriego y acabó separándose de su elegante esposa, Selma, la madre de Bernd; quien se aseguró de que su hijo mayor recibiera una renta personal de 2.000 coronas al mes.

Con aquel aspecto tan cautivador, a Bernd se le daban muy bien las mujeres —como a su padre— y tenía algo que hacía que se derritieran. La primera vez que lo vio, en una piscina de Barrandov, a Anka le dio un vuelco el corazón. «Me pareció el hombre más guapo que hubiera visto jamás». Pocas semanas después los presentaron formalmente en uno de los clubes nocturnos que él había acondicionado. «Fue amor a primera vista —decía ella al hablar del atractivo arquitecto de pelo castaño claro, arrebatadores ojos azules y sonrisa perenne que le trajeron a la mesa—. Empezamos a conocernos y nos entendimos [...] y nos comportamos como verdaderos idiotas».

El miércoles 15 de mayo de 1940, ocho meses después de que estallara la guerra y un año más tarde de lo que ella describía como «un romance apasionado», se casaron. Anka acababa de cumplir veintitrés años y Bernd, a quien las autoridades aún consideraban un inmigrante alemán, treinta y seis. «Hitler había gobernado Checoslovaquia prácticamente desde el Acuerdo de Múnich —contaba ella—. Ni siquiera con eso nos dimos cuenta del grave peligro que corríamos».



Anka y Bernd el día de su boda en 1940. (© Eva Clarke.)

La boda, sencilla, tuvo lugar en la *Oberlandrat* alemana de Praga, la oficina regional, situada cerca del Gran Café Slavia, de estilo Art Decó. Tan solo asistieron los dos testigos pertinentes. Como a los judíos no se les permitía tener oro ni diamantes, Anka solo llevaba el anillo de pedida, una bonita amatista rectangular con un engarce plateado, y una alianza de oro nada ostentosa. Anka, con sombrero y chaqueta oscura sobre una almidonada blusa blanca y con una peineta de concha, posó con su trajeado esposo para las fotografías. Estaba radiante de felicidad con su ramillete de lilas del valle.

Hasta el día siguiente no reunió el valor suficiente para ponerse en contacto con sus padres en la rural Třebechovice e informarles de que se había casado. No se manifestaron del todo complacidos,

en especial porque Bernd era alemán y temían que aquello fuera a causarles problemas innecesarios. Luego, cuando lo conocieron, tampoco les gustó mucho. A la madre de Anka le pareció un picaflor y decía que era capaz de «ver a través de él como si fuera de cristal».

El día en que contrajeron matrimonio, Holanda se rindió a los nazis. Doce días después, los Aliados tuvieron que evacuar sus tropas de las playas de Dunkirk, Francia. El 28 de mayo se rindió Bélgica. La siguiente fue Noruega, el 10 de junio, e Italia les declaró la guerra a Gran Bretaña y Francia. Casi un mes después de que tomaran sus votos, cayó París. Fue entonces cuando comenzó lo que más temían: los transportes de reubicación.

En Praga, Adolf Eichmann, *Obersturmbannführer* de las SS, se acomodó en una casa requisada a los judíos para supervisar desde allí la Oficina Central de Emigración Judía. Exigió que se realizaran múltiples deportaciones al campo de concentración de Dachau durante 1940 y si el Consejo de ancianos no se plegaba a sus designios, amenazó con matar a trescientos judíos praguenses al día.

El mundo que habían conocido estaba cambiando a marchas forzadas y no se parecía en nada al de antes.

Enamorados con locura, los recién casados se mudaron al espacioso apartamento de Bernd, situado sobre el alero de una sinagoga que había en U Staré Školy («calle de la Vieja Sinagoga»). La casa —como si fuera el estudio de un artista— tenía una claraboya y, además, en una de las paredes, una ventana curva que era imposible cubrir para tener intimidad por las noches. Como la ventana no tenía cortina, se sentaban a la luz de una vela tras el toque de queda para escuchar sus canciones favoritas en un fonógrafo o bien disfrutaban de las armonías que, procedentes de las ceremonias de abajo, les traía el viento.

Acurrucarse en la azotea era, en palabras de Anka, «de lo más romántico». Gracias a su buena mano para el diseño de interiores, Bernd había decorado el apartamento con un gusto exquisito. Tenían muebles que había hecho él mismo, incluido un reloj con un encantador carillón y un bonito rostro tallado. También había colgado unas cortinas de seda de color verde manzana pálido que Anka consideraba una delicia.

Gracias a su paga, Anka tenía a su servicio una doncella que elaboraba «fantásticas» rosquillas que gustaban en especial a Bernd y, para cada vez que salían, un buen ropero donde elegir, además de una selección de sombreros de la tienda de su tía.

Dado que les habían prohibido abandonar la ciudad sin un permiso especial, hacía más de un año que Anka no veía a su familia cuando, en junio de 1941, recibió la noticia de que su tan amado hermano, Tonda, había muerto por culpa de un aneurisma cerebral. El joven tenía treinta y siete años y había sufrido el ataque dos semanas antes. Rezando para que nadie le pidiera los papeles, cogió el tren para asistir al funeral y consolar a sus afligidos padres, sobre todo a su madre, quien había permanecido junto al lecho de su hermano como un centinela durante las dos semanas en que guardó cama y se hallaba devastada por la pérdida de su segundo hijo.

«[Mi hermano] fue la primera persona muerta que había visto y jamás olvidaré el rostro de mi

madre. Ay, que lo hubiera visto morir... No se lo deseo a nadie». Después del entierro, sentados en silencio en la casa de la familia, el ambiente era muy melancólico. Stanislav, el padre de Anka, estaba más callado que de costumbre. Zdena y Ruzena, las hermanas mayores de Anka, también habían acudido a la ceremonia, además de Herbert Isidor, el marido de la primera, y Peter, el hijo de la segunda. Pero allí no había ni una pizca de alegría.

De repente, soldados alemanes aporrearon la puerta antes de abrirla a patadas y entrar sin que nadie los hubiera invitado. Un vecino se había chivado de que allí vivían judíos, por lo que empezaron a registrar la casa, a abrir puertas y cajones. La madre de Anka tenía mucho pecho, como su hija pequeña, de modo que, con sigilo, guardó el dinero de la familia en el sujetador en cuanto los alemanes se dieron la vuelta. A continuación, bastante calmada, la apenada mujer ofreció café y pasteles a los invitados inesperados. Sorprendidos, le respondieron que sí, tomaron asiento y mantuvieron una conversación de lo más educada con la familia a la que, se supone, debían aterrorizar.

Los soldados, jóvenes, empezaron a flirtear con Anka y le preguntaron por qué hablaba tan buen alemán. Ella les respondió confesando que estaba casada con un arquitecto berlinés y que ambos vivían en Praga. Los hombres bravuconearon acerca de que la llevarían en coche hasta allí para depositarla en la cama de su esposo. De repente, se pusieron serios de nuevo y le advirtieron que nunca más debía arriesgarse a visitar a su familia sin un permiso, tras lo cual se marcharon —sin arrestarla—. Otro golpe de suerte.

De vuelta en Praga, la población cada vez recelaba más de lo que pudiera suceder. Hitler había declarado que era necesario eliminar a todos los judíos del Protectorado. Estos, ante la amenaza de la deportación, aprendieron a no confiar en nadie y a seguir siempre sus propios dictados. La gente escondía o se abastecía de tantos objetos o productos valiosos como pudiera y muchos seguían intentando huir del país, si bien los rumores decían que quienes lo habían logrado eran infelices y vivían sin dinero en países cuya lengua ignoraban y donde nadie les hacía sentirse bienvenidos.

Una vez más, Anka volvió a tener la ocasión de escapar. Unos amigos les contaron a Bernd y a ella que existía la posibilidad de huir en tren por Siberia hasta Shanghái, ocupada por los japoneses —quienes, sin que se supiera muy bien por qué, habían dado la bienvenida a veintitrés mil judíos europeos y los habían acogido en un gueto—. La pareja dudaba y, al final, prefirió quedarse. Cuando Alemania invadió Rusia, en junio de 1941, perdieron esa oportunidad, pero volvieron a sentirse aliviados.

Los que se habían ofrecido a ayudarles no fueron los únicos en correr el riesgo que conllevaba proteger a los judíos. Una agrupación internacional compuesta por simpatizantes multirraciales había ayudado a familias enteras, en especial a niños, a escapar a países más seguros como Gran Bretaña en lo que dio en conocerse como *Kindertransporte*. Un programa similar denominado Los Mil Niños evacuó a mil cuatrocientos a Estados Unidos entre 1934 y 1945. Se calcula que entre diez mil niños

judíos y otros procedentes de toda Europa fueron rescatados de este modo. Cuando los transportes cesaron, para aquellos a quienes ya nadie podía ayudar, el futuro parecía cada vez más desalentador.

Los nazis clausuraron la sinagoga sobre la que tan bien habían vivido Anka y Bernd, que se vieron obligados a vaciar el apartamento y mudarse a otro, en una vieja casona del distrito de Jindřišská. Aun así, Anka le sacó el mayor partido a las dos habitaciones sin estufa y a la cocinita que tenían. «La normativa antijudíos decía que no podíamos hacer esto o aquello, pero lo soportábamos», contaba, y describía dichas prohibiciones como «pequeños pinchazos en nuestra felicidad». Las regulaciones aumentaban «de forma muy inteligente», pero ellos seguían aguantando los cambios. «La gente se resignaba y decía: “Siempre que no vaya a peor...”. Tuvimos que entregarles las radios, y eso dolió, pero seguíamos pudiendo leer los periódicos. [...] Encontrabas otras cosas. Nunca eres del todo consciente de lo lejos que puedes llegar, cada vez más y más».

Cuando, en septiembre de 1941, los nazis ordenaron a los judíos checos mayores de seis años que se cosieran una estrella de David amarilla sobre cada una de sus prendas, la gente temía cómo podrían reaccionar los gentiles al verlos en la calle. Por entonces ya se habían producido numerosos incidentes en donde acorralaban a judíos porque sí y los habían pegado y arrestado, por lo que, una vez reducidos a parias sociales con la estrella, no tendrían oportunidad de zafarse.

La primera vez que Anka se la puso, eligió sus mejores galas a propósito —una falda de tartán verde oscuro y una chaqueta de ante de color óxido—, para que pareciera un complemento. Decía que, de todas las medidas tomadas contra los judíos, la estrella era la que menos le preocupaba. «Me sentía muy orgullosa de mi estrella amarilla y pensaba: “Si me quieren señalar, que lo hagan”. Me daba lo mismo. Me puse mi mejor ropa, me arreglé el pelo y salí a la calle con la cabeza alta y sin esconderme. Fue la actitud que adopté». Las personas con las que se cruzó ignoraron el nuevo emblema. Nadie la escupió ni se atrevió a ser grosero con una mujer joven que derrochaba confianza en sí misma y que se negaba a agachar la cabeza o acobardarse.

De hecho, un día que se encontró con un amigo que iba encorvado «y como arrastrándose por la calle» para que no se le viera la estrella, le espetó: «¿Por qué les das esta satisfacción? [...] ¡Ponte derecho! Enorgullécete de ser judío. ¿Que tenemos que llevar una estrella, ¡y qué!? No permitas que te desmoralicen».

En una ocasión en la que Bernd recibió la visita de Otto, un amigo gentil procedente de Alemania, el marido de Anka decidió enseñarle las vistas de Praga tras el toque de queda. Se quitó la estrella y le pidió a su esposa que hiciera lo mismo para que pudieran salir los tres juntos. «Si alguien nos para, quédate callada y deja que hablemos nosotros», le dijo, porque tanto su amigo como él hablaban *Hochdeutsch* («alto alemán»), el equivalente al inglés de la BBC. Nadie les paró por la calle, pero pasaron tanto miedo que no volvieron a repetirlo.

Para entonces, los nazis habían obligado a la mayoría de los judíos de la ciudad a abandonar las mejores barriadas y a vivir en las peores. No les permitían trabajar en nada que guardara relación con las artes plásticas, el teatro o la industria del cine, de modo que Bernd no podía seguir

arriesgándose a diseñar mobiliario para ellos. Desempleado él y atrapados ambos en Praga, la pareja vivía con la paga de Anka y con lo que la tía de esta buenamente le pagaba por crear sombreros.

En septiembre de 1941, Reinhard Heydrich, *Obergruppenführer* de las SS, el mandamás de la Gestapo, fue nombrado *Reichsprotector* de Bohemia y Moravia y la situación cambió de la noche a la mañana. En menos de un mes, reunió a cinco mil hombres, mujeres y niños que tenía bajo su «protección» y los envió al gueto de Łódź. Entre ellos se encontraba la tía de Anka y su familia; ninguno de los cuales regresó. «Fue entonces cuando empezamos a prepararnos para algo que no sabíamos cómo definir, que no podíamos siquiera imaginar. [...] Pensábamos que a la gente le estaba entrando pánico. [...] No sabíamos que enviaban a los nuestros a la muerte en una cinta transportadora».

Tras un respiro que duró apenas unas pocas semanas, Bernd recibió una notificación de la *Jüdische Gemeinde* («Comunidad judía») de Praga —elegida por los alemanes—, en la que le asignaban un número e informaban de que tenía que presentarse dos días después a una reunión en el *Veletržni Palác*, el viejo Palacio de la Feria de Comercio —renombrado *Messepalast* por los alemanes—, el cual se encontraba en el distrito de Holešovice, no muy lejos de la importante estación ferroviaria Praha-Bubny.

Era noviembre de 1941.

Había llegado su hora.

Bernd, el amor de Anka, fue uno de los mil hombres jóvenes a los que los nazis deportaron en tren lejos de sus esposas y su felicidad. Era inútil resistirse.

Quienes preparaban la *Umsiedlung* («reubicación») aseguraron a los de aquella remesa que eran «pioneros» enviados al norte para crear un «gueto modélico» en Terezín, una ciudad amurallada checa que se encontraba a pocas horas en tren. Construida por el emperador José II de Austria y llamada así por su madre, Maria Theresa, Terezín disponía de dos fortalezas inexpugnables rodeadas por altas murallas, terraplenes y un foso. Diseñada, paradójicamente, con una forma similar a la de la estrella de David y con una superficie de poco más de un kilómetro cuadrado, se trataba de la prisión perfecta. Los alemanes, que ya habían establecido una cárcel de la Gestapo en la ciudad, dentro de lo que se conocía como *Kleine Festung* («fortaleza pequeña»), cambiaron el nombre austríaco de la urbe por el de «Theresienstadt».

Perder a Bernd y no saber qué iba a ser de él era una perspectiva horrible pero, al menos, Terezín se encontraba en Checoslovaquia y no en el «Este», al que todos temían sin saber muy bien por qué. «Solo se hallaba a setenta y cinco kilómetros de Praga, así que seguía estando “en casa”. [...] Mejor eso a que lo hubieran enviado fuera del país —opinaba Anka—. No quería que se marchara ni tampoco quería ir yo, pero hacían con nosotros lo que les venía en gana».

Heydrich había tenido la idea de construir un gueto para los judíos checos en el Protectorado de Bohemia y Moravia con la intención de aplacar la preocupación internacional, cada vez mayor, de que los alemanes estuvieran maltratando a los judíos. En septiembre, los nazis habían matado a tiros a

más de treinta y tres mil judíos en Kiev, y en Auschwitz los doctores habían probado las cámaras de gas por vez primera. Aunque los alemanes mantenían estas actuaciones en el más absoluto secreto, controlar los rumores resultaba muy difícil.

En los meses siguientes, Heydrich anunció que Terezín estaría abierto para los «*Prominenten*», los judíos alemanes y austríacos acaudalados y mayores de sesenta y cinco años, incluidos los tullidos o los veteranos de guerra condecorados, y para todo aquel con tan buena posición social como para propiciar escrutinios externos. El nuevo gueto, que vendían como si fuera «un regalo» del *Führer* destinado a los judíos que quisieran «prepararse para la vida en Palestina», se hallaba emplazado en un entorno bucólico, recortado contra las púrpuras montañas de Bohemia. Estaba diseñado para ser autónomo, bajo la supervisión de las SS, para que durase tanto tiempo como les conviniera.

Pero, primero, había que acondicionarlo para la llegada de los judíos. Los nazis reclamaron a tres mil hombres y mujeres capaces que estuvieran entre los dieciocho y los treinta y cinco años para las *Aufbaukommando* («cuadrillas de construcción»). Los enviaron en tres tandas de mil personas cada una y ayudaron a transformar una fortaleza en decadencia diseñada para albergar a siete mil personas en un campo previsto para cien mil judíos. Los nazis prometieron a aquellos pioneros que nunca los «reubicarían» de nuevo si hacían bien su trabajo.

Bernd, que era un carpintero habilidoso, resultaba ideal para engrosar la lista de «pioneros». Tanto él como su esposa sabían que no había forma de escapar de la citación. «Sencillamente, obedecías», comentaba Anka. Cuando le explicaron que en los cincuenta kilogramos de equipaje que le permitían llevar a su marido podía incluir ollas, sartenes y ropa de abrigo, ambos esperaron que aquello significara que trabajaría al aire libre y que podría cocinar. Anka ocultó las lágrimas y le ayudó a hacer las maletas. ¿Qué debía meter? ¿Debía aprovechar para llevarse sus pertenencias mejores, libros y herramientas, o era preferible llevar comida enlatada y medicinas? ¿Necesitaría un saco de dormir? ¿Y qué iba a hacer con sus discos favoritos?

Después de una última y agrídulce noche juntos, Anka se despidió con la mano de su esposo, confiando en que no tardaría en volver a verlo. Bernd Nathan salió de Praga en el segundo de los dos transportes de cuadrillas de trabajo que partieron de Praha-Bubny el viernes 28 de noviembre de 1941. Poco después, su esposa recibía una notificación similar para que se presentara en la misma estación. «No cabía en mí de gozo porque estaba segura de que iba a reunirme con él. Ni se me pasó por la cabeza que no fuera a ser así».

En una gélida mañana de diciembre, con su mejor bolso, sombrero y una maleta pequeña, le entregó las llaves del apartamento a su doncella y le pidió que cuidara de sus bienes más preciados; entre los que se incluían fotografías de familia, muebles, las cortinas y el reloj de Bernd. Después, se unió a la desordenada sucesión de judíos que se dirigían al *Veletržni Palác*. En vez de coger cosas «necesarias y útiles», como pescado y sopa en lata, Anka llevó una gran sombrerera atada con una cuerda en la que guardaba tres docenas de las deliciosas rosquillas cubiertas de azúcar que tantísimo le gustaban a su marido.

Poco después, la mujer llegó al ruinoso edificio de seis plantas que en su momento había sido la sede del comercio de la ciudad. Cada piso estaba abarrotado por centenares de hombres, mujeres y niños, todos ellos empujándose, pugnando por hacerse con un poco de espacio. Había pocos lavabos y, a aquellas alturas, apestaban, además de haber también poca agua y comida, que les servían en unas latas sucias. Los jefes de policía checos, con brazaletes, organizaban a las personas en grupos y les entregaban etiquetas que tenían que escribir sobre las maletas, y en las que debían poner el número del transporte al que les habían asignado y luego pinchárselas con alfileres o cosérselas en la ropa o los sacos de dormir, o incluso colgárselas alrededor del cuello con una cuerda.

A todo el mundo parecía fascinarle Anka, quien —al margen del caos, el ruido y el calor— iba impecablemente vestida de verde con su mejor vestido y un sombrero. Mientras la gente que la rodeaba tenía cada vez peor aspecto en un sitio donde ni siquiera había medios para asearse, la joven seguía maquillándose y cepillándose el pelo. Pero más atónitos se quedaron aún cuando se arrodilló, a pesar de llevar unas magníficas medias, y empezó a rizarse las pestañas. «Quería tener la mejor apariencia posible para el hombre al que amaba».

Después de tres días sin pegar ojo, encerrados en el edificio, intentando dormir doblados en el suelo, hasta Anka se rindió y dejó de esforzarse por seguir estando presentable. Cada vez llegaba más gente, más allá de que no hubiera sitio para ella. La sombrerera con las rosquillas empezó a empaparse y a ser una carga, pero la mujer resistió la tentación de comerse su contenido o deshacerse de ella. Por fin, los organizaron en columnas y les obligaron a marchar a pie durante los treinta minutos que, más o menos, precisaban cubrir hasta la estación de tren. En las aceras había judíos y gentiles que los observaban en silencio y se preguntaban quién sería el siguiente. Incapaces de presenciar aquel espectáculo humillante, muchos se dieron la vuelta avergonzados y con los ojos llenos de lágrimas.

La ruta estaba sembrada de soldados nazis muy jóvenes. A Anka la acompañaba una amiga que se llamaba Mitzka y que le imploró a uno de ellos que ayudase a Anka con la sombrerera —a punto de caérsele de las manos—. A pesar de ser un quinceañero con carita de ángel, el soldado le soltó: «*Es ist scheiss egal ob die Schachtel mitkommt*» («Me importa una mierda que vaya con la caja o sin ella»). Al oír aquellas palabras, a Anka le recorrió un escalofrío, pues se dio cuenta de que ya todo daba igual.

El tren que iba a Terezín llevaba coches de segunda clase en los que se obligó a entrar de manera inhumana a mil pasajeros con destino a la estación de Bohušovice nad Ohří, en la línea principal, situada al norte de Praga. Una vez allí tuvieron que caminar dos kilómetros y medio hasta el gueto, fatigados, a través de campos cubiertos de nieve y hielo, flanqueados por un cordón de guardias checos armados y soldados de las SS. Las maletas más pesadas las cargaron en carros de madera de los que tiraba la cuadrilla especial de transporte, compuesta por hombres jóvenes, pero buena parte del equipaje —en especial las sombrereras— debían llevarlo encima y «a buen paso».

Terezín, con sus imponentes murallas de ladrillo rojo y los impenetrables muros del perímetro, se

cernía vasto y extenso ante ellos. «Era un estupendo emplazamiento para el propósito de los alemanes», comentaba Anka. Detrás del alto cerco de madera y de los amenazadores anillos de alambre de espino, la ciudad se alzaba muy deteriorada, pero seguía resultando bonita, de acuerdo con un patrón simétrico: calles anchas alrededor de una gran plaza central llamada *Marktplatz* («plaza del mercado»). Para empezar, la zona estaba fuera de los límites de los judíos, cubierta por una lona de circo que no pegaba nada con aquel lugar y que escondía una cadena de producción en la que los trabajadores —forzados— rellenaban piezas de motor con anticongelante. Las calles en derredor estaban compuestas por decrepitos barracones de cuatro pisos —ideales para engullir cantidades desmesuradas de personas—, seguidos por callejuelas con casitas, garajes y establos.

A los pocos minutos de cruzar una de las cuatro verjas principales que los separaban del resto del mundo, los deportados llegaron a un patio en el que guardias alemanes y un centenar aproximado de gendarmes o policías checos procedieron a contarlos, catalogarlos y registrarlos. Los administradores del gueto permitieron a aquellos primeros recién llegados quedarse con casi todas sus pertenencias. Luego les asignaron una vivienda.

A los matrimonios los separaron y a los hombres los metieron en once *Kaserne* («cuarteles»), rotulados con el nombre de alguna ciudad alemana —como Hamburgo, Dresde o Magdeburgo—, mientras que a los niños los condujeron a los *Kinderheime* («hogares para niños»). Todos ellos eran edificios polvorientos y sin calefacción, infestados de bichos y llenos de literas de tres pisos, con jergones y colchones de paja mohosos, veinte por habitación —cubículos de poco más de metro y medio cuadrado—. No tenían armarios, por lo que guardaban sus pertenencias debajo de las literas o colgaban la ropa de los clavos. Las coladas las tendían en cuerdas dispuestas entre las literas, pero nunca se secaban bien. Al igual que el mundo ocupado que quedaba allende los muros, sufrían restricciones y tenían que respetar un toque de queda.



Anka era joven, fuerte, saludable y optimista cuando llegó a Terezín el sábado 14 de diciembre de 1941. Su primera reacción al descubrir el atestado primer piso en el que se encontraba la habitación que le habían asignado fue: «No está tan mal»; pensaba que podrían sobrevivir. Tenían una bomba de la que sacaban agua (no potable) de un pozo, utensilios para cocinar, letrinas, cocinas y un sistema de administración básico. Después de investigar un poco, descubrió que Bernd estaba en los barracones de los sudetinos, en el bastión occidental, no muy lejos de allí. Mientras aún luchaba por obtener un poco de espacio, unas amigas que ya vivían en el gueto se encontraron con Mitzka y ella y les dijeron: «¡No podéis quedaros aquí!», tras lo cual las ayudaron a recoger sus pertenencias y las acompañaron a su propia habitación, ocupada solo por doce personas, situada en los barracones «Dresde» y donde permanecerían todas juntas. Así, rodeada de amigas, Anka se sentía como si estuviera viviendo una aventura.

Lo mejor de todo fue que esa misma noche se reunió con Bernd, ya que a los hombres les concedieron un permiso especial para dar la bienvenida a sus esposas. Triunfante, por fin pudo entregarle las rosquillas, que tantas penurias habían sufrido durante el viaje y que estaban ya rancias y pastosas. «¡Se las comió encantado de la vida!».

Nadie estaba autorizado a salir de su barracón a menos que dispusiera de un permiso especial o de una escolta policial, pero Anka y Bernd decidieron saltarse las leyes, tal y como habían hecho en Praga. Entre los castigos posibles se incluía que te recluyeran en la prisión del gueto o te azotaran, pero la pareja siempre encontraba el modo de reunirse. Uno se enteraba de dónde iba a estar trabajando el otro y se desviaba un trecho, arriesgándose, lo que les permitía pasar juntos unos pocos momentos clandestinos.

Los *Ältestenrat*, el «Consejo de ancianos» responsable de las calles organizadas por orden alfabético en aquella fortaleza, eran los encargados de asignar el trabajo a todo aquel que fuera mayor de catorce años. Eran cientos los que trabajaban una media de setenta horas por semana en áreas como la construcción, las cocinas, la lavandería o las oficinas administrativas. Otros cosían uniformes nazis o ropa para la población alemana. Algunos tenían la nada envidiable tarea de limpiar letrinas o bien componían las «Brigadas de limpieza» con las que las autoridades pretendían reducir los riesgos de infección. En cuestión de un año, los albañiles empezaron a construir un horno crematorio para los centenares de personas que no tardarían en morir, por mucho que la incineración fuera en contra de la fe judía, que la considera una profanación del cuerpo y solo permite el enterramiento.

Bernd, asignado a la división de carpinteros, tenía la tarea de construir más literas, mejorar los ruinosos barracones y arreglar las casas. También se había alistado al *Ghettowache* («guardia del gueto»), un trabajo que muchos envidiaban por los privilegios que reportaba a sus integrantes.

Al principio, a Anka no le asignaron ninguna labor y, al poco tiempo, se puso demasiado enferma

como para trabajar. Le salió un sarpullido y resultó que era escarlatina, lo que hizo que la tuvieran en cuarentena durante seis semanas. Cuando por fin se recuperó, la pusieron a trabajar en un departamento encargado de hacer el reparto de leche, carne y patatas a los presos, de acuerdo con los cupones de la cartilla de racionamiento. «Tenía un cubo [...] y le daba un cazo de leche a todo el mundo», explicaba. Aquel puesto le permitía realizar trueques a cambio de pedazos de pan o verduras con los que intentaban darle un poco más de sabor a aquella sopa aguada y gris que les servían a diario.

Fue cuando repartía la leche cuando conoció al conductor Karel Ančerl, a su esposa y al hijo de ambos. Más adelante, Ančerl organizó conciertos en el gueto y se convirtió en el director de la Orquesta de Cuerda de Terezín. «Solía darles más leche de la que les correspondía, por el niño. [...] Nos caíamos bien y nos hicimos amigos. [...] Si me hubieran pillado, me lo habrían hecho pagar».

Durante los siguientes meses siguieron arribando los transportes —en su punto álgido, llegaban mil personas en tren cada tres días—. Sesenta mil almas —ya fueran ancianos, jóvenes, enfermos o hambrientos— abarrotaban los cuarteles. Se trataba de un flujo al que no podían hacer frente ni las cocinas ni el viejo sistema de recolección de aguas residuales. El agua del gueto, además de racionada, estaba contaminada, por lo que tenían que hervirla. A los prisioneros solo les permitían lavar la ropa cada seis semanas, unas prendas ya acartonadas. Había tanta gente que los constructores tuvieron que hacer agujeros en el techo para habilitar los tejados como buhardillas, excavar catacumbas húmedas debajo de los terraplenes y arreglar los establos para acomodarlos a todos.

Los recién llegados venían en un estado lamentable y muchos morían a los pocos días. Iban mal equipados para sobrevivir al transporte en trenes desvencijados y peor preparados aún para lo que les aguardaba. El hedor a podredumbre humana se impregnaba por doquier y el gueto tenía un color grisáceo deprimente.

Los trenes que llegaron entre septiembre y diciembre de 1942 vomitaron los cuerpos arrugados y fatigados de los padres de Anka, Stanislav e Ida, de su hermana Zdena y del marido de esta, Herbert Isidor, junto a su sobrino Peter. Los habían transportado hasta allí desde Hradec Králové, la ciudad en donde Anka había estudiado secundaria. A Ruzena, la madre de Peter, la habían enviado a un campo de internamiento checo en Svatoborice como castigo a que su marido, Tom, fuera un «traidor» tras huir al extranjero. Separada de su hijo, que permaneció con los abuelos, el desánimo fue haciendo mella en ella y para cuando, por fin, la enviaron a Terezín, podría decirse que había perdido las ganas de vivir.

Los suegros de Anka, Louis y Selma, que estaban divorciados, llegaron por separado. Él, de sesenta y cuatro años, llegó primero; después lo hizo su esposa, desde Westerbork, un campo holandés construido para albergar, en su mayoría, a judíos alemanes. A Selma la acompañaba su segundo marido, más joven que Bernd (lo cual la avergonzaba). Los Nathan no conocían a su nuera y las primeras palabras de Selma a Anka —en referencia a la paga que le pasaba el padre de esta—

fueron: «Sabes que Bernd solo se casó contigo por el dinero, ¿verdad?». No se trató de un buen comienzo.

Con el tiempo fueron arribando más parientes, incluidos los padres y el hermano de Olga, prima de Anka (que al principio había quedado a salvo por estar casada con un gentil), y la joven se encontró con que tenía quince bocas que alimentar a diario. Selma esperaba que su nuera se ocupase de ella, de su marido, de su exmarido y de la mujer que cuidaba de este. También había una vieja tía cuyo sustento dependía de ella por completo y que llegó a estar tan asustada de morir por inanición que la esperaba despierta cada noche con la esperanza de que le trajera algo de comer.

«¡Éramos muy felices!», decía Anka en broma, dado que la única comida que podía conseguir era una «nauseabunda pasta de color gris oscuro» compuesta a base de cebada cocida y con la consistencia del engrudo con el que se pega el papel de pared. «Tenía la sensación de que me pasaba el día yendo de un lado a otro con el perol o la olla, intentando a la desesperada encontrar cualquier cosa que cocinar [...] para mis tíos y mis suegros. Sentía que debía mantenerlos de una forma u otra [...] porque, si hubieran tenido que sobrevivir con lo que les correspondía, se hubieran muerto de hambre». Este fue el caso de muchos. Sus hermanas eran jóvenes aún, por lo que habrían podido sobrellevarlo, pero sus padres no, en especial Stanislav —¡menudo caballero!—, que contaba setenta y tres años y nunca se acostumbró a tener que dormir en el suelo junto a otros hombres de su edad. Se volvió tan dependiente de su esposa, de sesenta años, que la mujer ni siquiera podía marcharse de su lado para ir a buscar trabajo, lo que habría significado más comida para ambos. «En el campo [mi madre] siempre parecía contenta [...] y mi padre se habría muerto en una semana de no ser por ella. En todo momento había estado muy apegado a ella [...] pero en el campo no quería ni perderla de vista».

Además de la leche, las pocas verduras y el grano que les suministraban, en el gueto había una cantina. Hasta allí se acercaban jóvenes y mayores por igual, para formar una fila a las siete de la mañana, a mediodía y a las siete de la tarde con platos de aluminio, tazones u ollas en las que recibir un pedacito de pan y un cazo de café o sopa aguados. Los *Schwerarbeiter* («trabajadores forzados») recibían porciones más grandes, mientras que los normales tenían raciones de tamaño medio y los *Nichtarbeiter*, que no trabajaban (en su mayoría, ancianos), se veían condenados a una dieta de inanición.

«De abajo, por favor», imploraban los que más hambre pasaban con la esperanza de que les tocara algo de sustancia. Todo aquel que se estuviera recuperando de una enfermedad recibía una papeleta especial por la que le servían algo más de comida, de ahí que muchos fingieran estar enfermos o prolongaran los síntomas para comer más. Fuera cual fuese su situación, la comida que se les distribuía nunca alcanzaba. El hambre se convirtió en una tortura constante y la lucha por encontrar comida, en una tarea diaria. Muchos se volvieron apáticos y deprimieron. El destino había obligado a un pueblo, antaño orgulloso, a abandonar su bonito hogar y dejar su próspera vida a cambio de una intimidad que, contra su voluntad, debían compartir con extraños infestados de bichos y con quienes

lo único que tenían en común era la sangre judía. Como no había otra alternativa que respirar aquel aire rancio que apestaba a cuerpos desaseados, miedo y hambre, su vida se tornó de lo más amarga.

Los nazis ofrecían trabajos nuevos cada día, junto con cartillas de racionamiento y provisiones básicas, además de unos pocos tubérculos, la mayoría de ellos, podridos. Al principio, los presos completaban aquella dieta con algo de salami o alimentos en lata que les enviaban por correo sus seres queridos. Los amigos y familiares también les enviaban dinero, embolsado enseguida por los alemanes a cambio de cupones o «dinero del gueto» falso que servía de moneda de cambio en el mercado negro.

Los hombres eran quienes hacían gran parte del trabajo duro, mientras que las mujeres se encargaban de cuidar de la salud y el bienestar de ancianos y jóvenes. A la «división agrícola» de la *Landwirtschaft* se asignaban tanto hombres como mujeres y ellos eran los responsables de cultivar las verduras y cuidar los pollos de los nazis, aparte de separar las patatas, cebollas y demás tubérculos que se podían distribuir entre los prisioneros. Los alemanes montaron un pequeño hospital para tratar los muchos casos de neumonía, escarlatina, sepsis, tifus y sarna, y había también escuelas improvisadas para niños.

Aunque siempre tenían hambre y en invierno hacía tanto frío que tenían que quitar el hielo que se formaba en la cara interior de las ventanas, los primeros residentes de Terezín mostraban una actitud estoica y daban gracias en silencio a que la situación no fuera peor. Poco después de que llegaran, sin embargo, sucedió algo que hizo que se dieran cuenta de la «triste realidad» en que vivían, de donde estaban en verdad y de quién se hallaba a cargo de su destino. «Solíamos estar de buen humor hasta que empezaron las ejecuciones», comentaba Anka.

Los alemanes que formaban la *Lagerkommandantur* («comandancia de campo») convocaron a los ancianos judíos y a unos cuantos testigos para que se reunieran en la plaza que había cerca de los barracones «Aussig», donde aquellos habían ordenado a los constructores que levantaran unas horcas. Después, colgaron en público a un grupo de nueve jóvenes que había insultado el «honor de los alemanes», tras intentar hacer llegar «correspondencia no autorizada» a su familia. A estos les siguieron más ahorcamientos, incluido el de siete jóvenes que habían cometido una serie de delitos menores, como el robo de dulces y la posesión de cigarrillos.

Conmovida, Anka relataba: «Se llevaron a cabo unos seis castigos ejemplares de aquel tipo, lo que nos devolvió a la tierra de golpe e hizo que nos diéramos cuenta de que sobrevivir no sería sencillo. A partir de entonces, empezamos a ser muchísimo más cautelosos y a vivir con la gran preocupación de desconocer lo que iba a ser de nosotros».

Como de Alemania y Austria seguía llegando una «avalancha» de personas, las regulaciones del mando nazi se volvieron aún más restrictivas. Una nueva serie de prohibiciones impedían que los reclusos estuvieran en determinadas partes del gueto en ciertos momentos del día o que desempeñaran actividades cotidianas. Las autoridades erigieron más vallas y barreras de seguridad y apostaron más centinelas. Había que mantener limpias las calles principales, así que a los judíos solo

les permitían utilizar las secundarias. A aquellos que infringían las reglas podían pegarles o incluso dispararles. A otros se los llevaban a la fortaleza pequeña, de donde era improbable que regresaran.

Con la intención de ahorrar electricidad, a menudo confinaban a los prisioneros en los cuarteles para el *Lichtsperre* («corte de luz») y estos tenían que desnudarse a tuestas o leer a la lumbre de las poquísimas velas que poseían. Anka, tumbada sobre un colchón sucio, llena de picaduras, con aquel aire insalubre, no podía evitar recordar las románticas noches que había pasado con Bernd a la luz de las velas en su apartamento de Praga. Por si no bastara con el hambre que padecían, también había una plaga de pulgas y chinches. Cuando llegaba el invierno, era complicadísimo encontrar madera con la que encender una estufa y caldear la habitación, o calentar algo de comida. Tan solo les daban raciones de carbón si las temperaturas descendían por debajo de los cero grados centígrados. «La gente empezó a morir como moscas debido a la desnutrición, las deficiencias del alojamiento y la falta de duchas y lavabos —explicaba Anka—. Era una combinación letal para los ancianos».

Dado lo poco que comían, el hambre pasó a ser insoportable para muchos, en quienes afloraron instintos animales. A menudo, la supervivencia dependía de lo buen ladrón que fueras. «Todo el que podía, robaba —contaba Anka—. Si alguno te dice que no robó, no le creas». Los que trabajaban en las cocinas escondían patatas e incluso peladuras para venderlas o comerciar con ellas más tarde. Anka aprendió a hacer sopa de ortiga y no desaprovechaba ninguna oportunidad de coger cualquier comestible de las cocinas, tras lo que intentaba cambiar aquella patata negra, por ejemplo, por una cebolla podrida.

Hubo una vez en la que cambió su suerte porque, por accidente, recibió un paquete de sardinas portuguesas que iba destinada a otra mujer, llamada Nanny Nathan, que ya había fallecido. Anka explicó el error en la oficina postal de los judíos, pero le dijeron que se lo quedara de igual manera. «Lo acepté encantada, pero contenía tantas sardinas que ni siquiera podíamos con ellas. Mi marido incluso preguntaba: “¿Otra vez sardinas?” [...] ¡Llega uno a mostrarse tan desagradecido!».

Aunque hubieran muerto muchísimos, nunca había suficiente sitio para los recién llegados —en especial, para todos los que arribaban de Alemania y Austria—, razón por la que, en enero de 1942, empezaron los transportes al Este, todos ellos compuestos por entre mil y cinco mil almas. Igual que en Łódź y en los demás guetos, la gente hacía lo imposible por implorar o sobornar a los oficiales para que quitaran de las listas el nombre de sus seres queridos, pero lo normal era que no surtiera efecto y vieran cómo el número de los suyos iba mermando. A los primeros deportados de Terezín los enviaron a un gueto de Riga, Letonia, tras lo cual los reubicaron en guetos de la ocupada Polonia; ahora bien, pocos sabían adónde iban a parar. «Era terrible cuando veías a aquellas personas en camilla, ancianas e incapaces de moverse, transportadas Dios sabe adónde. [...] Llegaban a miles, pero las enviaban al Este en cuestión de días. [...] Miles llegaban, miles morían y miles eran deportados. El año 1942 se pasó como un suspiro. Y lo mismo sucedió con 1943».

Las deportaciones se convirtieron en una especie de ejercicio de terrorismo, en una amenaza que lo cubría todo. Nadie sabía qué sucedería al día siguiente y el miedo dejó por los suelos una moral

que ya caía en picado de por sí. De los ciento cuarenta mil judíos que los nazis enviaron a Terezín, se calcula que murieron unos treinta y tres mil, y que a más de ochenta y ocho mil los enviaron a campos de exterminio cuando empezaron a erradicar a los judíos checoslovacos. Quince mil eran niños, incluidos los mil doscientos sesenta a los que les habían prometido un pasaje a Suiza y aquellos que se habían presentado voluntarios para acompañarlos. Casi todos murieron ejecutados en Auschwitz.

«Pioneros» como Anka y Bernd seguían confiando en que la promesa que les habían hecho significara que el suyo sería un destino diferente, pero tampoco tenían ninguna garantía. «No sabías cuándo podían deportarte o adónde —contaba ella—. ¿Hoy? ¿La semana que viene? ¿El mes que viene? Lo único que teníamos claro es que el concepto “Este” implicaba algo aterrador y que, por tanto, todos intentábamos evitar aquellas deportaciones».

A medida que las condiciones empeoraban, la Gestapo vendía parcelas y «derechos de admisión» para que judíos privilegiados pudieran mudarse a Terezín, del que decían que era casi un paraíso vacacional donde había alojamiento y cuidados médicos gratuitos, un *Reichsalterheim* («hogar estatal para ancianos») y un *Bad* («balneario»). Muchos pagaban más dinero por tener habitaciones «con vistas» o un ático, y no se daban cuenta de que les habían engañado hasta que era demasiado tarde. Los que llegaban esperando encontrar un agradable centro turístico en el que poder estar a salvo de la guerra se quedaban estupefactos al ver las condiciones en las que vivía allí la gente. Dado que imaginaban que iban a tener una rica vida social con personas de su posición, llegaban con tiaras y chisteras, joyas y vestidos de lentejuelas, que enseguida se arrugaban y manchaban. Muy al contrario de lo que habían previsto, se topaban con escenas de desesperanza dickensiana aderezadas con el miedo palmario a lo que habría al final de las vías.

«Aquella fue la primera vez en la que vi a ancianos que deberían estar en un hospital [...] y a los que habían hecho viajar ni se sabe cuántos días. Tuvimos que encargarnos de ellos. Era inhumano. No había sitio —explicaba Anka—. No sabían adónde ir. [...] Se apiñaban en los altillos de las casitas, que se habían convertido en dormitorios [...] a los que tenían que subir y bajar, cosa que les resultaba casi imposible».

En verano había plagas de moscas que se volvían insoportables cuando no soplaba el aire. Las epidemias de encefalitis, difteria y disentería acabaron con cientos de personas a las que se les aflojaban los intestinos y morían tiradas sobre sus propios excrementos. Había tantos, que a los muertos, por debajo de cuyas mortajas sobresalían sus pies huesudos, se los llevaban en carretones. Se habilitaron zonas donde despiojar a las personas y desinfectar con insecticida las ropas y otras pertenencias.

A pesar de que la situación estuviera empeorando, o quizá por ello, los prisioneros que quedaban empezaron a desarrollar una rica vida artística. En Terezín había algunos de los mejores pintores, intelectuales, compositores y músicos europeos, que ponían en marcha formas innovadoras de mantener a raya la creciente desesperación. Tanto niños como adultos representaban obras de teatro o

daban recitales, y se animaba a todo el mundo a que se expresara a través del arte y la poesía. Imploraban que les dejasen materiales, que se los prestasen o incluso los robaban, y jóvenes o ancianos compartían pedazos de carbón o restos de ceras para dibujar en páginas que arrancaban de cuadernos de contabilidad o en las guardas de los libros.

Era como si el encarcelamiento hubiera despertado un frenesí de creatividad. Algunos hacían *collages* con pedazos de cartón y retales. Un joven llamado Pavel Friedman escribió un poema en un delgado papel de calco que decía: «No volví a ver mariposas. [...] Aquí no hay mariposas. En el gueto». Tenía veintitrés años cuando lo enviaron a Auschwitz, donde lo asesinaron. Si pillaban a los pintores, que dibujaban las nefastas condiciones del gueto, los enviaban a la fortaleza pequeña para que los torturaran y les rompieran los dedos. A muchos les disparaban o los deportaban a campos de concentración.

A pesar de la constante amenaza de posibles represalias, la revolución cultural siguió adelante. En secreto, organizaban pequeñas exposiciones, reseñas musicales y conciertos. Los teatros espontáneos empezaron en los sótanos y en los barracones, pero se volvieron tan populares que tuvieron que trasladarse a los almacenes o a los patios de ejercicio. La administración judía, que tenía que aprobar dichas representaciones, empezó a emitir entradas, que eran muy codiciadas y a menudo se cambiaban por comida en el mercado negro.

Como los alemanes no ponían fin a aquellos espectáculos —incluso les permitían tener instrumentos musicales— los prisioneros se volvieron más arrojados y empezaron a organizar producciones más grandes. Los arquitectos y los diseñadores de escenarios se implicaron de lleno y las costureras empezaron a hacer disfraces. A los escritores les pedían que escribieran obras satíricas y cabarés, entre los que se incluyó uno titulado *Posledni Cyklista* («El último ciclista»), escrito por Karel Švenk. En él se representaba un mundo en donde un grupo de locos que se había escapado de un manicomio perseguía a todo aquel que tuviera una bicicleta. Por desgracia, no llegó a realizarse en Terezín, pues el Consejo de ancianos lo prohibió durante el ensayo general por miedo a las represalias. Sin embargo, después de la guerra —a la que Švenk no sobrevivió—, los supervivientes la recrearon de memoria y aún en la actualidad hay compañías que la representan por todo el mundo.

Las autoridades sí que permitieron el montaje de obras menos controvertidas, incluidas óperas como *Aida*, en las que actuaron famosos solistas europeos. Se llevaron a cabo más de cincuenta representaciones de una ópera para niños escrita por Hans Krasa y titulada *Brundibar*. Poner en marcha este espectáculo fue posible, en gran medida, gracias al productor checo František Zelenka, el diseñador de escenarios más influyente e innovador de su época. Después de ayudar a la realización de más de veinte obras en Terezín —incluidas algunas de Shakespeare o Molière— a Zelenka, de cuarenta y dos años, lo asesinaron en Auschwitz.

Anka asistió a un ensayo general memorable de *La novia vendida*, una ópera cómica que ya había visto cuando era una estudiante sin preocupaciones. Aunque pensaba que la mujer que representaba a la novia era demasiado mayor para el papel, siguió pareciéndole «fantástica» por el optimismo que

transmitía. «Cuando su autor la compuso, nadie imaginaba siquiera que algún día la escenificarían en un sitio como Terezín, pero contenía varias canciones y frases que se correspondían a la perfección con la situación que vivíamos allí, encerrados. [...] Hay una, por ejemplo, en la que ella le pregunta a él: “¿Qué sucederá al final?”, a lo que este responde: “¡Todo saldrá bien!” [...] Aquello era simbólico. Momentos como ese resultan inolvidables».

Durante la hora o el par de horas que duraban aquellas actuaciones, los asistentes dejaban de ser prisioneros que solo pensaban en comida y en la incertidumbre de sus vidas. Por el contrario, eran libres de pronto para reír y llorar, para sentir una tristeza inspiradora, pues la música, los bailes y las canciones los transportaban a momentos más felices. «Todo ayudaba a relajar la atmósfera —recordaba Anka—. Con el arte podías dejarte llevar».

Uno de los logros artísticos de Terezín lo alcanzó un implicado coro de aficionados dirigido por Rafael Schächter, director de orquesta y músico de cámara rumano. Aquel coro hizo no menos de dieciséis representaciones de la obra más complicada de Verdi: *Réquiem*. Los intérpretes aprendieron de memoria, en un sótano frío y húmedo, la feroz misa fúnebre católica —nota a nota, en latín, palabra por palabra—. Con una partitura que habían conseguido de contrabando, un piano —al que le faltaban algunas patas— y un elenco cambiante debido a que las deportaciones se iban llevando a las voces, Schächter le expuso a su coro: «Vamos a cantarles a los nazis lo que no nos permiten que les digamos».

Una de las frases de *Libera me* («Libérame») dice: «Rescátame, Señor, de la muerte eterna [...] cuando vengas a juzgar al mundo con el fuego». Otra asegura que: «Nada quedará sin castigo» el día del Juicio Final. Era un mensaje desafiante que hablaba del juicio de Dios a los pecadores. Anka, que asistió a una de las funciones en las que había oficiales nazis, contaba que fue lo más conmovedor que había oído en su vida. Cuando acabó, los judíos de la audiencia permanecieron sentados sin aliento a la espera de la reacción de los alemanes; cuando las SS empezaron a aplaudir, les siguieron con el rostro bañado en lágrimas.

Como parte de su resistencia artística continua bajo la supervisión de la *Freizeitgestaltung* («administración de Actividades para el Tiempo Libre»), los prisioneros de Terezín también organizaban lecturas y clases, talleres de costura o bricolaje. Cuando no estaban participando en alguna de las actividades artísticas o educativas con las que nutrir su intelecto o el de los demás, se hallaban mejorando sus habitaciones.

Desafiando abiertamente la amenaza de muerte que pesaba sobre ellos, los judíos eligieron la vida. Como parte de su rebelión privada, cantaban, bailaban, se enamoraban, se casaban y —desesperados por sentir amor y alguna clase de contacto físico— intentaban encontrar consuelo donde fuera.

Bernd trabajaba en un taller especializado en madera —que también era maderería— en el *Bauhof* («almacén para materiales de construcción») o Bloque H, en los terraplenes que quedaban más allá del alambre de espino. Uno de sus cometidos consistía en hacer muebles elegantes para los oficiales nazis, igual que en Praga. Cuando acababa su jornada de trabajo se escabullía hasta el cuartel de su

esposa para hacerle una visita. No tenían privacidad, pero tampoco eran vergonzosos. Ni los únicos que se encontraban en esa situación. Muchas parejas alquilaban habitaciones privadas a los pocos privilegiados que se las podían permitir. Otros tenían que arreglárselas con los escasos minutos que pudieran verse; y Anka contaba que, algunas noches, cuando unos cuantos hombres conseguían llegar a hurtadillas a los barracones de las mujeres, notaba cómo la estancia entera se estremecía. «Estábamos doce mujeres por habitación y había veces en las que otros doce hombres dormían con nosotras y nadie se enteraba. Era uno de los pocos placeres que nos quedaban y nos mantenía con vida». El riesgo era muy grande, pero merecía la pena correrlo. Eran jóvenes y estaban enamorados, y acostarse juntos unas pocas horas les infundía esperanza.

La marcha de tantos conocidos en las deportaciones, mientras ellos se quedaban allí, convenció a la pareja de que la promesa de los nazis de que no se llevarían del gueto a los «pioneros» y que, por tanto, permanecerían a salvo durante el resto de la guerra, era real. A pesar de que en junio de 1943 las autoridades construyeran una vía muerta en el corazón del gueto, Anka seguía creyendo, como muchos otros, que la guerra acabaría pronto.

Aunque tuviera veintiséis años, llevara tres casada y no quisiera esperar mucho para ser madre, tanto Anka como Bernd decidieron no tener hijos en aquellas circunstancias. Aun cuando nunca la establecieran con claridad, los alemanes habían decretado una segregación estricta de ambos sexos y los presos creían que el crimen de «quedarse embarazada» lo castigaban con la muerte. Con todo, cuando en el verano de 1943 Anka se dio cuenta de que estaba encinta, se sintió muy dichosa. Su madre, que por aquel entonces compartía el mismo barracón que ella, le preguntó incrédula: «¿Cómo? ¿Cuándo?», a lo que su hija respondió encogiéndose de hombros e Ida se echó a reír. Anka se convenció de que quizás aquel bebé estuviera predestinado a nacer. Nueve meses le parecían muchísimo tiempo, un tiempo en el que podía pasar de todo. Gracias a las radios ilegales y a los cotilleos de la policía checa, a los «pajaritos» de Terezín les llegaban fragmentos de noticias. Los Aliados habían invadido Sicilia, habían depuesto a Mussolini e Italia se había rendido. En el gueto de Varsovia se había producido un alzamiento general y varios bombardeos aliados habían arrasado el Ruhr. Para muchos, aquello significaba que, por fin, el desenlace estaba a la vuelta de la esquina.

No obstante, su lucha no había terminado. Una epidemia tifoidea mataba a más de cien personas al día dentro del gueto. Las cuadrillas desalojaban a los muertos en los mismos carros en los que se distribuía el pan mohoso. No daban abasto con los ataúdes, por lo que a muchos los envolvían en mortajas y los apilaban en los pasillos. El horno crematorio tenía que deshacerse de mil cadáveres al mes.

Entonces, en otoño, Anka se enteró de que a sus hermanas Ruzena y Zdena, de treinta y seis y treinta y nueve años respectivamente, a Peter, su sobrino de ocho años, y a su cuñado Herbert iban a enviarlos al Este como parte de una deportación de cinco mil personas. A los padres de su prima Olga también los deportaban, además de a otros miembros de la familia. «Cuando alguien a quien querías tenía que marcharse en el siguiente tren, removías cielo y tierra por salvarlo —comentaba

Anka—. Como es evidente, intenté hacer lo imposible, pero no conseguí nada. Procuré [...] sobornar a las personas adecuadas [...] pero fue inútil. Además, al hacerlo corrí riesgos enormes. Había demasiada gente que podía echar mano de algo para sobornar a alguien. Los alemanes decían que tenían que ir mil e iban mil. Simplemente, eras afortunada o no».

Decenas de personas se suicidaban, o lo intentaban, antes de enfrentarse a aquel viaje a lo desconocido. En Terezín hubo cuatrocientos treinta suicidios y otros doscientos cincuenta y dos intentos entre 1941 y 1943 —la mayor parte de ellos durante las deportaciones—. Aquellos que no podían soportar dejar a sus seres queridos se tiraban por la ventana, se cortaban las venas, se colgaban o tomaban sobredosis de barbitúricos que habían robado o comprado en la enfermería.

Uno de los recuerdos que Anka tenía de los últimos parientes que los alemanes deportaron era el de su anciana tía «compuesta y peinada», sentada sobre su maleta. «Me estrechó la mano y me dijo: “Bueno, hasta pronto”, como si fuéramos a reunirnos en el Gran Hotel de Hradec Králové; [...] no “Adiós para siempre”, sino “¡Hasta la vista!”. No sabían nada de las cámaras de gas, pero sí que sería horrible».

Anka se obligó a sonreír y se despidió de ellos con la mano mientras marchaban hacia la vía muerta y miles de pies levantaban una gran polvareda. Rezó por verlos pronto y para que fueran capaces de encontrar la suficiente comida sin su ayuda.

Según pasaban los meses y su tripa empezaba a crecer, Anka se sentía emocionada ante la perspectiva de ser madre, a pesar de que hubiera perdido mucho peso y su alimentación tuviera muy pocos nutrientes. «Anhelábamos tenerlo —explicaba—. Recuerdo que, cuando estaba de cuatro meses y medio, el bebé empezó a moverse. Me había sentado en la oficina en la que trabajaba y nada más sentir que se agitaba dentro de mí fui corriendo a ver a mi supervisora. “¡Se mueve!”, le dije. Estaba como loca de contenta. ¡Era un milagro!». Sin embargo, su felicidad enseguida se tornó en miedo, en especial porque no llegaban más buenas noticias sobre el devenir de la guerra y porque las deportaciones al Este habían aumentado.

Cuando Anton Burger, el comandante del campo, *Obersturmführer* de las SS, descubrió que alguna de las reclusas estaba embarazada, les ordenó que confesaran de inmediato su estado. Dictaminó que ser judía y hallarse esperando un bebé era un crimen contra el Reich y decretó que las mujeres embarazadas de menos de siete meses debían abortar. También amenazó con castigar a todas aquellas que escondiesen su embarazo, además de a la comunidad a la que pertenecieran.

Anka y Bernd eligieron no revelar su estado hasta que fuera imposible esconderlo por más tiempo. Entonces, los llamaron a las oficinas administrativas del comandante junto con otras cuatro parejas. No les quedó más remedio que obedecer. Mientras un nazi furioso agitaba una pistola frente a ellos, les obligaron a firmar unos documentos en donde se mostraban conformes con entregar sus recién nacidos para que se les practicara la «eutanasia». A pesar de su maestría con los idiomas, Anka no sabía qué significaba aquella palabra y tuvo que preguntárselo a otras personas más tarde. Cuando le explicaron que a su bebé lo ejecutarían nada más nacer, casi se desmaya.

«Ni se me habría pasado por la cabeza que me harían firmar un papel en el que me ordenaban que se lo entregara [el bebé] para matarlo. Nadie había oído nada así en la vida. [...] ¿Cómo vas a firmar algo así? Pero nosotros lo hicimos. Nos gritaron: “*Sie unterschreiben!*” [«¡Firmadlo!»], y eso fue lo que hicimos. [...] Que hubiera un oficial de las SS apuntándote con un revólver era razón suficiente para ello. [...] ¡Cómo no ibas a firmar!».

En noviembre de 1943, cuando llevaba seis meses embarazada, los alemanes censaron a los prisioneros para asegurarse de que los suministros entregados se correspondían con la gente que quedaba. Para ello, vaciaron el gueto. Bernd estaba en la enfermería con fiebre, por lo que permaneció allí, junto con los demás enfermos y los bebés. A Anka la evacuaron sin él, pero iba acompañada de sus padres y por otros treinta y seis mil prisioneros.

Aquella gente, que se temía lo peor, caminó por la nieve, junto a los guardias armados, hasta una pradera de una zona conocida como «cuenca de Bohušovická». Desde las siete de la mañana hasta las once de la noche los contaron y recontaron mientras temían que les disparasen. No les permitían ni sentarse ni aliviarse, por lo que tenían que hacer sus necesidades donde se hallaran. El frío y el aguanieve fue demasiado para los más débiles y muchos cayeron al suelo y no se recuperaron jamás. Cuando por fin les indicaron que volvieran a los cuarteles, Anka se sintió feliz tras comprobar que no habían asesinado a los que estaban en la enfermería.

Entonces, en diciembre, a sus ancianos padres los eligieron para viajar al Este. Stanislav, que había sido una persona orgullosa, un emprendedor respetado en Třebechovice que había sacado adelante una exitosa fábrica de cuero y dado muy buena vida a su familia, se había visto obligado a vivir como un «pordiosero digno de lástima» y tenía ahora muy mala salud. Un soldado de las SS le había pegado un golpe en la cara con un arma y le había roto las únicas gafas de que disponía, con lo que ya ni siquiera podía ver. «Aquello fue lo que más me dolió —contaba Anka—. Lo convirtieron en un judío insignificante que vivía colgado de mi madre. [...] Era tristísimo verlo porque [...] no podía dar ni un paso sin ella».

A pesar del hambre que los consumía y deterioraba su salud, sus padres no la habían «agobiado» ni una sola vez con quejas y siguieron mostrándose animados hasta el final. «Cuando mis padres se marcharon me quedé muy triste. Me despedí de ellos pero no me di cuenta de que era la última vez que iba a verlos. Fue algo muy corto: “Adiós, hasta pronto”. Sabían que estaba embarazada y se lo tomaron con filosofía. Tenían muchas otras cosas en las que pensar y creíamos que, de alguna manera, nos las arreglaríamos».

Selma, la madre de Bernd, y otros parientes, también tuvieron que marcharse. El hombre creía que su padre, Louis, que se había quedado ciego durante la guerra, se salvaría gracias a su Cruz de Hierro.

Ni los padres ni las hermanas de Anka estaban a su lado cuando nació el bebé con unas semanas de antelación, el 2 de febrero de 1944, poco después de que los Aliados bombardearan Berlín. Para entonces, el gueto tenía un hospital y una sala de operaciones con equipamiento moderno y

esterilizado, y cientos de médicos cualificados entre los prisioneros. Aunque Anka podía elegir entre varios ginecólogos y pediatras, nadie pudo evitarle los dolores del parto. «Dolía. Me pareció terrible y pensaba que no tendría otro hijo ni aunque me pagaran —declaraba, aun cuando añadía al rato—: ¡Aquél bebé era oro puro!».

Después del parto, acunó a su tan deseada criatura en el *Säuglingsheim* («orfanato para recién nacidos»), donde se hallaban las demás madres y bebés, a sabiendas de que llegarían para arrebatárselo de un momento a otro. «Era un bebé normal y tenía mucha comida», contaba Anka.

Le pusieron Jiri (Jorge) de nombre, lo que alegró mucho a su suegro, pues tenía un hermano que se llamaba así. Sin embargo, los alemanes no permitían que se diera nombres judíos a los recién nacidos, por lo que tuvieron que olvidarse de Jiri y ponerle Dan —no «Daniel», sino «Dan»—. Nadie vino a por el niño para practicarle la eutanasia y nunca supieron por qué los habían perdonado. Sencillamente, se mostraban agradecidos de que así fuera.

Hasta después de la guerra, cuando se descubrió el diario secreto de Gonda Redlich, un prisionero de Terezín, no se desentrañó el misterio. Gerta, la esposa de Gonda, conocida de Anka, también estaba embarazada. De igual modo, a ella y a su marido les habían obligado a firmar un «infanticidio» en noviembre de 1943. Gonda escribió de forma conmovedora en su diario que, aquel día, había «firmado una declaración jurada en la que aceptaba matar a mi bebé».

En una anotación posterior, en marzo de 1944, después de que naciera su hijo (al que también llamaron Dan), le escribió a su bebé: «A los judíos les estaba prohibido nacer; a las mujeres, daros a luz. Nos vimos obligados a ocultar el embarazo de tu madre. Hasta los propios judíos nos pedían que te matáramos —¡al fruto de nuestra unión!— porque el enemigo amenazaba con castigar a toda la comunidad por cada judío que naciera en el gueto». Su hijo se salvó de milagro, explicaba él, cuando la esposa de un oficial alemán dio a luz a un mortinato prematuro. «¿Por qué cancelaron la orden que prohibía los nacimientos cuando nacisteis tú y los demás? —escribió—. Fueron doctores judíos los que salvaron a aquella mujer. El enemigo se sintió afligido por aquella madre y permitió a la tuya y a otras que dieran a luz».

Anka no sabía nada de aquello y se concentró en cuidar de su recién nacido. Usaba unas telas rotas a modo de pañales y tenía suficiente leche para alimentarlo. Compartía su «buena suerte» con las demás mujeres que habían alumbrado en el gueto —una de ellas, gemelos—, aun cuando tres de los bebés murieran más adelante y una de las madres sucumbiera a la tuberculosis.

Con un mes de vida, sin embargo, y a pesar de haberse salvado de su sentencia de muerte, Dan Nathan empezó a debilitarse. Anka decía: «No tenía el mismo aspecto que los demás niños que habían nacido con él». En unas pocas semanas, su pequeño primogénito contrajo neumonía. Murió el jueves 10 de abril de 1944. «A mi pequeñín no lo mataron. No era suficientemente fuerte —decía—. Murió en mis brazos. Fue una muerte natural. [...] No esperaba que muriera, así que fue un mazazo».

Gonda Redlich escribió: «Ha muerto uno de los niños a los que los alemanes permitieron vivir.

Pienso en el dolor de la madre, que consiguió tener a su hijo gracias a un milagro... para perderlo poco después».

Bernd asistió a un breve servicio antes de la incineración de su hijo, después de la cual, las autoridades guardaron sus cenizas en una caja que almacenaron con los restos de otros miles de incinerados en el columbario del gueto hasta noviembre de 1944, momento en que la mayoría de ellos fue arrojada al rápido río Ohře.



Monumento conmemorativo a los que fueron dispersados en las aguas del río, en Terezín. (© Wendy Holden.)

Anka fue incapaz de asistir a la incineración. A partir de entonces, casi no volvió a hablar de su hijo. Más tarde confesaría: «Fue espantoso, pero sucedieron tantísimos otros espantos después que tendías a olvidarlo. [...] No sé cómo, pero acabas superándolo». Más tarde le preguntaría a su prima por qué era incapaz de llorar la muerte de Dan y la explicación que le dio le pareció de lo más lógica: «No podemos permitirnos lamentarnos, porque nos volveríamos locos». A lo que Anka añadía: «Si empezabas a plantearte lo que pasaba y por qué pasaba, lo mejor que podías hacer era buscar otra cosa en la que pensar».

Una de sus máximas vitales favoritas procedía de Escarlata O'Hara en *Lo que el viento se llevó*: «Pensaré en ello mañana». Anka se repitió aquel mantra una y otra vez durante el tiempo que pasó en los campos. Pese a reconocer que su «teoría de Escarlata O'Hara» sonaba «estúpida» e «irracional», decía que siempre le había dado buenos resultados. «Si dejas algo de lado cuando está sucediendo y me acuesto, puede que al día siguiente la situación haya mejorado. Hasta la fecha me ha ido bien. [...] Una característica de la raza humana es pensar que, de alguna manera, vas a sobrevivir. [...] Quienes se rindieron y abandonaron, fueron los primeros en morir».

En los años anteriores habían sucedido muchas cosas, resquebrajando su realidad y la impresión

de equilibrio. No había posibilidad de escapatoria ni forma de controlar tu propio destino. «Mi manera de protestar fue sobreviviendo», se limitaba a decir.

Tras la muerte de su hijo, Anka sufrió un caso severo de ictericia que casi acaba con ella. La aislaron en la enfermería y a Bernd le prohibieron visitarla. Un día, el hombre cogió una flor de algún sitio, y se la enseñó por la ventana. Por mucho que apreciara aquel gesto tan romántico, tenía tanta hambre que hubiera preferido un chusco. Al fin, Anka consiguió recuperarse y volvió a reunirse con su marido.

En los meses siguientes, mientras los Aliados se preparaban para invadir Europa, llegaron a Terezín los primeros judíos daneses. Los representantes del gobierno y de la Cruz Roja de Dinamarca enseguida empezaron a presionar a los nazis para que les comunicaran el paradero de aquellos casi quinientos judíos y a preguntarles si eran ciertos los rumores, cada vez más preocupantes, de que en los campos nazis los estaban exterminando. De entre todas las naciones ocupadas, fue de las que protestó con mayor vehemencia acerca del trato que los nazis dispensaban a los judíos y, de hecho, había sido capaz de salvar a casi todos los suyos escondiéndolos o ayudándolos a escapar. A quienes no pudieron proteger, los tenían tan controlados que los nazis les concedían un trato especial.

Deseosos de acallar tanto alboroto, los alemanes consintieron en que la Cruz Roja Internacional, acompañada por militares daneses, visitara Terezín —tras haberlo convertido en el campo de concentración «modélico» de Hitler—. Con la intención de limpiar el campo, deportaron al Este a unos cinco mil judíos en mayo de 1944, incluidos los huérfanos y la mayor parte de los enfermos, sobre todo, los que padecían tuberculosis. Les siguieron siete mil quinientos más. Los más demacrados y enclenques fueron escondidos en las peores viviendas, situadas en la zona de exclusión, para que nadie los viera.

El comandante planeó con gran precisión la ruta que seguir destinada al puñado de delegados de la Cruz Roja, ordenó que embellecieran los edificios de la misma y que a las calles les pusieran nuevos nombres, tales como «calle del Lago». En esta misma *Verschönerungsaktion* («labor de embellecimiento»), plantaron césped y rosas y trajeron bancos de parque. Lo pintaron todo, incluidas señales sin sentido en donde podía leerse «Colegio» o «Biblioteca». Pusieron flores en los alféizares y construyeron un patio infantil, un tiiovivo, un quiosco para músicos, un centro comunitario y un terreno de juego para practicar deportes. Decoraron los barracones a los que iban a llevar a los delegados y abrieron calles enteras llenas de tiendas pintadas de colores chillones en donde se «vendía» las pertenencias que habían arrebatado a los prisioneros.

Los alemanes amenazaron de muerte a los prisioneros si no cooperaban y les asignaron un papel; les dijeron dónde situarse y cómo comportarse. Les ordenaron que se vistieran con la mejor ropa que tuvieran y se acicalaran. Además, orquestaron la entrega de verdura fresca y pan recién horneado para que coincidiera con la presencia de los delegados. La visita de la Cruz Roja tuvo lugar el 23 de junio de 1944.

El Ministerio de Propaganda del Tercer Reich, dirigido por Joseph Goebbels, filmó la visita, que duró seis horas, y añadió imágenes de escenas amañadas con la intención de producir y enseñar al mundo una película titulada *Der Führer schenkt den Juden eine Stadt* (*El Führer regala a los judíos una ciudad*). Los fragmentos, editados con sumo cuidado, y acompañados por música alegre, como el *Galop infernal* de Offenbach —el tema más popular usado en el cancán parisino— ofrecían imágenes de mujeres y hombres jóvenes y sanos que trabajaban fuera del gueto, en herrerías, alfarerías y estudios artísticos. Aparecían fabricando bolsos, cosiendo o realizando trabajos de carpintería, y, cuando finalizaba su jornada, caminaban del brazo en dirección al gueto para disfrutar de actividades de ocio tales como leer, hacer punto, jugar a las cartas o asistir a recitales y lecturas. Incluyeron imágenes de un vigoroso partido de fútbol, escenas de parejas de ancianos hablando sentados en bancos del parque y a niños bronceados que comían pan con una gruesa capa de mantequilla, la primera que veían en años.

Por extraño que parezca, mostraron las duchas comunes, en las que salían hombres desnudos enjabonándose. En un jardín amurallado se veía a hombres, mujeres y niños regando las verduras del comandante. Anka y Bernd fueron dos de los muchos judíos que filmaron sentados en un *Kaffeehaus* de estilo vienes tomando «café». En cuanto las filmadoras de cine empezaban a zumbiar, hacían lo que les habían ordenado, sonreían a la cámara y sorbían tazas llenas de agua oleaginosa que les servían camareras sonrientes con delantal blanco. En lo que parecía la grabación de un momento memorable de la historia, también rodaron, disfrutando del *Réquiem* de Verdi —representado por un coro ya muy mermado—, a los delegados de la Cruz Roja, sentados junto a los oficiales de las SS de alta graduación recién llegados de Berlín.

En el gueto rezaban por que los visitantes vieran más allá de aquella farsa, que hicieran preguntas inquisitivas o pidieran salirse de la ruta establecida. No fue así. La visita fue un triunfo para los nazis. El doctor Maurice Rossel, líder de la delegación Internacional de la Cruz Roja, empezaba así su informe: «En general, no deportarán a otro lugar a ninguna de las personas que han traído aquí». Tanto él como sus colegas comentaron que los alojamientos de los judíos estaban «bastante bien» y eran «relativamente confortables», con alfombras y tapetes, lo que dio a los nazis la coartada perfecta para librarse de todos los cargos de asesinatos en masa. Escribieron que había alimentos, ropa, un servicio postal y vida cultural, y que los orfanatos desempeñaban un «destacable valor educativo». La conclusión fue: «Nos sorprendió muchísimo descubrir que el gueto era una ciudad en donde se desarrollaba prácticamente una vida normal. Esperábamos encontrar algo peor». Rossel declaró que su informe sería un «alivio para muchos».

Los presos no sabían nada del parte de la Cruz Roja y esperaban que el mundo exterior por fin se enterase de su existencia. Daba igual cuánto hubieran embellecido el gueto, ¿no es cierto? Seguro que los delegados se habrían dado cuenta de que aquello no era sino una prisión de un kilómetro cuadrado de ancho que los nazis habían aislado de forma cruel del resto del mundo...

Después de la visita, los alemanes destruyeron, desmantelaron o se llevaron todo lo agradable y

atractivo que habían dispuesto. Terezín y sus encarcelados volvieron a su anterior estado ruinoso e incluso les redujeron las raciones durante dos semanas por la comida «adicional» y los lujos que les habían permitido. Los niños sonrientes a los que habían filmado a lomos de los caballitos del tio vivo o en las producciones teatrales fueron incluidos entre los cinco mil deportados a Auschwitz días después de tener lugar la visita. Entre ellos, también estaba Rafael Schächter, el gran conocedor de Verdi, junto con el productor judío de la película propagandística y Karel Ančerl —el conductor amigo de Anka— y su familia. A Schächter, que había dado esperanza a miles de judíos, dirigiendo el coro de música del compositor italiano, la última que escucharon muchos de ellos, lo asesinaron después de que hubiera salido indemne de tres campos. Karel sobrevivió, no así su mujer e hijo.

La policía checa que vigilaba Terezín seguía pasando noticias a escondidas a los prisioneros, a quienes informaron de que los Aliados habían desembarcado en Normandía y avanzaban por Francia. «¡La noticia se extendió como la pólvora y creíamos que habíamos ganado! —confesaba Anka—. Nos decíamos que estaríamos en casa en cuestión de un mes». De forma deliberada, Bernd y ella decidieron buscar otro hijo —«estábamos locos»—. «El primer embarazo no había sido planeado, pero se hizo realidad. El segundo, en cambio, sí lo estuvo porque nos dijimos: “Llevamos aquí tres años [...] es imposible que vayamos a estar mucho más tiempo”». Su razonamiento era que, si llegaban a Praga con un bebé, seguro que se las arreglaban, pero que si, en cambio, no lo tenían, con seguridad iban a esperar a conseguir trabajo y dinero suficiente, lo que les llevaría tanto tiempo que jamás podrían tener hijos.

Dado que los nazis aún realizaban muchas deportaciones al Este, algunos de los áticos de los barracones empezaron a quedar vacíos, por lo que Bernd construyó un compartimento secreto en uno de los edificios, al que llamaba «la buhardilla del heno», donde se reunían su esposa y él. Aquellos sitios empezaron a conocerse en el gueto como *kumbalek* («palomares»). Más adelante, Bernd amplió el espacio hasta convertirlo en un apartamento privado de una sola habitación en la que podían incluso vivir. «La adaptamos a nuestras necesidades y la dejamos bastante bonita», comentaba Anka.

Si bien corrían el riesgo de que los alemanes realizaran una de sus inspecciones periódicas y los encontrasen, Bernd y Anka prefirieron arriesgarse. Los Aliados habían liberado Francia, incluida París, y habían efectuado un asalto aéreo sobre los Países Bajos. El verano de 1944 fue largo y caluroso, y mientras muchos de los que les rodeaban —en especial los ancianos— morían por culpa de las condiciones insalubres, las enfermedades y la inanición, ellos disfrutaban de aquellos momentos de unión que les arrebataban a sus carceleros.

A Anka le resultaba difícil saber si estaba encinta debido a que su anterior embarazo, junto con la enfermedad que había padecido y la desnutrición, interferían en su ciclo menstrual. Las mujeres lo llamaban «síndrome de la prisión» y afectó a muchas de las cautivas. Seguía sin tener ni idea de si lo estaba cuando, en otoño de 1944 —mientras los Aliados se acercaban todavía más y divisiones enteras de alemanes se veían obligadas a rendirse—, los nazis decidieron deportar a la mayoría de los habitantes de Terezín.

Por miedo a una rebelión, y de acuerdo con un plan perfectamente orquestado, se llevaron primero a los hombres más capaces, que fueron deportados a un nuevo campo «cerca de Dresde», en Alemania. Les comunicaron que, durante las cuatro semanas siguientes, enviarían a mil personas cada dos días. Al final, los nazis no mantuvieron su promesa de que a los «pioneros» iban a respetarlos, pues el propio Bernd recibió una de las temidas fichas rosas: en ella se le ordenaba que se presentase al siguiente *Aufbaukommando*. Cuando los ancianos se quejaron y recordaron a los alemanes que habían prometido inmunidad a los «pioneros», estos les respondieron que habían «abolido» las exenciones.

Según las regulaciones del gueto, Bernd tenía que entregar su cartilla de racionamiento para que los alemanes dejaran de repartir la comida que le correspondía y debía presentarse ante las autoridades en un plazo de veinticuatro horas para ser deportado. «Nadie me avisó de que debía irse —contaba Anka—. De pronto, dieron la orden de llevarse a otro gueto a todos los hombres. Pensábamos que se trataría de un sitio similar a Terezín y que estaría en Alemania. Cabía la posibilidad de que fuera peor, pero aun así seguiría siendo un gueto. [...] No lo asociamos con que fuera una catástrofe o un horror».

Anka luchó por controlar sus emociones mientras ayudaba a Bernd a empaquetar las pocas pertenencias que iba a llevar consigo a donde fuera que lo enviaran. Los hombres se reunieron en un patio que había entre los cuarteles y se despidieron con amargura de sus esposas y novias. Después de abrazarlo y darle un beso de despedida, ambos prometieron que no tardarían en verse. Bernd, que no sabía que su esposa estaba embarazada, fue hacia la vía muerta situada en las afueras del campo y subió a un tren abarrotado. Era el 28 de septiembre de 1944, tres años después de que lo hubieran enviado a Terezín.

Sin su reconfortante presencia, para Anka todos los días eran iguales. Abatida, vivía rodeada por la tristeza, el hambre y el miedo. Como estaban deportando a tantos prisioneros y dado que las demandas de la máquina de guerra alemana eran cada vez mayores, la trasladaron a una fábrica del gueto en donde la pusieron a cortar «tiras de mica procesada y laminada» para las bujías de los aviones. «Lo llamaban *Glimmer* y llegaba en pequeñas placas transparentes.» Aquellas *Glimmerspalten* eran consideradas un producto vital para la Luftwaffe y su manufactura evitó la deportación de muchos, incluida Anka.

La mujer, que se sentía sola y triste en su nuevo trabajo, donde no podía conseguir raciones adicionales para ella ni para el único pariente que le quedaba, su suegro, se preguntaba cómo se las apañaría en adelante. Fue entonces cuando los nazis anunciaron que querían mil personas más para el nuevo campo de trabajo. El nombre de su amiga Mitzka aparecía en la lista, junto con el de muchos de sus amigos de Praga, que también habían sido «pioneros». Anka quedaba exenta gracias a la faena que le habían asignado. Para reprimir la inquietud generalizada, el alto mando alemán permitió que todo aquel que lo quisiera se presentara voluntario para seguir a su familia y amigos al nuevo campo

en Dresde. Les hicieron albergar la esperanza de que si desempeñaban una labor útil, podrían salvarse.

A Anka le dio un vuelco el corazón al oír aquello y no se lo pensó dos veces: se reuniría con Bernd. «Para entonces ya sabía que estaba embarazada, pero mi marido no. [...] Estaba como loca de contenta». Equivocada o no, la mujer pensaba que tras haber sobrevivido con Bernd en Terezín, seguro que juntos podrían volver a hacerlo en otro sitio, aunque este fuera peor. No tenía ni idea de dónde se encontraba su esposo ni de las condiciones en las que iba a vivir, pero quería estar a su lado. «Por lo menos, Alemania era un país civilizado en el que se podía vivir», reconoció haber pensado antes de describir la decisión de presentarse voluntaria como «la mayor tontería que cometí jamás». Bernd y ella habían sobrevivido tres años juntos, habían perdido un hijo y a la mayor parte de su familia; le resultaba imposible pensar que las cosas pudieran empeorar. Rezó para que volvieran a encontrarse e incluso empezó a creer que quizá se reuniera de nuevo con sus padres y hermanas, que permanecerían todos juntos hasta el final de la guerra.

Tenía miedo de que, si esperaba más, la deportasen a otro lugar y ya nunca volviera a encontrarlos. Con la ayuda de una amiga que había decidido quedarse, empaquetó sus pocas pertenencias —en esa ocasión fue mucho más práctica que cuando, tres años antes, había llegado a Terezín con una sombrerera llena de rosquillas—. «No le había dicho a nadie que estaba embarazada, pero cuando me vio guardar un vestidito que me habían hecho para mi primer hijo, me preguntó: “¿Por qué te llevas eso?”; no respondí. “¡Ay, Dios, estás embarazada!”, exclamó, tras lo cual estuvo a punto de caerse redonda. “¿Estás loca?! ¿Por qué te presentas entonces voluntaria?”».

Unos días más tarde, el sábado 1 de octubre de 1944 —poco después de que las tropas estadounidenses hubieran llegado a la Línea Sigfrido, al oeste de Alemania— Anka abandonó para siempre Terezín. Se subió, junto con Mitzka y sus amigos, a un vagón de tercera clase en el que «íbamos como sardinas». Cuando cerraron las puertas y bajaron las persianas, la locomotora emitió un agudo silbido y arrancó. Anka intentó que el pánico no se apoderara de ella y confió en que el viaje que la llevaba con su esposo no fuera demasiado largo.

Sus plegarias surtieron efecto porque, al menos, seguía el camino de Bernd, como era su deseo. No se sabe si por crueldad, el tren incluso se detuvo en la estación de Dresde, de modo que creyeron que habían llegado. Aliviados, todos aguardaron a que les dejaran salir para encaminarse al nuevo campo, donde anhelaban reunirse con sus seres queridos. Exhaustos, hambrientos y deshidratados, esperaron y esperaron en aquel tren cerrado a cal y canto hasta que, de pronto, comenzaron a moverse de nuevo. Horrorizados, comprobaron que la siguiente estación donde se detenían era Bautzen, sesenta kilómetros al este de Dresde, y que los alemanes habían vuelto a engañarlos. «Poco a poco nos dimos cuenta de adónde nos llevaban», contaba Anka antes de describir como «un momento horrible de su vida» cuando empezaron a comprobar que los nombres de las estaciones por las que pasaba el traqueteante y lúgubre tren aparecían en polaco.

«Que fuéramos hacia el Este solo podía significar que nos deportaban a un lugar del que no

sabíamos nada excepto su nombre: Auschwitz. Era un campo muy temido, pero no sabíamos nada más de él».

Es improbable que Anka lo supiera, pero si su hijo Dan hubiera sobrevivido llegando con él en los brazos a la infame *Rampe* de Auschwitz II-Birkenau aquel sábado de octubre, lo más seguro es que los hubieran enviado a ambos a las cámaras de gas. Por el contrario, llevaba una nueva vida en su interior, cuyo corazón latía contra todo pronóstico y frente a tantísima adversidad.

Como no le resultaba extraño esconder que estaba encinta, nadie excepto ella sabía que volvía a estarlo cuando, después de dos días, los nazis abrieron las puertas del tren, los ocupantes lo abandonaron y ella, en vez de reunirse con su amado y sonriente Bernd, se dio de bruces con lo que parecía el infierno terrenal.

AUSCHWITZ II-BIRKENAU

PRISKA

En el tremendo caos que siguió a la llegada de Priska al segundo de los tres vastos campos de exterminación en masa conocidos en conjunto como Auschwitz, los últimos presos que enviaban desde Eslovaquia fueron recibidos por los ladridos de los perros y los gritos de los *Kapos* —prisioneros que vestían trajes a rayas y ejercían de guardias—, quienes, de muy malos modos, les obligaron a bajar. Una adusta falange de soldados de las SS con las armas en ristre aguardaba de pie a un lado. «Ni siquiera sabíamos qué era Auschwitz; aunque lo descubrimos enseguida tras bajar de un salto de aquel tren», explicaba Priska.

En silencio —por la estupefacción que les provocaba aquel mundo surrealista con vallas de alambre de espino electrificadas, torres de vigilancia con soldados armados con ametralladoras y haces de focos que barrían el lugar— y de inmediato, tanto Tibor como ella se sintieron víctimas de su agresión y crueldad, mientras a su lado hacían restallar los látigos y les gritaban órdenes: «*Alle heraus!* [“¡Todos abajo!”] Daos prisa! ¡Dejad el equipaje! *Schnell!* [“¡Rápido!”]».

Jóvenes y ancianos, todos igual de indefensos, fueron bajando del tren, tras lo cual eran empujados para que se dispusieran en unas filas vigiladas muy de cerca. Enseguida los separaron a los unos de los otros, mientras vacilaban ante la confusión reinante y sus preciadas maletas quedaban abandonadas sobre charcos de barro. Algunas mujeres se pusieron histéricas porque no querían que los separasen de sus seres queridos o trataban de proteger a sus hijos de las hostiles manos de aquellos extraños.

A Priska la arrancaron de los brazos de Tibor y casi la tiran al suelo, pero Edita consiguió sujetarla antes de que cayera. Llorando y mirando en derredor desesperada, era incapaz de encontrar a su marido, al que había engullido el enjambre de personas que se arremolinaba en torno a ella. La mujer se tambaleó hacia delante y, de pronto, se topó cara a cara con un capitán de las SS —más tarde descubriría que se llamaba Mengele—. Para ella, sin embargo, no era sino otro oficial nazi con los ojos fríos e impersonales.



El doctor Josef Mengele. (© GTV/REX.)

Mengele, con esa sonrisa perenne en su pálido y flácido rostro, le preguntó:

—¿Qué te sucede, guapa?

Priska se irguió, levantó el mentón y respondió desafiante:

—Nada en absoluto.

—Enséñame los dientes —le ordenó el doctor.

Priska dudó unos instantes, pero abrió la boca.

—*Arbeiten!* («¡Trabajar!») —gritó enseguida con aspereza.

Unas manos bastas la empujaron hacia una línea que había a la derecha. Sintió como si se estuviera ahogando en aquel océano de sufrimiento en el que a nadie le permitían detenerse o mirar atrás. Tibor había desaparecido entre las oleadas de seres humanos desconcertados que se apelotonaban a lo largo de varios centenares de metros y ni siquiera estaba segura de si Edita habría podido seguirla.

Con porras y gritando «*Schneller!*» («¡Más rápido!»), los *Kapos* y los soldados de las SS obligaban a las mujeres a marchar de cinco en cinco por un pasillo de barro delimitado por zanjas y altas vallas de alambre de espino. Las condujeron hasta un alejado edificio de ladrillo que había en la periferia del campo, donde las amontonaron en una habitación alargada con ventanas y les ordenaron que se desnudaran de inmediato porque iban a «desinfectarlas».

Estupefactas, muchas de aquellas mujeres, a las que ni siquiera sus maridos habían visto desnudas, dudaron. Si alguna tardaba más en desvestirse o pedía algo con lo que cubrir su desnudez, empezaban a darle golpes hasta que pasaba por el aro. La ropa que se habían quitado, los relojes, el dinero y las joyas, los apilaban en montones que, más tarde, clasificaban en el corazón comercial de Auschwitz — un almacén llamado *Kanada* (como el país tan rico en recursos naturales)—. Allí, el

Kanadakommando, compuesto más o menos por un millar de prisioneros —en su mayoría, mujeres judías— supervisados muy de cerca, se movía por entre enormes revoltijos de ropa que alcanzaban hasta los tres pisos de altura.

Su tarea consistía en apartar todas las prendas de abrigo o de buena calidad para someterla a un baño de vapor, desinfectarla y enviarla al Reich. En las costuras y en los forros tenían que buscar oro, billetes, piedras preciosas o joyas. Rebuscando en los bolsillos de los condenados encontraban fotografías en buen estado sobre celebraciones familiares o seres queridos, que arrojaban a una pila para quemar más tarde (aunque algunas consiguieron salvarlas gracias a actuaciones muy valientes).

Cuando las recién llegadas estaban completamente desnudas, las llevaban a paso ligero por un pasillo hasta un pequeño cuarto donde dedos habilidosos les examinaban la boca y otros orificios en busca de oro o gemas ocultos. Aquellas que temían perderlo todo le habían pedido a su dentista que escondiera diamantes en los empastes. Otras escondían joyas en la vagina. Pero las guardias lo encontraban casi todo. Una vez las habían revisado por completo, las llevaban como ovejas al esquilador que, con tijeras o maquinillas eléctricas y premura, les cortaba y afeitaba todo el pelo.

Las mujeres agachaban la cabeza y sollozaban mientras los alemanes barrían sus preciosos rizos —que tanto habían cuidado hasta entonces— y los metían en sacos enormes. El pelo había sido su máximo atractivo y el símbolo integral de su femineidad, así que cuando se tocaban con la punta de los dedos, con cautela, aquella calvicie inusitada, se sentían degradadas y esclavizadas en grado sumo. Luego, las empujaban hasta la siguiente guardia, se subían a un pequeño taburete y les afeitaban el vello de las axilas y el pubis, aun cuando, dadas las prisas, había mujeres —incluida Priska— a las que no rasuraban del todo.

Diseñado como medida para identificar de inmediato a los prisioneros en caso de que huyeran y para reducir el riesgo de que se infectaran de piojos, aquellos afeitados con cuchillas mal afiladas constituían el momento más impactante del proceso de deshumanización al que los nazis sometían a las mujeres eslovacas. Desposeídas de su ropa, pelo, identidad y dignidad, a menudo les inflingían dolorosos arañazos y no las afeitaban del todo, sino que les dejaban mechones irregulares. Las amigas y parientes se apelotonaban unas con otras y se abrazaban con fuerza por miedo a perder el contacto físico porque, de pronto, se sentían como si ya «no fueran humanas».

Como eran muchas las mujeres a las que había que examinar en aquel edificio, a aquellas con las que ya habían terminado las empujaban a una plaza de armas muy grande para su primer *Appell* y otra inspección por parte de Mengele, el médico jefe del campamento de mujeres de Birkenau. La conmoción que les producía sentir el golpe de frío en el cuerpo y la cabeza desnudos las llevaba a jadear. Incapaces de mirarse a los ojos las unas a las otras, las disponían en filas de cinco para que las escrutaran, momento en que la degradación ya no podía ser mayor. Encogidas en el barro, percibían que el mundo se había desencajado y que les habían arrebatado para siempre la vida hasta entonces conocida.

¿Dónde estaban sus seres queridos, a los que se había tragado la noche? ¿Qué había sido de ese

pasado despreocupado? En mitad de la locura y el caos de Auschwitz, y con aquel olor infernal y constante en las fosas nasales, Priska no era la única que pensó que iba a volverse loca.

Mientras el doctor Mengele se acercaba, observó cómo sacaba a mujeres de la fila si parecían enfermas o mostraban cicatrices o heridas evidentes. A veces, daba la sensación de que las seleccionaba por la mera razón de que no le gustara su rostro. Tras oír cómo se dirigía a varias prisioneras antes que a ella, sabía que iba a preguntarle si estaba embarazada. A pesar de que intentaba mostrarse de lo más digna, por dentro nunca se habían sentido más humillada o asustada.

Entonces, de pronto, lo tenía delante, sonriente, tan cerca que alcanzaba a oler su loción para después del afeitado. Levantó la cabeza. Mengele, cuya elegancia —vestido con aquel uniforme— no encajaba en aquel lugar, la miró de arriba abajo como si estuviera impresionado por lo sana que parecía en comparación con las decenas de mujeres esqueléticas que la rodeaban, muchas de ellas piel y huesos, literalmente.

No obstante, Priska sabía que no podía confiar en él. Tanto a ella como a Tibor los habían traído hasta el campo como si fueran animales. No les habían dado ni comida ni agua, les habían gritado, les habían pegado. Después de que la arrancaran de los brazos del único hombre que había amado en la vida, le habían arrebatado la dignidad y solo le habían mostrado desprecio. Si de verdad Hitler pretendía mantener su promesa de conseguir una Europa *Judenrein* («limpia de judíos»), lo más probable fuera que al hijo por nacer de un judío tampoco le perdonasen la vida.

Mientras Mengele la estudiaba sin parpadear, solo tuvo una fracción de segundo para decidirse. Casi al instante de que el hombre le preguntara en alemán si estaba embarazada, Priska lo miró a los ojos.

«*Nein*», respondió sin querer admitir que hablaba a la perfección el idioma que tanto aquel hombre como su cohorte asumían con arrogancia que todo el mundo comprendía. Se le iba a salir el corazón del pecho. Era consciente de que, como lo descubrieran más tarde —lo que sucedería sin lugar a dudas si seguía allí prisionera—, las consecuencias podían ser graves. Tras una pausa, el médico con un doctorado en antropología y que albergaba la profunda ambición de convertirse en un gran científico, pasó con indiferencia a la siguiente mujer de la fila.

Cuando aquel primer *Appell* acabó, a Priska y al resto de las mujeres las llevaron en rebaño a la novísima *Sauna*, con sus muchas ventanas y aquella disposición tan eficiente en forma de T —diseñada especialmente con el fin de procesar el pequeño porcentaje de prisioneros elegido para trabajar—. Todavía desnudas, las llevaban a unas duchas comunes con el suelo de cemento en donde los *Kapos*, que les hacían gestos violentos y les hablaban con brusquedad con la intención de granjearse el favor de sus «jefes» —allí presentes—, las hostigaban para que permanecieran de pie bajo una red de cañerías de cobre de la que colgaban grandes alcachofas metálicas. El rato que les tocaba esperar a que cayera el agua era agónico, amontonadas descalzas en un suelo resbaladizo.

De pronto, de las alcachofas salía agua casi hirviendo y las mujeres gritaban por el susto y la incredulidad que las embargaba. Echaban hacia atrás la cabeza y abrían la boca para intentar beber y

saciar su sed, pero aquella agua de Birkenau no era potable y enseguida empezaban a escupir el líquido salado e infecto. No tenían jabón ni toallas y los *Kapos* les rociaban la cabeza con un desinfectante que picaba mucho al colarse en cualquier arañazo o pequeña herida. El agua pasaba de caliente a fría y salía a chorros, y las mujeres hacían lo imposible por quitarse de la piel el hedor a miedo.



Las duchas de la *Sauna* en Birkenau. (© State Museum Auschwitz-Birkenau.)

Empapadas, los guardias les ordenaban a gritos que salieran de allí y las conducían a otra habitación en donde les daban unos instantes para secarse. Luego, por un pasillo que corría en paralelo al otro por el que habían entrado, las empujaban hasta una estancia casi tan grande como la sala en que les habían ordenado desnudarse y, después, a una pequeña letrina sin puerta que había a un lado.

En la letrina, les mandaban que se acuclillaran de cinco en cinco sobre agujeros excavados en el suelo y las mujeres se apartaban debido al hedor a amoníaco que salía de aquella zanja. Azuzadas con las porras y sin papel, pocas conseguían aliviarse antes de que las obligaran apresuradamente a irse. Los *Kapos* señalaban a las presas, asustadas y confundidas, la puerta de otra habitación junto a la sala principal y en la que había un enorme montón de ropa desechada. Cada vez que una mujer entraba, unos reclusos le lanzaban una o dos prendas.

Sin mirarla a la cara y mientras revolvían con sus manos sucias entre el montón de ropa, aquellos cuyas elecciones podían significar la diferencia entre vivir o morir le tiraron a Priska unos zapatos de la pila de calzado y un vestido abrigado que le quedaba como un saco y que estaba hecho con una tela recia y negra —y por el que les estaría agradecida de por vida—. Muchas de sus compañeras, que no fueron tan afortunadas, recibieron prendas que no les iban nada bien, como faldas demasiado pequeñas, ropa de hombre o vestidos de seda. Puede que en otro sitio y en otras circunstancias el

efecto —una vez puesta la ropa— hubiera resultado cómico; allí, no obstante, se la pusieron sobre la piel aún mojada y se miraron las unas a las otras con la sensación creciente de un mal presentimiento.

Luego, a las mujeres de Sered' las arrastraron de cinco en cinco a la fuerza hasta una puerta por la que se salía a otra plaza de armas y, de allí, a otro pasillo flanqueado por vallas de alambre de espino que las trasladaba a otro edificio. Aún en la periferia del campo de mujeres, en el bloque conocido como *Durchs* («tránsito») o «Lager C», había varias hileras de cabañas o barracones de madera —de treinta metros por diez— que albergaban a miles de mujeres asustadas.

La geografía de la muerte, en el centro de la cual se encontraba Priska, era una inmensa red formada por tres campos principales y más de cuarenta campos satélite. Aquel sitio, no muy lejos de Oświęcim —la remota ciudad polaca del sur que los nazis renombraron como Auschwitz—, pasaría a ser el símbolo más potente de la decisión del Tercer Reich de perpetrar un genocidio en una cadena de montaje. En un principio había sido un acuartelamiento de la caballería austrohúngara, más tarde conquistado por el ejército polaco y que los nazis convertirían en un campo de prisioneros de «Clase 1» para albergar a la mayoría de los judíos polacos, criminales no judíos y presos políticos. En mayo de 1940 los alemanes lo designaron oficialmente campo de concentración y *Vernichtungslager* («campo de destrucción o exterminio») y pusieron al mando a Rudolf Höss, capitán de las SS, quien ya había servido en Sachsenhausen y Dachau.



Barracones de madera de Auschwitz II-Birkenau.

(© State Museum Auschwitz-Birkenau.)

Auschwitz II-Birkenau, construido a principios de 1941 por prisioneros de guerra soviéticos para albergar a cien mil de ellos —la mayoría de los cuales murió allí—, se hallaba a tres kilómetros y medio del emplazamiento de un antiguo pueblo llamado Brzezinka, renombrado «Birkenau» («abedules») por los alemanes. El lugar, situado en una llanura pantanosa en la confluencia de dos

ríos, lo eligieron por su localización, centrada con respecto al Reich, y por su proximidad con una importante red ferroviaria.

En cuanto los nazis decidieron expandir sus operaciones en Polonia, lo primero que hicieron fue ordenar a los mil doscientos desafortunados habitantes de Brzezinka que abandonasen su hogar y, después, arrasar el pueblo. Luego, evacuaron a miles de personas más para crear una tierra de nadie de veinte kilómetros cuadrados en los que el campo pudiera permanecer oculto del resto del mundo. Los ladrillos de las casas del pueblo los usaron para construir la arcada de la entrada, los dormitorios de los guardias y algunos de los primeros bloques para los prisioneros. Enseguida necesitaron más ladrillos y madera de la zona. En marzo de 1942, reclasificaron Birkenau como «campo de concentración».

Auschwitz III, situado en un lugar que los alemanes llamaban «Monowitz», fue construido en 1942 como *Arbeitslager* («campo de trabajo») con el fin de proporcionar, en concreto, mano de obra gratuita —trabajadores forzados— a la compañía química alemana IG Farben. En 1944, la fábrica que Farben tenía en Buna Werke, que producía combustible sintético, contaba con una fuerza laboral de unas ochenta mil personas. Auschwitz I y Auschwitz II-Birkenau empezaron a acoger judíos a principios de 1942; las primeras deportaciones llegaban de Bratislava y Silesia. Para aliviar la congestión, el campo se expandió mediante la construcción de bloques de madera que llegaban hasta donde alcanzaba la vista. Fue entonces, cuando empezó a aceptar deportaciones de judíos procedentes de campos como el de Drancy, en Francia, y Westerbork, en los Países Bajos.

Josef Mengele llegó a Birkenau en mayo de 1943 como parte del contingente alemán de médicos expertos en genética y experimentación. Su devoción por lo que hacía era tan grande, que aquella adicción a su trabajo le granjeó enseguida un puesto de responsabilidad. Aunque a menudo se considera que fue él mismo quien llevaba a cabo las selecciones, y a pesar de representar su sola persona el asesinato para muchos supervivientes, no siempre era él quien inspeccionaba a los nuevos *Häftlinge* («prisioneros»). Lo que sí es cierto es que realizó su labor con gran celo, que se mostraba ansioso por presidir la *Rampe* ubicada al final de la línea de tren y que dio la «bienvenida» a tantos deportados como pudo.

Por llevar a cabo «actuaciones especiales», como la selección y ejecución de prisioneros, a los oficiales de las SS les proporcionaban raciones adicionales de cigarrillos, jabón, *Schnapps* («aguardiente») y comida. Estos extra constituían un complemento a las raciones generosas que les preparaban a diario los *chefs* en el Waffen SS Club, quienes les ofrecían menús en los que se incluía pollos asados, pescados al horno, jarras de cerveza espumosa y cantidades ilimitadas de helado y bollería.

No muy lejos de allí, cualesquiera de los miles de prisioneros aterrados y muertos de hambre que llegaban a diario a Auschwitz, eran candidatos para las ejecuciones. Se calcula que el 90% de ellos murieron asesinados a las pocas horas de llegar. En cuanto los habían identificado como dignos de *Sonderbehandlung* («tratamiento especial») —lo que se marcaba en los registros como «SB»—, eran

enviados al matadero. Al principio, el campo estaba a un kilómetro de la vía muerta y a aquellos destinados a morir los transportaban a enfrentarse a su destino en camiones entoldados.

Las SS habían probado diferentes maneras posibles de asesinar a los judíos y a los demás enemigos del Reich: de hambre, pegándoles un tiro, asfixiándolos con monóxido de carbono, etc., pero se trataba de prácticas ineficaces para aniquilar a gran escala o bien demasiado lentas, aparte de que deshacerse de los cadáveres quemándolos en zanjas suponía gastar un combustible muy preciado. El grupo de mando nazi deseaba encontrar la manera de eliminar grandes cantidades de personas de una tacada, usando para ello la mínima cantidad de recursos, tanto humanos como monetarios. A muchos prisioneros de Auschwitz los mataron con una inyección de fenol en el corazón, pero los que llegaron después murieron víctimas de la nueva práctica preferida de las SS: el gaseo en cámaras especiales.

En el centro de Birkenau quedaban dos preciosas granjas que habían sobrevivido a la destrucción del pueblecito polaco. Eran conocidas como «la casa roja» y «la casa blanca» y los alemanes las hacían pasar por duchas en las que lavaban y desinfectaban a los prisioneros. A menudo afuera había aparcado un camión con el emblema de la Cruz Roja, un emblema que reconfortaba. Pero en realidad se trataba del vehículo que los encargados ocasionales del exterminio de los prisioneros utilizaban para transportar las bombonas de Zyklon B *Giftgas* («gas venenoso»). Este gas era un pesticida efectivo que los alemanes habían empleado ya para controlar las plagas de bichos y alimañas en los guetos. Estaba compuesto por bolitas cristalizadas que soltaban un cianuro de hidrógeno letal tras haber reaccionado por la humedad y el calor. En 1941, y hasta que perfeccionaron el sistema, los médicos nazis usaron a prisioneros de guerra soviéticos para realizar crueles experimentos en los sótanos de una de las cárceles que había en Auschwitz I.

Hombres con bata blanca entregaban a las personas que iban a gasear una toalla y pedazos de jabón con la intención de mantenerlas engañadas hasta el final, tras lo cual las pastoreaban desnudas al interior de aquellas dos granjas con las ventanas tapiadas y las puertas estancas al gas. La mayoría ignoraba lo que estaba a punto de suceder. Luego, los alemanes las mantenían encerradas unos minutos agónicos hasta que el calor de los cuerpos empezaba a caldear el espacio cerrado. Descubrieron que, de esta manera, el gas era muchísimo más eficaz. Hasta que no estaban apiñados en aquella oscuridad sulfurosa, los prisioneros no debían de empezar a sospechar cuál iba a ser su destino. Seguro que algunos esperaban que de las alcachofas falsas cayera agua, mientras que otros se abrazaban y recitaban el «*Shema Israel*» de la Torá. Cuando había pasado un período determinado de tiempo, soldados uniformados se ponían máscaras de gas, subían por las escaleras y lanzaban las bolitas por unos orificios de ventilación especiales que había en el tejado o por unas aberturas en las paredes para que, con el calor y el sudor humanos, liberaran su vapor letal.

Las víctimas, que empezaban a echar espuma por la boca o a sangrar por los oídos, tardaban unos veinte minutos en morir, dependiendo de lo cerca que estuvieran de los respiraderos. A menudo, los que liberaban el gas les oían gritar y aporrear las puertas mientras hacían lo imposible por respirar

aire fresco. Hasta que no se habían callado del todo y había pasado tiempo suficiente para que el sistema de ventilación se deshiciera del gas, no dejaban entrar a los prisioneros que formaban el *Sonderkommando* («unidad especial»). Aquellos operarios habilidosos de la simplificada cadena de destrucción masiva tenían que deshacerse de los cadáveres, y los nazis los amenazaban con matarlos si no lo hacían. Eran grupos de entre cuatrocientas y novecientas personas, a las que también conocían como *Geheimnisträger* («portadores de secretos»). La tarea de esta gente, a la que los nazis mantenía aislada de los demás prisioneros, consistía en abrir las cámaras de gas, sacar a los muertos y empezar la espantosa tarea de limpiar las heces, el vómito y la sangre, y dejarlo todo preparado para la siguiente «remesa».

A veces, aquellos prisioneros encontraban a familiares. Ante un horror semejante, varios se suicidaron —la única manera que tenían de librarse de aquella labor—. Los nazis también mataban a los integrantes de estos grupos y lo hacían a intervalos que iban de entre tres meses a un año, dependiendo de su eficiencia, tras lo cual eran reemplazados. La primera tarea de los nuevos *Sonderkommando* consistía en deshacerse de los cadáveres de sus predecesores. Pocos sobrevivieron a la guerra pero, conocedores del inminente destino que les aguardaba, algunos escribían sus experiencias y escondían las pruebas para que otros las descubrieran una vez hubieran fallecido.



Cámara de gas en Auschwitz I. (© Wendy Holden.)

La indignidad, tanto para estos prisioneros como para los cadáveres de los que les obligaban a deshacerse, no terminaba cuando morían. La máquina de reciclaje humano nazi desperdiciaba muy poco, y guardaba para el Reich los productos secundarios de aquellos asesinatos. Los exuberantes cabellos rizados, las trenzas, que les habían cortado o afeitado a las prisioneras las usaban para hacer ropa o redes, o incluso rellenar los aislamientos y cierres herméticos de la maquinaria de guerra

alemana. Aún calientes, a los cadáveres les abrían la boca de par en par para arrancarles los dientes con pinzas, una labor de la que también se encargaba el *Sonderkommando*. Los conjuntos de dientes especialmente buenos servían para hacer dentaduras. Las gemas que encontraban en los implantes tenían que entregárselas a las SS para pagar el coste del alojamiento, manutención y transporte que suponía su programa de exterminio. Los dientes de oro los fundían en enormes pepitas de «oro dental».

Más adelante, cuando empezaron a llegar trenes de deportados día y noche, los nazis construyeron, a modo de fábricas de exterminio con una capacidad mucho mayor, los cuatro *Krema* («hornos incineradores») numerados del II al V. Aquellos edificios modernos de cemento tenían cientos de metros de largo y cincuenta de ancho y contenían quince hornos. No solo eran mucho más eficientes que las «granjas», sino que, además, contaban con unos vestuarios subterráneos en los que se desvestían los presos y desde donde ascendían por una rampa hasta las cámaras de gas insonorizadas y diseñadas para que parecieran duchas. Además, había montacargas eléctricos especiales que subían los cadáveres a los hornos una vez acabado el gaseo. Entre los cuatro edificios podían matar e incinerar a más de cuatro mil personas por cada transporte. En su momento álgido, asesinaban a ocho mil hombres, mujeres y niños al día.

Al principio, esparcían las cenizas calientes de los muertos en una serie de pozos profundos que había en las afueras del campo, pero una vez estos se saturaron de restos humanos, empezaron a echarlas a carretadas en el claro de un abedular plateado, y por el resto del bosque después. También usaban la ceniza como fertilizante en los campos cercanos y la zona se convirtió en el cementerio judío más grande del mundo. A menudo, los vientos orientales levantaban espirales de ceniza gris —hueso en polvo— por la llanura; ceniza que se colaba por entre las ropas, se metía en los ojos y la nariz, y se pegaba a los labios. Los presos que, de algún modo, habían conseguido evitar aquel destino, acababan respirando, sin saberlo, el polvo de sus seres queridos un día sí y otro también.

Priska, recién llegada de Bratislava, no tenía ni idea de todo esto, al menos, durante las primeras horas que pasó en Auschwitz II-Birkenau. Lo único que percibió en el barracón sin ventanas y con el aire enrarecido en que la habían encerrado con muchos otros seres humanos era que tanto ella como su hijo se hallaban en un sitio muy peligroso. Por suerte, estaba con Edita, que no la había dejado ni un segundo. Sin embargo, hasta que las mujeres que llevaban en aquellos bloques algún tiempo no empezaron a hablar en susurros y a oscuras, Priska no comprendió lo letal que era el lugar. Veteranas de casi todas las nacionalidades, calvas y con los ojos hundidos, se acercaban a las recién llegadas y les preguntaban si tenían comida. Desilusionadas al recibir un no por respuesta, empezaban a contarles lo que sucedía en aquel campo, discutiendo las unas con las otras todo el rato. Una clamaba que estaban todos condenados. Los habían llevado allí para matarlos —ya fuera trabajando o de hambre— y su situación era desesperada, aseguraba otra. No, solo se encontraban en cuarentena, insistía la de más allá, mientras las diferentes facciones se enfrentaban entre sí. ¿Por qué, si no, les

habían rapado el pelo y las habían tatuado? Deberían rezar para que las eligieran para el *Arbeit* («trabajo»), porque aquella sería su única posibilidad de sobrevivir, explicaba otra más.

Las recién llegadas, apenadas, preguntaban dónde se encontraban los demás. ¿Qué había sido de sus familiares? ¿Estarían en otro barracón o los habrían enviado más lejos a trabajar? «¿Veis eso? —les murmuraban las pobres mujeres esqueléticas con una sonrisa de medio lado mientras señalaban el humo denso de la chimenea que divisaban por entre las rendijas de las paredes—. Ahí es donde están vuestros seres queridos... ¡y donde vamos a acabar todos!».

A Priska siempre le había resultado imposible creer que los nazis hablaran en serio cuando exponían su propósito de aniquilar a los judíos a gran escala, pero cuando se enteró de la existencia de las cámaras de gas y empezó a respirar la nauseabunda peste a carne humana asada y el aire chamuscado, no le cupo duda de que las demás prisioneras decían la verdad. El humo que producían los muertos los rodeaba como una mortaja. «El día a día nos dejaba bien claro qué era lo que les iba a suceder a las embarazadas y a sus retoños —comentaba Priska—. La lógica me convenció de que la posibilidad de sobrevivir en aquel infierno era muy reducida».

En aquel lugar, donde resultaba difícil tener fe, tuvo la certeza de que debía intentar salvar a su bebé; por eso no podía morir de hambre como los demás. En cuestión de horas se dio cuenta de que lo único que iban a tener para vivir serían líquidos, empezando por el «agua de fregar» que los alemanes llamaban café —preparado con agua del pantano y trigo quemado— y que les daban cada mañana y cada noche. A mediodía, les servían una sopa incomedible hecha con verduras podridas y un cuadrado de pan negro que sabía a serrín. Con una dieta así, Priska no tenía suficiente comida en el estómago para seguir padeciendo las náuseas matutinas.

De acuerdo con su instinto animal, Edita y ella aprendieron el arte de la supervivencia. Se dieron cuenta de que las demás reclusas despertaban de su estupor y se apresuraban a oscuras a por los cincuenta cuartillos de sopa en cuanto otros prisioneros se los llevaban al bloque. Enseguida empezaban las discusiones entre las diferentes nacionalidades, mientras los *Kapos*, armados con cachiporras o mangueras de goma, castigaban con crueldad a aquellas que lamían lo que se había derramado por el suelo o luchaban por cada bocado, por asqueroso que fuera. Las que más hambre tenían aguantaban los golpes con la esperanza de poder pescar con sus sucias manos algo de más sustancia en la sopa. Cada resto podía resultar vital para su supervivencia y habían dejado de observar el ritual de lavárselas antes de comer. Priska enseguida se dio cuenta de que era mejor coger un cuartillo que hubieran llenado del fondo de la cacerola, pero ese era el que todos querían y había que esperar turno.

En cuanto habían dejado limpio su cuenco a lametones y la única luz que había era la de los cegadores reflectores que barrían el campo de noche, tanto ella como las prisioneras con las que vivía intentaban dormir de seis en seis —o más— en los camastros de aquellos bloques sin ventanas en los que la lluvia y el viento se colaban por todos los resquicios. Tenían bien colchones muy delgados, bien paja sobre la que yacer, y, para taparse, un cubrecama que era poco más que una

sábana. No se quitaban las botas o los zapatos en toda la noche por miedo a que se los robaran y dormían aferradas al bol y a la cuchara como si fueran botes salvavidas.



Barracón de mujeres en un campo de concentración.
(© KZ-Memorial Mauthausen.)

Las que dormían en la parte de abajo de las literas de tres pisos tenían el mejor sitio, aun cuando las acosaran las ratas, que correteaban de un lado para otro del campo y les mordisqueaban la piel muerta de los pies; las de en medio sufrían muchísimo el calor y la falta de aire durante los meses de verano; y las que estaban arriba del todo se asaban por el calor en verano y se empapaban en invierno, aunque, por lo menos, podían comer la nieve o lamer el agua de lluvia. Estuvieran en el nivel en el que estuvieran, todas aquellas mujeres se despertaban con los músculos agarrotados y los huesos doloridos.

Dado que no tenían ninguna labor a la que encomendarse ni nada en lo que pensar más allá del miedo, el hambre y la terrible sed, Priska y el resto de las prisioneras temían el paso del tiempo y ansiaban saber cuál sería su futuro. Con aquel aire rancio del barracón y en penumbra incluso durante las horas de sol, el día a día se hacía larguísimo y la inactividad forzosa no servía sino para desmoralizarlas aún más. Muchas de las mujeres se habían vuelto locas y aullaban de dolor por los hijos que les habían arrebatado, por sus padres o su enamorado. Su desesperación era contagiosa y consideraban la muerte una liberación. Otras, hundidas e indiferentes ante todo, se encerraban en sí mismas y dejaban de hablar, se volvían como fantasmas, limitándose a seguir las órdenes a ciegas en un estado de pavor permanente.

A todas ellas las controlaban *Kapos* conocidos como *Blockältesten* («ancianos de los bloques»), que, bien eran criminales que habían adquirido cierta posición privilegiada, bien aquellos que habían demostrado ser capaces de poner en práctica el tipo de brutalidad que los nazis requerían. Algunos de estos *Häftlinge* («prisioneros») llevaban años en Auschwitz y enseguida habían aprendido que su

única posibilidad de sobrevivir consistía en imitar el odio incendiario que les tenían sus amos. Al igual que los demás prisioneros que ocupaban algún puesto de funcionario en el sistema nazi, que siguieran en el cargo dependía de su competencia. Si les pillaban siendo tolerantes se arriesgaban a castigos muy duros e incluso a que les dieran el paseo a las cámaras de gas. Aquellos que desagradaban a las SS eran degradados de su puesto y abandonados en los mismos barracones que habían supervisado hasta entonces, donde a menudo los mataban con sus propias manos las personas a las que habían aterrorizado. Así, los *Kapos* ayudaban a mantener el orden, en especial después de anochecer, cuando no había nadie de las SS en el campo. A cambio de su colaboración, les permitían dormir en habitaciones que no se encontraban en el bloque principal, con mejores camas y comida. También les daban lumbre para encender fuego en invierno. Se suponía que no debían dejar hablar o colaborar de ningún modo a las mujeres que tenían a su cargo, quienes se arriesgaban a sufrir una paliza o algo peor si cometían la menor de las infracciones.

Aun así, y aunque fuera en susurros y por la noche, las prisioneras hablaban de sus amigos y familiares, de maridos y novios, de hijos y de la vida que habían perdido. Pensar en los padres, hijos y maridos las atormentaba. Anhelaban ver algo de color, reír, el canto de los pájaros y las flores. De vez en cuando recitaban poesía o citaban alguno de los pasajes de sus libros preferidos. Si se atrevían, incluso cantaban por lo bajo, a menudo números de espectáculos o lamentos sentimentales que las llevaban a derramar lágrimas a mares.

Ahora bien, sobre todo hablaban de comida. Daba igual que intentasen evitarlo, se torturaban recordando grandes banquetes con recetas de ingredientes imaginarios de la mejor calidad. Mientras salivaban juntas, revueltas, malolientes, imaginaban que estaban en la cocina de la familia, que olía a pan recién horneado; mesas repletas de comida; y el sabor del vino dulce. Llegaba un momento, no obstante, en que alguna de ellas no podía soportarlo más y les gritaba para que acabasen con aquellas fantasías, con lo que volvían a guardar silencio.

Cuando por fin sucumbían a la extenuación física y mental, se apretaban las unas contra las otras con tanta fuerza que no podían ni moverse. Los perros guardianes de las SS tenían perreras más grandes. Pegadas hombro con hombro, de lado, si una de ellas tenía que girarse para acomodarse a la cadera porque se le estaba clavando alguna tabla, o bajar para usar el cubo, todas debían moverse a un tiempo. Su duermevela, incómoda e intermitente, estaba llena de pesadillas, de la urgente llamada de la naturaleza o de descorazonadores sueños de su hogar.

Cada mañana, a eso de las cuatro, las despertaban de malos modos con una campana estridente o haciendo sonar un gong, acompañado cualquiera de ambos sonidos por los gritos y las patadas de las *Kapos* femeninas, que las obligaban a salir a toda prisa para el *Appell*, durante el cual precisaban mantenerse en fila para que las contaran y recontaran. Cegadas por los focos y tambaleándose en el barro, mientras las contaban una y otra vez en la *Appellplatz* elegida, tenían que ponerse de cinco en cinco y aguantar así hasta doce horas, sin importar el tiempo que hiciera. Las amigas sujetaban a las que intuían que iban a desmayarse, ya que todas las que tuvieran mal los dientes, mostraran cicatrices

o se sintieran demasiado débiles como para tenerse en pie corrían el grave peligro de que las condenasen a muerte.

Las mujeres, que respiraban por la boca para evitar el hedor constante a muerto, a menudo estaban desnudas a pesar de que soplaran rachas de vientos fríos o nevara. Con frecuencia, era Mengele quien, con el rápido ojo profesional de un médico, decidía si debían morir aquel día o trabajar hasta la extenuación en alguna de las fábricas del Reich. Al hombre le gustaba tanto desempeñar esta labor que a menudo se encargaba de la selección aunque no fuera su turno.

Un día sorprendió a Priska cuando, tras situarse delante de ella, le retorció el pecho con fuerza. «Tenía mucho miedo de que me saliera leche pero, gracias a Dios, no fue así», comentaba. Aquel doctor, que había obtenido la Cruz de Hierro por su actuación en la campaña de Ucrania, la contempló con sus ojos castaños unos segundos antes de seguir adelante.

Otra prisionera a la que le apretó el pecho de manera similar se quedó horrorizada cuando el nazi gritó: «¡Leche! ¡Está embarazada!». Como un director que indica a un actor que salga del escenario, un leve movimiento de su mano bastó para que la sacaran del grupo de cinco mujeres y se la llevaran a una médico prisionera que le explicó, después de una inspección rápida, que estaba esperando un bebé. Ella lo negó, pero la doctora insistió y fue a avisar a un guardia, momento que la embarazada aprovechó para volver al *Appell*, lo que le salvó la vida.

Como incluso Mengele tenía que dormir, a veces eran los otros miembros del personal médico, incluido el doctor Fritz Klein —que patrullaba con sus perros y expresión condescendiente—, los responsables de llevar a cabo algunas de las *Selektionen* matutinas. Después de preguntar a las mujeres su nombre, edad y nacionalidad, Klein inspeccionaba su cuerpo en busca de eczemas, manchas o deformidades, tras lo cual indicaba con un movimiento del dedo si podían disfrutar de otro día de gracia o si las enviaban a respirar gas. El médico, un tremendo antisemita que examinaba a las mujeres con obvio desagrado, declaró cuando lo juzgaron por crímenes de guerra que los judíos eran el «apéndice hinchado» de Europa y que había que extirparlo.

Cada día, al anochecer, las mujeres volvían a ser objeto de la misma rutina, y el equipo médico volvía a evaluar su destino. A aquellas prisioneras que se habían rendido o cuya diarrea, enfermedad o deshidratación les impedía mantenerse en pie, se las llevaban, y no era habitual volver a verlas.

Edita se mantuvo cerca de la mujer embarazada que había tomado a su cargo, ayudándola a mantenerse de pie y durmiendo a su lado para protegerla y proporcionarle calor. En ocasiones, siempre de noche, le susurraba al oído: «Abre la boca», cosa que Priska hacía, tras lo cual la primera le deslizaba entre sus castañeteantes dientes una rajita de patata cruda o un poquito de pan negro —«Lo más delicioso que he probado nunca», decía—. Priska no sabía de dónde sacaba la mujer aquellos pequeños bocados que le salvaban la vida, pues vivían en un desierto yermo, pero estaba segura de que no hubiera sobrevivido sin ellos.

Tanto de día como de noche, a las mujeres les picaban los piojos, que se escondían en cualquier costura, recoveco o rendija y se multiplicaban tan rápido que era imposible erradicarlos. Cazar y

aplastarlos con los dedos les llevaba horas. Sin atención médica ni la posibilidad de asearse, las picaduras que las prisioneras no podían evitar rascarse acababan infectándose, a veces con consecuencias fatales. No tener ningún lugar blando sobre el que dormir y la rotura paulatina de la piel por efecto de la mugre y la desnutrición les provocaba otras heridas supurantes.

Dado que había hasta ochocientas mujeres por bloque, las enfermedades asolaban aquellos cuerpos indefensos y la disentería y la diarrea suponían su azote diario. La zona de aseo no era sino un largo abrevadero dispuesto en otro barracón y en el que había dos grifos que escupían agua oscura. Las prisioneras no tenían ni cepillo de dientes ni pastilla de jabón. Las que llevaban más tiempo en el campo enseñaban a las recién llegadas a usar la arena o la gravilla para frotarse la suciedad, y otras se lavaban las heridas con orina.

Solo les permitían ir al bloque de las letrinas una o dos veces al día. Se trataba de dos losas oblongas de hormigón encofrado de cincuenta metros de largo con cincuenta agujeros cada una y dispuestas sobre dos zanjas poco profundas. Después de que las empujaran en masa por el barro hasta aquellos agujeros que apestaban a heces, les daban unos pocos minutos y tenían que limpiarse con la mano, paja sucia sacada del colchón o retales arrancados de la ropa. Las pocas mujeres que menstruaban apenas tenían forma de evitar mancharse con el menstuo. Aquello era algo de lo que Priska no tenía por qué preocuparse, pues, vete a saber cómo, el bebé seguía vivo dentro de su cuerpo encogido.

Les gritaban: «*Weitergehen!*!» («¡No os paréis!»), y enseguida las restituían a sus barracones hasta el siguiente *Appell*, a los que volvían esforzándose por levantar los pies, pues los zapatos — imprescindibles para sobrevivir— se quedaban enganchados en el voraz barro.

Cuando les permitían salir, Priska, cada vez más desesperada, miraba a uno y otro lado del campo rezando por ver a su Tiborko, pero lo único que veía era los centenares de chimeneas sin usar de los bloques, las decenas de torres de vigilancia de madera —a las que llamaban «cigüeñas»— y la constante columna de humo aceitoso que salía del conducto de los hornos.



Bloque de letrinas en Auschwitz II-Birkenau. (© Wendy Holden.)

Tibor le había dicho que pensase solo en cosas bonitas, pero en aquel cenagal sin color con un horizonte de alambre de espino, ni siquiera las briznas de hierba conseguían abrirse paso por debajo del amarillento barro. El aire rancio apestaba a muerte por todo el campo, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Los abedules se mecían bajo un vasto cielo, pero el sol era demasiado pálido como para conseguir abrirse camino por entre los sempiternos cielos plomizos, mientras que los pájaros habían abandonado aquella tierra olvidada, dejando tras de sí un clamoroso silencio. ¿Dónde estaba el resto del mundo?

En aquel complejo especializado en desmantelar el espíritu humano, las caras de los espectros incorpóreos que rodeaban a Priska estaban demacradas y mostraban expresiones catatónicas. Después de que los nazis los hubieran deportado al Este, a la nada, tras reducir su vida a una existencia inhumana, se habían convertido en sombras medio locas y medio muertas ya. No les quedaba el más mínimo brillo de esperanza en los ojos. La muerte parecía inevitable y las prisioneras a menudo se despertaban al lado de cadáveres, cosa que intentaban ocultar para conseguir una ración extra de comida.

Priska, a quien la nostalgia le resultaba dolorosa y que anhelaba una pizca de belleza y amabilidad, empezó a darse cuenta de que albergar esperanzas de sobrevivir era la mar de ingenuo. Atormentada por el hambre, la sed y el picor de heridas y llagas, incapaz casi de soportar su propio olor, apenas podía creer lo que le había pasado desde que a Tibor y a ella los expulsaron de su propia casa. ¿Qué había sido de la adorable vida que había conocido de niña en Zlaté Moravce, donde era tutora de su amiga Gizka o se zampaba los pastelitos hojaldrados en la puerta de la pastelería? ¿Qué había sido de aquellos momentos tan felices con Tibor en los que comían *Sachertorte* en los cafés llenos de humo de Bratislava, rodeados de personas vitales e inteligentes, o sentada en silencio junto a su marido

mientras este garabateaba en sus libretas y exhalaba el humo perfumado de alguna de sus pipas? El descomedido plan maestro de Hitler había engullido su pasado y ya solo podía fantasear acerca de aquellos días.

Estaba tan entumecida y atemorizada que llegó un momento en el que se planteó abandonarse a la desesperanza circundante y dejar que el destino se la llevara, como a las demás; pero después de haber perdido tres bebés, le resultaba sorprendente lo tenaces que eran la voluntad por sobrevivir y la determinación de traer al mundo al que crecía en su seno. No tenía la más mínima idea de si lo conseguirían pero, sucediera lo que sucediera, ansiaba ver a su marido una última vez.

A los prisioneros masculinos los mantenían bien alejados del campamento de mujeres de Birkenau, encerrados en cuarteles que se hallaban en la otra punta del extensísimo complejo. Aunque unos pocos con uniforme a rayas tenían el cometido de limpiar las letrinas cada cierto tiempo o llevar a cabo labores domésticas en aquel sector, los seleccionados acostumbraban a ser presos con el triángulo rosa que los identificaba como homosexuales, por lo que la cruzada de Priska parecía baladí. Empezó a temer que su dulce periodista reconvertido en banquero hubiera «salido por la chimenea» o que lo hubieran deportado a un campo más lejano. Según pasaban los días, su esperanza se desvanecía.

Entonces, una tarde, el Dios al que daba las gracias cada noche antes de cerrar los ojos respondió por fin a sus plegarias. De pronto, por entre las alambradas vio a Tibor en un pequeño batallón de hombres que pasaba por su sector del campo. Lo reconoció de inmediato, pese a que estaba muy diferente: mucho más delgado que nunca y tan pálido que parecía transparente.

Priska, que casi no daba crédito a lo que veía, y arriesgándose a que la mataran de una paliza o un tiro, corrió por el barro con los zuecos hasta la alambrada electrificada —con cuidado de no tocarla— y consiguió intercambiar unas pocas palabras con su marido antes de que los descubrieran.

Parecía que Tibor, que hacía pocas semanas había celebrado con ella su treinta cumpleaños, tuviera sesenta años. Sin embargo, se sentía maravillado de ver a su «Piri» y le contó con cuantísimo fervor había rezado para que el bebé y ella sobrevivieran. «¡Es lo único que me mantiene con vida!», exclamó.

«No te preocupes. Pienso volver. ¡Vamos a conseguirlo!», le dijo ella con resolución renovada antes de que les obligaran a apartarse y los arrastraran a sus respectivas zonas tras asestarles unos cuantos golpes.

El milagro de ver a Tibor con vida bastó para elevar la moral de la mujer. Pensar en que quizá volviera a verlo se convirtió en un poderoso estímulo para ella. Las palabras de ánimo de su marido resonaban en sus oídos y, aquella noche, mientras yacía entre Edita y las demás mujeres de su bloque, empezó a sentir una pasión creciente por salvar a su bebé. Seguro que la guerra había acabado ya para cuando la pequeña Hanka o el pequeño Miško nacieran.

Poco antes de que a Tibor y a ella los deportaran, el boletín de noticias que seguían por la radio de un amigo en secreto había asegurado que por fin las tornas cambiaron y que los alemanes empezaban

a perder. Francia era libre de nuevo y las fuerzas soviéticas y estadounidenses se estaban acercando. Podía ser cuestión de semanas que los rescataran y entonces, Tiborko, el hijo de ambos y ella podrían volver a su hogar y retomar la vida que con tanta crueldad les habían obligado a interrumpir. Se ponía las manos en la barriga e intentaba determinar cuándo nacería el bebé. «Me quedé embarazada el 13 de junio de 1944, por lo que sabía a ciencia cierta qué día se habrían cumplido los nueve meses», explicaba.

Salía de cuentas el 12 de abril de 1945. Fijó aquel día en su pensamiento y decidió que, al margen de lo que pasase, protegería al bebé que llevaba en sus entrañas y se mantendría con vida al menos hasta que diera a luz. Tras haber sido capaz de sobrevivir bastante bien en Bratislava durante los cinco primeros años de la guerra, estaba, hasta cierto punto, sana y fuerte. Además, su marido seguía vivo, la amaba y deseaba que su bebé y ella sobrevivieran. Le había prometido hacerlo, así que no pensaba decepcionarlo.

Fue un sueño al que se aferró hasta el amanecer gris del 10 de octubre de 1944, unas dos semanas después de su llegada a Auschwitz II-Birkenau, cuando tanto a ella como a las demás prisioneras las obligaron a plantarse frente al doctor Mengele, que tan veleidoso poder ejercía sobre su destino. Sonriente como siempre y con el objetivo de seleccionar a las más sanas para trabajos forzados, en aquella ocasión movía con indiferencia a *links oder rechts* una fusta con la que, luego, se daba golpecitos en las pulidas botas. Priska seguía teniendo brillo en la mirada y estando en la flor de la vida en comparación con aquellos que habían pasado años en guetos o campos; era materia prima de primera. Antes de que entendiera siquiera lo que estaba sucediendo, el movimiento que Mengele hizo con la fusta hizo que se la llevaran a empellones al grupo de mujeres consideradas apropiadas para el *Arbeit* («trabajo»).

Después de que les dieran un mendrugo de pan y un cazo de bazofia sacada de un gran puchero, las obligaron a subir a los vagones de mercancías de un tren larguísimo que esperaba agazapado sobre las vías.

Mientras gritaba en silencio el nombre de su marido, los nazis cerraron de golpe las puertas de los vagones y, con ello, se esfumó el sueño de volver a ver a Tiborko. Tras emitir un siseo de vapor, la gran locomotora negra la alejó de los fuegos infernales de Auschwitz en dirección a un destino nuevo y desconocido.

RACHEL

Con poca variación en la mecánica diaria de la máquina nazi de asesinar, Rachel y sus hermanas recibieron un trato similar al del resto de mujeres que llegaban a la vía muerta de Auschwitz hacia finales de verano y durante todo el otoño de 1944.

Después de que el tren procedente de Łódź se detuviera en Birkenau, acompañado por el chirrido del metal contra el metal, los nazis abrieron las puertas de golpe y la luz cegó a los pasajeros. Tenían

los brazos y las piernas agarrotados después de varios días sin moverse y les obligaron a salir del vagón, apelotonados —cosa que hicieron despavoridos— entre gritos y lloros. Antes de que se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo, los habían apiñado a un lado y empujado hacia la *Sauna*, donde les ordenaron que se desnudaran. Espoleados con latigazos y palabrotas, les obligaron a dejar atrás todos los vestigios de su antigua vida.

«Nos afeitaron la cabeza, nos lavaron con desinfectante y nos condujeron a la otra punta de aquella habitación tan grande —contaba Rachel—. Iban mirando a las mujeres, el aspecto que tenían, para seleccionar a las más jóvenes y sanas. No había niños. Ni madres. Solo mujeres sanas que sirvieran para trabajar».

De pie, con los brazos en alto, les arrancaban los pendientes con alicates y les arrebatan los anillos con las manos engrasadas. «Allí adonde vais no necesitáis reloj», se burlaban de ellas los prisioneros que hacían las veces de funcionarios. Luego se lo quitaban también. A continuación, y antes de esquilas, les exploraban las orejas, la boca y las partes íntimas. Desnudas, sin pelo y humilladas hasta lo indecible, aquellas mujeres jóvenes parecían casi idénticas mientras las evaluaban con la intención de averiguar si servían para trabajar hasta la extenuación. Tenían una edad, una altura y un peso similares, no padecían discapacidades ni tampoco manchas.

Sala contaba: «Éramos ovejitas asustadas. Ni siquiera reconocía a mi propia hermana después de que aquella guardia de las SS nos afeitara. Le dije que ya no parecíamos personas. [...] Llevaba un collar que me había hecho una amiga y, estúpida de mí, no había intentado esconderlo, con lo que uno de los guardias me lo arrancó del cuello. Ni siquiera hablaban con nosotras. Era una crueldad. Luego nos hicieron desfilar por el exterior para que todos vieran nuestra vergüenza».

Esperando a que la juzgaran, Rachel vio cómo el elegante médico de las SS que había apostado en la *Rampe* les apretaba el pecho a todas. Aquellas cuyo embarazo trascendía eran expulsadas de la fila. Sospechaba que estaría embarazada de Monik, su marido, pero no tenía la certeza. En cualquier caso, su instinto le dijo que admitir su estado sería un error fatal. Temblando de miedo y frío, la hermosa esposa que no sabía aún si quería aquel bebé, debió de avergonzarse en cierto modo por negar la existencia que llevaba en su seno.

Mientras Mengele pasaba por su lado sin hacerle ni caso, se dio cuenta de que ni siquiera había tenido la oportunidad de compartir la noticia con su marido o su querida madre, Fajga, lo que le llevó a esgrimir una mueca. A aquellas alturas, no se atrevía a contárselo a sus hermanas por miedo a que hubiera repercusiones para ellas. En algún punto de las diversas hileras de maniqués temblorosos, Sala, Bala y Ester fueron objeto del mismo proceso clínico de selección por el cual las débiles y malnutridas eran apartadas de las filas para deshacerse de ellas. A pesar de los años que habían pasado en el gueto de Łódź, a Rachel y a sus hermanas las salvó su juventud, porque parecían mucho más vitales que las mujeres a las que se les marcaban los huesos tras la piel.

Seleccionadas por el doctor Mengele, siempre sonriente, a las cuatro hermanas las dirigieron hasta un grupo destinado a un campo de trabajo forzado, adonde las llevaron de inmediato. A latigazos,

fueron obligadas a entrar de nuevo en el edificio a toda prisa y, de una pila que parecía lo único que quedaba del último cargamento humano —como si las personas hubieran desaparecido y su ropa hubiera caído allí mismo—, les lanzaron prendas de ropa dispares y de tallas diferentes. Al igual que en el caso de todos los que pasaban por la *Sauna*, la elección de las prendas se hacía al azar y no se tenían en consideración ni el tamaño ni la forma de la persona. Entre aquellos vestigios tangibles de vidas rotas había vestidos de quinceañeras, monos de trabajadores, sombreros con plumas e incluso prendas de bebé. A algunas prisioneras les daban vestidos de noche con la espalda al descubierto y enormes botas de hombre; a otras les tiraban pijamas o blusas veraniegas; unas pocas tenían la suficiente suerte como para que les lanzaran ropa interior o prendas que podían usarse como tal, pero la mayoría se quedaba sin ella —algo a lo que aquellas mujeres no estaban acostumbradas—. Los pies les bailaban en zapatos mucho más grandes (zuecos negros «holandeses») o los llevaban apretados en tacones que no tardarían en convertirse en instrumentos de tortura.

«Tuve mucha suerte —contaba Rachel—. Me lanzaron un enorme vestido negro que debía de haber pertenecido a una tullida. Tenía un canesú extraíble y era más grande que una tienda de campaña. Enseguida tuve claro que en él podría esconder mi embarazo. Nadie se enteraría de lo que pasaba debajo de aquel vestido. Luego, me tiraron unos zapatos que me hacían daño pero, de todas formas, me los puse».

Una vez más, las hermanas consiguieron permanecer juntas, solo que en aquella ocasión las obligaron a salir del edificio y las golpearon para que guardaran una especie de fila. Les ordenaron que permanecieran de cinco en cinco en la zona donde los alemanes pasaban lista, a la espera de la siguiente fase de aquella pesadilla. Permanecían rígidas y atentas con aquel atuendo ridículo y observaron cómo iban llevándose a algún bloque o sitio peor. Cuando los fríos vientos polacos empezaron a soplar, heraldos de uno de los inviernos más duros de la historia de Europa, se preguntaron qué iba a ser de ellas y cuándo las liberarían de aquel amargo purgatorio.

Por suerte, no había tiempo que malgastar. Los alemanes sabían que estaban perdiendo la guerra y, dado que la mayoría de sus hombres se habían alistado, la escasez de mano de obra en las fábricas de armamento y demás representaba un grave problema. Al igual que en los guetos, los nazis se dieron cuenta de que, por mucho que fueran judíos y antes de matarlos, los prisioneros más sanos podían resultarles útiles para agilizar la producción. La fábrica a la que destinaron a las mujeres era vital para que siguieran realizándose ataques aéreos contra los Aliados —un terreno en el que los alemanes habían tenido mucho éxito—. Los avances tecnológicos habían conseguido que los aviones de ambos bandos fueran capaces de llevar a cabo una devastación sin igual, pero la Luftwaffe había conquistado la supremacía aérea en los cielos de la Europa occidental gracias a sus aviones Messerschmitt, Junkers, Heinkel, Stuka y Focke-Wulf. Hitler consideraba sus bombarderos la «artillería voladora» que apoyaba a sus fuerzas terrestres, si bien los Aliados lograron imponerse en la Batalla de Inglaterra, donde la fuerza aérea alemana sufrió una serie de pérdidas catastróficas. En la derrota de Stalingrado, por ejemplo, los nazis perdieron novecientos aviones, por lo que tenían

que construir más —¡y rápido!—. A todo el que pudiera trabajar lo ponían a prueba y se deshacían de aquellos que no dieran la talla.

Desconocedoras del destino que los nazis eligieron para ellas, las desconcertadas mujeres que había en Birkenau a finales de 1944 aguardaban sedientas mientras la luz iba desapareciendo y la temperatura descendía aún más. Oían perros ladrar a lo lejos y los gritos de los desesperados, junto con los disparos esporádicos de alguna ametralladora. Incapaces de creer lo que estaba pasando, aterradas, les ordenaban que no se movieran y los *Kapos* y las guardias de las SS pegaban o abofeteaban a todas las que temblaran, les imploraran un poco de agua o preguntaran si podían ir al servicio.

Por fin les permitieron sentarse en el frío barro y a cada una de ellas le dieron una ración miserable de una sustancia acuosa. Enseguida se dieron cuenta de que los boles que compartían habían sido usados como orinales. El líquido salado que les habían servido en aquellos cacharros olía a rayos y estaba asqueroso, pero se taparon la nariz y se obligaron a tomárselo en un fútil intento por aplacar la sed. «Nos dieron algo de sopa, pero sin cuchara, así que la tomábamos con la mano», contaba Rachel, que recordaba que su cerebro se revelaba contra aquella profanación al tiempo que su cuerpo le pedía comida a gritos.

Permanecieron sentadas a oscuras durante horas, mirando el extraño fulgor carmesí del cielo —provocado por el humo que salía de las chimeneas del campo— mientras intentaban no respirar aquel olor a carne quemada que les dejaba un sabor cáustico en la garganta. Prisioneras veteranas se acercaban a ellas y les susurraban con pena a cada una: «¿Veis esas chimeneas? Aquí gasean a la gente y, después, la queman. Si a vuestra madre la enviaron a la izquierda, se encuentra ahora en alguno de esos hornos».

Para empezar, su atribulado cerebro se negaba a procesar aquella información. Lo que contaban parecía una maldad tan fantasiosa que no alcanzaban a creer que fuera cierta. Al rato, empezaron a tener la terrible sospecha de que aquellas criaturas con ojos de loca que arrastraban los pies les estaban diciendo la verdad. En cuanto se daban cuenta de que casi toda su familia había desfilado hacia el edificio de la muerte para ser gaseada e incinerada, el humo acre les producía arcadas y casi se asfixiaban. Rachel, paralizada, pensó de repente que si los nazis eran capaces de realizar algo así a hombres, mujeres y niños inocentes, ¿qué no se les ocurriría hacerle a un recién nacido? Tenía tanto miedo que sentía pinchazos en el útero y apenas podía respirar.

El presentimiento negativo de lo que podía suceder si alguien se daba cuenta de que estaba embarazada era justificado. A Auschwitz llegaban a diario tantas mujeres deportadas desde los territorios ocupados que las SS enseguida se percataron de que un porcentaje de ellas estarían embarazadas. A las que no podían ocultar su estado las enviaban a las cámaras de gas, pero cuando la guerra empezó a recrudecerse y los nazis necesitaron a mujeres jóvenes para trabajar, se toparon con el problema de aquellas a las que todavía no se les notaba. Así que las autoridades montaron una primitiva clínica abortiva en Birkenau dirigida por algunos de los médicos que había entre los

prisioneros. Muchas de las mujeres que se veían forzadas a abortar en condiciones tan hostiles y antihigiénicas morían. Las pocas que conseguían esconder su embarazo, e incluso ocultar el nacimiento del bebé, solían acabar perdiéndolo por culpa de la desnutrición. A aquellas otras a las que les permitían tenerlo, a menudo les impedían ver a su recién nacido, que bien moría de hambre, bien acababa en manos del doctor Mengele para que experimentara con él. En el bloque especial donde trabajaban, conocido como «el zoo», el capitán de las SS y su equipo médico llevaban a cabo inenarrables operaciones a gemelos, bebés, enanos y adultos, que iban desde la esterilización y la castración a tratamientos de electrochoque y amputaciones —a veces sin anestesia—. Los médicos prisioneros animaban a algunas mujeres a que mataran a sus bebés si querían salvar la vida.

Un día, de pronto, en un aparente cambio de política, las SS anunciaron que no iban a practicar más abortos y que las mujeres embarazadas recibirían raciones adicionales y, además, quedarían exentas de los innumerables *Appelle*. Pero los nazis no tardaron en revocar la orden y a las madres gentiles les arrebataron de los brazos a su bebé para «alemanizarlos» antes de hacerlos pasar por los retoños de alemanes sin hijos. Las casi trescientas mujeres embarazadas que había en el bloque especial de neonatos fueron enviadas a cámaras de gas. Los bebés que no se llevaron acabaron muriendo de hambre, sed o enfermedades; a otros los gasearon o incineraron en los hornos; y a otros tantos les pusieron una inyección en el corazón. Ni se sabe a cuántos ahogaron en cubos.

Rachel no sabía nada de aquello, pero era consciente de que el negocio de Auschwitz era la muerte. Todavía deshechas por la noticia de que habían aniquilado a sus familiares, las demás *Häftlinge* («prisioneras») informaron a Rachel y a sus hermanas de que las cámaras de gas del campo estaban camufladas de duchas comunes. «Antes o después, todas nos uniremos a nuestros seres queridos en la chimenea», les dijeron con frialdad. Horas más tarde, cuando los alemanes despertaron a las prisioneras a empujones al romper el alba y les ordenaron que se ducharan, estas se quebraron. Mientras andaban en dirección al matadero, cogiéndose de la mano en fila, despreocupadas a aquellas alturas de su desnudez, sollozaban con tantísima fuerza que se estremecían. Muchas de las prisioneras rezaban a voz en cuello y le prometían a Dios que si sobrevivían serían mejores judías y dedicarían la existencia a ayudar al prójimo. «Nos llevaron a una habitación donde había duchas y pensé: “Es el fin. Me van a gasear”, pero no, de las alcachofas salía agua y comprendí que nos habíamos librado una vez más», explicaba Sala.

La esperanza brilló en ellas durante unos instantes, cuando el agua helada se llevó sus miedos. El agua significaba vida. La vida significaba *Arbeit* («trabajo»). El trabajo podía significar sobrevivir. Aún empapadas, después de que las rociaran con un desinfectante que hacía que les picaran las fosas nasales, las sacaron de las duchas, les lanzaron unas prendas de ropa, les dieron un poco de pan y sopa y las llevaron a buen paso hasta las vías del tren adonde habían llegado hacía poco más de veinticuatro horas. Aturdidas, obedeciendo en silencio una vez más y a pesar de la confusión, las hermanas consiguieron mantenerse tan cerca las unas de las otras como para que las empujaran por

una rampa de madera al mismo vagón de mercancías, antes de que cerraran las puertas de golpe y echaran el pasador, que hizo sonar un aterrador «clon» metálico.

Dentro de aquella atmósfera nauseabunda, amontonadas entre sí y en penumbra, las hermanas casi se asfixian por el olor a sudor, miedo y orina de las pobres gentes que habían ocupado recientemente aquel vagón, llegados del mundo procedente del otro lado de las vallas, para acabar saliendo, lo más seguro, por la chimenea no mucho después. Mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, las ochenta mujeres que más o menos viajaban en aquel vagón no tenían ni idea de adónde las conducían o qué iba a ser de ellas cuando llegasen a su destino. Era muy probable que, durante varios días, no vieran el cielo, ni pudieran estirar los brazos y las piernas, dado que no tenían sitio para sentarse, descansar o respirar.

Ninguna de ellas podría dormir. Todas iban a sufrir. Puede incluso que algunas murieran. Sin embargo, lo único que les importaba era que se habían salvado del infierno que suponía tragar restos humanos. Aunque habían soñado con la posibilidad de que existiera un «después», si bien les parecía imposible, no se atrevían a esperar que, en efecto, hubiera un «después de Auschwitz»; donde habrían inhalado a sus seres queridos hasta su último aliento.

Tras un estremecimiento y una sacudida que las lanzó a unas contra las otras y les hizo gritar, el tren empezó a alejarse del laberinto de alambre de espino. Contenían el aliento. Sala se abrió paso hasta el ventanuco que había en el vagón mientras salían poco a poco por la puerta de aquel campo, el más cruel de todos.



Vías de tren de Auschwitz II. (© Wendy Holden.)

A medida que el tren iba adquiriendo velocidad, contempló el paisaje que, bajo una grisácea luz mañanera, se extendía más allá. Al otro lado de aquel portal que daba a otro mundo, vio campos de

manzanos y vastos huertos en los que había gente trabajando duro y cuidando de calabazas y repollos como si fuera un día más. La campiña que se abría ante sí comprendía miles de acres de granjas en las que trabajaban tanto prisioneros como colonos alemanes —inmigrantes, estos últimos, que formaban parte de un experimento agrícola—. Mientras que los que se hallaban en Auschwitz-Birkenau se morían de hambre, aquellos fértiles pastos que había a poca distancia de las altísimas vallas electrificadas estaban a rebosar de productos frescos.

De repente, Sala vio algo que le produjo tal rebrote de esperanza que el corazón casi se le sale del pecho: en aquellos campos había una trabajadora que era exacta a su madre, a Fajga. El alivio de que su querida madre siguiera viva hizo que se pusiera histérica. «Empecé a gritar: “¡Madre! ¡Madre!” La mujer me miró como si estuviera loca, pero nunca olvidaré su rostro, que era el de mi madre».

Rachel, que estaba cerca de su hermana pequeña, la cogió por los hombros y le pegó un bofetón. Ambas chocaron la una contra la otra cuando la locomotora aceleró y fue alejándolas de los espectros de todos sus seres queridos.

ANKA

Cuando Anka y su amiga Mitzka llegaron a Auschwitz II-Birkenau desde Terezín en los vagones de tercera, ambas se encontraban en muy malas condiciones físicas y psíquicas. Habían pasado los dos días que duró el viaje la una pegada a la otra, sin apenas aire que respirar ni oportunidad de moverse. El espacio que se veían obligadas a compartir con tantos otros apestaba a cuerpos desaseados, y a cosas peores, y tenían prohibido levantar las persianas o abrir las ventanas. Sin comida ni bebida, Anka comentó de aquella situación vivida: «La sed era lo peor de todo».

Mucho antes de que el serpenteante tren empezara a detenerse, aquellos que habían desafiado las órdenes y oteaban por entre las persianas vieron unas chimeneas que escupían fuego. «En aquel momento no sabíamos lo que significaban, pero la impresión era espantosa. [...] Olía a algo que no había olido jamás y nadie sabía de qué se trataba [...] aunque nunca lo olvidaré. [...] El aspecto de las chimeneas daba tanto miedo que te apartabas aun ignorando para qué las usaban».

En cuanto el tren se detuvo y los alemanes abrieron las puertas de golpe, los prisioneros bajaron del vagón medio saltando, medio cayéndose, como si estuvieran borrachos. El caos enseguida se adueñó de la situación debido a los gritos de «*Raus! Schnell! Laufen!*» («¡Salid! ¡Aprisa! ¡Corred!»). A los reclusos, víctimas del pánico, los rodearon unos hombres vestidos con pijamas a rayas que parecían «dementes» y que les ordenaban que dejaran el equipaje —en el que con tanto cuidado habían escrito su nombre—, al tiempo que les aseguraban que se lo entregarían más tarde. Jamás lo hicieron.

«Había perros que ladraban y personas que gritaban. Era como un manicomio. Nadie sabía adónde ir. [...] Íbamos todos de un lado para otro. [...] Había, por lo menos, mil personas. No recuerdo si era de noche o de día —comentaba Anka—. Los de las SS nos gritaban y pegaban a quienes se cruzaban

en su camino. Era como el apocalipsis. Sentías algo espeluznante, pero no sabías qué». Los *Kapos* enseguida separaron a los hombres de las mujeres, pero como los prisioneros de Terezín estaban acostumbrados a la segregación por sexos, en un principio no le dieron mayor importancia. «Había llegado en el vagón con un amigo que tendría mi edad. Nos conocíamos de toda la vida y me dijo: “Será mejor que nos despedamos, porque tengo que irme con los hombres y tú con las mujeres. Nos vemos cuando acabe la guerra”». Pero no volví a verlo.

A continuación, hombres y mujeres tuvieron que ponerse en fila delante de un oficial de alta graduación —el infame doctor Mengele— que enviaba a unos a un lado y a otros a otro. «Era joven y estaba sana, así que me mandó a la derecha. A todas las mujeres embarazadas o personas de más de cuarenta años [...] las mandó a la izquierda. [...] En aquel momento nos parecía un sinsentido; pero estaba bien estudiado».

Sin darles tiempo a recobrar el aliento, a Anka y a las demás *Häftlinge* («prisioneras»), incluidas sus amigas de Terezín, las empujaron para que se dispusieran en filas de cinco. «Tuvimos que correr por el barro [...] con aquel olor y aquellas llamas. Daba miedo. Nadie imaginaba [...] lo terrible que era aquel sitio. Resultaba indescriptible». Las guiaron como si fueran ocas hasta el remoto edificio de la *Sauna*, del que dijeron que se trataba de un vestuario donde había que desvestirse y allí, en efecto, encontraron a otras mujeres a medio desvertir o completamente desnudas. A ellas también les ordenaron que se quitaran la ropa, incluida la interior, y que la dejaran en un montón. Les advirtieron de que, si se resistían, les dispararían. Igual que a las anteriores, les arrancaron las joyas de las manos, el cuello y las muñecas.

En los años que había pasado en Terezín, Anka había conseguido conservar su sencilla alianza y la amatista enmarcada en plata que Bernd le había regalado escondiéndolas debajo de la lengua o en el puño. No era capaz de explicar cómo, pero una vez más y a pesar de la avarienta actitud de los *Kapos* y los guardias de Birkenau, logró que no las encontrarán.

Luego, las empujaron hasta la siguiente habitación, donde las obligaron a sentarse desnudas mientras hombres y mujeres con cuchillas romas que más bien arañaban la piel, les afeitaron la cabeza. Anka intentó no llorar mientras veía cómo sus sedosos mechones caían al suelo. Acto seguido, otros prisioneros barrían aquel pelo con escobas de abedul y lo amontonaban de tal manera que componía un colorido caleidoscopio adornado aún con pasadores, cintas y peinetas. Esquiladas como animales, las jóvenes se sentían completamente embrutecidas y deshumanizadas. Anka describía aquel momento como uno de los peores que le había tocado vivir: «Te sentías más que desnuda; te sentías degradada [...] como esa cucaracha que estás a punto de pisar. No dolía pero [...] te sentías humillada. [...] Si no te lo rapas por voluntad propia [...] no te haces a la idea del aspecto que tienes y de cómo te sientes sin pelo».

Cuando les ordenaron que volvieran a ponerse en fila, Mitzka, que llevaba unos minutos separada de su amiga, empezó a gritar frenética:

—¡Anka! ¡Anka, ¿dónde estás?!

—Si eres Mitzka, estoy justo a tu lado.



Pelo cortado a mujeres de Auschwitz. (© akg-images/Michael Teller.)

Anka recordaba: «Íbamos de acá para allá desnudas mientras unos hombres nos miraban. Era horrible. Sentíamos pavor, pero todavía no sabíamos qué nos lo producía».

Anka, a quien empujaron afuera —donde corría un frío viento y llovía— para otro *Appell* y otro «examen de Mengele», sacó fuerzas de flaqueza una vez más y se tapó los senos al tiempo que rezaba para recuperar un poco de la dignidad perdida. Al ver que a todas las revisaban en busca de algún objeto valioso más, se quitó los anillos y los tiró al suelo. Llorando, los enterró en el barro con el pie desnudo. «Me quité los anillos y los tiré al suelo mientras pensaba: “No se los va a quedar ningún alemán”. Me rompió el corazón, pero la decisión la tomé yo, no ellos por mí. [...] Puede que alguien los encontrara más tarde, pero es que aquella era mi posesión más preciada en aquel instante». Sabía que había perdido para siempre sus alianzas de amor de Bernd, pero le pareció un acto de desafío importante; era el camino que estaba dispuesta a seguir.

De vuelta adentro, les dijeron que iban a tener que darse una ducha —cosa que agradecieron puesto que no sabían todavía lo que podía significar—. El agua que salió siseando —en vez de gas— estaba fría y sucia, caía de forma intermitente y no había nada con lo que lavarse el sudor. Aún empapadas, les lanzaron ropas raras e informes de telas bastas que enseguida les irritaron la piel. «Nos dieron unos harapos inmundos y algunas tenían suerte, o no tanta, de conseguir zapatos. A mí me tocaron unos zuecos», contaba Anka. Después, las llevaron de nuevo al exterior, hasta las apretadas hileras de barracones que daban forma a los bloques de la prisión. Mientras avanzaban a paso ligero, un extraño aroma empalagoso que estaba por doquier y que, por lo visto, provenía de las chimeneas que no dejaban de vomitar humo, les saturó las fosas nasales.

Una de las mujeres se volvió hacia Anka y le preguntó: «¿Por qué asan carne?». La joven miró las

extrañas volutas de humo negro pero no supo qué responder. «Para entonces estábamos tan asustadas y confundidas que todo se convertía en una pesadilla aterradora que, por desgracia, era real».

Su bloque era como un gallinero descomunal, con el suelo sucio y sin ventanas, aparte de unas estrechas aberturas en el techo. En el interior había parcelaciones de madera, cada una de ellas llena de literas de tres pisos sin colchón ni sábanas. El edificio ya estaba abarrotado para cuando llegaron ellas. Debía de haber unas mil mujeres en aquel bloque, unas doce por habitación. A las recién llegadas las recibían con quejidos y con el fétido y cálido olor de los desaseados. No sabían dónde se suponía que debían sentarse o dormir, ni siquiera qué tenían que hacer.

Una de las amigas de Anka, que había llegado de Terezín con su familia, buscaba desesperada a alguno de sus seres queridos, pero no los encontraba. Al final, le preguntó a una mujer: «¿Qué sucede aquí? ¿Cuándo volveré a ver a mis padres?». El resto de las *Häftlinge* («prisioneras») empezaron a reírse con tal histerismo que Anka pensó que debían de haberse vuelto locas. ¿Acaso las habían enviado a un sanatorio mental? ¿Perderían todas la cabeza en aquel pozo de desesperación? Una mujer un poco mayor soltó entre aullidos: «Ya verás... ¡ni te lo imaginas!». Otra, que tenía sonrisa de chiflada, cacareó: «¡Ay, pobre tonta! ¡Seguro que ya están en la chimenea! Todos acabaremos convirtiéndonos en humo... ¡entonces los verás!».

Anka estaba convencida de que aquellas mujeres habían enloquecido. «Pero enseguida nos dimos cuenta de que tenían razón y que nosotras estábamos equivocadas. [...] Fue entonces cuando nos enteramos de lo que pasaba allí. [...] Estaban quemando a personas en los hornos».

Las mujeres de Terezín se acomodaron en las habitaciones que pudieron, apretadas, pero intentaron mantenerse juntas en un mismo grupo. Anka y Mitzka se abrieron paso entre dos cuerpos apestosos para hacerse con un sitio en el que a duras penas hubiera cabido un niño. Mientras se tumbaban en el duro camastro, se esforzaron por recordar lo que había sucedido desde que salieron del gueto y que, al lado de aquello, les parecía que estaba lleno de lujos. Algunas empezaron a sollozar, pero la mayoría permanecía en silencio, superada por el cansancio o paralizada por el miedo que les daban los *Kapos* que patrullaban el bloque.

«Los *Kapos* eran internos como nosotras, con la diferencia de que llevaban más tiempo allí y habían conseguido aquel trabajo, que era mejor que los demás. Algunos no eran malos, pero otros eran peores que los alemanes. Nos contaban alguna que otra cosa y nosotras íbamos sumando dos y dos hasta que, por fin, nos dimos cuenta. A las personas que habían enviado en la otra dirección las habían gaseado a los pocos minutos de llegar. Mis padres, mis hermanas, Peter y todo el que nos hubiera precedido había acabado en la cámara de gas».

Mientras intentaba asumir lo imposible, una mujer que se llamaba Hannelore y que habían viajado con ella empezó a cantar una canción popular alemana. Antes de que Hitler llegara al poder, la mujer era cantante profesional y decidió interpretar aquella canción para animarlas a todas. Anka explicaba que consiguió el efecto contrario y que las demás se pusieron como locas ordenándole que callara.

«Fue apocalíptico, porque escuchar aquella canción hacía que te sintieras como si te estuvieran enviando a la cámara de gas».

Unas pocas horas después de que llegaran, los *Kapos* les trajeron un agua aceitosa a la que llamaban sopa y que distribuían en un puchero sucio. Les daban un plato, también sucio, que debían compartir con otras cuatro personas y ni una sola cuchara. «Estábamos tan estupefactas por lo que sucedía, tan asustadas y desquiciadas, que ninguna tenía hambre, al menos en aquel momento». Como todavía no sabían lo poco que iban a darles de comer, las nuevas reclusas rechazaron la comida durante varios días. Las polacas se abalanzaban sobre ellas para quedarse con su parte e incluso chupaban el plato como animales.

Lisa Miková, una prisionera checa que había llegado en el mismo transporte que Anka, explicaba: «Las polacas no se lo podían creer y nos preguntaban: “¿De veras no queréis comer?”, a lo que respondíamos: “No, está malísimo y, además, los boles están sucios”. Ay, cómo se reían. “¿Os importa que nos lo comamos nosotras?”. Éramos conscientes del hambre que tenían y de que lamían hasta el olor del plato. Al día siguiente volvieron a traernos la misma sopa y dudamos una vez más. Las polacas nos dijeron: “Nosotras también estábamos acostumbradas a comer con cuchillo y tenedor; eso era lo normal. Sin embargo, este sitio no es corriente. Si no coméis perderéis peso, y de inmediato el interés y después moriréis”. Con solo mirar a nuestro alrededor, era fácil darse cuenta de que estaban en lo cierto, así que empezamos a comer, por asqueroso que fuera».

Pocas lograron dormir las primeras noches y, si lo conseguían, unos guardias con palos las despertaban de malos modos para el *Appell* de madrugada y las sacaban a empellones del bloque. Luego les ordenaban que se desnudaran y permanecieran en línea durante horas, a pesar del frío y la poca luz, para contarlas una y otra vez sin otra razón aparente que no fuera atormentarlas. A algunas les pegaban y las llamaban «*Sau Jud!*» («¡Sucia judía!»); a otras las abofeteaban y les escupían. A muchas las sacaban de la fila y se las llevaban. «Antes de llegar allí tenías que cruzar acres de barro y, sin descanso, por encima de nuestra cabeza, las chimeneas escupían llamas. Como en el infierno. [...] Poco a poco empezamos a entender lo que pasaba».

Mientras Anka aguardaba su turno para que alguien decidiera si vivía o no, empezó a apreciar la importancia de llevar zapatos, por mucho daño que te hicieran o grandes que te quedaran. Las que no llevaban calzado tiritaban y estaban desesperadas. Ninguna de las que no llevara algo con lo que protegerse los pies de aquella gruesa capa de barro fría y húmeda, letal, iba a sobrevivir. Con su propio sistema vital casi congelado, se prometió llevar los zuecos siempre puestos. También aprendió otros trucos de supervivencia: en esencia, el arte de pasar desapercibida agachando la cabeza y mezclándose con su entorno para no llamar en absoluto la atención. Había facciones diferenciadas entre las prisioneras, lo que, en general, significaba que las orientales se oponían a las occidentales; lo normal era que las alemanas, las austríacas y las checas formasen uno de los bandos y que las polacas, las rumanas y las húngaras, el otro. A menudo, mientras unas reclusas dormían,

otras les robaban la comida y la ropa. Los nervios estaban tan exaltados que era fácil que hubiera peleas, y que te vieras envuelta en alguna de ellas.

«Cuanto más tiempo pasabas en el campo, mejor aprendías a sobrellevarlo y a sobrevivir — explicaba Anka—. Todas intentábamos hacer lo imposible por no ofender a los alemanes [...] por ser como hormigas que van de un lado para otro, como algo que no importa lo más mínimo, con la intención de que el día pasase sin ningún problema o paliza». Le resultó útil ser capaz de entender las órdenes de los nazis —porque podía responder más rápido que quienes no las entendían— y disponer de un sexto sentido para mantenerse alejada de aquellas prisioneras falsas y conflictivas. Era tan lista que consiguió concentrarse solo en lo que iba a suceder en la siguiente hora y en lograr superar lo que le esperara.

«El miedo te bloqueaba, pero tenías que ser capaz de soportar cualquier cosa que sucediera — comentaba—. A menudo solía recordarme aquella frase de Escarlata O'Hara en *Lo que el viento se llevó* que tanto me gustaba: “Ya lo pensaré mañana”, que es cuanto hacía».

Anka pasó los siguientes diez días en lo que ella llamaba «un infierno viviente», oliendo el efluvio de los muertos. En un sitio en el que el concepto del tiempo había desaparecido, le parecía que hubieran pasado cien años. Vivía hora tras hora, sin saber nunca qué iba a ser de ella. «Estabas asustada todo el rato, las veinticuatro horas del día», comentaba. No tenían nada con lo que llenar el estómago aparte del pan duro y aquel preparado insípido con aroma de café que les daban por la mañana o el agua salada de por la noche. Por no haber, no había ni hierba que llevarse a la boca. Ni se sabe cuántos miles de personas murieron de hambre o enfermedad en Auschwitz. A muchos, lo que les daban de comer les provocaba espasmos estomacales y diarrea, pero, por primera vez en la vida, no podían ir al baño cuando lo necesitaban. Anka decía que casi todas padecían disentería. «Imagina qué aspecto tenía y cómo olía aquel sitio. [...] Te encontrabas en un estado lamentable, sin posibilidad de lavarte, de asearte. Me costó superar aquello. Estar embarazada me ayudaba a seguir adelante».

Anka contaba que, además de tener limitado el acceso a los agujeros comunes de cemento, los soldados de las SS les pegaban y las empujaban con palos largos u horcas mientras gritaban: «*Schneller! Scheisse!*» («¡Más rápido! ¡Mierda!») y que nunca olvidará el «deporte» tan humillante en el que convertían aquel momento, en el barro, con aquel hedor, pinchándolas por la espalda mientras defecaban. «Te molestaban por diversión. Ni siquiera aquello te dejaban hacerlo en paz. [...] Algunos decían que se reirían de cualquier cosa que realizaran los judíos. [...] Era degradante».

Había un *Appell* al amanecer y otro al anochecer y ambos los anunciaban con una campana; también había *Selektionen* entre medias. En aquella compleja aritmética de la muerte había que contar a tantos y apuntarlos después en los registros que, a menudo, los pases de lista duraban hasta tres horas. Las mujeres, en pie delante de un grupo de médicos que fumaba, estaban siendo mortificadas. «Era terrible, con o sin ropa. [...] Hambrientas y asustadas, enviadas a la derecha o a la izquierda, que para entonces ya sabíamos lo que significaba [...] a las cuatro de la mañana [...] por mucho que

lloviera o hiciera viento. [...] Siempre tenías miedo de que la próxima vez te tocara a ti, y si hubieran sabido que estaba embarazada, enseguida se habrían deshecho de mí».

Anka tuvo que sufrir, al menos, doce de aquellas selecciones. «Dudo mucho que nos vieran como seres humanos. El único criterio que seguían era que estuviéramos lo suficientemente sanas como para trabajar». En su constante diálogo consigo misma, se preguntaba: «¿Lo conseguiré? ¿Lograré salvarme esta vez?». A lo que añadía: «Terminabas pensando solo en ti, en ti y en ti [...] pero es que cuando tienes que elegir entre la vida y la muerte, optas por seguir con vida. [...] No es que pudieras hacer algo para que te enviaran en una u otra dirección, pero te sentías aliviada cada vez que te librabas, aunque fuera a costa de las otras. No tenía nada que ver con las demás; simplemente, te habían elegido para seguir con vida».

Si les faltaba alguna prisionera —bien porque estaba enferma o muerta— obligaban a las demás a permanecer de pie durante horas, bamboleándose por el cansancio, hasta que les cuadraban los números. Exhausta y debilitada por tener que subsistir con unos pocos centenares de calorías al día, Anka, embarazada y desnuda, intentaba no desfallecer, como tantas otras, durante aquellos dos *Appelle* diarios. «Si alguien se desmayaba o se ponía mala, la enviaban directamente a la cámara de gas. A mí me daban vahídos porque estaba embarazada y asustada, aparte de congelada y hambrienta, pero mis amigas me sujetaban, que es lo que me salvaba. [...] Eran muy buenas conmigo [...] porque si te ponías mala en Auschwitz bien te llevaban a la enfermería, bien te disparaban o enviaban a la cámara de gas».

Y así es cómo sobrevivía un día más.

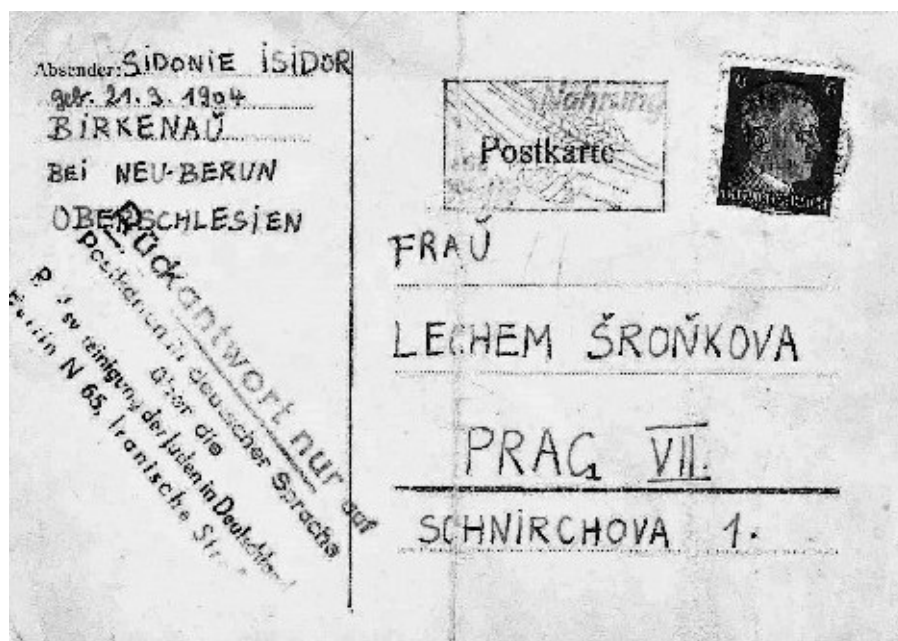
Igual que Priska había anhelado ver a Tibor, Anka habría dado lo que fuera por volver a estar en los brazos de Bernd. La esperanza es lo último que se pierde. La confianza en que el día de mañana sea mejor que el de hoy. El deseo de no enfermar o perder al bebé. La creencia de poder salir de allí con vida. ¿Habría tenido Bernd que pasar también por aquella sorprendente fase de adaptación a Auschwitz? ¿Estaría en alguno de los bloques que había en la otra punta del campo, igual de atribulado que ella, preocupándose por ella del mismo modo que ella lo hacía por él?

No obstante, y como le pasó a Priska, enseguida se dio cuenta de que mantenían a las mujeres alejadas de los hombres, separados por postes de cemento de tres metros de altura entre los que había kilómetros y kilómetros de alambre de espino. Tampoco consiguió información de ningún otro miembro de su familia —padres, abuelos, tíos—. Por mucho que fuera verdad lo de las cámaras de gas y las chimeneas, seguro que los más jóvenes y los más sanos se habrían salvado, ¿no es cierto?

Lo que Anka ignoraba es que formaba parte de una minoría. Del millón trescientos mil personas que, más o menos, acabaron en Auschwitz, los nazis asesinaron a un millón cien mil, incluida la mayoría de sus familiares, algunos de los cuales —como descubriría más tarde— habían sido engañados tras hacerles creer que iban a permanecer juntos en un *Familienlager* («campo familiar»). Estos campos para familias consistían en una sección organizada por las SS en Birkenau durante el verano de 1943, porque los nazis esperaban que la Cruz Roja Internacional les exigiera efectuar una

inspección formal de Auschwitz, después de permitirles visitar Terezín. Como parte de la campaña propagandística global de los alemanes, a partir de aquel momento, a todos los que llegaban de Terezín los metían en el campo para familias, donde les dejaban conservar sus pertenencias, el pelo y la ropa.

Luego, a los nuevos reclusos checos les obligaban a escribir postales a parientes que tenían en casa y en Terezín para acallar el creciente rumor de que ninguno de los deportados volvía jamás a ponerse en contacto con sus seres queridos. En una de aquellas postales, con fecha de octubre de 1943, y que recibió su prima Olga en su apartamento de la calle Schnirchova, en Praga, Zdena, la hermana de Anka, escribió —en alemán, como era precepto—: «Queridos míos, estoy en Auschwitz con mi esposo, mi hermana y mi sobrino. Estamos todos bien y gozamos de buena salud. [...] Saludos y besos. Vuestra, Zdena Isidor». Aun a riesgo de que la mataran por ello y con la esperanza de que su prima entendiera que se estaba muriendo de hambre, coló la palabra hebrea *lechem* («pan») en lugar de «Olga» en la primera línea de la dirección. Su prima lo entendió y, de inmediato, les envió un paquete de comida, aun cuando es improbable que Zdena y su familia lo recibieran.



Postal enviada desde Birkenau por Zdena, hermana de Anka, con la palabra *lechem* («pan»). (© Eva Clarke.)

El doctor Rossel, de la Cruz Roja Internacional, realizó una visita sorpresa a Auschwitz aquel mismo año, pero le prohibieron ver los barracones y la enfermería. Lo entretuvieron con un joven oficial de las SS que le habló de deportes de invierno. Antes de irse, el delegado prometió enviar medicinas y cigarrillos. Cuando su organización no hizo ademán de ver más, las SS liquidaron el *Familienlager*. Después de haber estado protegidos durante tanto tiempo en lo que denominaban «un puerto en un océano de horrores», los confiados padres, abuelos y niños de Terezín volvieron a quedar a la deriva. La noche del 8 de marzo, en la mayor matanza en masa de ciudadanos checos que tuvo lugar

en el campo, había tres mil setecientos judíos entre las cinco mil personas que fueron conducidas a la cámara de gas, incluida la mayor parte de la familia de Anka. A muchos les oyeron cantar el himno nacional checo por el campo, mientras desfilaban camino de la muerte.

Después de llevar más de una semana en Birkenau, Anka perdió la noción del tiempo por completo. Ya no tenía fuerzas ni para pensar en cuál habría sido el destino de sus parientes; ni de hacerlo siquiera en el bebé que crecía en su interior y cuya mera presencia la ponía en grave peligro. Lo único en lo que se concentraba era en sobrevivir a la siguiente selección, al tiempo que intentaba no respirar la ceniza que flotaba ominosamente por todo el campo. La mañana del 10 de octubre de 1944, oyó cómo el doctor Mengele les decía a sus subordinados: «*Diesmal sehr gutes Material*» («Esta vez, [quiero] muy buen material») mientras realizaba sus elecciones personales, ordenando a las mujeres que se dieran la vuelta para examinarlas por delante y por detrás. Su embarazo volvió a pasar inadvertido y la seleccionaron para que siguiera con vida. «Nos sentíamos como el ganado que envían al matadero».

Aquella mañana, aún desnuda y aferrándose a su ropa, un grupo de mujeres, en el que se encontraba ella, no tuvo que volver a los sórdidos barracones, sino que fue conducido a un edificio muy grande, bajo y de aspecto siniestro. A quien flaqueara por miedo, le llovían palos de los *Kapos*. Anka pensó: «Bueno, ¿ya está? ¿Es esta la cámara de gas de la que tanto nos han hablado? Yo pensaba que nos habían seleccionado para el *Arbeit* (“trabajo”)». En cualquier caso, tenía claro que lo único que significaba aquello era que iban a morir en un instante, en vez de hacerlo trabajando en un campo.

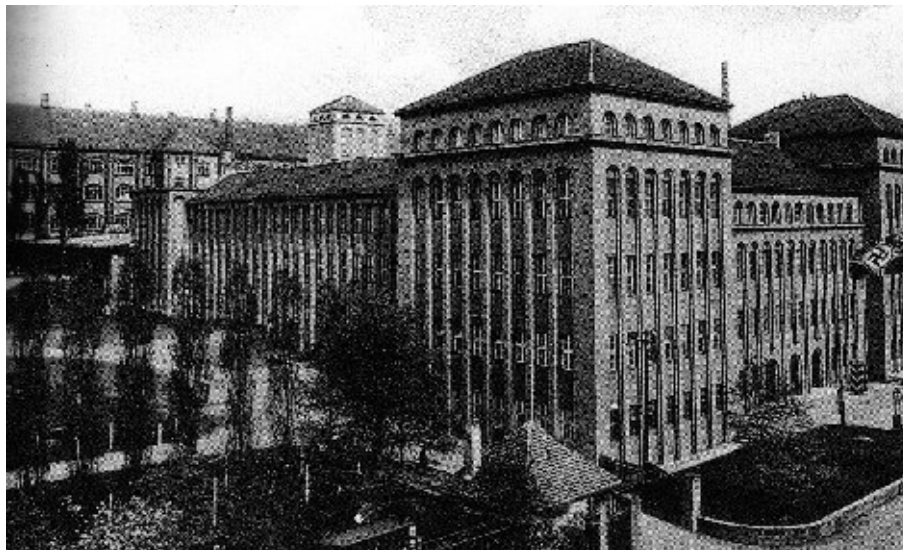
Una vez dentro de aquel edificio desconocido, les ordenaron que se dieran una ducha. Mientras rezaban, anhelando equivocarse y compartiendo unas con otras la misma sensación de impotencia, las empujaron en masa hasta unas duchas comunes. Cuando de las alcachofas salió un agua helada a borbotones en vez de gas, no podían creérselo. «¡Agua! ¡Vida!», gritaron algunas. Hacía muchos días que no estaban tan limpias. Luego, les entregaron más ropa de segunda mano, un poco de pan y salami, y, más tarde, las llevaron a un paso extenuante hasta la rampa que había junto a las vías. Los nazis obligaron a unas quinientas mujeres a subir a vagones de mercancías que cerraron a cal y canto, antes de que el tren arrancara y las alejara del fuego y del azufre, del hedor amargo y del sabor empalagoso de Auschwitz.

Anka, que observaba por una rendija del vagón de ganado aquellas llamaradas gordas y brillantes de color naranja rojizo, no tenía ni idea de adónde la enviaban pero, por primera vez en semanas, se atrevió a respirar normal de nuevo. «Nos alejaban de allí y estábamos emocionadas porque sabíamos que la cosa no podía empeorar. [...] La sensación de abandonar Auschwitz con vida es... ¡no te lo puedes imaginar! Era como estar en el cielo».

Siempre dijo que perder de vista el infierno de Birkenau fue uno de los mejores momentos de su vida, igual que para Rachel y Priska. Lo que ninguna de las tres previó era que iban a tener que seguir

enfrentándose a las peores amenazas imaginables para ellas y sus bebés: el hambre, el cansancio y el frío.

FREIBERG



La fábrica de Freiberg donde las mujeres realizaban trabajos forzados.
(© Freiberg University.)

La nueva fábrica de munición de Freiberg, una ciudad medieval sajona a treinta y cinco kilómetros al suroeste de Dresde, era el destino oficial de las tres embarazadas que, por primera vez, pasaban a engrosar los registros de los campos de trabajos forzados nazis.

Rachel Friedman, de veinticinco años, que constaba como la judía polaca «Rachaela Friedmann» (*Häftling* n.º 53.485), fue la primera de las tres a la que enviaron a Freiberg, en un tren que salió de Auschwitz el 31 de agosto de 1944. Era una de las doscientas cuarenta y nueve mujeres, principalmente judías polacas, que llegaron y estaba acompañada por sus hermanas Sala, Bala y Ester, todavía bajo la conmoción que les había supuesto la pérdida del resto de la familia al poco de llegar a Auschwitz, provenientes de Łódź.

Priska Löwenbeinová, de veintiocho años (n.º 54.194) y que constaba como «J. E.» (de «judía eslovaca»), llegó al KZ Freiberg el 12 de octubre de 1944. El tren que la condujo hasta allí transportaba a quinientas mujeres checas, alemanas, eslovacas, holandesas, yugoslavas, italianas, polacas, húngaras, rusas, estadounidenses y unas cuantas «apátridas». Edita, su nueva amiga, que le había prometido a Tibor que cuidaría de su esposa, seguía leal a su lado. Aunque no se conocían, Priska iba en el mismo transporte que Anka, de veintisiete años, (n.º 54.243), quien constaba como la judía checa «Hanna» Nathan, y que llegó junto con su amiga Mitzka y varias compañeras de Terezín.

Otro transporte de doscientas cincuenta mujeres, en su mayoría judías polacas, había salido de Birkenau el 22 de septiembre. A las reclusas de aquellos tres transportes les asignaron números de prisionero consecutivos, lo que indicaba una coordinación meticulosa entre las autoridades de Auschwitz y las de Flossenbürg, en Baviera —el campo de concentración más grande de la región y bajo cuyo control quedaba el KZ Freiberg—. A pesar de carecer de nombre y rostro, al menos respecto a los nazis, ninguna de las mil y una mujeres comprendidas entre los catorce y treinta y cinco años que habían enviado a la fábrica abandonada de porcelana en el corazón de Freiberg, tuvo que pasar por el calvario de que les tatuaran un número de serie en el antebrazo. Auschwitz era el único campo de todo el sistema nazi que señalaba a sus presos, práctica que comenzó en 1941. A aquellos destinados a las cámaras de gas no los registraban ni los tatuaban, lo que preocupaba a quienes no estaban marcados.

«Vimos que todos los demás estaban tatuados, pero nadie me dio nunca una respuesta lógica [de por qué nosotras, no], a menos que se debiera a que sabían que íbamos a morir allí o que nos trasladarían a trabajar a Alemania u otro lado, por lo que no merecía la pena», contaba Anka.

El viaje en tren desde Auschwitz duró tres días y dos noches en vagones cerrados y tenían poca agua y comida. La única manera de saber si era de día o de noche consistía en atisbar el haz de luz que entraba por la rejilla del ventanuco. Apoyadas las unas en las otras o agachadas en una esquina, con las piernas estiradas, se turnaban para usar el cubo, avergonzadas. Dependiendo del tren en el que fueran, a algunas les daban café, pan y sopa de una cocina improvisada que había adosada a los vagones. Otras, como fue el caso de Anka, no recibieron nada.

El convoy por fin llegó a la ajetreada terminal de Freiberg, donde expulsó su carga humana: mujeres que no paraban de boquear. Luego, los alemanes limpiaron los vagones con una manguera antes de enviarlos a por la próxima remesa. «Salimos del tren medio muertas, hambrientas y sedientas, pero vivas —decía Anka—. Teníamos tanta sed que creíamos que íbamos a volvernos locas. Es inimaginable. [...] Entre pasar hambre, frío y sed, la sed es lo peor de todo. Lo demás se puede soportar, pero la sed te seca y parece que tengas barro en la boca, y cuanto más tiempo pasas sin beber, peor se vuelve. [...] Es terrible, indescriptible. [...] Darías lo que fuera por un trago de agua. [...] Entonces, nos detuvimos en la estación alemana [...] y nos dieron algo de beber, que fue como una ambrosía. Maravilloso. Ya no estábamos en Auschwitz, sino en un país civilizado».

54191	Holl. Sud	Lischer	Karoline	29. 8. 11.	"	12. 10. 44 Freiberg
2	Tsch.	Litten	Hanna	10. 1. 23.	"	12. 10. 44 Freiberg
3	"	Löff	Klara	27. 10. 12	"	12. 10. 44 Freiberg
4	Slow.	Löwenstein	Ferdina	6. 3. 16	"	12. 10. 44 Freiberg
5	Tsch.	Löwenthal	Suzanna	24. 2. 23	"	12. 10. 44 Freiberg
6	"	Löwi	Yvonne	11. 1. 12.	"	12. 10. 44 Freiberg
7	"	Löwinger	Anni	11. 8. 24	"	12. 10. 44 Freiberg
8	"	Löwinger	Cipora	28. 3. 25	"	12. 10. 44 Freiberg

A pesar de estar sucias, desaliñadas y asustadas, miraron esperanzadas el cielo claro y sin chimeneas ni gordas columnas de humo. Avanzaban asombradas mientras las conducían por la colina de Bahnhofstrasse, cruzando la ciudad medieval. Gerty Taussig, una superviviente vienesa de catorce años, contaba: «Se respiraba tanta paz. No había nadie en la calle. No sé por qué, pero teníamos la sensación de que la situación iba a mejorar. Nos equivocábamos». Priska decía: «Cuando oímos los árboles y vimos el verde de un parque por el que pasamos, nos quedamos deslumbradas».

Situada a los pies de los Erzgebirge («montes Metálicos o Metalíferos»), entre Sajonia y Bohemia, Freiberg tenía numerosas minas de estaño y de plata y una universidad del siglo XVIII dedicada a la minería y la metalurgia. Los únicos judíos que quedaban en la ciudad eran aquellos casados con arios y la mayoría de los gentiles trabajaban en las minas o en la industria óptica. Varios trenes de *Häftlinge* («prisioneros») procedentes de guetos y campos de concentración o trabajo —o camino de ellos— habían pasado por Freiberg en el transcurso de la guerra. Algunos provenían de Auschwitz e iban con destino a campos de trabajo cercanos, como los de Oederan y Hainichen, ambos en Sajonia. Muchos se habían detenido en la ciudad para soltar su cargamento humano, destinado a los trabajos forzados en las minas u otras industrias.

Solo un puñado de los treinta y cinco mil habitantes de la ciudad intentaba ayudar a los desafortunados prisioneros que acababan allí, y ninguno hizo nada por auxiliar a las mujeres recién llegadas de Auschwitz mientras eran guiadas en una línea desigual por su ciudad; una caminata que duró poco más de treinta minutos. Sala, la hermana de Rachel, decía que casi alcanzaba a comprenderles: «Si nos vieron de lejos, lo más probable es que pensarán que proveníamos de una loquería para prostitutas, asesinas o prisioneras. Les dábamos miedo [...] no parecíamos personas normales, descalzas o con zuecos y vestidas con ropa desaparejada y extraña». Priska coincidía: «Nos miraban como si fuéramos animales de circo».

La decisión de manufacturar piezas de avión en una fábrica abandonada situada en el corazón de Freiberg la había tomado el gobierno nazi a finales de 1943, en colaboración con la industria armamentística y las SS. Además de los numerosos aviones perdidos en batallas contra los Aliados, estos últimos habían bombardeado buena parte de las mayores plantas de montaje aeronaval de Alemania, en un ataque estratégico masivo conocido como «La gran semana» y efectuado a finales de febrero de 1944. Miles de bombas aliadas cayeron sobre ciudades alemanas a lo largo de tres mil quinientas incursiones. La pérdida masiva de aeronaves y pilotos supuso que la supremacía aérea en Europa pasara, de forma irrevocable, a manos aliadas. Los nazis tuvieron que esconder cuanto quedaba de sus fábricas de armas en búnkeres o en otras industrias que no estuvieran asociadas con la guerra.

Hasta aquel momento, Freiberg nunca había recibido ataque alguno. Sin embargo, el 7 de octubre de 1944, quinientos bombarderos estadounidenses —cuya misión consistía en destruir las refinerías

de petróleo de la región industrial checa de Most— tuvieron dificultades por culpa de lo bajas que estaban las nubes y buscaron un objetivo alternativo por los alrededores. Al ver que Freiberg tenía una línea ferroviaria tan ajetreada y fábricas enormes, soltaron sesenta toneladas de bombas que mataron a cerca de doscientas personas y destruyeron cientos de hogares. En menos de una semana, y con trabajadores forzados como mano de obra —quienes ya estaban encarcelados en la ciudad—, los nazis retiraron todos los escombros y repararon las vías, de forma que el último transporte de Auschwitz pudo llevar a Anka, Priska y a casi un millar de mujeres más a su nuevo hogar.

La enorme fachada de estuco de la Freiburger Porzellanfabrik en Frauensteinerstrasse, («La fábrica de porcelana de Freiberg en la calle Frauensteiner»), situada en una colina desde la que se oteaba la ciudad, había sido construida en 1906 para manufacturar aislantes eléctricos y tuberías industriales de arcilla cocida. Era propiedad de una empresa llamada Kahla AG, que había cerrado en 1930 por culpa de la depresión económica, y su dueño, el doctor Werner Hofmann, judío, se había suicidado después de la *Kristallnacht*. Dado que llevaba vacío más de una década, en un principio los alemanes habían utilizado el edificio como almacenamiento militar y cuartel temporal de tropas alemanas. Cuando decidieron fabricar allí piezas de avión, sacaron a los hombres y metieron a las mujeres.



Ruinas de la fábrica de Freiberg y de unos alojamientos. (© Wendy Holden.)

La empresa Arado-Flugzeugwerke, de Potsdam, firmó un acuerdo con el ministro de Armamento y Producción Armamentística del Reich para producir estabilizadores, ruedas y otras piezas de su avión Arado. En concreto, los componentes eran para su aeronave Ar 234, el primer bombardero a reacción del mundo, que tenía reputación de ser tan rápido y acrobático, como casi imposible de interceptar. Este avión era vital para el *Jägerprogramm* («programa de caza»), con el que los nazis

pretendían recuperar el control de los cielos. Con el nombre en clave «Freia GmbH», Arado convino en pagar a las SS cuatro *Reichsmarken* al día por cada «trabajador» que le suministrara, menos setenta *pfennige* diarios por su «sustento». Solo por el «alquiler» de la mano de obra de aquella fábrica, las SS ganaban hasta cien mil *Reichsmarken* al mes, el equivalente a unos cuarenta mil euros actuales.

La mayoría de los prisioneros trabajaban en Freia, la fábrica principal, pero a otros los transfirieron a la de munición que había en la cercana Hildebrando, donde no solo producían munición, sino también componentes ópticos de precisión para aviones y submarinos. Las prisioneras eran supervisadas por un puñado de trabajadores cualificados alemanes, además de por veintisiete soldados de las SS y veintiocho *SS-Aufseherinnen* («celadoras de prisiones»). Al mando del campo pusieron a Richard Beck, *Unterscharführer* («líder de escuadra júnior») de las SS, al que las prisioneras no tardaron en colgarle el mote de «Šára».

Las recién llegadas, las primeras mujeres, eran parte de los tres mil trabajadores —entre los que se incluían prisioneros de guerra italianos, así como rusos, polacos, belgas, franceses y ucranianos condenados a trabajos forzados— empleados en las diversas fábricas o minas de Freiberg. Los italianos estaban allí en castigo por la «traición» de su país al Reich. Mientras que los *Ostarbeiter* («trabajadores del Este»), reclutados a la fuerza a lo largo de los territorios ocupados, eran denominados por los nazis *Untermenschen* («infrahumanos») y tratados como tales. También había algunos *Volksdeutsche* («ciudadanos alemanes») a los que les habían dicho que podrían volver a su patria en cuanto acabase su contrato.

Aunque la guerra se encontrase por entonces en un punto crítico, dado que las tropas estadounidenses habían llegado a la Línea Sigfrido y los soviéticos cada vez se encontraban más fuertes, los barracones para las mujeres judías fueron construidos igualmente a un kilómetro y medio de la fábrica, cerca de la galería de una mina de plata. Hasta que aquellos alojamientos no estuvieron terminados, a las prisioneras no les quedó más remedio que apilarse en el quinto y último piso de la fábrica de ladrillo rojo, que se hallaba vacío.

Cuando Rachel llegó en el primer transporte, el sitio no estaba ni mucho menos preparado. No había maquinaria ni materiales con los que trabajar, por lo que tanto ella como las demás prisioneras debían permanecer confinadas en sus abarrotadas habitaciones sin nada con que matar el tiempo. La única oportunidad para estirar las piernas la tenían mientras las contaban durante los interminables *Appelle* —que los nazis seguían insistiendo en llevar a cabo, por la mañana y por la noche, a pesar de que hiciera un tiempo inclemente—. No obstante, se recordaban una y otra vez, aquello era mejor que Auschwitz.

53480		Frankel	Hinda	23.5.41	2.9.41
1		Frankel	Hinda	2.3.41	2.9.41
2	W. G.	Frankel	Hinda	1.11.40	2.9.41
3	F. G.	Frankel	Hinda	12.2.40	2.9.41
4		Frankel	Hinda	28.7.40	2.9.41
5		Friedmann	Rachon	31.10.40	2.9.41
6		Friedmann	Rachon	12.4.40	2.9.41
7		Friedmann	Ester	28.1.40	2.9.41
8		Friedmann	D. H.	20.12.40	2.9.41
9		Friedmann	Felix	6.8.40	2.9.41

Registro de Rachel en Freiberg. (© KZ-Memorial Flossenbürg Museum.)

Las condiciones para dormir también eran de largo mucho mejores; dormían dos en cada uno de los tres pisos de las literas y solo había noventa mujeres por departamento. Incluso tenían una almohada y una especie de colcha. Contaban con un cuarto de baño con —infrecuente— agua fría y una letrina sin papel higiénico —por lo que usaban el forro de la ropa, cartón desechado o periódicos viejos; cualquier cosa que encontraran—. En especial, les gustaba emplear periódicos en los que apareciera alguna fotografía de Hitler.

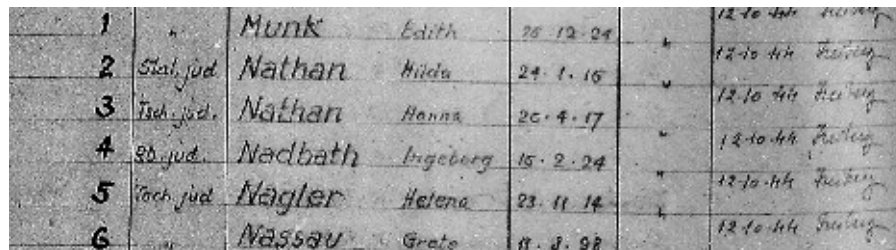
Les dijeron que, cuando les dieran trabajo, tendrían que hacer turnos de doce a catorce horas y que cuando uno de los grupos acabase, el otro debería estar listo para ocupar su puesto. Sin embargo, antes de que empezaran a trabajar hubo un brote de escarlatina y necesitaron ponerlas en cuarentena durante una semana, así que los alemanes montaron una enfermería provisional dirigida por las prisioneras Alexandra Ladiejschtschikowa —una médico gentil rusa de cuarenta y dos años— y Edita Mautnerová —pediatra judía checa de treinta y dos años— quien, más adelante, jugaría un papel decisivo en la vida de las reclusas.

Cuando terminó el período de cuarentena, las pusieron a trabajar. Hacía dos semanas que habían salido de Auschwitz. A las integrantes del primer turno, las despertaban a las tres de la mañana, les pasaban lista a las cuatro y media y empezaban a trabajar dos horas después, con un pequeño descanso a mediodía. Al principio, el trabajo no era tan duro porque todavía no les habían enviado la maquinaria pesada. En general, las mujeres se dedicaban a limar o pulir componentes pequeños. Los días, sin embargo, se hacían largos y tediosos y la moral empezaba a decaer. «Estábamos deprimidas y teníamos que ayudarnos las unas a las otras. [...] Lo peor de todo era que no podíamos sentarnos ni hablar durante catorce horas».

Para cuando llegaron los últimos transportes, la línea de producción estaba mejor organizada, por lo que a las recién llegadas las ponían a trabajar en cuanto bajaban del tren. «Nos hicieron andar hasta una fábrica que estaba en lo alto de una colina, donde empezamos a trabajar nada más llegar», contaba Anka, a la que le enseñaron a remachar estabilizadores. Utilizaban maquinaria pesada y era difícil sujetarla, pero la fábrica estaba seca y hacía calorcito, algo que aquellas mujeres agradecían en el alma. «Jamás en la vida había visto una remachadora, y mi amiga tampoco, así que imagina cómo

sería la calidad de nuestra faena. [...] Trabajábamos catorce horas al día y las SS no dejaban de molestarnos, pero no había cámaras de gas en las inmediaciones y eso era lo único que nos importaba».

Sala contaba: «Nos dieron una labor: empezamos a hacer piezas de aviones; que es por lo que [los alemanes] no ganaron la guerra, ¡porque sus aviones los hacíamos nosotras!». Según Priska, cometían muchísimos fallos: «¡No podías confiar en los aviones que salían de aquella fábrica!».



1		Munk	Edith	26.12.24		12.10.44 Freiberg
2	Stal. jud.	Nathan	Hilda	24.1.16		12.10.44 Freiberg
3	Tsch. jud.	Nathan	Hanna	26.4.17		12.10.44 Freiberg
4	SB. jud.	Nadbach	Ingeborg	15.2.24		12.10.44 Freiberg
5	Tsch. jud.	Nagler	Helena	23.11.14		12.10.44 Freiberg
6		Nassau	Grete	18.8.98		12.10.44 Freiberg

Registro de Anka en Freiberg. (© KZ-Memorial Flossenbürg Museum.)

A las mujeres las ponían en parejas en grandes salas sin calefacción que había en la planta baja y en el primer piso. De pie sobre el cemento frío, con zapatos que les quedaban grandes o pequeños, muchos de los cuales estaban rotos, se turnaban para sujetar los taladros neumáticos que usaban en las alas —que descansaban sobre caballetes de metal o colgaban de los andamios—. Algunas se dedicaban a soldar, raspar, pulir o lacar, mientras que otras ordenaban componentes o limaban los cantos de las láminas de aluminio. Para aquellas mujeres profesionales con una buena formación, que jamás habían tenido que trabajar con las manos, aquella labor monótona era muy exigente tanto en lo mental como en lo físico, y hacía que tuvieran que forzar mucho los brazos, los hombros y las manos, que les dolían día y noche. El ruido que hacían las máquinas neumáticas y los taladros era insoportable y el aire estaba lleno del polvillo de las limaduras metálicas, sin duda tóxico.

A Rachel y a su hermana Bala las enviaron a la fábrica cercana de Hildebrando, la cual fabricaba sin descanso hélices y otros componentes más pequeños para aviones. La primera contaba que no les quitaban ojo y que les advertían de las graves consecuencias que tendría el más mínimo sabotaje. «Nos decían que si algo salía mal de la fábrica, a la persona responsable la ahorcarían de la máquina con la que trabajase para que todas la viéramos».

En la fábrica Freia había un soldado de las SS a cargo de cada una de las plantas, y le asistía un grupo de mujeres de las SS —algunas de las cuales eran muy malas, mientras que otras se mostraban indiferentes—. Los castigos estaban a la orden del día y pegaban a menudo a las *Häftlinge* («prisioneras»). En una ocasión, una de las guardias abofeteó a Priska con fuerza por un asunto menor pero, por lo demás, tuvo suerte. A Anka también la golpeó una de las guardias, que no debía de llegar a los veinte años. «Estaba embarazada, vestía harapos y no tenía pelo; mi aspecto era horrible [...] y ella vino y me pegó, sin más, un golpe en la cara. No me dolió, pero no entendí a qué

venía». Tenía ganas de echarse a llorar «a mares» por aquella «injusticia» que suponía que la pegaran sin razón y porque no iba a darle la satisfacción de devolvérsela. «Me afectó a la moral más que ningún otro golpe de los que me dieron».

Los *Meister* («capataces») civiles que trabajaban con las prisioneras casi nunca se comunicaban con ellas si no era para darles órdenes. Cuando hablaban entre sí, muchos lo hacían en un dialecto sajón que no entendían ni siquiera las que hablaban alemán. Algunos habían estado en la Wehrmacht y bien eran demasiado viejos para combatir, bien habían sufrido heridas de guerra y los habían enviado a casa. Todos coincidían en estar encantados por desempeñar aquel trabajo hasta el fin de la contienda, en vez de ser enviados de nuevo al frente. «No creo que supiesen quiénes éramos y ninguno de ellos me habló jamás o me ayudó en nada —contaba Anka, a quien emparejaron con su amiga Mitzka—. Nadie nos preguntaba [...] de dónde éramos o qué nos había pasado. No tenían la más remota idea. Nadie me dio jamás un mendrugo de pan ni ninguna otra cosa, a pesar de que veían qué aspecto teníamos y cómo nos trataban».

Lisa Miková, una de las supervivientes, tenía una amiga farmacéutica. Su *Meister* era un hombre llamado Rausch que se comunicaba con ellas por gestos. Un día que lo malinterpretó, la farmacéutica le trajo un objeto que no era el que le estaba pidiendo. «El hombre lo cogió y lo tiró contra la pared de la otra punta de la sala. Luego, pegó a mi amiga. La mujer estaba cansada de la actitud del hombre, de modo que le dijo en perfecto alemán: “Si me hablaras, sabría qué es lo que me pides”».

Rausch la miró sorprendido:

—¿Hablas alemán?

—Por supuesto. ¿Qué pensabas? Somos médicos y profesoras, somos personas inteligentes.

—Nos habían dicho que érais putas y criminales de diferentes ciudades, que es por lo que os habían afeitado la cabeza.

—No, solo somos judías.

—¡Pero si los judíos son negros! —exclamó el capataz esgrimiendo una idea nacida de una de las campañas más disparatadas de la propaganda nazi de aquel momento.

Después de aquello, Rausch la trató con más respeto. Pero no fue el caso de todos los demás. Algunas de las guardias que habían oído que las prisioneras no eran ni putas ni criminales se negaban a creerlo. De hecho, se burlaban de aquella afirmación, con el cuello rebosándoles por encima del uniforme y con los botones de la chaqueta a punto de estallarles. Un «jorobado» que se apellidaba Loffman, quien se había graduado en la academia de la Gestapo con honores y a menudo les tiraba martillos a aquellas que tenía a su cargo, le espetó a una de las presas: «¿Profesora tú? ¡Tú lo que eres es un pedazo de mierda!». Otros guardias eran más sádicos y les daban palizas con diferentes herramientas, con el cinturón, con los puños o con cuerdas. El *Unterscharführer*, un oficial gruñón al que apodaban Šára, se enfadaba por cualquier cosa y a menudo golpeaba a las mujeres que le irritaban.

Las guardias solían ser las más crueles. No solo pegaban a las prisioneras y las azotaban, sino que,

al ser mujeres, ideaban castigos que sabían que les afectarían más. Entre ellos figuraba, por ejemplo, el prohibirles usar el servicio u ordenarles a sus amigas que les afeitasen el poco pelo que les quedara, e incluso dejarles una cresta en el centro de la cabeza. Una oficial de las SS especialmente bruta disparaba para asustar a las mujeres y, en una ocasión, acertó por accidente a una de ellas en la pierna —herida que se gangrenó y empezó a oler.

Como desempeñaban turnos alternos, las prisioneras trabajaban una semana por la noche y la siguiente por la mañana. Les daban algún domingo libre de vez en cuando, lo que les permitía descansar y lavar y secar sus harapos. Una vez al mes, las pocas a las que habían elegido para trabajar en las oficinas y que, por tanto, estaban más cerca de los alemanes, marchaban en grupo al *Arbeitshaus* del siglo XVII, un asilo para pobres que había en el centro de la antigua ciudad. Allí podían permitirse el lujo de ducharse.

Sin embargo, el trabajo era tan duro para ellas y les proporcionaban una alimentación tan pobre que enseguida pegaron un fuerte bajón físico. Muchas se desmayaban, lo que provocaba molestos retrasos en la producción, a raíz de los cuales, a menudo, les pegaban puñetazos y patadas hasta que se reincorporaban. Klara Löffová, una de las supervivientes, explicaba que había dos reglas importantes: «No admitir que estabas enferma ni que no sabías qué hacer». Tampoco se asustaban cuando sonaban las sirenas antiaéreas. «Que una bomba nos matase o hiriese nos parecía mejor que la supervisión de aquellas guardias armadas de las SS». En su fuero interno, vitoreaban a todos los aviones aliados y desdeñaban el atronador sonido de los disparos de la artillería antiaérea, situada en tejados cercanos. Si alguna vez veían cómo los alemanes derribaban algún avión británico o estadounidense, la moral bajaba y «el resto del día lo pasábamos mal».

A pesar de que les pagaban para alimentar a sus trabajadoras, las SS les daban una comida de la peor calidad y solo la cantidad indispensable para mantenerlas con vida. Una de las presas describió las provisiones como «una porquería caliente». La única mejora consistía en que a cada una le dieron un tazón, un bol y una cuchara, por lo que ya no necesitaron comer con las manos, que tenían mugrientas. Las raciones eran iguales que las de Auschwitz, es decir: un agua negra y amarga por las mañanas, acompañada por un mendrugo de pan; y, luego, una sopa que olía raro y que estaba hecha con remolacha, tubérculos o calabaza. Para comer, tenían que sentarse en el suelo o en cualquier espacio que encontraran libre. Klara Löffová decía: «Había una habitación a la que llamaban “cocina”, que era donde preparaban la sopa, unas veces densa, otras, aguada. Comíamos en mesas largas, sin sitio donde sentarnos y con el *Lagerführer* alemán, un oficial de las SS, caminando arriba y abajo por encima de ella con aquellas botas altas y aquel cinturón de hebilla en la mano, dispuesto a pegarnos. Enseguida aprendimos a no quitarle nada a nadie». También aprendieron a protegerse los ojos, porque perder uno de ellos significaba volver a Auschwitz donde, sin lugar a dudas, las matarían.

Por las noches les daban cuatrocientos gramos de pan y algo de café. En ciertas ocasiones les entregaban alguna que otra *Nachschub* («provisión») más, tal como una barrita de margarina, una

cucharada de mermelada o una rodaja fina de salami. A menudo no sabían si comerse la margarina o usarla para tratarse la piel, que la tenían reseca y agrietada. Anka contaba que algunas de ellas eran muy disciplinadas y dividían la comida en porciones que consumían a lo largo del día. «Yo me lo comía todo de una sentada y, después, pasaba hambre las siguientes veinticuatro horas», confesaba.

Priska tenía antojo de cebolla cruda y a menudo intentaba cambiar su pan por un pedacito. Tenía más suerte que la mayoría porque Edita, su protectora, que en secreto había conseguido conservar algunos objetos de valor, sobornaba a alguno de los soldados mayores de la Wehrmacht para que le trajera comida. El hombre, al que conocían como «tío Willi, el Valiente», era el único debajo de cuyo uniforme parecía que hubiera un ser humano. A menudo, ponía en peligro su puesto e incluso su vida por hacerles pequeños favores a aquellas que tenía a su cargo. Con su ayuda, Edita siguió susurrándole «abre la boca» a su amiga embarazada y alimentándola con algunos bocados adicionales.

Gerty Taussig explicaba: «Sabíamos muy bien quién había conseguido esconder oro o diamantes en sus partes pudendas, porque aquellas mujeres tenían mejor aspecto que las demás prisioneras. No obstante, nunca revelamos su secreto». A pesar de aquella poca comida extra, la necesidad de alimento pesaba muchísimo a las embarazadas y se convirtió en su única preocupación. El hambre era un compañero constante; además de los bebés, que iban creciendo.

Anka no se permitió pensar en ningún momento que no fuera a sobrevivir: «Fui bendecida con un gran optimismo, lo que me ayudaba muchísimo. [...] Siempre he visto el vaso medio lleno, no medio vacío. [...] Sabía que iba a conseguirlo, una idea estúpida e irracional, pero que me ayudaba a seguir adelante [...] a pesar de estar muriéndome de hambre».

Rachel, que también estaba hambrienta, explicaba: «Llegábamos a casa muy cansadas y cualquiera que hubiera conseguido guardar un poco de pan lo compartía con las demás». Un día, encontró una rodaja de patata cruda y la chupó hasta que no dejó nada, como si fuera un dulce. En otra ocasión se encontró un repollo mohoso medio enterrado en el barro y, a pesar de que era consciente de que podían haberle disparado si la hubieran visto cogiéndolo, tenía tanta hambre que se arriesgó. Aunque el repollo apestaba y estaba tan descompuesto que se le deshacía en las manos, se lo comió entero y aseguraba que nada le había sabido tan rico en la vida.

En casi todos los ratos que tenían libres hablaban de comida. «¡Y qué manjares! —exclamaba Anka—. No pensábamos en uno o dos huevos, sino en una decena en pasteles con cuatro kilos de mantequilla y uno de chocolate. Era la única manera de sobrellevar el hambre. Cuantas más calorías tuvieran, mejor. Nos procuraba cierta satisfacción. También ideábamos delicias como plátanos bañados en chocolate y mermelada. Eran fantasías que nos animaban a pesar de estar hambrientas. Aunque, a decir, verdad, no estoy segura de que nos sirvieran de ayuda, pero teníamos tantísima hambre que no podíamos dejar de pensar en comida». No obstante, en vez de pasteles con crema, les servían líquidos «repugnantes» y un poco de pan. «Al final, nos gustaba todo lo que nos echaban de comer y todo nos parecía maravilloso pero insuficiente».

Cuando acababan su turno les permitían descansar, por fin, en el piso superior de la fábrica. Era en ese momento cuando se alegraban de encontrarse en un edificio de ladrillo en vez de en un barracón con corrientes; si bien la primera vez que abrieron la puerta de su habitación enseguida olieron los *Bettwanzen* («chinchas»). Las SS acusaban a las mujeres de haber traído consigo los parásitos, pero debían de haber sido los anteriores prisioneros los responsables. «Esos bichitos tienen un olor característico, dulzón —explicaba Anka—. Era horrible, los había a miles [...] tantos que se nos caían en el bol desde el techo, con lo que, comiéramos lo que comiéramos, siempre estaba aderezado con chinchas. Al principio, no nos importaba mucho porque solo pueden sobrevivir en sitios cálidos, pero si los aplastabas... ¡desprendían un olor muy particular, era asqueroso!».

Sin posibilidad de recibir noticias y sin reloj, no sabían muy bien qué día era y no tenían ni idea de los dramáticos acontecimientos que estaban teniendo lugar en el mundo exterior. En aquella fábrica mal ventilada, donde nunca veían la luz del sol ni podían salir a respirar aire fresco, nadie se molestaba en ponerlas al día. Incluso los soldados más mayores de la Wehrmacht, que en ocasiones se mostraban amables con ellas, les decían poca cosa. No sabían que el *Sonderkommando* de Auschwitz II-Birkenau había volado el Crematorio IV en octubre de 1944, quedando inutilizable; pero, en un momento dado, oyeron cómo algunos trabajadores alemanes comentaban que la Batalla de las Ardenas estaba en su momento álgido.

Ningún acontecimiento alteraba la rutina diaria. Sucias y malolientes, con los músculos y los pies agarrotados y dolor de dientes, la mayoría de las mujeres pasaba los días y las noches librando sus propias batallas psicológicas e intentando mantenerse con vida. Unas pocas no podían soportar aquella vida tan extenuante y perdían la cabeza, tras lo cual se las llevaban. «Trabajábamos como locas, de pie durante horas, sin apenas pelo ni ropa. Comíamos, nos manteníamos calladas y nos ocupábamos de nuestros asuntos —comentaba una de las prisioneras—. Lavábamos la ropa que llevábamos puesta y volvíamos a ponérsela mojada. No teníamos tiempo para nada más». Les dolían las encías, que se les estaban pudriendo por dentro; se les quebraba la piel y cualquier ulcerita podía convertirse en una herida letal. Ninguna de ellas tenía el período, puesto que su cuerpo se había «cerrado» y se sentía muerto por dentro, y carecían de energía para plantearse resistir o rebelarse. «En Freiberg no sabotamos nada. Teníamos miedo hasta de nuestra propia sombra —decía otra de las prisioneras—. No sabíamos cómo enfrentarnos a ellos. Como dijeras siquiera: “¿Adónde me lleváis y por qué?”, te pegaban en la cabeza o te disparaban. Así que teníamos miedo de decir nada».

Con una mano de obra compuesta por prisioneras cultas pero nada cualificadas, el progreso de la fábrica era muy lento. Así que, cuando el turno de Klara Löffová acabó su primera ala en Navidad, se produjo un gran alboroto. A las prisioneras les prometieron, si completaban su labor —aun cuando nunca llegaron a recibirlo—, jabón en polvo, pan adicional y queso. «Los trabajadores alemanes estaban contentos, ataron el ala a unas cuerdas del techo y se prepararon para irse de fiesta. De pronto, una de las cuerdas se rompió y el ala cayó al suelo y se estropeó —contaba Klara—. Entonces, fuimos nosotras quienes lo celebramos». Algunas mujeres recibieron alimento adicional

en Navidad: una ración un poco más grande y la posibilidad de «comprar» sal de apio, pero para la mayoría fueron días normales.

En la Nochevieja de 1944, embarazada de seis meses y ocultado aún su estado con su vestido abolsado, Anka se tropezó mientras llevaba una pesada mesa de trabajo de metal, que se le cayó en la pierna y le hizo un corte profundo, aun cuando no llegó a romperle el hueso. «Lo primero que pensé fue: “¡Mi bebé! ¿Qué le habrá pasado a mi bebé!?”». Me enviaron a una enfermería improvisada donde me vendaron la pierna y en la que pasé un tiempo. La temperatura allí era muy agradable y no tenía que trabajar. No me daban mucho de comer, pero pude reservar fuerzas para que se me curase la pierna».

Allí tumbada, y para que no la enviaran a Auschwitz, pues era consciente de que estar enferma no era una opción en un sitio en donde la única alternativa a trabajar era la muerte, intentaba aparentar que estaba mucho mejor de cómo se encontraba en realidad. Algunas de las mujeres ni siquiera sabían que hubiera una enfermería. Otras conocían su existencia, pero temían que no fuera más que el paso previo a que las ejecutaran, por lo que evitaban ir y se trataban los cortes, las llagas y las enfermedades ellas mismas como podían. Gerty Taussig explicaba: «Aunque estuvieras enferma, o trabajabas o morías. Muchas se curaban los problemas de la piel con orina, que era lo único que teníamos. Dicho remedio ayudó a una de mis amigas, que padecía impétigo en los brazos, con llagas que supuraban pus. Una vez, mi litera se rompió y caí al suelo de espaldas, tras lo cual permanecí paralizada un rato. No me atendió ningún médico, pero sobreviví».

Anka no había tenido tiempo para plantearse que el bebé iba creciendo en su interior, aunque pudo concentrarse en ello por primera vez en la enfermería. No sentía que se moviera, como le había pasado con Dan, pero, de alguna manera, sabía que estaba vivo. Pensaba en las noches románticas que habían pasado con Bernd en su pajar de Terezín y llegó a la conclusión de que su segundo hijo vendría al mundo a finales de abril. También empezó a plantearse qué sucedería si su bebé y ella sobrevivían. Incapaz de esconderle su embarazo a la doctora Mautnerová, la pediatra checa que cuidaba de ella, Anka empezó a confiarle sus miedos. «Mantén conversaciones estúpidas con ella. Le preguntaba: “¿Qué pasará si el bebé nace antes de que acabe la guerra y los nazis me lo arrebatan para dárselo a una familia alemana? ¿Cómo lo encontraré?”. Nunca se me pasó por la cabeza que podrían matarlo, o incluso matarme a mí. Era algo de lo que hablaba a menudo con ella, que nunca se ponía en lo peor; era amable conmigo y me aseguraba que lo encontraría, estuviera donde estuviera».

Por fin se recuperó y volvió al trabajo, pero la recolocaron en lo que denominaban «tareas sencillas», que en su caso consistía en barrer, catorce horas al día, los suelos de todos los pisos de la fábrica, incluidas las escaleras. Aunque era una labor monótona, decía que era el mejor ejercicio para una embarazada. Lo que está claro es que las guardias no debieron darse cuenta de que estaba encinta, o la habrían enviado a las cámaras de gas.

Rachel también tuvo suerte, porque su supervisor era checo, como ella, y le mostraba cierta amabilidad. «Cuando se dio cuenta de que me crecía la tripa, me asignó un trabajo sentada, en vez de

tenerme de pie, comprobando que los remaches de las alas estuvieran bien —explicaba—. Había perdido peso pero no sufría náuseas matutinas. [...] Quería con todas mis fuerzas que el bebé se salvara. Nada me parecía más importante».

En enero, por fin terminaron de construir los barracones para las trabajadoras judías, a casi dos kilómetros de la fábrica, en una calle llamada Schachtweg, dentro de una barriada conocida como Hammerberg. Mientras el mercurio del termómetro descendía, a las mujeres las sacaron de sus cálidos alojamientos y las obligaron a vivir en aquel sitio nuevo, donde hacía muchísimo frío. Tras llegar por primera vez en mitad de una ventisca, se encontraron con que su nueva vivienda era un edificio cubierto de nieve y rodeado de vallas altas. El lugar, que olía a madera verde y a cemento, no tenía calefacción. Había goteras y también se filtraba el agua por las paredes, lo que empapó la paja con la que les obligaron a rellenar una serie de colchones apestosos. Como los techos eran más bajos, las literas solo tenían dos pisos en vez de los tres a los que estaban acostumbradas, pero ninguna sabía cuál de los dos era peor, si el de arriba, empapado, o el de abajo, húmedo.

El *Waschraum* («los aseos o el lavabo») se encontraba en un edificio aparte y, al principio, no funcionaba, por lo que las prisioneras solo podían lavarse con un grifo que había afuera y que casi siempre estaba congelado. Tenían unas estufitas y un poco de carbón, pero los guardias se lo robaban para alimentar el fuego de sus propias habitaciones, por lo que el frío helaba las ventanas de los barracones cada noche. En la misma zona, los alemanes construyeron otros cuarteles para prisioneros de guerra rusos, ucranianos, italianos, polacos, franceses y belgas, y las mujeres veían de vez en cuando, a lo lejos, entre el alambre de espino que los separaba, a algunos de ellos. Unos pocos de aquellos hombres trabajaban también en la fábrica como electricistas o mecánicos, por lo que algunas de las caras les resultaban familiares.

A pesar de arriesgar la vida haciéndolo, a veces se enviaban mensajes mediante notas que envolvían en piedras y lanzaban por encima de las alambradas. Intercambiaban las pocas novedades que tenían de la guerra e incluso nacieron unas pocas relaciones. Una de las prisioneras le pidió a Priska, que tantos idiomas hablaba, que le tradujera el *billet-doux* de un francés al eslovaco, un «crimen» que los nazis podrían haber castigado vete tú a saber con qué; pero lo hizo de mil amores porque le trajo a la memoria las cartas de amor que Tibor y ella se habían escrito y el maravilloso momento en el que, en Auschwitz, se habían visto y hablado a través de la valla electrificada.

Hubo un día, en los barracones, en que una de las guardias de las SS la vio garabateando algo en un pedazo de papel con lo poco que le quedaba de un lapicero. Era la respuesta de una de las prisioneras, que se había enamorado de un belga. Al ver que la guardia se acercaba, hizo una bola con el papel y se lo tragó. Le pegaron una buena tunda y la interrogaron, pero no soltó prenda.

La empresa privada alemana, que confiaba en su mano de obra esclava para seguir abierta al menos hasta que acabase la guerra, proporcionó ropa de abrigo a las reclusas, prendas entre las que se incluían medias y zuecos de madera negra con los que iban de un lado para otro de la fábrica armando un gran estrépito. No obstante, no había para todas, así que algunas mujeres tenían que

conformase con los zapatos inadecuados de suela fina que les habían lanzado en Auschwitz. Aunque los zuecos no eran siempre la mejor opción, porque solían quedarles grandes —o pequeños— y les causaban ampollas dolorosas que no llegaban a curarse y se infectaban. Además, no tenían ningún agarre y resultaban resbaladizos, por lo que eran muy traicioneros en la nieve. Tampoco tenían talón, por lo que se llenaban de agua o nieve y no se secaban nunca.

Los zapatos de madera tenían la desventaja adicional de que resonaban fortísimo sobre el empedrado cada vez que las mujeres marchaban, lo que hacía que les temblasen los huesos, ya de por sí doloridos. Además, por si el estruendo no fuera suficiente, los soldados de las SS, bien calzados con aquellas botas tan pulidas, marchaban con ellas y, a gritos, les urgían a marcar el paso al ritmo de: «*Links! Zwei! Drei! Vier...!*» («¡Izquierda, dos, tres, cuatro...!»). Klara Löffová contaba: «A los que vivían en las calles por las que pasábamos no les hacía la menor gracia y se quejaban a la fábrica de que hiciéramos tantísimo ruido a las cinco de la mañana. Imagina quinientas mujeres con zapatos de madera desfilando al unísono por la calle. Había que estar siempre con la luz apagada. A nadie le permitían encender las luces. Luego, a las seis, el grupo que volvía del turno de noche hacía, de nuevo, el mismo ruido; y por la mañana era el único momento en que los freibergueses se atrevían a irse a la cama, cuando la RAF iba de camino a Inglaterra. Aunque nos daba igual, nosotras tampoco podíamos dormir».

A pesar de tener zapatos nuevos, seguían vistiendo los harapos que les habían dado en el campo de concentración, que se les caían a pedazos y que tenían que sujetar, en muchos casos, con alfileres o cuerda. La mayoría tampoco disponía ni de medias ni de calcetines. Si tenían la suerte de encontrar un jirón de tela, se lo ponían alrededor de la cabeza a modo de pañuelo para protegerse del viento —que no soplabá, aullaba— durante sus dos marchas diarias. Más tarde, usaban dicho jirón a modo de chaleco, para almohadillar zapatos o para envolverse los pies, que tenían congelados. Ahora bien, lo normal es que las guardias les arrebataran aquellos retales en cuanto los veían.

Así que los viajes a oscuras desde y hasta la fábrica se convirtieron en una nueva tortura, en especial porque tenían los pies doloridos y los miembros agarrotados por el frío y porque apenas los movían. Anka contaba: «Era una caminata a través de la ciudad, donde nos escupían y nos llamaban vete a saber qué. Teníamos que hacer el camino sin pelliza [...] medias o alguna otra prenda de abrigo. [...] Resultaba terrible». Chavna Livni, una de las supervivientes, explicaba: «Cada día había que marchar por aquel pueblo a oscuras, antes de que amaneciera, sin luz de ningún tipo, con apenas gente en la calle. Poco a poco fui conociendo cada piedra, las esquinas en las que el viento era más cruel de lo normal. Luego, había que volver, de nuevo a oscuras, a aquellos barracones helados en los que sí, teníamos algunas estufas, pero donde tampoco había luz».

Cuando el invierno fue metiéndose, la lluvia se convirtió en aguanieve, y las prisioneras, congeladas y hambrientas, tenían que avanzar, exhaustas, por zanjas de nieve medio derretida que se llenaban una y otra vez tras cada nevada. Junto a ellas, los soldados vestían varias prendas de ropa y

capas o gabanes militares que les llegaban hasta la rodilla, el rifle al hombro y las manos, enguantadas, en los bolsillos.

Un alemán amable con el que Rachel trapicheaba en secreto le dio unos retales de la tela blanca y suave de algodón con la que pulían las alas de los aviones; en las esquinas ponía «KZ Freiberg». Otra consiguió hacerse con una aguja y algo de hilo, que Rachel le pidió prestados para hacer unos sujetadores para Bala y para ella. Ese mismo supervisor también les daba algo más de comida y fue él quien les consiguió zapatos de madera, pues en la primera remesa no había habido para ellas. «Puso como excusa que nos podíamos cortar los pies con los sobrantes de hierro que caían de las máquinas y que se nos infectarían las heridas, pero siempre pensamos que lo hacía para que nuestros viajes de ida y vuelta a la fábrica fueran más cómodos cuando llovía y hacía frío».

Leopoldine Wagner, una austríaca a la que habían contratado como intérprete de los prisioneros de guerra italianos, era otra de las empleadas que arriesgaba la vida para ayudar a las reclusas. La mujer explicaba: «Te rompía el corazón verlas tan delgadas, afeitadas, sin ropa de abrigo a pesar de que estuviéramos a 18 °C bajo cero, sin calcetines, solo con aquellos zuecos [...] y los pies ensangrentados». Cuando veía la miseria en la que las obligaban a vivir, «atormentadas» y «como perros», con heridas purulentas y los pies llenos de heridas, le daba vergüenza estar casada con un alemán. Tras descubrir que lo único que les daban para comer era una «horrible» sopa de nabo, intentaba proporcionarles algo de pan u otros alimentos cada vez que subían a su despacho a fregar. Un día, le dio un sujetador y un chaleco a una mujer que no tenía nada con lo que mantenerse caliente o sujetarse el pecho.

Al día siguiente, un soldado de las SS le llevó el chaleco y le preguntó si era suyo. La intérprete asintió avergonzada. «Si quieres darle algo a alguien, dáselo a un alemán —le espetó con frialdad—. De lo contrario, ya no seguirás llamándote *Frau Wagner*, sino que te asignaremos el número mil y pico».



Aquella amenaza le provocó tanto miedo que no siguió arriesgándose a ayudar a las prisioneras. «Pues claro que tenía miedo. Si alguien no aullaba con los demás lobos tenía un pie en un campo de concentración». No obstante, un día habló con una judía húngara adolescente llamada Ilona que, por lo que le había contado, era pianista antes de la guerra. Con mucho arrojo, decidió intentar ayudar a escapar a Ilona. «Le repetí una y otra vez la dirección de mi hermana en Austria para que la recordase. Me daba la sensación de que en un convento pasaría desapercibida». Con ayuda del párroco local, Leopoldine escondió un hábito de monja en el confesonario de la iglesia de Johanniskirche, en el centro de la antigua ciudad, y le dijo a Ilona que intentase escabullirse de sus guardias y que corriera hasta allí la próxima vez que la enviaran a ducharse en los *Arbeitshaus*, pues quedaban muy cerca. «No sé qué fue de ella, pero el hábito desapareció».

Otros ciudadanos, como Christa Stölzel, que contaba diecisiete años en aquel momento y trabajaba en las oficinas de la fábrica, también se compadecieron de las prisioneras. A escondidas, les pasaba pan y pasteles de su tartera, que dejaba en las papeleras para que las limpiadoras los encontraran por la noche. Era un crimen por el que había un castigo grave, pero lo hizo una y otra vez con la sana intención de ayudarlas. Había otros que también eran amables, como un capataz que les suministraba vendajes para las llagas y, en una ocasión especial, escondió una bolsita de caramelos entre los montantes de un ala.

El grueso de los ciudadanos, sin embargo, no hacía nada —ya fuera por miedo o por ignorancia—. *Frau Wagner* explicaba que lo del campo se había «acallado» y añadía: «La mayoría solo sabía que en Hammerberg habían construido unos barracones, pero no querían saber quién estaba sufriendo en ellos». Con poca intervención exterior, las penurias de las mujeres aumentaron durante el invierno. A pesar de que dormían tres o más en cada cama de la litera, apenas tenían una mantita bajo la que cobijarse y estaban congeladas. Tenían las manos y los pies como carámbanos. El intenso frío era amigo del hambre y cuantas más calorías consumía su organismo para mantenerlas calientes, más flaqueaban sus cuerpos. Poco a poco, su cuerpo empezó a desintegrarse, junto con su moral.

Lo que desalentaba aún más a las mujeres mientras marchaban por las calles cada día era ver que los freibergueses seguían con su vida normal. Veían niños que hacían muñecos de nieve o que iban a la escuela con abrigo de invierno, gorro y bufanda. Los hombres partían al trabajo mientras las *Frauen* se despedían de ellos desde la ventana. Lisa Miková explicaba: «Nos fijábamos en cómo la gente nos miraba desde el interior de su cálido hogar. Estábamos rodeadas por soldados de las SS, unos veinte, y es cierto que les habría resultado imposible comunicarse con nosotras o darnos comida. Pero tampoco lo intentaron. No tenían ningún interés».

Gerty Taussig, que contaba catorce años, sabía que a sus padres y a su hermana los habían gaseado en Auschwitz. «Te partía el corazón ver familias sentadas en la calidez de su hogar, felices, comiendo y riendo y llevando una vida normal —decía—. Nadie nos mostró la más mínima amabilidad. Nadie.

Éramos fantasmas. Ninguna de nosotras pensaba que fuera a sobrevivir y a hacer, de nuevo, cosas normales como aquellas».

Un día, Hannelore Cohn, una prisionera alemana de veintidós años, vio algo durante una de las marchas que la llevó a pararse tan en seco que las demás casi se tropiezan con ella. Su madre, una gentil berlinesa de pelo rubio, la observaba desde una esquina. Uno de los *Meister* («capataces») alemanes había escrito en secreto a sus familiares porque la chica le había pedido que les informase de que seguía viva. «Su madre viajó hasta Freiberg para ver a Hannelore ir y volver de la fábrica —explicaba Esther Bauer, otra de las supervivientes, que conocía a Hannelore casi de toda la vida—. Su madre se quedaba todas las mañanas en la verja cuando íbamos a trabajar. No podían decirse nada pero, al menos, sabía que su madre estaba allí. Todas lo sabíamos».

Gerty Taussig también lo recordaba y añadía: «Qué tragedia debía de ser para ella permanecer en la calle, viendo a su hija consumida y no poder saludarla siquiera con la mano». Pero la madre apareció cada día en aquella esquina durante semanas y su presencia reconfortaba a todas aquellas que se daban cuenta.

Una vez en el refugio de la fábrica, donde se sentían a salvo, las prisioneras se secaban y calentaban un poco, pero las manos les latían mientras se descongelaban. Si llovía o granizaba mientras volvían a los cuarteles o durante el *Appell* de la noche, no tenían dónde secar sus prendas de vestir ni otra opción que no fuera dormir con ellas, empapadas y temblorosas. A menudo hacía tanto frío que el agua se helaba en el grifo del servicio comunitario —donde había una sola toalla y, con un poco de suerte, una pastillita de jabón—. No tenían ni cepillo de pelo ni de dientes, y cuando empezaba a crecerles el cabello, de forma irregular, les picaba y se les apelmazaba. A algunas, les salía blanco como la nieve.

Los días pasaban sin que les dieran descanso y las *Häftlinge* («prisioneras») se retraían en aquella media vida que les había deparado el destino y se esforzaban por salir adelante. Priska, Rachel y Anka, que vivían en barracones diferentes y trabajaban en turnos distintos, y a menudo en otros edificios, no sabían nada de las demás prisioneras que también ocultaban su embarazo y que, igual que ellas, se preguntaban cuánto tiempo tardarían en darse cuenta. Porque no eran las únicas. Una amiga checa de Lisa Miková, que había conseguido ocultar que estaba encinta, se puso de parto de repente. «Dio a luz a su hijo en Freiberg, en los barracones, en febrero, y las SS asesinaron al bebé —explicaba Lisa—. Las guardias se llevaron al niño y la madre se enteró más tarde de que lo habían matado». A dos mujeres más, de quienes se sospechaba que estaban embarazadas, las enviaron de vuelta a Auschwitz.

Nadie sabe cuál fue su destino, pero no es probable que su estado de buena esperanza satisficiera al doctor Mengele, de lo que daba fe la superviviente checa Ruth Huppert, que vivió en el gueto de Terezín con su marido más o menos por la misma época que Anka. Cuando se quedó embarazada durante una nueva ronda de deportaciones, a finales de 1943, imploró que le practicasen un aborto, pero los nazis ya habían prohibido a los médicos prisioneros llevar a cabo semejante práctica. Al

igual que las tres madres de Freiberg, la enviaron a Auschwitz embarazada, aun cuando consiguió evitar que la descubrieran durante las selecciones. Más tarde, persuadió a un *Kapo* para que pusiera su nombre entre los de las elegidas para los campos de trabajo forzado.

Cuando estaba a punto de salir de cuentas, mientras trabajaba en una refinería de petróleo alemana, alguien se dio cuenta de que estaba embarazada y, en agosto de 1944, la enviaron de nuevo a Auschwitz. Mengele, después de exigirle que le explicara cómo había hecho para ocultarlo, le dijo: «Primero vas a tener al bebé y, luego, ya veremos». A las pocas horas de que naciera su hija, el «Ángel de la Muerte» anunció que quería saber cuánto tiempo podía permanecer sin comer un recién nacido y ordenó que a la madre le vendasen los pechos con fuerza para que no pudiera amamantar a la niña. Durante ocho días, febril y con los senos a reventar de leche, yacían impotentes cada vez que Mengele iba a visitarlas. Hasta que la niñita no estuvo medio muerta, la madre no pudo inyectarle la morfina que le había suministrado uno de los médicos prisioneros. La muerte de la niña le salvó la vida a la madre, a la que enviaron a otro campo de trabajo, donde consiguió sobrevivir.

Las tres madres de Freiberg y los bebés que llevaban en su seno bien podrían haber corrido la misma suerte si alguien se hubiera dado cuenta de que estaban encintas y las hubieran enviado de vuelta con el doctor Mengele. No es que tuvieran garantías de que en Freiberg fueran a sobrevivir, pues en los meses siguientes, la muerte empezó a cobrarse la vida de varias prisioneras. La primera en caer fue una eslovaca que tendría veintipocos años cuando enfermó y murió de sepsis después de llevar poco más de un mes en la fábrica. La enterraron el mismo día que a una alemana de treinta años que había muerto de escarlatina. A aquellas dos muertes pronto les siguieron siete más — mujeres de entre dieciséis y treinta y dos años que sucumbieron a la neumonía, a afecciones de los pulmones o del corazón, y a otras enfermedades—. A todas las incineraron y las enterraron en una fosa común del cementerio de Donat.



Monumento a los que murieron en el KZ Freiberg. (© Wendy Holden.)

Priska, tan cansada y hambrienta como el resto de las reclusas, se negaba —terca como era— a pensar en la muerte. Aún albergaba esperanzas de que Tibor siguiera vivo, pidiéndole que pensara solo en cosas bonitas, y observaba con atención los intrincados patrones del hielo que se formaba en las ventanas de su barracón. Era una de las pocas que hacía el camino de ida y vuelta de la fábrica con la cabeza alta, y le daba patadas a la nieve en polvo para ver cómo destellaba o se maravillaba con la escarcha que, las mañanas neblinosas, cubría los árboles como si fuera una capa de azúcar. Le había prometido a Tibor que tanto ella como el bebé sobrevivirían y él le había asegurado que ellos dos eran la única razón por la que quería seguir viviendo. «Estaba concentrada en mi marido y en mi bebé. No intentaba trabar amistad con nadie [...] lo único que me interesaba era que [Tibor] estuviera esperándonos en casa cuando volviéramos».

La moral aún se hundió más debido a otro bajón de las temperaturas, y las mujeres no podían evitar sentirse cada vez más desesperadas y abandonadas. Eran muy conscientes de que el largo y duro invierno no iba sino a complicar unas condiciones ya de por sí difíciles de soportar. Desprovistas hasta de lo más esencial, aquellas esclavas de los nazis perdieron todavía más peso. Como tanto su ropa como su espíritu eran un harapo puro, los piojos, los chinches y la propia decadencia interior les producían llagas y heridas. En su cabeza no había espacio para pensar en otra cosa que no fuera la comida y en sobrevivir otro día. «No recuerdo que soñara —comentaba Anka—. Costaba mucho permanecer viva y no había tiempo para nada más».

A Anka y a Rachel, que ya habían soportado años de privaciones en los guetos, aquella lastimera e inhumana existencia se les antojaba interminable. ¿Qué sería de ellas y de sus hijos cuando nacieran? ¿Qué habría sido de Bernd y de Monik? ¿Estarían vivos todavía? Anka se desahogaba con Mitzka entre susurros por la noche, al margen de asustarle que el hecho de que su amiga supiera que estaba embarazada, podía ponerlas en peligro. Rachel, que trabajaba con Bala cada día y con la que compartía litera, no le había dicho, ni a ella ni a sus otras dos hermanas, que estaba esperando un bebé, por miedo a que el saberlo las pusiera también a ellas en peligro.

Sala y Ester tuvieron mucha suerte porque las emplearon de secretarias en la oficina de la fábrica, lo que implicaba más comida y mejor ropa, y una comodidad relativa. «Empezamos construyendo aviones, pero un soldado de las SS se me acercó mientras limaba metal y me preguntó en alemán: “¿Dónde está tu hermana?”. Siempre estábamos juntas, pero lo miré sorprendida porque no tenía ni idea de que supiera que éramos hermanas». Les ordenó que lo siguieran y las llevó hasta la otra punta de la fábrica. «No paraba de hablarme en alemán y de preguntarme: “¿Sabéis leer y escribir?”. Nos llevó a la oficina donde se guardaban los planos del avión ¡y allí estuvimos a salvo durante ocho meses! Fuimos muy afortunadas. No había que esforzarse mucho, teníamos libres los domingos e incluso nos llevaban a los búnkeres cuando había algún ataque. En aquella zona de la fábrica hacía frío, pero usábamos papel de periódico debajo de la ropa para mantenernos calientes».

Después de pasar el día en la oficina, Sala y Ester se unían a las demás mujeres para hacer el largo viaje de vuelta a los cuarteles, donde se reunían con sus hermanas —Rachel y Bala— y se animaban

las unas a las otras para seguir adelante. «Compartir los problemas nos servía de ayuda —explicaba Sala—. Todas lo hacíamos, sobre todo, cuando alguna estaba a punto de rendirse. Le decíamos que la situación mejoraría al día siguiente. Siempre al día siguiente».

A pesar de que las mujeres tuvieran tantísima hambre, seguían imaginando festines maravillosos y recitando recetas. Un pasatiempo habitual consistía en «invitar» a las amigas a un almuerzo elaborado, en el que hablaban de cómo habían preparado los diferentes platos y disfrutaban de ellos hasta que llenaban su antojadizo estómago. Otro era hablar de lo primero que les gustaría comer cuando acabara la guerra —un acontecimiento mágico, mítico, al que llamaban, sencillamente, «después» y que ninguna sabía si llegaría algún día—. Una gruesa rebanada de pan recién hecho untado con mantequilla era uno de sus manjares favoritos, aunque las más jóvenes a menudo anhelaban algo más dulce. Buenas patatas cocinadas de mil y una formas —en especial fritas— solía ser lo que más votos se llevaba.

Aquellas que habían comido hasta la guerra lo que preparaban sus madres o cocineras, decían siempre que era en Freiberg donde habían aprendido a guisar y que escuchar las listas de ingredientes de comidas tan extraordinarias les servía para distraerse. A menudo, sin embargo, se convertía en una tortura contraproducente porque les recordaba demasiado a sus madres y abuelas, a aquellos aromas y rituales familiares, a la confortable vida que tenían «antes». Se les hacía la boca agua pensando en el pan recién horneado, en el borboteo y el aroma del café o en el olor y la sensación que les producía el jabón de lavanda en las manos cuando se las enjabonaban antes de cada comida. Cuando bajaban la vista y veían lo sucios que tenían los dedos, no sabían si reír o llorar.

«De pronto, exclamábamos: “¡Basta! ¡No sigamos con esto!”; pero a la media hora empezábamos de nuevo —contaba Lisa Miková—. La comida ocupaba el centro de nuestros pensamientos. Siempre. Dominaba nuestra vida. Nos moríamos por comer carne, bolas de masa hervida, y cosas tan normales como pan y jamón. Yo solía asegurar que me conformaría con comer pan y patatas el resto de la vida».

Un día, Gerty Taussig consiguió hacerse con una patata cruda que compartió con su mejor amiga. «La cortamos muy finita y nos pareció lo más rico que habíamos comido en la vida. Me dije: “Si sobrevivo, esto es lo único que voy a comer”. Se acabó demasiado pronto».

Aparte de la gran pérdida de peso, la fuerte desnutrición de las mujeres las llevaba a padecer todo tipo de problemas médicos para los que no recibían tratamiento ni conmiseración. Un día, a Klara Löffová se le infectó un diente, lo que le provocaba un dolor insoportable. «Al principio no le importó a nadie pero, unos días después, se me hinchó tanto la cara que no podía ni ver. El *Lagerkommandant* me llevó a un dentista de la ciudad. Tuve que caminar delante de él, que me seguía con la bayoneta calada. La gente nos miraba como si el soldado hubiera detenido a la espía más peligrosa del mundo». Al dentista le dijo que, como era una prisionera, solo le realizase «la cura imprescindible» y que no malgastase anestesia con ella. El oficial de las SS quería quedarse mirando, pero el médico le pidió que saliera con la excusa de que no tenía suficiente espacio para trabajar.

«Entré y hacía calorcito, la consulta estaba muy limpia y el hombre fue muy amable conmigo — contaba Klara—. Empezaron a caérseme las lágrimas y el doctor me preguntó si tanto me dolía, a lo que no pude evitar responderle de todo corazón: “No, lloro porque hacía muchísimo tiempo que no me trataban como a un ser humano”. Me administró novocaína y me pidió que si el *Scharführer* le preguntaba algo, le dijera que me había hecho mucho daño. Entendí por dónde iba. Me tuvo sentada más de una hora. Disfruté de cada minuto y volví de mil amores una semana después para un chequeo innecesario».

Que se compadecieran así de ellas no era habitual y la mayoría vivía el día a día esperando la muerte. Aunque en un principio habían pensado que nada podía ser peor que Auschwitz, empezaban a darse cuenta de que en el KZ Freiberg también iban a tener que luchar duro para sobrevivir. «Se suponía que tendríamos que haber muerto, ¡pero teníamos tantas ganas de vivir!», declararon muchas mujeres. Como pasaban los días y nadie las rescataba, la cuestión no era si morirían, sino cuándo. Si no fallecían de inanición o a manos de los guardias, serían probablemente los bombardeos aliados, cada vez más frecuentes, los que acabarían con ellas.

En la fábrica había todo un turno de mujeres, incluidas las tres madres, cuando los aviones británicos del Mando de Bombarderos atacaron Dresde, a cuarenta kilómetros de Freiberg. Arthur Harris, Brigadier Mayor, ordenó una serie de incursiones entre el 13 y el 15 de febrero de 1945. La mayoría de la población pensaba que, dada la historia y cultura de su ciudad, nunca se convertirían en objetivo bélico. Muchos desconocían que, durante el sexto invierno de la guerra, los nazis la habían elegido como población clave de la defensiva Línea Elba, que iba desde Praga a Hamburgo y que la situaba, de golpe, en el punto de mira de los Aliados.

Hacia seis años que Hitler había ordenado el bombardeo estratégico de ciudades polacas como Wieluń y Varsovia, seguido por los devastadores ataques a Holanda, y hacía cuatro que el *Blitzkrieg* («guerra relámpago») a Londres se había cobrado veinte mil vidas entre septiembre de 1940 y mayo de 1941. El «Blitz» contra la capital británica duró setenta y seis noches consecutivas y dañó más de un millón de hogares. Casi simultáneamente, entre agosto de 1940 y mayo de 1941, los nazis bombardearon el puerto de Liverpool y sus zonas circundantes; ataques en los que murieron cerca de cuatro mil personas. La ciudad de Coventry fue objetivo de los dieciocho ataques de la *Operation Mondscheinsonate* («Operación Sonata Claro de Luna»), el más dañino de los cuales tuvo lugar el 14 de noviembre de 1940. Unos quinientos bombarderos alemanes sobrevolaron la ciudad aquella noche y dejaron caer quinientas toneladas de bombas altamente explosivas y artefactos incendiarios con la intención de destruir todas las fábricas. Más de cuatro mil hogares quedaron destruidos por los proyectiles, que arrasaron dos tercios de la ciudad. Cientos de personas murieron y más de mil sufrieron heridas de diversa consideración; cifras que se añadían a las de ataques anteriores. La ciudad sufrió más incursiones en los siguientes años, ofensivas que produjeron más pérdidas y elevaron el número de muertos a mil doscientos treinta y seis.

Aquellos bombardeos, y tantos otros, fueron igualados por las numerosas incursiones aliadas

sobre Alemania y la Polonia ocupada —incluidas las ciudades de Hamburgo y Berlín, además de otras como Pforzheim, Swinoujscie y Darmstadt—; incursiones que tuvieron resultados igual de devastadores en muchos casos. Dresde, por su lado —conocida como «el joyero» por su arquitectura rococó y barroca— se convirtió en uno de los objetivos más controvertidos. Cuando, el 13 de febrero de 1945, las primeras oleadas de bombarderos Lancaster británicos empezaron a atacar la ciudad a eso de las diez de la noche, después de haber tardado cuatro horas en llegar hasta allí, las sirenas empezaron a aullar para advertir a los habitantes de Freiberg de un posible ataque aéreo. Las SS encerraron a la mayoría de las prisioneras —incluidas Priska, Rachel y Anka— en el piso de arriba de la fábrica, que bien podría haber sido un objetivo de la RAF, y huyeron a los refugios subterráneos con los capataces y los empleados civiles.

Los soldados ordenaron a las mujeres que apagaran las luces y que corrieran las cortinas para no llamar la atención, pero estas les desobedecieron enseguida, ansiosas por ver los setecientos bombarderos pesados planear sobre sus cabezas. En varias ocasiones presenciaron cómo los aviones sobrevolaban en círculos la fábrica, como en un simulacro, y se preguntaron si la siguiente carga de bombas les caería encima. Anka explicaba: «Nos habría encantado que la RAF hubiera bombardeado la fábrica [...] para no seguir colaborando en el proyecto bélico de los nazis [...] pero no fue así».

Rachel recordaba que la noche del bombardeo de Dresde gritaron: «¡Venid aquí! ¡Bombardeadnos! ¡Si vamos a morir de todas maneras!». Tras lo cual añadía: «Estábamos seguras de que ninguna de nosotras sobreviviría. Era cuestión de aguantar el máximo tiempo posible. Ahora bien, cuando los Aliados atacaron Dresde nos dimos cuenta de que quizá tuviéramos alguna oportunidad de salvarnos».

El puñado de guardias alemanes a los que habían apostado en la puerta por si acaso las prisioneras intentaban escapar se quejaron con amargura de que los hubieran puesto en peligro. «Nos ordenaron que no miráramos por la ventana y que no les hiciéramos señales a los pilotos con las luces —explicaba Lisa Miková—. Vitoreábamos y les molestaba que estuviéramos tan contentas».

Aunque la capital de Sajonia estaba bastante lejos, el cielo se iluminó por efecto de los artefactos incendiarios y la gran potencia de los proyectiles explosivos que la asolaban. La tormenta de fuego, en la que se calcula que murieron veinticinco mil personas y que destruyó más de seis kilómetros cuadrados de la ciudad, pintó de rojo el cielo nocturno. «Fue la obra de teatro más fastuosa a la que he asistido jamás, porque vimos aquellos aviones, sus colores en el cielo, y deseamos que lo hicieran lo mejor posible. Fue [...] fabuloso. [...] Menuda satisfacción —contaba Anka—. Después de la guerra, todos hablaban mal de “Bombardero” Harris, pero para mí era un ángel».



Bombardeo en Dresde. (© akg-images.)

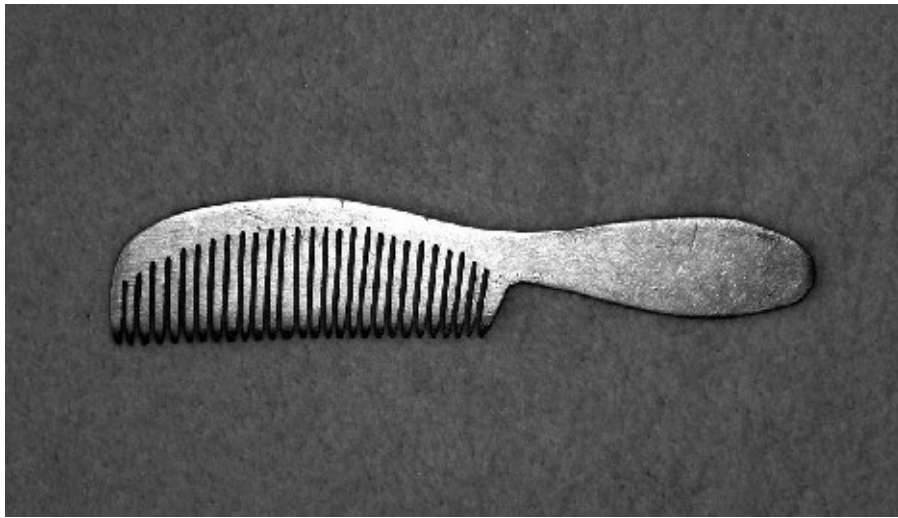
Al día siguiente, uno de los capataces volvió de la ciudad devastada e informó de que no había quedado piedra sobre piedra en el casco antiguo y que no había familia que no hubiera sufrido alguna pérdida. Gerty Taussig comentó que le daban igual todos aquellos que hubieran votado a Hitler; solo le importaban las bellas obras de arte que se habrían perdido. Rachel explicaba: «Una de las guardias nos dijo que estaban muy apenadas. Exclamaba: “¡Es nuestra ciudad! ¡Es nuestra gente!”. Nos advirtió de que dispararía a cualquiera que mostrase la más mínima alegría por el bombardeo o mirase siquiera por la ventana». Rachel enseguida hizo correr la voz para intentar contener la euforia de las prisioneras.

El primer ataque a Dresde había tenido lugar durante el turno de noche. Al día siguiente, los aviones volvieron y dejaron caer setecientas toneladas de bombas a plena luz del día. El tercer día atacaron las afueras y una refinería de petróleo cercana. «Se podía leer a la luz de los incendios. Ardían fortísimo —explicaba Lisa Miková—. He de reconocer que no mostrábamos ninguna pena. Decíamos: “¿Y qué hay de nuestros padres y maridos? ¿Quién empezó?”. Nos parecía bien, aunque sabíamos que habría mujeres y niños entre los miles de muertos. Al día siguiente, las guardias estaban furiosas y nos trataron fatal; nos abofeteaban y no nos dejaban ir al lavabo».

La repentina aparición en Freiberg de melancólicas filas de refugiados que huían de Dresde con sus pertenencias a cuestas hizo que la esperanza volviera a aflorar en la fábrica. Había tantos cientos de aviones en el cielo que las reclusas se atrevían a pensar que su salvación quizá estuviera cerca. Ya ni siquiera les importaba que las enviaran a la calle a ayudar a retirar los escombros de los bombardeos. Les satisfacía ver lo que habían hecho los Aliados. La única pena que tenía Rachel era que los británicos no hubieran atacado las vías del tren: «¿Por qué no bombardearon las vías? ¡Así, los nazis no habrían podido enviar a nadie más a los campos de concentración!».

Hacia el 31 de marzo de 1945, los ataques aliados habían cortado la línea de suministros de la

fábrica de Freiberg, que se quedó sin materias primas. No les quedaba combustible para las máquinas y el suministro de electricidad era irregular. Tuvieron que detener la producción. Como no querían que las despidieran, las guardias ordenaron a las prisioneras que se «mantuvieran ocupadas», por lo que hacían objetos a partir de descartes de metal, incluidos cuchillitos con los que cortar y comer lo que denominaban «la mejor comida del mundo»: la hierba. La nieve había empezado a fundirse y se agachaban sin que nadie las viera para arrancar matas cuando iban y venían de la fábrica. Otras prisioneras hacían peinecitos de aluminio. Aunque a algunas habían vuelto a raparles el pelo por segunda vez desde Auschwitz, en la cabeza de la mayoría crecían ya mechones erizados, de modo que accesorios preciosos y estilosos como aquellos les ayudaban a recordar que hubo un tiempo en el que eran más civilizadas.



Peine hecho con metal de avión, en Freiberg. (© Wendy Holden.)

Gerty Taussig tenía una amiga que estaba maravillada con su peine y no lo soltaba por miedo a que alguien se lo robara. Durante un *Appell*, un guardia de las SS se lo vio, se lo quitó y le preguntó:

—¿Para qué quieres esto?

—Para peinar mi bonito cabello —le respondió mientras se pasaba la mano por la pelusilla que le cubría la cabeza.

Al guardia le hizo gracia la reacción, pero no le devolvió el peine.

En otro de los habituales *Appelle* matutinos que se llevaban a cabo siempre con una urgencia innecesaria, Priska —embarazada de nueve meses y muy, muy débil— se incorporó tarde a la línea; caminaba muy despacio porque tenía los tobillos hinchados y le latían los pies. Enseguida se le acercó un soldado que le preguntó de malos modos:

—¿Por qué llegas tarde?

Priska sonrió como pudo y respondió:

—Que yo llegue tarde no le va a hacer ningún daño al Reich.

El soldado levantó la mano y le pegó tal puñetazo por aquella insolencia que la mujer cayó al suelo

y se hizo una bola para protegerse la tripa. La paliza que le dio a continuación bien podría haberlos matado a ella y al bebé. Cuando acabó, las dos mujeres que Priska tenía a los lados la ayudaron a levantarse. Con el sabor de la sangre en la boca, les dijo: «Estoy bien. Estoy bien —Luego, intentó reírse y añadió—: Mejor esto que un disparo». Volvió a aferrarse a su fe y le dijo para sus adentros al bebé: «Sabía que ibas a sobrevivir».

La primavera caldeó poco a poco el aire invernal y, a través de las ventanas, las mujeres oían cantar a los pajarillos y veían cómo las copas de los árboles iban llenándose de hojas. Mientras empezaba una nueva estación, que daba inicio a su sexto año bajo el yugo nazi, las prisioneras sopesaban qué les traerían las siguientes semanas y meses. A muchos de sus *Meister* («capataces») los habían enviado al frente y cuando les ordenaron que desmantelaran la maquinaria de la fábrica para ser trasladada a otra no supieron si sentirse aliviadas o asustarse. Rumores de todo tipo empezaron a correr como la pólvora. ¿Iban a «liquidarlas»? ¿Les pegarían un tiro los de las SS en los barracones antes de darse a la fuga o se las llevarían junto con la maquinaria de guerra? Su mayor miedo consistía en que las devolvieran a Auschwitz. No tenían ni la menor idea de que los soviéticos habían liberado el campo en enero, junto a otros horribles campos de exterminio, tales como Treblinka, Bełżec y Sobibór.

Después de recibir la orden de que dejaran las herramientas y sin otra cosa que hacer más que esperar, las prisioneras pasaban mucho tiempo confinadas en los barracones. A unas pocas les ordenaron que llevaran piedras de un lado para otro para que pareciera que estaban ocupadas. Como ya no producían para el Reich, les redujeron las raciones. Les daban menos de doscientos gramos de pan al día y la mitad de la sopa sosa y apestosa, que tenían que tragar sin respirar. «Decían que si no trabajábamos, no necesitábamos comer tanto —explicaba Lisa Miková—. Seguían proporcionándonos pan a diario, pero solo sopa cada dos días. Fue muy cruel. Estábamos seguras de que íbamos a morir».

Aparte del peso que ya habían perdido, las mujeres empezaron a perder el poco músculo que les quedaba y, con él, casi toda la energía. La piel, gris, escamosa y estirada sobre el contorno de los huesos, se les caía y se les llenaba de ampollas. Resollaban y tenían muy mal aliento. Las piernas y los pies se les habían hinchado tanto que a algunas les costaba caminar. Les bajó la temperatura corporal, por lo que no dejaban de temblar y eran muy vulnerables a las infecciones. Tal y como habían hecho en el campo de exterminio, se pegaban las unas a las otras e intentaban ayudarse para salir adelante. Priska tenía a Edita y a otras amigas, incluida Magda Gregorová, casada con el famoso actor eslovaco Martin Gregor; Rachel contaba con sus hermanas; y Anka con Mítzka y sus amigas praguenses, incluidas Klara Löffová y Lisa Miková. «Cuando acabábamos de trabajar pasábamos horas y horas juntas. No dejábamos de hablar y recitábamos poemas y demás hasta que los de las SS gritaban: “¡Callaos!”. Seguíamos en los cuarteles, donde nos contábamos historias y hablábamos de libros y películas —explicaba Lisa Miková—. A veces nos resultaba útil y otras, no. Algunas nos

espetaban: «Por favor, dejadlo ya porque nos recordáis nuestra casa». Era terrible volver a pensar en tu hogar».

Así siguieron, esperando, mientras los alemanes pasaban los siguientes días de un lado a otro, determinando qué hacer. Las prisioneras seguían sin mantener contacto con el mundo exterior y no sabían que los Aliados estaban a punto de ganar la importantísima batalla de la región del Ruhr o que Colonia y Danzig habían caído hacía poco. Tampoco estaban al tanto de la propaganda que hacían los Aliados en los programas de radio, lanzando por toda Alemania y Austria panfletos en los que se decía que Hitler estaba a punto de perder la guerra. Lo único que sabían es que tenían muchísima hambre y miedo. Mientras aguardaban ansiosas su destino, en los barracones empezaron las tensiones y las riñas.

En abril de 1945, durante una de las duchas mañaneras con agua fría, y a pesar de que llevase aquel vestido voluminoso, una reclusa checa se dio cuenta de que Priska estaba embarazada y se puso histérica. La mujer había conseguido mantener ocultos los diamantes de la familia a lo largo de la guerra y le daba pánico que, si los guardias se enteraban, las revisaran —o algo peor—. «¡Por tu culpa nos van a matar a todas! —le soltó a gritos—. ¡Nuestra muerte pesará sobre tu conciencia!». Estaba tan alterada que las guardias acudieron a todo correr y le exigieron una explicación por aquel comportamiento. «¡Está embarazada! ¡Está embarazada!», aulló mientras la señalaba y gemía.

Priska se quedó de piedra. El corazón le iba a mil.

—¿Es verdad? —le preguntó con incredulidad una de las guardias de las SS mientras la observaba. Priska estaba desnutrida y pesaba unos treinta kilos—. ¿Estás embarazada?

—Sí —admitió por fin entre suspiros. Creía que le iban a pegar un tiro.

Las guardias se miraron y sacudieron la cabeza como si no se lo pudieran creer. Hicieron una pausa y Priska contuvo el aliento. Entonces, una de ellas le preguntó:

—¿Cuándo sales de cuentas?

—Pronto, muy pronto.

Las guardias se alejaron para deliberar mientras Priska volvía a su habitación y se desplomaba en su camastro. La noticia de su estado corrió como la pólvora entre las compañeras de turno, que intentaron tranquilizarla diciéndole que no le iba a pasar nada malo. Transcurrieron los días sin novedad y todas volvieron a la rutina. Entonces, un día, una guardia se acercó a Priska poco a poco y le preguntó:

—¿Qué necesitas?

Para entonces, los pies eran lo que más la atormentaba. Los tenía hinchados, sucios de sangre y con heridas purulentas. Apenas lo dudó:

—Me encantaría remojar los pies en agua caliente.

Se quedó sorprendida cuando vio que le traían una palangana con agua caliente. Mientras otras prisioneras la observaban estupefactas y con envidia, Priska se sentó con su ropa mugrienta, llena de piojos y otros parásitos, y puso en remojo los pies «como si fuera una reina» en aquel balneario

improvisado. Contaba que el agua estaba «muy caliente» y que le pareció un lujo tal que exclamó: «¡Qué alegría!».

Ella comentaba: «Todos eran agradables conmigo porque les daba pena y nadie creía que mi hijo fuera a nacer vivo o normal». Era consciente de que lo más probable fuera que el repentino cambio de actitud de las guardias resultara interesado, pero aun así siguió agradeciéndolo. «Mi esposo y yo teníamos una relación muy buena y quería dar a luz a aquel bebé a toda costa».

El embarazo de Anka también había quedado al descubierto para entonces, pero no por boca de la pediatra checa —a quien no había tenido más remedio que confesárselo—, sino por la de otras que habían visto de perfil aquel vientre suyo tan distendido. «Cada vez estaba más delgada, pero mi tripa no paraba de engordar —contaba—. Algunas de las guardias lo sabían. Si se hubieran enterado antes del 18 de enero, seguro que me habrían enviado a Auschwitz, pero el campo de exterminio ya no existía [...] por lo que no podían mandarme a ningún lado; claro que eso yo lo ignoraba. [...] Tuve que admitir mi embarazo cuando me lo preguntaron. No podía negarlo, aunque ellos no tuvieran adónde enviarme».

Aunque estaba delgadísima, los pechos los tenía aún más grandes y le pesaban más porque se estaban llenando de leche y le molestaban mucho debajo de aquellas ropas tan bastas, en especial, durante las apresuradas marchas de ida y vuelta de la fábrica. Su amiga Mitzka pidió prestados aguja e hilo y le hizo un sujetador con un pedazo de tela. La mujer apenas sabía coser y la copa le quedó muy puntiaguda, pero Anka le estaba tan agradecida que no se lo quitó hasta que acabó la guerra.

A Rachel, que le había ocultado su estado a sus hermanas durante nueve meses, también la descubrieron. En su caso fue otra de las prisioneras la que levantó la liebre; se acercó a sus hermanas y les preguntó:

—¿Sabíais que vuestra hermana está encinta?

—¡No puede ser! ¿¡Te has vuelto loca!?! —Bala se mostró incrédula—. ¡Pero si duermo a diario con ella en la misma cama!

—¡Es imposible! —exclamaron al unísono Ester y Sala.

Aunque estuvieran en turnos distintos y las dos últimas realizaran un trabajo diferente, veían a Rachel cada vez que unas u otras regresaban a los barracones, pero no se habían percatado. Cuando se dieron cuenta de que era verdad, se quedaron perplejas y las embargó el miedo, porque su hermana se encontraba tan débil que apenas podía andar e incluso había pasado tiempo en la enfermería. Sala contaba: «No nos lo podíamos creer y estábamos muy, muy tristes por ella. Me refiero a que ¡era penoso estar embarazada en aquel sitio!».

Rachel contaba: «No me podían ofrecer más comida ni tampoco ayudarme». Intentaba no pensar demasiado en lo que les podía ocurrir a ella y al bebé.

Pocos días después, uno de los alemanes que trabajaba con Sala le dio una naranja a escondidas. «Tenían miedo de ayudarnos pero, aun así, me dio aquella preciosa y brillante fruta. No recordaba cuándo había sido la última vez que veía u olía algo tan maravilloso. Me habría encantado

comermela, pero la escondí en el vestido para que la disfrutaran Rachel y el bebé. Ellos la necesitaban mucho más que yo.»

Para entonces, las prisioneras apenas trabajaban y pasaban casi todo el tiempo en los barracones, aletargadas por culpa del hambre crónica que padecían y que pocos llegan a experimentar en la vida. Oían los bombardeos, por lo que daban por hecho que los Aliados estaban cerca; aun cuando pensaban que quizá aquello propiciase que los de las SS se asustaran y las mataran. A algunas ya les daba igual.

Al día siguiente de remojar los pies, la mañana del jueves 12 de abril de 1945 —el mismo día que había calculado que salía de cuentas— Priska Löwenbeinová se puso de parto. Gritando como una loca después de que la primera contracción la doblara de dolor, se la llevaron a la enfermería que había en una pequeña habitación de la fábrica y la subieron a una mesa con un tablón de madera cruzado. Mientras se esforzaba por contener las oleadas de dolor que le provocaba el parto del primer bebé que había conseguido llevar a término, la doctora Mautnerová la asistía; sin medicinas ni equipo esterilizado, la mujer hizo lo que pudo.

Cada vez que Priska se incorporaba con la cara roja para enfrentarse a la siguiente contracción, se topaba de cara con unos treinta espectadores que se habían apiñado alrededor de la puerta. Entre ellos había guardias de las SS, capataces y la *Lagerälteste* («la anciana del campo»). Algunos de los testigos apostaban sobre si nacería niño o niña. «Decían que si era niña, la guerra terminaría de inmediato, pero que si se trataba de un niño, el enfrentamiento seguiría por mucho más tiempo».

Mientras discutían sobre cuál iba a ser el sexo del bebé, Priska sufría unos dolores como nunca en la vida. Después de varias horas, y con un último empujón que le produjo un dolor atroz, a las cuatro menos diez de la tarde —según el reloj de una guardia—, Priska dio a luz a una niña. La madre estaba tan anémica y desnutrida, que la gran cantidad de sangre que había perdido casi la mata.

—¡Es una niña! ¡Es una niña! —gritaban los alemanes la mar de contentos—. ¡Pronto acabará la guerra!

Pero cuando la niña salió del todo, una de las guardias gritó:

—¡Es un demonio!

La niña, que, contra todo pronóstico, había sobrevivido nueve meses en el empobrecido vientre de Priska, salió al mundo con sus manitas manchadas de sangre y agarrándose las orejas. Por unos instantes, hasta a su madre le parecieron cuernos aquellos bracitos. Algunos de los testigos se pusieron histéricos y Priska no pudo más. A pesar de estar muy aliviada por haber dado a luz a un bebé vivo, después de que tantos otros se le murieran, siempre había temido que fuera anormal o naciera deformado. Daba la impresión de que la niña tuviera una cabeza desproporcionadamente grande, lo que, en realidad, se debía a que tenía un cuerpo muy chiquitillo —apenas pesaba un kilo seiscientos gramos—. Cuando por fin comprobó que no tenía defecto alguno, no pudo resistir que Tibor no estuviera allí para compartir su alegría y, después, se asustó al plantearse qué iba a ser de ellas dos.

Hasta aquel momento había mantenido oculto al bebé, más o menos a salvo en su vientre, pero, de repente, estaba fuera —una niña necesitada, desnuda y vulnerable—, en un mundo dirigido por nazis. Su niñita se encontraba demasiado débil para llorar y apenas podía mover sus enclenques bracitos y piernecitas. Cuando la doctora cortó y ató el cordón umbilical y la limpió lo mejor que pudo con un trozo de tela, Priska por fin cogió a su hija en brazos. La niñita flacucha apenas tenía grasa o músculo y, en las piernas, la piel le colgaba como rollitos de medias. Su carita arrugada estaba tan seca que la pobre, en palabras de su propia madre «era más fea que un pecado»; ahora bien, tenía los enormes ojos azules de su padre.

—*Moja* mi Hanka —le dijo con los ojos bañados en lágrimas mientras recordaba la conversación que, entre susurros, había mantenido con Tibor en el vagón de ganado que les había llevado, como en una pesadilla, a Auschwitz: «*Hanka si es niña, Miško si es niño*». Miró a su hija, que tenía una bonita cara redonda y naricilla de botón y se dio cuenta de que esbozaba una sonrisa involuntaria.

«Piensa solo en cosas bonitas» le había dicho Tibor justo antes de que los separaran en la *Rampe* de Auschwitz II-Birkenau. Aquel mensaje se le había quedado grabado en el corazón. En Freiberg, Priska había decidido en secreto que, si miraba solo a niños guapos, su bebé no solo sobreviviría, sino que sería muy bonito. Mientras las demás prisioneras avanzaban de la mano, con la cabeza gacha, ella había mirado con deliberación a la cara a todos los niños arios de ojos azules y pelo rubio con los que se cruzaban por el camino. Había rezado para dar a luz a un bebé que tuviera ese aspecto, con la naricilla respingona, porque no quería que pareciera tan judío como ella; antes bien, esperaba que fuera más pálido, más polaco, como su padre.

Y le había salido bien. Hanka llegó al mundo y a su madre le parecía casi perfecta. Concebida con amor en un apartamento de Bratislava por una pareja adorable que tantísimo había perdido, la cosita que tenía en los brazos había sobrevivido a la ocupación nazi, al riguroso Auschwitz, a uno de los inviernos más crudos de la historia y a seis meses de ruido, violencia, hambre y trabajos forzados, a una Europa rota por la guerra. Con su nacimiento, desafiaba a ambos bandos del conflicto a que le pidiesen algo mejor a la vida. «Era el bebé más bonito que había visto —decía Priska de aquel saquito de huesos cubierto de piel—. Habíamos pasado tantísimas penurias y, aun así, ¡estábamos vivas!». Sabía que no habrían sobrevivido de no ser por la amabilidad de la desconocida Edita, que tanto le había ayudado a superar aquella dura prueba, así que decidió que la niña se llamara Hana Edith Löwenbein, conocida por todos como «Hana» o «Hanka».

El dolor que había tenido que soportar durante el parto y la pérdida de sangre, no obstante, le sustrajo la poca fuerza que le quedaba, por lo que tuvo que tumbarse casi inconsciente. La niña pesaba muy poco y carecía de las capas de grasa que aíslan el cuerpo, de modo que corría mucho peligro de sufrir una hipotermia. Incapaz de ofrecerles mucho sustento o cuidados médicos, la doctora Mautnerová no estaba segura de que madre e hija fueran a sobrevivir. Priska casi no recuerda las siguientes veinticuatro horas, solo que ambas durmieron profundamente. Cada vez que se despertaba,

acunaba al bebé con alegría y no podía evitar levantarle la puntita de la nariz para que tuviera un perfil todavía más *retroussé* («respingón»).

Como el fin de la guerra parecía más próximo que nunca y dada la aparente relajación de las reglas que los nazis les habían obligado a seguir hasta entonces, a unas cuantas de sus amigas les permitieron visitarla, incluida Edita, que lloró cuando Priska le dijo que la niña se llamaba como ella. Las mujeres habían juntado su preciado suministro de mermelada y lo habían mezclado con un poco de agua para prepararle un sirope a la niña, que le regalaron en el bol más limpio que habían encontrado. También cogieron un poco de aquel suave algodón blanco con las palabras «KZ Freiberg» inscritas en él y le hicieron un blusón con cuello babero, más un gorrito con un ribete azul de punto de cadeneta y florecillas rojas. Fueron dos prendas que Priska guardó siempre como un tesoro.

Las visitas le contaron que Franklin D. Roosevelt había muerto de una hemorragia cerebral el mismo día en que había dado a luz. El presidente estadounidense, que había subido al poder el mismo año que Hitler, tenía sesenta y tres años. Una prisionera oyó cómo un oficial de las SS daba la «buena noticia» a sus colegas. Las mujeres rezaron para que su muerte no prolongara la guerra.



Gorro y blusón de Hana, hechos con la tela del KZ Freiberg.

(© Wendy Holden.)

Su segundo día con vida, malnutrida, Hana «saltó» sobre el pecho de su madre. «Me chupó toda la leche, que era poco más que agua —explicaba Priska—. Era una niña muy buena. Bebió y se quedó dormida sollozando». La madre le ofrecía de mil amores todo el sustento que podía, lo que no servía más que para vaciarla a ella; aparte de que, después de alimentarla, la niña seguía pálida y arrugadita y lloraba lastimeramente.

Hasta que llegó el 14 de abril, cuando el segundo del *Unterscharführer* la despertó de una sacudida pasada la medianoche y le dijo que estaban evacuando el campo, treinta y seis horas después de haber dado a luz, de poco más se enteró Priska. «*In einer Stunde muss alles marschbereit sein!*» («¡Todo

tiene que estar listo para irnos en una hora!»), le gritó el hombre. Aquello las incluía a su bebé y a ella. Que no les pegaran un tiro allí mismo o fueran abandonadas en la enfermería significaba que ambas tenían la posibilidad de sobrevivir. «Los soviéticos llegaban a la ciudad y los alemanes nos llevaban con ellos».

Desde diciembre de 1944, los nazis se habían visto obligados a evacuar a contrarreloj campo tras campo por toda la Europa ocupada. Cuando se dieron cuenta de que lo más seguro era que perdieran la ofensiva militar, muchos estaban decididos, al menos, a ganar la guerra contra los judíos, por lo que continuaron aniquilándolos. Gasearon o mataron de un disparo a miles antes de evacuar los campos, si bien a otros les reservaron un destino diferente. El alto mando nazi creía que, pasara lo que pasase, seguirían necesitando esclavos para reconstruir el Reich. Hitler y Himmler diseñaron una *Alpenfestung* («fortaleza alpina») adonde podrían retirarse el alto mando y las tropas de élite. Se trataba de una zona que ellos pretendían extender desde el sur de Baviera hasta la Austria occidental, pasando por el norte de Italia.

Como iban a necesitar «prisioneros» para que les ayudasen a defender la franja, tomaron la decisión de trasladar al interior a todos los *Häftlinge* que hubieran sobrevivido al confinamiento en el sur. Para hacerlo de forma más rápida y eficiente, a los «elegidos» hasta que los nazis no los quisieran para nada los transportaron en tren; ahora bien, aquellos que se encontraban en lugares sin acceso al transporte ferroviario, o donde los bombardeos habían inutilizado vías y estaciones, se vieron forzados a evacuar la zona a pie. Aquellas «marchas de la muerte» durante uno de los peores inviernos que se recordaba en Europa fueron una nueva forma de tortura y sirvieron una vez más para deshacerse de los débiles y seleccionar a los fuertes.

Se calcula que, en los seis meses finales de la guerra, perecieron trescientos mil de los setecientos mil prisioneros que quedaban en los campos de concentración y exterminio, quienes hasta entonces habían desafiado a la muerte. Aquel enero, en Auschwitz, sesenta mil supervivientes tuvieron que marchar cuarenta kilómetros hasta una estación de tren, donde los subieron a convoyes y los enviaron a Alemania. Más o menos quince mil murieron —ya fuera de cansancio, congelación o inanición— en los vagones, que se convirtieron en mataderos. Muchos otros perecieron antes de llegar a los trenes, tirados en cualquier lado, pues las SS tenían órdenes de disparar a todo aquel que estuviera demasiado débil como para continuar.

A las mujeres del KZ Freiberg no les quedó otra alternativa que acatar la orden de evacuación; incluso a Priska, que no debería de haberse movido tan pronto y que carecía de ayuda para un bebé que, por lo normal, habría necesitado descansar en una incubadora.

Rachel, en un estado similar, se levantó de la cama enseguida para avisar a sus hermanas de que iban a evacuar el campo. «Estaba demasiado débil. No podía hacer nada, ni siquiera dar a luz, pero aquella noche oí que nos trasladaban a otra parte. Sabía que tenía que hacer algo, por lo que fui adonde mis hermanas y les dije: “Preparaos, que nos marchamos esta noche”». Contaba que los alemanes fueron «organizados y disciplinados hasta el último minuto» y que ordenaron a las

prisioneras que destruyeran todas las pruebas y lo limpiaran todo. Luego, marcharon por la ciudad una última vez, de cinco en cinco y a un ritmo agotador. «No sabían adónde nos llevaban; sencillamente, les habían dado la orden de que nos alejaran porque los rusos estaban cerca».

A Lisa Miková le sorprendía la velocidad a la que las habían desalojado, barracón por barracón. «Salimos por la noche. Todo lo hacían de noche —explicaba la mujer—. Vinieron y nos dijeron: “Cogedlo todo, el bol, la cuchara y la manta”. [...] Sin previo aviso, nos hicieron marchar hasta la estación a oscuras. No sabíamos que Auschwitz ya no existía y nos aterraba pensar en que nos iban a mandar allí de nuevo. Habría sido lo peor». Aunque fuera de noche, parecía que toda Freiberg estuviera movilizadada mientras aviones aliados maniobraban amenazadores sobre la ciudad. Además del gran número de refugiados que huía en dirección al sur —y que iba en aumento—, familias enteras empaquetaban sus pertenencias más valiosas y corrían a la estación o huían a pie. La llegada inminente de los soldados del Ejército Rojo les daba mucho más miedo que los aviones de la RAF.

Priska, junto con otras treinta y cinco mujeres enfermas, se encontraba entre las últimas que salieron del KZ Freiberg. Al principio les ordenaron marchar bajo la lluvia igual que las otras, pero después de recorrer unos pocos cientos de metros quedó claro que no iban a poder dar un paso más. Los soldados deliberaron, tras lo cual ordenaron al resto de reclusas que siguieran adelante mientras dejaban al borde del camino a las que se habían caído. «Las demás estaban convencidas de que iban a ejecutarlos —explicaba Priska—. Se despedían y lloraban».

Pero, en vez de descerrajarles cuatro tiros en mitad de la ciudad, delante de todo el mundo, las cargaron en una camioneta militar cubierta. Una vez dentro, las SS cerraron las puertas de golpe y se las llevaron. La pequeña Hana estaba tan letárgica que apenas lloraba o se movía, y habían empezado a salirle unas ampollitas en la piel. Su madre se la pegaba al pecho, por debajo del vestido abolsado, para intentar mantenerla caliente. Las mujeres que iban en aquella especie de furgoneta no tenían ni idea de adónde las conducían y, entre bache y bache, muchas temían que las bajaran en una zona remota y las matasen a balazos. Otras, que habían oído contar historias de Chełmno y de campos parecidos, estaban seguras de que los nazis pensaban gasearlas con el humo del tubo de escape. Priska besaba a Hana en la cabeza y rezaba. «Soy creyente, así que me decía a mí misma que todo estaba en manos de Dios y me encomendaba a su poder. Él sabía dónde había dado a luz y por eso me ayudaba».

Con el Ejército Rojo cerca de Freiberg por un lado y los estadounidenses por el otro, los nazis no podían perder el tiempo, así que cuando la furgoneta se detuvo sin razón aparente durante un buen rato —fuera cual fuese la idea inicial de los alemanes—, las mujeres se temieron lo peor hasta que no hubo arrancado de nuevo. Cuando el vehículo por fin se detuvo definitivamente y los soldados mandaron bajar a Priska y a las mujeres restantes, resultó que se hallaban en una estación donde las aguardaban las otras prisioneras, que, nada más verlas, empezaron a vitorear, pues pensaban que las habrían matado.

Se podría decir que todos los trenes de la Europa ocupada estaban destinados a movilizar tropas y

llevar municiones a uno u otro lado de los frentes avanzados, y que los coches de pasajeros que quedaron libres se habían reservado para que los ciudadanos del Reich huyeran. Por tanto, los únicos vagones disponibles para que los nazis en fuga pudieran transportar a las novecientas noventa judías y a unos cuantos prisioneros de los barracones adyacentes eran quince semivagones abiertos, y un puñado de vehículos con capota para el ganado. Algunos de ellos los habían utilizado para transportar antracita y tenían una capa de hollín que a las reclusas les llegaba a los tobillos; otros habían sido usados para trasladar animales o seres humanos; mientras que en los demás, los alemanes habían llevado suministros secos, incluida cal muerta, que les quemaría los pies a las mujeres, como si no los tuvieran ya en bastante mal estado.

La primavera había empezado húmeda y fría y, mientras metían a las mujeres en los vagones abiertos —sesenta y ochenta en cada uno—, la lluvia se convirtió en aguanieve. Como no tenían nada más que la fina manta del campo para protegerse de los elementos, se pegaron las unas a las otras de nuevo mientras los nazis cerraban las puertas. Si se ponían de puntillas, o aupaban entre sí, alcanzaban a ver el exterior. Se quedaron consternadas cuando comprobaron que sus captores habían destacado un *Aufseher* («supervisor») en casi todos los vagones para evitar que miraran afuera o intentaran escapar. Asustadísimas, empezaron a especular acerca de adónde las conducirían. Una aseguraba que había oído que las llevaban a una fábrica subterránea de munición, donde pensaban enterrarlas vivas. Otras temían que las deportaran a Flossenbürg, el campo de concentración más importante de Baviera —destino de muchas de las «marchas de la muerte»—, para exterminarlas como a alimañas. ¿De qué les servían a las SS tantas mujeres medio muertas de hambre e incapaces de trabajar en una cantera de granito?

Priska se concentró en sobrevivir a las próximas horas. Apretujada en uno de los vagones abiertos, se esforzaba por proteger a su recién nacida de los apretones y por no caerse al suelo ennegrecido. Con cuidado, le bajó el gorrito para tapparle los ojos.

Rachel iba unos cuantos vagones más adelante, a punto de dar a luz y tan débil que la habían puesto con las moribundas. Su único consuelo era que el vagón no estaba tan lleno y que, por tanto, encontró un hueco para tumbarse junto a las otras. «Íbamos como sardinas en lata». Excepto sus hermanas y unas pocas mujeres más, que viajaban en otros vagones, nadie sabía que estaba embarazada ni tenía noticias del nacimiento de Hana. La lucha por mantenerse con vida era tan dura que tenían preocupaciones mayores.

A Anka, «un esqueleto andante con harapos» embarazado de nueve meses, la habían metido en un vagón abierto usado hasta entonces para transportar carbón. Iba con Mitzka, que no estaba mucho mejor que la futura madre. Anka, tan asustada como las demás y rezando con fervor para que no las estuvieran llevando a Auschwitz, se aferró a las paredes del vagón con ambas manos para no caerse cuando el tren cambió de vía. Estaba amaneciendo.

La gigantesca locomotora, que soltaba un humo muy negro, se las llevó de una zona sitiada de Alemania hacia un destino desconocido.

EL TREN



Transporte de prisioneros en vagones abiertos, en invierno de 1944.
(© State Museum Auschwitz-Birkenau.)

Lo más probable es que nadie de los que estaban en el andén de la estación de Freiberg aquella húmeda mañana de abril de 1945 se fijase en el tren de carga que se alejaba poco a poco por la vía del oeste. Igual que con cualquier otra salida, el guardavía habría hecho oscilar la linterna a media luz, el jefe de estación habría tocado el silbato o agitado la bandera para indicar que el «especial» estaba a punto de salir y el maquinista habría abierto el regulador de vapor mientras los encargados echaban combustible en el fogón.

La única señal de que aquella no era otra locomotora militar más que transportaba suministros o municiones al frente habría sido la de las cabezas de las prisioneras más altas que, desaliñadas, asomaban por encima de las robustas paredes de los vagones. Aun así, pocos de los asustados alemanes que se arremolinaban en la estación en busca de una ruta de escape habrían sospechado siquiera que entre esas criaturas decrepitas y desmoralizadas viajara un bebé de dos días y que dos más estuvieran a punto de nacer. Aunque es probable que tampoco les hubiera importado demasiado.

Bajo la dirección del *Deutsche Reichsbahn* (DR), y asistido por varios ministros del gobierno y compañías ferroviarias asociadas, el Tercer Reich, con una red de cien mil kilómetros de vías, tenía doce mil locomotoras a su disposición, que arrastraban tanto vagones de pasajeros como de

mercancías. Aparte de su función principal, movilizar tropas y proporcionar el combustible y la maquinaria necesaria para seguir adelante con la guerra, los trenes capturados en la Europa ocupada se convirtieron en un instrumento fundamental para la «solución final» de Hitler, conocida como *Endlösung*. En ellos, los nazis transportaron un número considerable de millones de personas destinadas a morir en campos de exterminio o de trabajo.

Hasta los topes de su capacidad para mantener las cuotas de las voraces cámaras de gas, los enormes cajones de madera, a los que se accedía por grandes puertas correderas, se convirtieron en el método de transporte preferido para las «mercancías superiores» —uno de los eufemismos que, como parte de su elaborada red de engaños, usaban los nazis para designar a los «deportados»—. Lo destacable de aquellas «latas de sardinas» era que mantenían a los prisioneros ocultos y que no había forma humana de escapar de ellas, excepto muriendo. Los vagones estándar, de diez metros de largo, habían resultado ser los mejores para sacar el máximo partido al dinero invertido en una operación que, dicho sea de paso, acabó financiándose por sí misma. Acoplados, estos trenes podían llegar a transportar fácilmente las mil *Stücke* («piezas») mínimas necesarias para aprovecharse del descuento ofrecido para los transportes de mercancías a granel.

Los operarios ferroviarios alemanes solo aplicaban a las SS la tarifa de tercera clase si transportaban más de cuatrocientos pasajeros, que era de un *pfennig* por kilómetro por cada persona que aquellos trenes llevasen a los campos. Gracias a un sistema diseñado de manera maquiavélica, a veces los nazis les cargaban aquellas tasas a los prisioneros, a quienes les obligaban a pagar en metálico o con objetos valiosos o se les deducía de su «salario». Los niños menores de cuatro años no tenían que pagar para que los deportaran allí adonde iban a asesinarlos y los menores de diez solo pagaban la mitad. Las «piezas» únicamente podían comprar billetes de ida.

Millones de *Häftlinge* («prisioneros»), a los que transportaron en condiciones ideadas para infligirles el mayor sufrimiento, tuvieron que efectuar viajes que podían durar desde unas pocas horas a varios días. El viaje más largo del que se tiene constancia partió desde Corfú, Grecia, en junio de 1944, y duró dieciocho días. Cuando los nazis abrieron las puertas de los vagones en Auschwitz, cientos de personas de las dos mil que viajaban en aquel tren habían muerto. A las demás, moribundas en su mayoría, las gasearon de inmediato.

El DR también cobraba a los guardias que escoltaban a los prisioneros, si bien a ellos sí les proporcionaban billetes de ida y vuelta. En cuanto habían cargado los vagones, lo normal era que aquellos guardias —hombres y mujeres— se subieran a los compartimentos elevados construidos para los guardafrenos, una adición habitual en los trenes continentales, o viajaran en coches adyacentes en asientos confortables. En poquísimas ocasiones permanecían en los mismos vagones apestosos que la carga transportada. Aun así, no a todos los guardias o encargados del tren les parecía bien tener que acompañar aquellos envíos. Después del primer viaje de doce horas que hacían entre Terezín y Auschwitz, algunos soldados decían que había sido durísimo y que preferían que los enviaran al frente.



Vagón continental con compartimento elevado, usado para transportar prisioneros. (© Wendy Holden.)

Por lo que consta en los registros, un encargado de tren llamado Adolf Filipik, al que le habían ordenado que llevase un transporte de *Häftlinge*, tuvo un ataque de nervios y no pudo seguir trabajando después de entregar la carga. En Kolín, a cincuenta kilómetros de Praga, los maquinistas de un tren y su supervisor sufrieron un ataque similar por culpa de la presión y no pudieron seguir desempeñando el «servicio extraordinario». Quienes los reemplazaron solo llegaron a Český Brod, donde tuvieron que hospitalizarlos. En esos casos, los nazis destacaban como maquinistas a soldados de las SS.

A pesar de estas pocas interrupciones incómodas en lo que fue un servicio efectivísimo que se llevó a cabo con gran profesionalidad y sangre fría, los nazis utilizaban aquellos vagones de mercancías una y otra vez y los limpiaban después de cada entrega, antes de mandarlos de vuelta. En algunos de los vagones había aros de metal y cuerdas para atar las reses y algunos prisioneros los utilizaban para quitarse la vida, pues lo preferían a la incertidumbre. A decir verdad, si hubiera sido ganado lo que llevaran en aquellos coches, incluso a los animales los habrían tratado con mayor compasión, con paja esparcida por el suelo y medidas humanitarias fundamentales que redujesen su sufrimiento. No hubo concesiones así para los enemigos del Reich.

Las potentes *Kriegslokomotiven* de Clase 52, llamadas también «locomotoras de guerra», y convertidas en símbolo del dominio nazi, fueron las que, con diferencia, realizaron más viajes a los campos; de hecho, hicieron factible la «solución final» de Hitler. Los trabajadores de las naciones ocupadas que —bajo supervisión de los nazis— conducían, alimentaban, fumigaban o permitían el paso de los trenes, también desempeñaron su papel. Dichos empleados, a quienes advirtieron repetidas veces de que les dispararían si ayudaban a alguno de los presos transportados, no solo

contribuyeron a la eficacia de la aniquilación planeada —a menudo, incluso le sacaban beneficio—, sino que se convirtieron en cómplices involuntarios de aquellos asesinatos industrializados.

Algunas de las autoridades a las que los nazis comunicaron cuál era el verdadero propósito de los trenes se mostraron tan horrorizadas por el hecho de que la «mercancía superior» cruzara su distrito —sobre todo al final de la guerra— que les negaron el paso. Por desgracia, aquello solo servía para que a los prisioneros los devolvieran al infierno de sus campos o para que los «despacharan» allí donde se hubiera interrumpido el viaje. Sin embargo, a la mayoría de los transportes no se le puso ninguna pega para que continuara su camino.

No es probable que, con todo el ruido que hacía el tren, los maquinistas y demás oyeran los aullidos de angustia y los gritos de desesperación con los que pedían agua aquellos a quienes transportaban, pero es imposible que no lo hicieran cuando se detenían por ataques aéreos, toques de queda, apagones o cuando tenían que dejar paso a los trenes con preferencia. Hay informes que indican que, durante las numerosas detenciones, los guardias de las SS y los empleados ferroviarios provocaban a los pasajeros y les pedían joyas, ropa o dinero a cambio del agua que tanto ansiaban y que a menudo cobraban el preciado pago y, después, se negaban a darles el refresco.

Todo empleado de mantenimiento que trabajara en aquellos convoyes o cerca de ellos tuvo que contener el aliento dada la peste a orina y excrementos, que goteaban por los vagones; hubo de ser testigo necesariamente de cómo, en las diferentes paradas, los nazis se deshacían de los cadáveres de aquellos que no conseguían alcanzar su destino. Se dice que a algunos maquinistas les pagaban con vodka para que el alcohol les nublara los sentidos o les ayudase a sobrellevar en qué se habían convertido. Otros aceptaban el trabajo por el dinero o porque tenían demasiado miedo como para protestar. Mientras viajaban por toda Europa, los trenes también pasaban a diario por delante de cientos de civiles —ciudadanos normales y corrientes que veían, oían y olían aquellos transportes que, después, volvían vacíos—. La mayoría de ellos no hacía nada, pero unos pocos corrían grandes riesgos tratando de avisar a los que vivían más adelante para que estos estuvieran preparados y les lanzasen comida, botellas con agua, ropa y mantas.

Otros ayudaban a los numerosos —aunque pequeños— grupos de la resistencia, que estaban decididos a acabar con el tráfico enemigo, incluido este mercadeo letal. A pesar de que fueran crímenes que los nazis castigaban con la tortura o la ejecución, estos guerrilleros volaban vías, sabotaban señales, frenos y motores, dejaban abiertos los grifos, robaban carbón y, mediante emboscadas y descarrilamientos, obligaban a los maquinistas a parar. Aquellos valientes partisanos, miembros de la resistencia, hicieron mucho para trastocar el buen funcionamiento de la maquinaria asesina nazi.

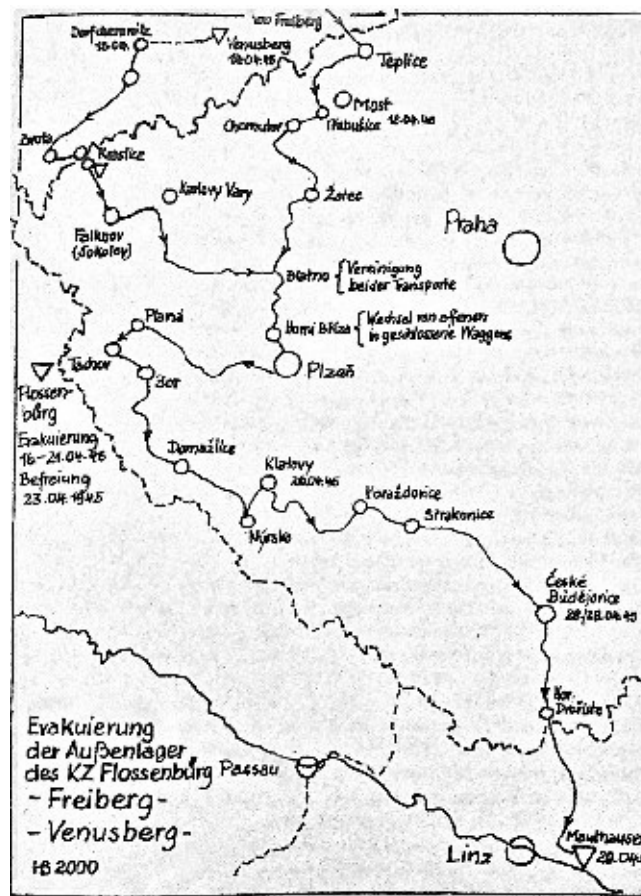
No obstante, las mujeres del KZ Freiberg, enfermas y hambrientas, no tuvieron ayuda alguna. Con tormentas de nieve y temperaturas que llegarían a bajar de 0 °C, se acurrucaban las unas contra las otras en los pocos centímetros de espacio de que disponían. «Ni siquiera podíamos sentarnos todas al mismo tiempo —comentaba Klara Löffová—. Andaban cortos de vagones, así que nos metieron a

presión en los que había. [...] Abril en Europa: frío, nieve, lluvia... Era horrible». Una vez más, sin agua ni comida, expuestas a la inclemencia y a oscuras gran parte del tiempo, estaban a merced de los nazis mientras aquella locomotora las llevaba a todo trapo a un lugar incierto del que temían no volver, y que se mantenía al acecho agazapado en las sombras.

La ruta que seguían hacia el sur las condujo por el noroeste ocupado de los Sudetes y por ciudades del Protectorado, como Teplice-Šanov, antes de torcer hacia Most y Chomutov. El alto mando alemán tuvo que planear el itinerario una y otra vez con ayuda del *Böhmisch-Mährische Bahn* («Ferrocarriles de Bohemia y Moravia, BMB»). A lo largo del camino, la BMB precisó reabrir tramos de vías a toda prisa y alertar a los guardavías para que el tren pudiera continuar su camino de muerte avanzando por raíles relucientes. Las mujeres estaban indefensas en manos de quienes no tenían ningún respeto por la vida humana y creían que no había forma de escapar del inevitable fin. Durante el viaje, equivalente a una sentencia de muerte, las noches de aquellas mujeres —comidas por los piojos— se convertían en días, que se mudaban de nuevo en noches, y así pasaba el tiempo, sin que llegaran nunca a su destino.

«No sabíamos adónde íbamos, pero teníamos muchísimo miedo —contaba Lisa Miková—. Los vagones no tenían techo y no dejaba de llover; a veces, incluso nevaba. Por lo menos, bebíamos el agua de la lluvia o nos comíamos la nieve. [...] A veces, no solo viajábamos de día, sino que también lo hacíamos de noche; dependía de los ataques aéreos. Por la noche hacía mucho frío, y era entonces cuando muchas morían.»

Para aquellas que seguían enteras, el tormento psicológico era terrible. Muchas no podían concebir que, después de todo lo que habían pasado, aún existiera una probabilidad tan alta de asesinarlas. ¿Habían soportado tanto para que acabaran matándolas en otro sitio peor, como Flossenbürg, un campo dirigido en su mayoría por criminales? Se calcula que unos cien mil prisioneros pasaron por el complejo de Flossenbürg y que un tercio de ellos murió, incluidos tres mil quinientos judíos. Allí, la brutalidad y la explotación sexual estaban a la orden del día. No tenían ni idea de que los nazis hubieran evacuado aquel campo dos días después de que ellas salieran de Freiberg y de que a sus dieciséis mil prisioneros los obligaran a comenzar a pie una «marcha de la muerte», tras lo cual los habían subido a un tren de ganado con destino al campo de concentración de Dachau, en Alemania. Se calcula que la mitad fallecieron antes de llegar a su destino y que, una vez allí, la mayoría de los presos restantes murieron de inanición, cansancio o bien gaseados.



Mapa de la ruta desde Freiberg. (© Doctor Michael Düsing/Hans Brenner.)

Dado que los aviones aliados llevaban a cabo misiones sin descanso bombardeando ciudades y vías por delante y por detrás del lento tren procedente de Freiberg, la creciente confusión de los soldados acerca de cuál era su destino y el caos que había en las salas de control ferroviario hacían que los retrasos fueran cada vez mayores. Mientras zigzagueaban entre ambos frentes, cubiertas por aquellas mantas empapadas que tenían, las mujeres esperaban y rezaban. Gerty Taussig decía: «No podíamos ver a nuestro alrededor, solo mirar hacia arriba. En el cielo veíamos combates aéreos y bombarderos aliados que se dirigían a su próximo objetivo, pero estábamos tan débiles que ni siquiera podíamos saludarles con la mano. De vez en cuando, las guardias nos permitían salir para que nos aliviáramos, pero siempre nos vigilaban de cerca. Intentábamos arrancar la hierba que crecía entre las vías, que era lo único que teníamos para comer, a menos que nos echaran algo de pan al vagón, lo que provocaba una gran pelea porque todas queríamos alguna migaja».

Muy a menudo, las prisioneras tenían la boca y la garganta tan secas que, por mucha hambre que tuvieran, apenas si podían tragar las sobras que les ofrecían. Se quedaban agarrando los preciados bocados con fuerza mientras el tren las sacudía de uno a otro lado. Lisa Miková explicaba: «Lo único que sabíamos era que los Aliados habían destruido la línea por la que se llegaba a nuestro destino, de modo que tenían que trasladarnos a alguna otra parte. El tren paraba y arrancaba cada dos por tres y, cada vez que nos deteníamos, los soldados abrían las puertas para que echáramos afuera a las

muertas. Casi a diario veíamos otros trenes de transporte, llenos de prisioneros con trajes a rayas. Algunos iban en nuestra dirección y otros, en la opuesta».

Aquellas a quienes las reclusas alzaban con cautela por encima de las paredes del vagón para otear les informaron de que el tren había cruzado la frontera de Bohemia y Moravia porque veían que las estaciones por las que circulaban tenían nombre checo. Igual que en el resto de la Europa ocupada, los nazis le habían dado un nombre alemán a cada población, pero a menudo el original seguía a la vista o solo lo habían borrado en parte. A las checas que viajaban en el tren les alegró oír que estaban «en casa». Hana Fischerová, una superviviente de Plzeň, decía: «Es difícil explicar lo que sentía mientras cruzábamos mi país. [...] Estabas en casa pero, al mismo tiempo, seguías adelante hacia un destino incierto del que se suponía que jamás volverías».

A pesar del ruido que hacían las sirenas y los cañones antiaéreos, oían gritos como «*Nazdar!*» («¡Hola!») o «*Zůstat Naživu!*» («¡Resistid!»), al tiempo que los checos les aseguraban que la guerra estaba a punto de terminar. La gente corría hasta el tren para echarles comida a pesar de que los guardias amenazasen con disparar. Sin embargo, su triste odisea continuaba, lo que renovaba su agonía. Mientras el tren se acercaba poco a poco a su destino, de estación en estación, Anka rezaba para que girase al sureste, hacia Terezín. «A aquellas alturas, el gueto nos parecía un paraíso [...] al alcance de la mano [...] a pesar de encontrarme sin agua, comida, ni nada con qué taparme [...] todo me parecía improbable y horrible... ¡y estaba de nueve meses!».

En condiciones tan nefastas, muchas prisioneras se derrumbaban. Los piojos se las comían de día y de noche y lo único que podían hacer al respecto era rascarse y rascarse. Delirando por culpa del hambre, algunas se desmayaban de pie o yacían de costado, apretadas contra las demás, como les pasaba en Auschwitz. Les habían ordenado que cogieran el bol y la cuchara, lo que, a aquellas alturas, les parecía una broma de mal gusto. El cuerpo se les gastaba aún más por debajo de aquellos vestidos llenos de agujeros y la esperanza también se estaba agotando.

A las que morían las apilaban en un rincón —un espectáculo macabro de extremidades blancas y huesudas— hasta que pudieran deshacerse de ellas. Muertas, sin el problema del hambre ya, las miraban sin verlas, y ellas les quitaban los zapatos antes de tirarlas donde nadie las encontrara. Otras pobres llevaban la muerte en la mirada y estaba claro que no sobrevivirían a las siguientes veinticuatro horas. Durante la primera semana, en el vagón de Gerty Taussig murieron ochenta mujeres. «Con catorce años, solo era capaz de dar gracias porque hubiera un poco más de espacio para las demás —decía—. No hacíamos ninguna ceremonia, ni siquiera rezábamos, mientras las dejaban tiradas junto a las vías para que se pudriesen». En uno de los distritos del Protectorado descubrieron más de cien cuerpos abandonados por uno de aquellos transportes.

Rachel contaba que, cada vez que el tren cambiaba de vía para entrar en un tramo muerto o en un área de clasificación, los *Aufseher* («supervisores») de las SS iban a la granja o tienda más cercana y pedían comida para las prisioneras o, sencillamente, se llevaban lo que quisieran —huevos, por lo

general, que cocinaban más tarde en las estufitas de sus vagones—. Las mujeres olían los huevos fritos, pero los nazis rara vez compartían su botín.

Acosadas más por la quemazón de la sed que por el hambre, las prisioneras imploraban sin descanso que les proporcionaran agua —«*Wasser! Bitte! Trinken!*»—, pero pocos se daban por enterados. En un momento dado, sin embargo, Rachel se sorprendió porque una de las guardias de las SS destacada en su vagón le ofreció un poco de agua y comida a cucharadas. En el vagón nadie alcanzaba a comprender aquel repentino cambio de actitud y recelaban, pero Rachel estaba tan débil que ni se inmutó. «Mientras me daba de comer, les decía: “Dejadme en paz, no tengo fuerzas”».

Y así, traqueteando, la repugnante prisión sobre ruedas seguía adelante, llevando su miserable carga humana a un destino inhumano. Aquellas mujeres jóvenes, que habían sido guapas y cultas, muchas de las cuales representaban la flor y nata de la sociedad en las mejores ciudades de Europa, quedaron reducidas a espectros. Reptaban con las alimañas y desprendían olores asquerosos, se les caían los dientes y la piel se les había rasgado en llagas y ampollas. Hacía meses —si no años— que no veían su reflejo, pero cada vez que miraban a alguna de las otras *Häftlinge*, con los labios cuarteados, las mejillas hundidas y el pelo como un escobón, se daban cuenta de que ese era justo el aspecto que debían de tener y su descorazonamiento aumentaba. «No teníamos comida. No podíamos lavarnos. Íbamos cubiertas del hollín del carbón, que era grasiento, y no te sentías humana en absoluto. Era aterrador», contaba Anka.

Cada vez que se detenían en un apartadero, los trenes de pasajeros regulares y los de tropas pasaban por su lado. Mientras ellas, temblando, se agachaban para aliviarse o buscaban semillas a la desesperada sin apartarse mucho del vagón, veían pasar a personas bien alimentadas y vestidas que las miraban como si no existieran. Por si aquello fuera poco, a veces olían el aroma que salía de la cocina de las casas por las que pasaban —a carne, pan, verduras o pescado que casi las volvía locas—. Hacía tiempo que habían dejado de lado la «tortura» de comentar recetas elaboradas o de hablar siquiera de comida. Por lo general, permanecían encerradas en su infierno particular.

Lisa Miková comentaba que no veían el final de todo aquello, por lo que la mayoría de ellas se encerraban en sí mismas y apenas hablaban. Otras, en cambio, hablaban mucho con la intención de levantar la moral. «Les preguntábamos: “¿Qué veis?”, “¿Os habéis enterado de algo?” o “¿Conocéis ese pueblo?” Todas teníamos momentos horribles en los que perdíamos la esperanza, pero intentábamos ayudarnos entre nosotras, tanto en el plano físico como en el emocional». Apiñadas las unas contra las otras sin compasión, su viaje hacia la oscuridad seguía su rumbo. A menudo sin motivo aparente, el tren hacía paradas largas que las desconcertaban. Cada vez que se detenían, las mujeres pedían a gritos un poco de agua, pero los soldados de las SS, indiferentes, no les ofrecían ni una gota. En una de las paradas, un puñado de mujeres se tambaleó hasta un charco de agua sucia, pero los guardias, aburridos, dispararon para asustarlas y les ordenaron que volvieran al tren. Cada vez que había un ataque aéreo, el tren se paraba y los de las SS salían huyendo o se metían debajo del convoy. A cada nueva ocasión, las mujeres rezaban para que las bombardearan y se decían las unas a

las otras: «¡Sería maravilloso que nos cayera una bomba ahora mismo! ¡Están debajo de nosotras y los aplastaría!».

La preocupación principal de Priska consistía en que la pequeña Hana comiera, pero tenía los pechos planos y la poca leche que daban no debía de tener mucha sustancia. Durante el embarazo, cuando tendría que haber estado comiendo al menos quinientas calorías más de la dieta que llevaba antes de la guerra, tanto ella como el resto de madres se habían visto obligadas a vivir con entre ciento cincuenta y trescientas calorías al día, sin hierro ni proteínas; y eso que los alemanes las obligaban a realizar entre doce y catorce horas de trabajos forzados todos los días de la semana bajo temperaturas extremas.

Unos vagones por delante, Rachel, que no pesaba más que treinta kilos, no podía seguir soportando el peso de aquella barriga distendida, por lo que se tumbó en el duro suelo del vagón abierto, con el cuello agarrotado, apretada entre carcasas de huesos. A punto de dar a luz, pero también de morir —a pesar de las atenciones de la guardia de las SS—, no podía ni plantearse el parto. Además de su propia incomodidad, había una mujer con severos problemas mentales que la atormentaba con que necesitaba poner los pies en alto porque los tenía muy hinchados. «Los tobillos de la mujer parecían botas, sí, pero el único lugar elevado [...] era mi estómago, ¡que es donde los ponía! —se quejaba Rachel—. No existe idioma en el mundo capaz de describir lo que alcanzamos a ver y de qué modo vivíamos. [...] A veces me pregunto: “¿Cómo lo conseguiste?”».

Anka también se esforzaba por mantenerse en pie y ser positiva: «Nevaba, llovía y, después, salía el sol. Estábamos cubiertas de aquel hollín grasiento. [...] Teníamos frío y calor, calor y frío, íbamos desaseadas y hambrientas. [...] Cuando llovía, el hollín se nos pegaba... ¡menudo aspecto debíamos de tener! Me alegro mucho de no haberme visto. [...] El espíritu humano me permitió seguir adelante».

Más o menos el 18 de abril, el tren se detuvo en un apartadero cerca de Tribschitz, no muy lejos de Most, para permitirle el paso a unos transportes preferentes que llevaban municiones y soldados heridos; y allí se quedaron las mujeres de Freiberg durante varios días, estacionadas hasta que por fin volvió a ser seguro proseguir el viaje. En una vía muerta paralela había un transporte procedente del campo de trabajos forzados y de concentración de Buchenwald, situado en Alemania y liberado a principios de abril. Algunos de los prisioneros, a los que habían evacuado antes de la liberación, les pidieron que les contaran noticias. Incluso consiguieron intercambiar algunas prendas llenas de piojos antes de que el tren de Freiberg reemprendiera el viaje a Most.

Situada entre los montes de la Bohemia Central y los montes Metálicos, Most —renombrada Brůx por los alemanes— era una ciudad muy industrializada que disponía de un gran nudo ferroviario para llegar a sus plantas de combustible petroquímico y sintético. Los bombarderos británicos y estadounidenses que habían tomado parte en la denominada «Campaña Petrolífera de la Segunda Guerra Mundial» la atacaban una y otra vez. A pesar de los continuos hostigamientos aéreos y con el sistema ferroviario checo sumido en el caos, el tren de Freiberg siguió adelante y fue abriéndose paso poco a poco hacia Chomutov, la ciudad del acero. Pero, de pronto, debido a la creciente

confusión, le hicieron dar media vuelta y volver por donde había venido para alejarse del frente estadounidense.

En algún punto de la ruta, se detuvieron para que otro transporte que llevaba casi a novecientos prisioneros de Flossenbürg y Venusberg —campo satélite del primero—, se acoplara a su convoy. También había prisioneros de un campo en el que se manufacturaba *bazucas* («lanzacohetes antitanques»). Sin embargo, las mujeres de la fábrica Freia, que ignoraban incluso lo que pasaba en el vagón de al lado, no tenían forma de saber cuanto sucedía en la otra punta del tren. Ellas luchaban por sobrevivir.

Obligado a detenerse en una localidad vulnerable donde lo veían con claridad desde el aire, el serpenteante tren acabó atrapado entre Most y Chomutov cuando ambas ciudades sufrieron duros ataques aéreos el 19 de abril. En mitad de la noche, en lo crudo del bombardeo, Rachel rompió aguas. Mientras los pilotos aliados lanzaban su carga letal y las bombas hacían que el suelo retumbara no muy lejos de allí, se puso de parto. Rachel, despatarrada en el vagón cubierto de heces en el que yacían varias mujeres que habían muerto hacía poco, tiritaba bajo su manta empapada. Era la primera vez que sentía contracciones y enseguida tuvo claro que el bebé que habían concebido Monik y ella en la buhardilla del gueto de Łódź hacía, en su opinión, una eternidad, estaba dispuesto a venir al mundo a pesar de todo.

Resollando, cuando las contracciones le contrajeron el cuerpo agarró con fuerza el brazo de su hermana Sala. La guardia llamó pidiendo auxilio y alguien encontró a Edita Mautnerová, la doctora checa que, en la enfermería de Freiberg, había ayudado a nacer a Hana, la hija de Priska. Los guardias encendieron una linterna para que la médico viera cuándo asomaba la cabeza el bebé. Enseguida, por el tren se corrió la voz de que estaba naciendo un niño, por lo que otros soldados se acercaron a mirar y —sin duda— a apostar. Rachel estaba indignada: «¿Te imaginas dando a luz en una vagoneta de carbón abierta, rodeada de gente?».

Durante horas, iluminada por los disparos antiaéreos y mientras la lluvia de abril la empapaba, Rachel permaneció recostada contra una de las paredes del vagón mientras se esforzaba por soportar las oleadas de dolor. Entonces, hacia el final de la noche, o quizá a primera hora de la mañana, calada hasta los huesos y congelada, pegó un último grito y dio a luz a una criatura diminuta. El bebé, que apenas parecía humano, era, según le dijo alguien: «Pequeñísimo y un niño». «¡Otro judío para el Führer!», gritó uno de los soldados de las SS entre risas.

A oscuras en su litera de Freiberg, en secreto, cuando se había permitido pensar en el bebé que crecía en su interior, Rachel había decidido llamarlo Max (aunque más tarde acabó poniéndole Mark). El niño, cubierto por la sangre de su madre, tenía el cuerpecito arrugado, incluida la carita. Debía de pesar menos de un kilo trescientos gramos. Su madre, que estaba demasiado débil como para sentirse contenta siquiera, se quedó insensible: «Me sentía desconcertada: “Entonces, ¿tengo o no tengo un bebé?” No sabíamos lo que iba a pasar». Con tanta suciedad alrededor y sin objetos afilados a mano, nadie sabía cómo cortar el cordón umbilical que los había conectado a ambos, manteniendo al bebé

con vida hasta entonces. Alguien sugirió que la madre lo cortara con los dientes. Al final, una guardia de las SS le tendió un cuchillo sucio a la doctora. «También nos trajeron una caja de cartón que usaban para guardar el pan y metieron al bebé en ella —contaba Rachel—. No paraba de llover y nevar, así que no sacaba al niño de la caja».

Por increíble que parezca, y al igual que Priska, Rachel tenía un poco de leche en los pechos y fue capaz de alimentar al recién nacido. En aquel momento lo desconocía, pero se ha comprobado que el cuerpo de las mujeres embarazadas desnutridas reconoce el tamaño y la vulnerabilidad del bebé que lleva dentro, de modo que produce leche con un altísimo contenido graso, aunque dicho proceso suele secar a la madre, lo que es muy peligroso. «Me alegraba de contar con suficiente leche». No obstante, no tenía nada con lo que limpiar a su hijo y era poca la ropa de la que disponía para protegerlo de las inclemencias del tiempo.

«¿Qué día es?», preguntó Rachel, decidida a recordar el cumpleaños del bebé, viviera o no. Nadie estaba seguro, hasta que la guardia de las SS que se había preocupado por ella le dijo: «El niño y Hitler van a compartir cumpleaños. Es 20 de abril. Quizás eso lo salve». A Rachel le dieron una «ración adicional» de pan; no porque hubiera dado a luz, sino porque aquello había hecho recordar a los guardias el cumpleaños del Führer. En un acceso de humanidad extraño en ellos, otra de las guardias le entregó una vieja camiseta para que envolviera al bebé. La madre seguía llevando únicamente el vestido de la tullida —el del canesú extraíble— que había recibido en Auschwitz, el cual después de siete meses de uso diario estaba hecho un harapo; y no solo temblaba de frío, sino también por la conmoción. Mientras soltaba la placenta, alguien le buscó un abrigo y se lo echó por encima de los hombros.

Abrumada y debilitada, Rachel preguntó si podía ver a sus otras dos hermanas y la guardia recorrió el tren buscando a Sala y a Ester. Cuando las dos jóvenes, varios vagones más allá, oyeron su nombre, tuvieron miedo de responder, pero acabaron haciéndolo.

—Vuestra hermana ha tenido un niño —les dijo.

—¿Podemos ir a verla? —preguntaron fascinadas.

Se quedaron sorprendidísimas cuando les dijo que sí. Les ayudaron a bajar del vagón por primera vez en muchos días y ambas se acercaron tambaleándose hasta el coche en el que había nacido su sobrino, donde los encontraron a ambos en un estado lamentable. «Estaba en una esquina con un sobretodo por encima. No era una imagen bonita», contaba Sala. El vagón apestaba y alrededor de su hermana había mujeres moribundas e incluso muertas. «Se la veía tan débil que nos convencimos de que el niño no iba a sobrevivir, así que no sentimos ni alegría por ella. Luego, nos devolvieron a nuestro vagón. No podíamos parar de llorar porque pensábamos que no volveríamos a verlos».

El tren siguió adelante, esta vez más rápido, dejando atrás la bombardeada Chomutov camino de Zatec. Las prisioneras eran incapaces de atisbar el final de su sufrimiento. Era el octavo día que pasaban en aquel transporte y una vez más volvieron a detenerse a esperar. «De vez en cuando, algunas personas lanzaban pan a los vagones. Era indescriptible», explicaba Anka. La mayor parte de

las veces, la guardia que las acompañaba lo confiscaba y se negaba a compartirlo, aunque a veces eran capaces de pillar un pedazo y se lo comían a toda prisa. Anka, imposibilitada por la barriga de embarazada, no conseguía alcanzar ninguno. Medio tumbada, medio sentada y describiéndose como «el epítome del hambre viviente», le oyó decir a una prisionera que miraba por encima de las paredes que afuera ondeaban decenas de banderas nazis. «Es el cumpleaños de Hitler», les explicó una guardia.

«Entonces, también es mi cumpleaños», respondió Anka, muy debilitada, y sus amigas intentaron animarla diciendo que, en realidad, aquellas banderas rojas y negras eran para ella. Intentó recordar en qué año estaban y se dio cuenta de que tenía que tratarse de 1945, lo que significaba que cumplía veintiocho años. Al enterarse de que era su cumpleaños, inesperadamente, la guardia le tiró un pedazo de pan. Aquel maná caído del cielo parecía todo un milagro después de llevar tanto tiempo comiendo apenas. Mientras agarraba el bocado como si fuera un premio, nunca se había alegrado tanto de compartir cumpleaños con el Führer desde que naciera el 20 de abril de 1917 en Třebechovice pod Orebem, hija de Stanislav e Ida Kauder.

Por la posición del sol, que observaban mientras los aviones aliados giraban y rotaban para evitar los cañonazos antiáéreos, las prisioneras se preguntaban si las estarían conduciendo a Plzeň, una de las ciudades fronterizas de los Sudetes. Plzeň era famosa por su cerveza de tipo Pilsen, pero lo que no sabían era que se trataba de la localidad elegida por la Wehrmacht para fabricar sus temidos tanques Panzer, en el enorme complejo de Armamento Škoda. Mientras los soviéticos avanzaban hacia la ciudad por delante de los estadounidenses, estos últimos bombardeaban la población y sus vías ferroviarias de continuo para impedir que la planta fabricase y movilizase más Panzers, obuses y destructores de tanques. De un día para otro, no obstante, los estadounidenses decidieron arrasar la fábrica e impedir con ello que una de las factorías de munición más grandes del Reich cayera en manos soviéticas. Casi trescientos B-17 «Fortaleza Volante» y unos doscientos cazas de la Octava Fuerza Aérea se prepararon para la misión que se llevaría a cabo el miércoles 25 de abril de 1945. Aquella sería la última operación bélica de la guerra.

Con el bebé Max Friedman y su madre Rachel, que no era sino piel y huesos, en uno de los vagones y Priska en otro, intentando que la macilenta Hana mamase; Anka, que rezaba por no dar a luz todavía, se agarró su hinchada barriga mientras el tren se acercaba a la ciudad.

El sábado 21 de abril, después de que el general Eisenhower hubiera anunciado el inminente ataque sobre Plzeň, el tren se vio obligado a desviarse por una vía secundaria por la que ningún transporte de prisioneros se había aventurado jamás. Bajo una intensa lluvia, aquella noche arribó a la pequeña Horní Bříza —renombrada Ober Birken por los alemanes—, donde se detuvo de golpe por orden de Antonin Pavlíček, su jefe de estación.

El hombre tenía el pelo canoso y dos hijos. Había vivido y trabajado en la casa de la estación desde 1930 y se jactaba de dar un servicio la mar de puntual tanto a los trenes como a los tres mil habitantes de la ciudad. También era conocido por llevar unos registros muy meticulosos. Estaba encargado de

la supervisión de varios empleados y en la comunidad era muy admirado por su buen carácter y posición social.

A Horní Bříza, cuya única industria era una fábrica de arcilla del siglo XIX, apenas le había afectado la guerra. A los cinco judíos que vivían en ella los habían detenido y enviado a los campos de concentración poco después de la ocupación alemana y solo habían estallado disturbios menores entre las Juventudes Hitlerianas y los jóvenes de la ciudad. Por lo demás, la vida cotidiana apenas había cambiado bajo el gobierno nazi. La Fábrica de Caolín y Arcilla Refractaria de Bohemia Occidental existía en la ciudad desde 1899, e incluso había seguido en manos checas tras la ocupación. Sacaba cuarenta mil toneladas de caolín al año y producía veintidós mil toneladas de artículos de cerámica, arcilla refractaria y sílice que, en su mayoría, exportaba. Unos pocos partisanos trabajadores en la fábrica habían causado algunos problemas llamando la indeseada atención de la Gestapo de Plzeň, que se llevó a los agitadores —de quienes nunca más se supo—; pero, aparte de unos pocos acontecimientos desafortunados, la vida continuaba más o menos como antes de la guerra.



Antonin Pavlíček, jefe de estación de Horní Bříza. (© Horní Bříza Museum.)

Debido a los frecuentes ataques aéreos sobre Plzeň y las zonas circundantes, el señor Pavlíček se había encontrado, de pronto, a cargo de una estación muchísimo más atareada de lo normal. El 12 de abril, un tren lleno de soldados colaboracionistas soviéticos del ejército de Liberación Nacional Ruso —conocidos como «vlasovitas» por encontrarse bajo el mando de Andrey Vlasov, exgeneral del Ejército Rojo— llegó a Horní Bříza, lo que atrajo el fuego aliado. Los soldados huyeron del tren abandonándolo. Cinco días después, en la madrugada del 17 de abril, cazas soviéticos sobrevolaron

la ciudad, bombardearon edificios y dañaron el suministro eléctrico. Mientras las sirenas antiaéreas aullaban, nueve aviones atacaron también el transporte abandonado por los vlasovitas y las locomotoras, lo que provocó daños en los almacenes cercanos. El señor Pavlíček, que se negaba a abandonar su puesto, siguió llevando a cabo sus registros minuciosos y cuando volvió la luz fue capaz de entregar un informe detalladísimo a sus superiores en Praga; informe que se conserva en la actualidad.



El tren vlasovita en Horní Bříza. (© Horní Bříza Museum.)

Cuatro días después, la noche del 21 de abril, el transporte de Freiberg llegaba a aquel valle boscoso y se detenía en Horní Bříza. Antes, los «trenes especiales» como aquel rodeaban la ciudad para tomar la línea del sur, mucho más rápida. Con su eficacia usual, el señor Pavlíček anotó que aquel era el tren número 7.548 y que llegaba justo a las ocho y cincuenta y ocho de la noche. «El convoy arrastraba cuarenta y cinco vagones y estaba compuesto por tres transportes —uno de hombres y dos de mujeres—», escribió. Algunos de los vagones contenían hasta cien prisioneros y calculó que, en total, debían de viajar allí unas tres mil personas. También anotó: «Dos de los transportes están compuestos por vagones cerrados, mientras que uno de los transportes de mujeres arrastra quince vagones semiabiertos».

Como estaban reparando la vía más adelante —y tardarían al menos veinticuatro horas en acabar—, aparcaron el tren en la vía de clasificación de la fábrica de caolín, cerca de la estación. Aquel ferrocarril medía más de quinientos metros y los vagones más alejados ni se veían desde la ciudad al perderse tras la curva.

A pesar del gobierno nazi, el tren estaba, oficialmente, bajo jurisdicción del señor Pavlíček, quien ignoró los esfuerzos de los soldados de las SS por mantenerle apartado e insistió en recorrerlo

entero por mucho que estuviera lloviendo. Fue en ese momento cuando el horror de la carga viviente lo impactó por primera vez. Muchas de las puertas de los vagones estaban abiertas y se quedó estupefacto al ver a cientos de criaturas cadavéricas, enfermas o muriéndose de inanición, enfermedades, frío o humedad. Aunque le repelía el olor que desprendían los prisioneros y su apariencia, al jefe de estación le sorprendió aún más el comportamiento que tenían los guardias con aquellos seres humanos que, en sus propias palabras, era «brutal» y «grosero», en especial el de las guardias.

Al darse cuenta de que las reclusas que viajaban en los vagones abiertos eran muy vulnerables a aquella lluvia casi constante y a las «temperaturas extremas» que estaban padeciendo, el hombre exigió hablar con el comandante del transporte, a quien le hizo una sugerencia muy audaz. El tren vlasovita abandonado una semana antes llevaba varios vagones de mercancías, por lo que el señor Pavlíček propuso que, «por razones humanitarias», fueran sustituidos por aquellos vagones abiertos, tantos como fuera posible. Los que conocían al *Unterscharführer* Šára sabían que el jefe de estación estaba corriendo un grave riesgo. De hecho, en un primer momento, el comandante alemán lo empujó a un lado y bien podría haberle disparado por su imprudencia. Sin embargo, el hombre estaba decidido a hacer algo para ayudar a los prisioneros que, temporalmente, se hallaban bajo su control, por lo que insistió.

Jaroslav Lang, que contaba diez años en 1945, miró por la ventana de casa, a quince metros escasos de las vías, intrigado por aquel tren de mercancías de largura inusual. «Aquel día no fuimos al colegio porque había aviones por todos lados y era demasiado peligroso. Mi hermano mayor, Milan, y yo vimos el tren y observamos cómo el jefe de estación discutía con el comandante de las SS, pero no sabíamos por qué. Había varios oficiales y muchos soldados armados. Eran muy estrictos y las SS gritaban a la gente que se mantuviera apartada. Estaba claro que no querían que presenciáramos nada. Se trataba de la primera vez que mi hermano y yo veíamos soldados de las SS o alemanes con casco en la ciudad. Éramos jóvenes y todo nos provocaba una curiosidad terrible. Resultaba muy emocionante».

Las tensas negociaciones del señor Pavlíček prosiguieron varias horas y, tras ofrecer generosos suministros de comida y bebida a los soldados, por fin persuadió a Šára para que acomodara en los vagones cubiertos a tantas mujeres temblorosas como pudiera. «El cambio se produjo tras llegar a un acuerdo con el comandante del convoy —explicó más tarde—. Las personas del tren tenían hambre, pero los alemanes no permitían que nadie se acercase a ellas por la noche. Mientras movíamos el transporte y las conducíamos a los vagones cubiertos, conseguí darles algo de comida, cosa que solo podía hacer por la noche».

Priska fue una de las afortunadas a las que cambiaron de tren, igual que Rachel y el resto de moribundas. Sin embargo, Anka, embarazadísima, siguió en uno de los vagones descubiertos sin saber qué estaba ocurriendo en la otra punta del tren.

Cuando el señor Pavlíček comprobó lo agradecidas que se mostraban las prisioneras por aquel

pequeño acto de humanidad y se dio cuenta del deplorable estado en que se encontraban, tuvo una idea. Que aquel tren se detuviera en Horní Bříza había sido mera casualidad pero, como devoto católico que era, quería comportarse de acuerdo con su moral. A las seis y media de la mañana siguiente, domingo 22 de abril, en vez de asistir a misa, fue a visitar a Josef Zoubek, el director de la fábrica de arcilla, y a Antonín Wirth, el posadero de Tovární Hostinec, la taberna local —que hacía las veces de club social de la fábrica y estaba cerca de la estación—. Les preguntó cuánto tardarían en preparar una gran cantidad de comida para dársela a los prisioneros «siempre y cuando el comandante del transporte conviniera en ello».

Tal y como sospechaba, el *Unterscharführer* se mostró aún más reacio ante aquella sugerencia. El alemán, dispuesto a acatar hasta el fin de la guerra las órdenes que había recibido, no le encontraba sentido a dar de comer a gente destinada a morir; claro que aquello tampoco podía confesárselo al jefe de estación. Después de una dura negociación, llegaron al acuerdo de que la ciudad corriera con los gastos de preparar y servir una comida caliente a los *Häftlinge* muertos de hambre que había en la jurisdicción del señor Pavlíček.

Entre los habitantes de Horní Bříza enseguida corrió la voz de las penurias que estaban padeciendo los prisioneros, de modo que reunieron todo aquello de cuanto podían prescindir y, a toda prisa, se acercaron al club social de tres pisos cargados con cestas de pan, huevos, fruta, carne y queso. Jaroslav Lang explicaba: «Ni siquiera sabíamos que había prisioneros en los vagones, pero al ver a los vecinos llevando comida a la estación, los seguimos y nos dimos cuenta de qué estaba pasando. Volvimos corriendo a casa y le pedimos a nuestra madre algo de pan para llevárselo. La mujer tenía mucho miedo, pero nos dio un poco. Todos vivíamos con cupones de racionamiento debido a la escasez, pero renunciamos a nuestras raciones para dárselas a los del tren».

Consciente de la urgencia de la situación y visto el entusiasmo de sus conciudadanos por ayudar, el señor Pavlíček reclutó al maestro de la ciudad, Jan Rajšl, para que coordinara los suministros de comida que empezaban a llegar en riada. Rajšl era perfecto para el trabajo, pues resultaba estricto siendo agradable. Vivía en la casa del profesor, tocaba el violín e iba en bicicleta a la escuela. El molinero, Jan Kovář, y el carnicero, el señor Kočandrie, también ofrecieron sus servicios y enviaron harina, masa y salchichas. Muchas otras personas de zonas circundantes corrieron a ayudar, aunque los guardias, dispuestos a cincuenta metros unos de otros y con el rifle en ristre, formaron un cordón tan largo como el tren para mantenerlas bien alejadas de los prisioneros.

Durante aquel domingo, en las cocinas de la taberna trabajaron a destajo muchos que se acercaban corriendo desde su casa en su día libre, y ofrecían sus servicios. Entre todos, cocieron cinco mil hogazas de pan, prepararon grandes fuentes con tortas y hojaldres, y ollas llenas de café. A los enfermos también les llevaron bolsas de bollos y cestas con huevos duros.

Mientras tanto, el señor Pavlíček siguió patrullando por sus dominios y comprobando el estado de los prisioneros con la esperanza de conseguir hablar en privado con alguno. Descubrió que en su mayoría eran checos, aunque había representadas diversas nacionalidades, incluso la griega. Más

adelante describiría su estado como «muy malo». Cuando les explicó que estaba coordinando la distribución de algo de comida, le pedían una y otra vez que se la entregara a ellos en persona y no a los guardias, pues se la quedarían y no les darían nada. Aquello le sorprendió sobremanera.

Pero más le sorprendió todavía encontrar en uno de los vagones al jefe de estación de una ciudad cercana, el señor Šiška, y a Ilsa Fischerová, la viuda del doctor Otto Fischer, dentista de Plzeň, a quien habían golpeado hasta la muerte durante la evacuación de un campo. La señora Fischerová, de treinta y nueve años, y Hanka, su hija de diecisiete, habían estado en Auschwitz y en Freiberg con el resto de las mujeres, y le imploraron que les enviase un mensaje a sus seres queridos para comunicarles que seguían vivas. El *Unterscharführer* interrumpió con brusquedad aquella conversación furtiva en cuanto fue consciente de que tenía lugar y a la viuda del dentista le pegó tal golpe que la tiró al suelo. Los soldados le aconsejaron al señor Pavlíček que no interviniera, por lo que no pudo hacer otra cosa que alejarse. Sin embargo, se apresuró a la estación para transmitir un mensaje a la familia de la mujer, tal y como le había pedido.

Liška Rudolf, una de las supervivientes, también se las arregló para hablar con el jefe de estación a través del ventanuco que había en su vagón. «El día 22 por la mañana conocí al señor Pavlíček —contaba—. Le bastó mirarme a los ojos para darse cuenta del hambre que tenía y me dijo: “Voy a traerte algo de comer”. Después, el soldado encargado de mi vagón me preguntó por qué hablaba con un civil en zona enemiga. Me dijo: “Será mejor que no vuelvas a acercarte a la ventana o tendré que matarte”». Más tarde, mientras las puertas del vagón aún permanecían abiertas, alguien le tiró dos rebanadas de pan con mermelada y la mujer consiguió cogerlas mientras las demás *Häftlinge* la miraban como si fueran a matarla. «El vagón entero me envidiaba —relató—. Por la tarde me lanzaron dos bollitos y dos huevos».

Aun a riesgo de su propia integridad física, el jefe de estación seguía dando de comer a todo el que podía y prometía hacer llegar los mensajes de los prisioneros a sus familiares. Al pasar junto a uno de los vagones oyó llorar a un bebé. Horrorizado, exigió que le comunicaran cuántos niños viajaban en el tren. Šára no quería decírselo porque no deseaba que nadie más lo supiera. Cuando por fin admitió que había «dos o tres», el jefe de estación insistió en verlos. Una vez tuvo delante a aquellos recién nacidos desnutridos y con poca o ninguna ropa con la que protegerse, se quedó de piedra.

La noticia de los «bebés del tren de la muerte» se extendió por Horní Bříza como el fuego por la maleza seca. Algunos, como Hana y Mark, provenían de Freiberg, mientras que otros eran hijos de prisioneras de Venusberg —no hay registros de que ninguno de estos últimos sobreviviera—. Dado el caos y la confusión provocados por tantos miles de almas, ninguna de las madres sabía nada de las demás. El señor Pavlíček llamó de inmediato al médico de la ciudad para que hiciera un reconocimiento a los bebés y examinara a las madres. «Le dije al comandante que el médico local, el doctor Jan Roth, podía ayudar a los enfermos». El comandante se opuso con brusquedad. «Me respondió que tenían ya su propia médico: una de las prisioneras».

El doctor Roth volvió a casa molesto porque no le permitieran ayudar, y le contó lo que sucedía a

su esposa, embarazada de su primogénito. La señora Rothová tenía preparada una canastilla para la llegada de su bebé, pero al enterarse de lo ocurrido, le llevó las ropitas cosidas a mano al señor Pavlíček y le pidió que se cerciorara de que la recibieran los pequeños. Otras dos madres, la señora Benesová y la señora Krahulíková, también donaron ropa y el señor Pavlíček hizo lo que le pidieron. «Me daban las gracias entre lágrimas. [...] A las madres les preparamos comida especial», contaba.

Priska fue una de las afortunadas que recibió comida para ella y ropa para Hana, además de pañales, prendas para fajar a la niña y una manta. «Había todo un ajuar de bebé. ¡Incluso productos cosméticos!, como talco, jabón y todo aquello que se necesita para la higiene del bebé». Cuando se fijó en que las prendas estaban bordadas con muchísimo cuidado, le dio hasta vergüenza tocarlas con las manos negras de hollín. Tampoco quería vestir a Hana con ellas porque el cuerpo de la niña estaba cubierto de llagas supurantes. La madre se llevó las prenditas a la nariz y olió el lino fresco y almidonado —aromas que le recordaban a cuando estar limpia era lo normal—. Dejó la ropita con cuidado a un lado y decidió usarla cuando llegaran a su destino y pudieran darse el largo y anhelado baño por el que rezaba.

La mujer abrió uno de los panecillos que le habían entregado y, en su interior, encontró una nota escrita en checo: «¡Aguantad! ¡Sed fuertes! ¡No durará mucho más!». Por un momento se permitió alegrarse con aquellas palabras. Otros, que encontraron en sus panecillos y bocadillos mensajes de ánimo similares, también se sintieron conmovidos.

Aquella misma noche, en un vagón que había más adelante, Rachel y su hijo no recibieron nada. Al igual que Priska, se había mostrado agradecida cuando la cambiaron a uno de los vagones cerrados, pues eran más cálidos, pero estaban tan apelotonadas y el único ventanuco que había ofrecía tan poca ventilación que el aire no tardó en resultar irrespirable, además de que ya no podría beber el agua de la lluvia.

Anka, en la parte más alejada del tren, ni siquiera sospechaba que les estuvieran repartiendo ropa y preparando comida. Ella, que empezaba a perder la cabeza y las ganas de vivir, daba gracias por el mero hecho de que el tren se hubiera detenido un tiempo y porque, al estar las puertas abiertas, no se hallaban tan apretadas. Cuenta que: «Para entonces, ni siquiera era cuestión de procurar sobrevivir a diario. Había que hacerlo cada hora». Vigilada por guardias, permanecía de pie junto a la puerta, llena de pústulas, con la piel negra por el hollín. Con la esperanza como único sustento, respiró el aire del bosque y pensó en cuantas veces había caminado por sitios como aquel con familiares y amigos. La nostalgia era una tortura psicológica, por lo que volvió a invocar a su heroína literaria, Escarlata O'Hara, para decirse a sí misma de nuevo: «Ya lo pensaré mañana». A lo que añadía cuando hablaba de aquella situación: «Era una suerte que hubiera nacido con una naturaleza así, que de tanta ayuda me fue a lo largo de la vida. [...] Es optimismo puro y duro, irracional; nada más. Pasara lo que pasase, me decía: “Ya lo pensaré mañana” y, al día siguiente, la cosa había cambiado un poco. [...] Tuve tanta suerte que no morí, aun cuando podría haberlo hecho en cualquier instante».

En un momento dado oyó voces, levantó la mirada y vio a un grupo de personas que pasaba

corriendo a su lado, probablemente para entregar comida. «No se esperaban lo que vieron —decía—. Uno de ellos era un granjero que se detuvo en seco. Nunca olvidaré aquella mirada cuando se quedó observando mi cuerpo cadavérico embarazado, que pesaba treinta kilos, tripa la mayor parte de él [...] poco más que un esqueleto viviente, sin pelo y ni imaginas cómo de sucia». Anka explicaba que el hombre se puso blanco por momentos, mientras pensaba, lo más seguro, que acababa de toparse de morros con el apocalipsis. «Cabría pensar que aquellas personas sabían lo que transportaban los trenes de aquel tipo, pero la verdad es que no tenían la más remota idea». El comandante de las SS se hallaba cerca, armado con una pistola y un látigo; se quedó mirando al granjero hasta que este se alejó tambaleándose y estupefacto. Sin embargo, volvió cinco minutos después con un vaso de leche, se aproximó al vagón con valentía y se lo tendió a Anka.

La embarazada lo miró incrédula. «Odio la leche. [...] Nunca antes había querido saber nada de ella y no he vuelto a querer saber nada desde entonces, pero me la bebí». Mientras lo hacía, el *Unterscharführer* levantó el látigo a la altura del hombro e hizo ademán de pegarla. «El granjero estaba tan sorprendido que estuvo a punto de caerse redondo, muerto. No dijo nada, pero lo vi en su cara; cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de suceder, su expresión lo decía todo. No sé por qué, pero el comandante bajó el látigo y yo bebí la leche, que era como un elixir de vida. Me supo como si fuera lo más rico del mundo [...] como un néctar. [...] Creo que me salvó la vida. Después de aquel vaso, me sentía fuerte como un toro. Aquel vaso de leche me devolvió la humanidad». Se limpió los labios con el envés de la mano y se lo devolvió al sorprendido samaritano. Luego, le dio las gracias en checo y, embadurnada de coque, volvió a su prisión.

Priska fue la más afortunada de todas las madres. Además del ajuar, el propio Pavlíček le dio pan y mermelada —«¡Lo mejor que he probado en la vida!»—. Contaba que aquellas personas estaban muy dispuestas y hacían cola por ayudarles y que cuando las guardias de Freiberg vieron lo que estaba ocurriendo, algunas de ellas les preguntaron qué sabían de la madre y el bebé que había nacido en la fábrica.

—¡Están vivas! ¡Están vivas! —gritó alguien con incredulidad.

Pero no todo el mundo lo logró. Mientras estuvo detenido en Horní Bříza, en el tren murieron diecinueve hombres y diecinueve mujeres, y los nazis arrojaron a las vías aquellos cadáveres ligeros. El señor Pavlíček vio cómo se deshacían de ellos, como si fueran bazofia, e insistió en que había que darles sepultura. «Le pedí al comandante que me dijera el nombre o el número de los muertos porque habían fallecido en tierras de la compañía ferroviaria —explicaba el jefe de estación—. Se negó porque aquella gente “no significaba nada para el mundo”».

Atónito ante una actitud como aquella, alertó a la policía local, que envió a un agente uniformado, Josef Šefl, a investigar. El sargento le entregó al comandante del transporte un documento oficial expedido por el ayuntamiento mediante el cual el consejo de la ciudad le ordenaba que confirmase que había sacado treinta y ocho cadáveres del tren. Gracias a aquello, el policía y el señor Pavlíček

consiguieron darles un poco de dignidad a los muertos pues, por la noche, a oscuras, los alemanes excavaron tumbas y les dieron sepultura en el bosque.

Por fin, cuando se iba la luz, el comandante accedió a que llevaran al tren desde la posada la enorme cantidad de comida que los ciudadanos habían preparado con tanto cariño. El plan consistía en darle a cada prisionero un bol de sopa de patata —plato tradicional checo—, una hogaza de pan blanco de verdad, algo de café, hojaldre y fruta. Cuentan que el *Unterscharführer* se puso furioso cuando el jefe de estación insistió en que serían sus conciudadanos y él mismo quienes repartirían los alimentos en el andén del tren, en vez de entregársela a los guardias. Después de que aquello provocara una nueva discusión, y a riesgo de que rechazara aquella comida caliente o se pusiera mala, el comandante accedió, pero determinó que solo el señor Pavlíček y el señor Wirth podrían servir la comida o ver a los prisioneros de cerca. Todos los demás debían mantenerse alejados.

La hija del dentista de Plzeň, Hana Fischerová, y su madre se encontraban entre aquellos a quienes dieron de comer: «El inspector ferroviario y los suyos intentaron hacer todo cuanto estaba en su mano por nosotras. Fueron muy amables. Cocinaron la sopa en la cantina y estoy segura de que en la vida volveré a probar nada tan rico». Otras prisioneras se mostraban de acuerdo. Una dijo: «Nunca olvidaré aquel pan y aquella sopa de patata que comimos mientras se nos caían las lágrimas. Creo que ninguna lo haremos. Es uno de los pocos recuerdos bonitos que guardo de aquella época». Otra comentó que, tras lo padecido, no podía creer que aún existiera un pan tan rico, ni dejar de llorar ante aquel «regalo inesperado de otro mundo». Aisladas durante tanto tiempo, hasta que el jefe de estación y sus convecinos no arriesgaron la vida por ayudarles, las prisioneras pensaban que habían sido abandonadas para siempre. La luz iba abriéndose camino por entre la oscuridad.



Monumento conmemorativo a los muertos del tren, en el cementerio de Horní Bříza. (© Wendy Holden.)

Liška Rudolf recordaba: «Por la noche, casi todo el transporte recibió sopa y pan. Todos llorábamos de felicidad y decíamos: “Hemos recorrido Ucrania, Polonia, Hungría, Austria, Alemania y Francia ¡y nadie nos había visto! La gente solo tiene corazón en Checoslovaquia. [...] Nunca olvidaremos Horní Bříza”». Klara Löffová decía: «Toda la ciudad nos trajo sopa y pan. [...] Parecía un milagro. Nos sentíamos como en casa; aquella era nuestra gente y nosotras, la suya».

Jaroslav Lang y su hermano Milan se escondieron en el bosque para ver cómo los mayores daban de comer a los prisioneros, vagón por vagón. El primero contaba: «Nos mantuvimos a una distancia prudencial y no veíamos muy bien, pero nos quedaba claro que los prisioneros estaban tristes y exhaustos. Tenían que aguantarse unos a otros para caminar. Muchos de ellos llevaban uniforme y gorra, y no paraban de darle las gracias a todo el mundo». Los chicos no eran capaces de determinar si los presos eran hombres o mujeres. «Los sacaron de los vagones y los pusieron en fila, con guardias a ambos lados para que no escaparan. No tenían boles, así que había que darles de comer de uno en uno; algunos comían con la mano. Aquello llevaba mucho tiempo, que es por lo que no pudieron dar de comer a todos».

A pesar de las intenciones del señor Pavlíček, muchos se quedaron sin nada. Aunque consiguió alimentar a gran cantidad de prisioneros uno a uno, las SS robaron mucha comida de la que les fue entregada para ayudarlo a acelerar el reparto, de modo que muchos vagones del final no recibieron nada en absoluto. Lisa Miková explicaba: «Los de la ciudad en la que habíamos parado acabaron

pidiendo a los de las SS que les ayudaran a repartir la comida y el comandante dijo que así lo harían, pero se quedaron la mayor parte y solo nos llegaron unas patatas».

Jaroslav Lang, que, junto con su hermano, seguía observando el tren desde el bosque, contaba: «Presenciamos cómo uno de los prisioneros se adelantaba para pedir comida y cómo un nazi intentaba pegarle un latigazo, pero el prisionero fue más rápido, se agachó y se libró del golpe. Al ver aquello, nos entró miedo. Entonces, empezó a llover y oscureció, pero se veían las bengalas trazadoras y oíamos los aviones. Los guardias alemanes empezaron a gritar y sonaron muchos tiros, así que salimos corriendo. Al día siguiente, nos enteramos de que algunos prisioneros habían escapado de la fila o de los vagones —a lo que añadía—: Fue una experiencia de las que no se olvidan».

Hana Selzarová, praguense de veintitrés años y treinta y cinco kilos de peso, fue una de las que escapó aquella noche, mientras llovía. Vestida con harapos, se escabulló de un soldado de las SS que iba con un capote de lluvia y se tambaleó hasta el bosque. Mientras sonaban los disparos, vio una luz en la distancia y corrió hacia ella, pero resultó que era la comisaría de policía. Cuando entró, le dijeron: «¡Oh, por Dios, márchate! ¡De lo contrario, tendremos que arrestarte!». La encaminaron a unas casas de la zona y le prometieron que allí recibiría ayuda. «Me proporcionaron ropa y un pañuelo porque no tenía mucho pelo. Me dieron también algo de comer e incluso dinero para el viaje y me explicaron dónde coger el tren». Se quedó en una de aquellas casas a pasar la noche y, por la mañana, partió hacia Praga, donde la recogió un amigo.

Vaclav Stepanek, oriundo de Horní Bříza, tenía diecisiete años cuando dos mujeres que se habían escapado de sus guardias llamaron a la puerta de casa de sus padres, en el bosque, a trescientos metros de la estación. Las mujeres —una de las cuales bien podría haber sido Hana Selzarová— dijeron que eran de Plzeň y Praga y quisieron saber a cuánta distancia se encontraba la primera de las ciudades. «Llevaban ropa de presidiarias y tenían muchísima hambre —explicaba Vaclav—. Mis padres les dieron de comer y prendas de vestir. Para entonces, todos sabíamos lo del ferrocarril y los prisioneros nos daban muchísima pena».

Su padre, leñador, permitió a las mujeres esconderse en el granero. «No eran las primeras personas que mis padres escondían allí —contaba Vaclav—. Mi madre tenía mucho miedo, pero queríamos pensar que si los alemanes las encontraban nos creerían cuando les dijéramos que ignorábamos que estuvieran allí. Se marcharon pronto por la mañana y nunca volvimos a saber de ellas. Siempre me pregunté qué les pasó».

Tras dar de comer a tantos prisioneros como había estado en su mano —Priska y Rachel incluidas—, poco más podía hacer el señor Pavlíček. El resto de la comida se la entregó al comandante de las SS, quien le mintió al decirle que la repartiría más tarde entre los prisioneros. Cuando le informaron desde Plzeň de que por fin estaba arreglada la vía, el jefe de estación fue consciente de que no tenía excusa para demorar por más tiempo la partida del tren. Habló una última vez con el comandante e intentó persuadirle para que dejara a los prisioneros en la vía muerta y escapara con sus soldados,

pero fue imposible, pues el *Unterscharführer* estaba obcecado en cumplir las órdenes hasta el final. Incluso le preguntó al señor Pavlíček cuál era la mejor ruta para ir a Baviera y se negó a escucharlo cuando le advirtió de que era improbable que llegaran vivos tan lejos.

«Oímos la conversación que mantuvo con el jefe de estación, quien intentaba convencerlo de que nos dejara allí —explica Helga Weiss, una superviviente checa que tenía catorce años—. Le dijo que se encargarían de nosotras, que nos darían comida y de todo [...] pero [el comandante] no quería ni oír hablar de ello. Quería marcharse de allí a toda costa».

Ni el señor Pavlíček ni el resto de lugareños pudieron hacer nada más para evitarles la muerte a los prisioneros. A las seis y veintiún minutos de la tarde del lunes 21 de abril, con un nuevo número —el 90.124—, el transporte de Freiberg, envuelto en una nube de vapor, abandonó el santuario de Horní Bříza en dirección al sur. Desconsolado, el jefe de estación observó cómo el último vagón desaparecía por la curva y rezó para que la guerra terminara cuanto antes y aquellas desafortunadas almas se salvaran.

Tras dejar a sus espaldas todo atisbo de amabilidad, el 90.214 cruzó Plzeň a paso de tortuga, una ciudad que les resultaba familiar a muchas de ellas. «Fue un momento horrible que jamás olvidaré —comentó una de las prisioneras, que era vecina de la ciudad—. Ver nuestro hogar y dejarlo atrás...». Dos días después, los Aliados redujeron a escombros la fábrica Škoda donde los alemanes producían los Panzer. El 70% de ella fue arrasada con bombas incendiarias o de fragmentación. También habían destruido muchas vías de tren. Aunque por poco, las *Häftlinge* se habían perdido los ataques aéreos que las habrían matado o liberado. Debido a las bombas y al creciente peligro que suponían ambos frentes, cada vez más próximos entre sí, los planes de los nazis se iban al traste cada dos por tres, lo que los enfurecía y provocaba retrasos. El Ejército Rojo estaba muy cerca y los alemanes le tenían incluso más miedo que al estadounidense.

Sin tener claro adónde ir ni qué campo de concentración accedería a recoger a los casi tres mil prisioneros, el DR dirigió el tren más y más lejos, en dirección sur, por una franja de terreno cada vez más estrecha. Mirando por encima de las paredes de los vagones o por los ventanucos, las prisioneras veían aumentar su nerviosismo por cada población que dejaban atrás. Las mujeres gritaban a voz en cuello el nombre de cada estación por la que pasaban: «¡Plana! [...] ¡Tachov! [...] ¡Bor! [...] ¡Domažlice! [...] ¡Nýrsko!», y las que tenían fuerzas suficientes respondían: «¡Ahí nací yo!» o «¡Mi familia vive ahí!». Quienes veían el exterior se sumían en un silencio nostálgico mientras observaban cómo dejaban atrás su bello país, con animales bien alimentados paciendo en los campos y ciudadanos libres de hacer cuanto les placiera.

La última orden que recibieron el maquinista y los soldados de las SS es que siguieran ruta hasta Železná Ruda pero, entonces, las autoridades oyeron que el Tercer Ejército del general Patton ya estaba allí, por lo que no les quedó más remedio que volver a Nýrsko. Más o menos el 27 de abril, el transporte llegó a Běšiny, donde los nazis reclutaron a cincuenta prisioneros con fuerzas para caminar para que ayudaran a reparar la vía que conducía a Klatovy, bombardeada por los Aliados, a

fin de que el tren pudiera proseguir su camino. A los que se quedaron esperando, los nazis les permitieron un momento de asueto, limpiarse el hollín, la orina y los excrementos con agua, y tirar de los vagones a los muertos. Algunos arrancaron juncos para comer o se lanzaron de cabeza a un riachuelo para calmar la sed mientras los guardias se daban un festín con los hojaldres de Horní Bříza.

Liška Rudolf explicaba que, cuando la cuadrilla de trabajo destacada para reparar las vías volvió, sus integrantes contaron que los habitantes de Klatovy se habían echado a llorar al verles y habían intentado darles comida, pero que los soldados de las SS se lo habían impedido. «Por la noche, los habitantes de Běšiny y de otras localidades llegaron con cajas llenas de pan, bollitos y salami y con ollas de sopa; pero tenían que llevarlo todo a la cocina improvisada de las SS. Mirábamos por la ventana y cantábamos canciones checas. Solo nos dieron unos cuantos latigazos, no fue para tanto. De la comida, en cambio, no repartieron nada con nosotras.»

Después de otra larga espera, a los nazis les avisaron de que era posible seguir hacia el suroeste, pasando por Horaždovice y Strakonice, hasta el campo de concentración de Dachau, en Baviera. Sin embargo, el alto mando alemán se hallaba sumido en el caos y su control de Europa estaba a punto de terminar. Los soviéticos habían llegado a Berlín, a Mussolini lo habían capturado y pronto sería ahorcado, y las fuerzas alemanas del Ruhr se habían rendido. El 28 de abril, después de unos cuantos retrasos más, se detuvieron en una vía muerta cerca de České Budějovice, una ciudad llena de alemanes a la fuga. Al día siguiente, el Séptimo Ejército estadounidense liberaba Dachau, lo que salvó a las mujeres de Freiberg de acabar en su último destino potencial. Inaugurado por Himmler y considerado el prototipo de los siguientes campos que se construyeron, Dachau se había convertido en una «escuela de violencia» para los soldados de las SS que se entrenaban allí. Se calcula que albergó hasta doscientos mil presos, de los que murió la quinta parte.

Durante una parada nocturna en un paraje remoto y mientras la noche se llenaba del ruido y los fogonazos de los disparos antiaéreos y las bengalas trazadoras, a algunas mujeres les sorprendió oír un estruendo fortísimo en su vagón y se quedaron de piedra al ver que la cabeza de un partisano checo asomaba por el boquete que acababa de abrir en una de las paredes, y por el que pretendía sacarlas de allí. Ironías de la vida, la mayoría de ellas estaban demasiado débiles, enfermas o asustadas como para intentarlo, aun cuando algunas escaparan—incluida la pediatra Edita Mautnerová, quien había ayudado a Anka cuando se hizo un corte en la pierna estando en la fábrica y había atendido en los partos de Priska y Rachel—. La mujer aprovechó aquella oportunidad y sobrevivió. Cuando las SS descubrieron la huida, exigieron saber quién las había ayudado y adónde habían ido, para lo cual pegaron a las mujeres que quedaban en el vagón. A la mayoría ya les daba igual. Apenas conscientes, muchas permanecieron tumbadas y murieron a causa de los golpes. Otras se habían vuelto locas.

Liška Rudolf contaba: «Las prisioneras aullaban de hambre. [...] Algunas incluso habían enloquecido; los ojos les brillaban como a las bestias en mitad de la jungla». Para muchas, el

momento en que el tren volvió a ponerse en marcha en Česká Budějovice, de noche, camino del sur, en la importante línea *Summerauer Bahn* —que iba de Checoslovaquia a Austria—, fue el peor encarcelamiento. Las largas y oscuras noches en tren siempre les habían dado miedo, pero aquella —la más lóbrega, la última—, en que viajaban tiradas en los vagones, aturdidas mientras el tren las zarandeaba, se les hizo interminable.

Lisa Miková explicaba: «Cuando cambiamos de dirección exclamamos: “¡Oh, Dios mío, van a llevarnos a un sitio horrible!” Nos quedamos muy sorprendidas. Teníamos mucho miedo. Todas permanecíamos calladas, pensativas. Ya no nos contábamos historias; no hablábamos. Al igual que las demás, no quería creerlo, pero sabía que habían asesinado a mi familia. Empecé a pensar que si a mí también iban a llevarme a la cámara de gas, pues que así fuera. Estábamos demasiado cansadas como para luchar». Aquella rendición emocional después de tantos años resistiendo se extendió por todos los vagones en cuanto se dieron cuenta de que la única ruta que le quedaba al convoy consistía en cruzar la frontera de Austria y dirigirse a Linz. Y el único campo que había cerca de Linz era uno que muchas de las prisioneras temían casi tanto como Auschwitz.

«Cuando empezamos a movernos, entendimos que solo había una dirección por la que seguir. No quedaba ningún otro campo al que llevarnos —recordaba Anka—. Íbamos a Mauthausen...».

Parecía que todo estuviera perdido.

Muchos sabían lo que aquel nombre significaba para «los enemigos del Reich» y palidecían solo de pensar en ello. Mauthausen, campo de concentración nazi, era famoso hasta en los guetos. Cuando Anka estaba en Terezín, les llegó la noticia de que Karel Hašler, el famoso compositor musical checo, había muerto asesinado en Mauthausen. Se cree que la información la dieron dos prisioneros que escaparon de Auschwitz y se escondieron en Terezín durante un tiempo. A Hašler, un gentil casado con una alemana, lo arrestó la Gestapo por las canciones patrióticas que había compuesto, enviándolo al campo que se erigía en las colinas austríacas donde, en diciembre de 1941 —después de torturarlo— lo convirtieron en una «estatua de hielo»: tras dejarlo desnudo a la intemperie, lo mojaron con agua helada varias veces y esperaron a que se congelara, a que se quedara tieso.

Aunque aquello fue impactante, lo que más miedo daba de aquel campo era el modo en que los prisioneros eran forzados a trabajar —hasta la muerte—. «Mauthausen se dedicaba a matarte a trabajar... en una cantera —contaba Anka—. Eso lo sabíamos todos los de Terezín. [...] Obligaban a la gente a cortar piedra y, después, bajo amenaza de muerte, a subirla por un tramo de unos ciento cincuenta escalones. Para nosotras, sería el peor de los finales». Tras todo cuanto habían pasado: años sojuzgadas por la tiranía nazi; sobrevivir en los guetos; escapar de Mengele y del Zyklon B *Giftgas* («gas venenoso»); conseguir no perecer de hambre, enfermedad, cansancio o como víctimas de una bomba aliada; y, por fin, haber tenido que aferrarse a la vida en aquel tren; de pronto estaban tan cerca del final que sentían mucho miedo.

Mauthausen. A una noche.

El enorme campo de granito, no muy lejos de Linz, se encontraba a muy poca distancia, al otro

lado del valle del Danubio. Daba la impresión de que no iban a tener la oportunidad de salvarse. Tanto ellas como sus bebés —algunos nacidos y otros, no— estaban a punto de llegar en tren a uno de los campos más famosos de toda la red genocida nazi.

Era el final del trayecto.

MAUTHAUSEN



La pintoresca Mauthausen, a orillas del Danubio. (© Ethel Davies/Alamy.)

A pesar de su terrible reputación, lo más probable es que, de entre todos los campos de concentración y trabajo, el KZ Mauthausen se hallase en el enclave más pintoresco. Tenía maravillosas vistas de casi toda la Alta Austria —hasta Salzburgo— debido a su emplazamiento en lo alto de una colina de una región admirada por sus encantadores paisajes.

Situada cerca de la frontera con Alemania y el Protectorado Checo, la ciudad de Mauthausen, junto al río Danubio, gozaba de acceso directo al segundo río más largo del continente, además de contar con una eficiente red de carreteras y ferrocarril. Viena estaba a menos de doscientos kilómetros al este y Linz, a veinte en dirección oeste. Adolf Hitler había crecido en Linz, a la que consideraba su hogar. De hecho, había reservado algunos de sus planes más ambiciosos para la ciudad que consideraba «la más alemana de toda Austria», y la había señalado como una de las llamadas «ciudades del Führer», junto con Berlín, Múnich, Nuremberg y Hamburgo.

El edificio principal iba a ser el *Führermuseum*, una enorme galería diseñada por Albert Speer, ministro de Armamento de Hitler, y de la que pretendían que rivalizase con los Uffizi o el Louvre. Los nazis proyectaban llenar el edificio —que tendría una fachada de ciento cincuenta metros recorrida por columnas de estilo clásico— con las mejores obras de arte saqueadas o confiscadas en museos o colecciones privadas, gran parte de ellas propiedad de judíos. El granito dorado de inmejorable calidad con el que deseaban construir aquel imperecedero monumento a la gloria de

Hitler —además de un palacio de la ópera y un teatro— provendría de la cantera *Wiener Graben* («Zanja de Viena») que había en Mauthausen, el cual extraerían con dinamita y cincelarían en bloques los enemigos más prescindibles del Reich.

Aquella cantera había pertenecido a Viena durante décadas y su piedra pavimentaba muchas avenidas de la capital austríaca. En 1938, después del *Anschluss* («la Anexión»), la arrendó la Compañía Alemana de Cantería y Mampostería, propiedad de las SS, quien no solo publicitó sus productos en catálogos de hojas grandes y satinadas hasta 1945, sino que también los exportó por toda Europa para levantar monumentos, proyectos de construcción, complejos industriales y *Autobahnen* («autopistas»). Los criminales encarcelados en Dachau construyeron, en una colina cercana a la cantera, el campo de concentración que albergaría a las cuadrillas de esclavos para trabajar en ella. En 1939, los nazis inauguraron aquel monolito como símbolo de su superioridad y visible desde varios kilómetros a la redonda, lleno de entradas y torres de vigilancia de piedra conectadas entre sí por un muro del mismo granito inexpugnable.

Muchos de los primeros reclusos eran presos políticos e intelectuales —incluidos profesores de universidad— condenados a morir trabajando. Entre ellos había *Häftlinge* de todos los credos y naciones ocupadas, incluidos testigos de Jehová, sacerdotes y republicanos españoles. Incluso después de que los nazis evacuaran Auschwitz y otros campos a principios de 1945, los judíos eran minoría en Mauthausen y hasta 1945 apenas si había mujeres —aparte de aquellas a las que obligaban a prostituirse en el burdel—. A los presos de guerra soviéticos era a quienes trataban con mayor brutalidad y, de hecho, sobrevivieron menos de doscientos de los más de cuatro mil que hubo. No solo les obligaban a trabajar en la cantera hasta morir, sino que les daban medias raciones y les obligaban a dormir desnudos en cuarteles cuyas ventanas carecían de cristal. Para cuando acabaron de construir con sus propias manos el edificio que los alemanes les habían asignado, el llamado «Campo de los Rusos», su número había descendido tanto que, por el contrario, el barracón se convirtió en la enfermería; si bien conservó el nombre original.

El KZ Mauthausen, uno de los dos únicos campos de castigo de «Clase III», conocido en el Reich por su sobrenombre: *Knochenmühle* («molino de huesos»), enseguida se granjeó la reputación de ser uno de los campos con las condiciones más duras y las mayores tasas de mortandad. Se dice que, en 1941, un oficial nazi de alta graduación declaró: «Nadie sale de Mauthausen con vida», y, de hecho, las autoridades del campo marcaban muchas de las fichas de los prisioneros con las letras «RU», de *Rückkehr Unerwünscht* («No devolver»). Diseñado para proporcionar grandes beneficios a las SS, el campo y sus más de cuarenta campos satélite, incluido el cercano Gusen —otro de Clase III—, recibían un suministro ilimitado de prisioneros. Para 1944, el complejo resultó ser uno de los campos más rentables del Imperio nazi: generaba más de once millones de *Reichsmarken* al año.

El trabajo en la cantera era durísimo. Había que excavar, hacer voladuras y dar forma a gigantescos bloques de granito, por lo general, a mano o con picos. Luego, los prisioneros cargaban a la espalda cada bloque —con un peso medio de cuarenta kilos— por un empinado abismo de

esquisto, el cual a menudo resbalaba —tropiezos que eran letales— porque estaba cubierto por la sangre que les manaba de los cortes que les hacía la piedra en los pies. Más tarde, los nazis obligaron a los presos a excavar un tramo de ciento ochenta y seis escalones denominado «Escalera de la Muerte». Era habitual que los guardias se apostaran en el borde para hostigar, pegar y empujar a los que se esforzaban por subir aquellas piedras o bien trataban de sortear los cadáveres de quienes habían muerto antes que ellos.



«Escalera de la Muerte» en la cantera de Mauthausen. (© Wendy Holden.)

Los presos también se enfrentaban a la amenaza diaria de que sus carceleros les obligaran a tirarse por el acantilado de la cantera en un punto que los nazis llamaban «Muro de los Paracaidistas». Al tiempo que se reían y gritaban: «*Achtung! Fallschirmspringer!*» («¡Cuidado, paracaidista va!»), los guardias empujaban a los reclusos para que se despeñasen o ahogaran en los pozos de agua estancada que habían al pie del barranco. A los que no morían de inmediato los abandonaban a su suerte y podían tardar días en fallecer. Muchos saltaban por voluntad propia para no tener que enfrentarse a los durísimos turnos de doce horas con medias raciones y temperaturas extremas, y al trato brutal al que eran sometidos a diario. Además de trabajar hasta la extenuación, en Mauthausen había catalogadas otras sesenta formas de matar, incluidas las palizas, los disparos, los ahorcamientos, los experimentos médicos, las inyecciones de gasolina y variados métodos de tortura. Se desconoce el número total de muertos del complejo, dado que a muchos prisioneros los asesinaban en furgonetas en las que eran trasladados de aquí para allá o bien enviados a un castillo cercano, donde eran

gaseados; situación que se mantuvo hasta 1941, cuando los reclusos tuvieron que construir su propia cámara de gas. Las cifras totales de muertos varían, pero se calcula que fueron unos cien mil, de los cuales treinta mil eran judíos.

Al principio, los alemanes transportaban los cadáveres en camión a Steyr o a Linz, donde se deshacían de ellos. Sin embargo, consideraban arriesgado hacerlo tan abiertamente, de modo que contrataron un crematorio que se encargara de ello. Luego, esparcían las cenizas en un bosque que había detrás del campo o en las aguas del Danubio. A finales de otoño de 1944, cuando los nazis empezaron a trazar planes para evacuar Auschwitz II-Birkenau, fueron desmantelados en dicho campo diez grandes «incineradoras de residuos» con la intención de reconstruirlos en Mauthausen, plan que no llegó a llevarse a cabo, aun cuando una empresa local ganara el concurso de obra en febrero de 1945.

Este genocidio tuvo lugar a pocos kilómetros de la ciudad que crecía a orillas del Danubio y de la que el campo recibía su nombre. Muchos de sus mil ochocientos habitantes, católicos en su mayoría, veían marchar a los nuevos reclusos desde la estación, pero jamás regresar. Presenciaron cómo aquellos que se desmayaban eran arrumbados contra la pared mientras les pegaban un tiro, tras lo cual limpiaban la sangre. Habían oído que en la cantera trataban a los prisioneros como animales o los asesinaban, y se agolpaban junto al trasbordador para ver cómo los nazis conducían por el río, hasta campos satélite, a aquellos seres extraños con traje a rayas. O lo hicieron hasta que las SS amenazaron con disparar a «los curiosos», vaya.

A pesar de que el Reich anunció en 1938 que la construcción de un campo de concentración en Mauthausen constituía una «distinción especial» para la región, no debió de hacerles gracia a muchos. La presencia de los cuatrocientos y pico soldados de las SS que lo custodiaban, sin embargo, aseguraba que la ciudad tuviera una buena línea de suministros, lo que enseguida se convirtió en un sustento valioso para la economía local. A los bares, tiendas y restaurantes les iba de maravilla y la posada que había cerca del campo se convirtió en el sitio más frecuentado por las SS. Muchos otros convecinos se beneficiaron del dinero que los guardias gastaban con alegría en todo tipo de productos, tales como sidra, bacón o pescado. También había un próspero mercado negro de jabón, comida, ropa y joyas robadas en el campo, y varias mujeres de la zona entablaron relaciones con los soldados e incluso, en algunos casos, llegaron a casarse con ellos. A los trabajadores civiles y a los canteros les pagaban muy bien por su trabajo de supervisión en la mina y, además, las autoridades del campo «prestaban» su mano de obra esclava para ejecutar trabajos y proyectos domésticos y civiles en la ciudad; entre los que se incluía la decoración, la jardinería, la agricultura y la construcción. En 1943, al artista polaco Stanislaw Krzykowski, prisionero en la cercana Gusen, le ordenaron que esculpiera un ciervo dormido para el jardín del comandante de las SS.

A menudo, los guardias nazis acompañaban a los cazadores locales para divertirse e incluso crearon su propio equipo de fútbol, que jugaba en un terreno construido por los prisioneros con vistas al «Campo de los Rusos». El terreno de juego, justo al otro lado de los muros, tenía incluso

unas gradas excavadas en la pendiente de la colina. Cuando el equipo Mauthausen 1 ascendió a la liga regional, todos los partidos en casa se disputaban en aquel campo donde lo animaban los hinchas locales, quienes seguro verían, olerían y oirían lo que pasaba del otro lado. Los partidos eran cubiertos por la prensa que, como si nada, comentaba que los reclusos se sentaban en el tejado de la enfermería para ver los partidos.

Cerca del campo de fútbol había un profundo embalse de cemento construido por los prisioneros por si acaso se producía algún incendio y que más tarde las SS usarían como piscina. Los soldados invitaban a algunos locales a nadar allí y a asistir al cine del campo, aunque nunca los días en que el horno crematorio estuviera a pleno rendimiento. También había un huerto vallado, con verduras y árboles frutales, en donde obligaban a los presos a trabajar sin permitirles comer nada.

Los mauthausenianos no vivían engañados acerca de las intenciones mortíferas de los soldados uniformados que custodiaban el campo de la colina, quienes colgaban carteles en la ciudad en los que los habitantes quedaban advertidos de que dispararían a todo aquel que atraparan intentando ayudar a los prisioneros. Además, arrestaban y encarcelaban a los trabajadores civiles si les oían hablar de las condiciones del campo. A un cantero que despidieron por quejarse de aquel trato inhumano, lo enviaron más tarde a Buchenwald, de modo que la gente enseguida aprendió a permanecer callada y a mirar hacia otro lado.

Los historiadores han encontrado documentos sobre algunas de las ocasiones en que los habitantes se quejaron o intentaron ayudar. Anna Pointner, miembro de la resistencia austríaca, escondió papeles y fotos del campo tomadas en secreto por prisioneros españoles. Otra joven *Frau*, Anna Strasser, que trabajaba en la sección de contabilidad de un almacén que había frente a la estación, era testigo a diario de la llegada de los transportes. El estado de los prisioneros la horrorizaba y no le dejaba dormir, de modo que, cada mediodía, cuando iba a dar un paseo a la hora de comer, dejaba caer, a través de un descosido que se había hecho en la parte inferior de uno de los bolsillos, pedazos de pan; bolsitas de sal o azúcar; aguja, hilo y botones; con la esperanza de que los deportados del siguiente tren los vieran. También encontró carnés de identidad y notas con mensajes desesperados en las que los presos imploraban que alguien avisara a su familia. Dejó de llevar a cabo aquel esfuerzo humanitario cuando a su jefe —un austríaco casado y con hijos— lo arrestaron después de que un soldado le pillara lanzándoles pan a los prisioneros. Más tarde, fue enviado a Dachau.

A *Frau* Strasser la contrataron en una fábrica de tanques, donde la descubrieron ayudando a los prisioneros que trabajaban en ella. La Gestapo la arrestó y fue deportada al campo de concentración de Ravensbrück, donde estuvo a punto de morir; pero un médico de la resistencia consiguió salvarla y la mujer sobrevivió a la guerra.

En febrero de 1945, en el KZ Mauthausen se produjo una huida en masa de prisioneros rusos y unos pocos granjeros locales corrieron el tremendo riesgo de esconder a unos cuantos. Muchos otros vecinos, no obstante, tomaron parte en lo que se denominó «la caza de la liebre», buscando y disparando a los fugitivos, pues les habían contado que se trataba de terribles criminales que harían

daño a sus familias. De los más de cuatrocientos rusos que escaparon, una gran cantidad murió a tiros o por congelación durante esa misma noche. A dos los escondieron en el ático del alcalde algunos de sus empleados. De los cincuenta y siete que consiguieron capturar, solo sobrevivieron once.

Una monja que trabajaba en la enfermería local, bajo la Orden de la Santa Cruz, escribió acerca de la frustración que sentían muchos en el pueblo porque querían intervenir pero se veían incapaces de hacer nada. «Cuánto nos gustaría auxiliar a estas personas pero, por desgracia, las duras reglas de las SS nos lo impiden, pues el más mínimo acto de resistencia pone en grave peligro tu propia vida». Otros vecinos se reunían en secreto para hablar de lo que podrían realizar en apoyo de los prisioneros, pero la mayoría tenía miedo de pasar a la acción. Muchos no querían o no eran capaces de aceptar la realidad de cuanto ocurría en lo alto de la colina, o les daba pavor acabar allí. Algunos se quejaban de cómo olía el campo, del humo y de las cenizas del horno crematorio que llegaban hasta la ciudad. Para tranquilizar a la población, el comandante de las SS ordenó a los encargados del crematorio que solo lo «pusieran en marcha» por la noche. Y con el objeto de frenar la preocupación de que las enfermedades contagiosas fueran a extenderse, los alemanes crearon una *Sonderrevier*, un «zona acotada» —que más tarde se convertiría en la enfermería del campo— dirigida por médicos de entre los prisioneros, con la que intentaban contener las epidemias infecciosas que los oriundos creían que ponían en peligro su salud.

El único registro que queda de una queja formal al partido político local acerca del maltrato que sufrían los prisioneros de Mauthausen es de 1941 y la interpuso Eleonore Gusenbauer, esposa de un granjero local. Desde su granja se veía la cantera, por lo que presenciaban los tiroteos que tenían lugar en ella. Escribió:

Aquellos que no mueren por el disparo permanecen vivos un tiempo y los soldados los dejan tirados junto a los muertos durante horas, que pueden llegar a medio día. [...] A menudo soy testigo involuntaria de dichos crímenes [...] lo que me pone tan enferma de los nervios que no creo que vaya a poder soportarlo mucho más. Pido que se lleve a cabo una instrucción para que cesen actos tan inhumanos, o que se realicen en otro sitio, donde nadie los vea.

Fue a esta ciudad y a este campo adonde llegaron, por fin, después de su viaje de dieciséis días zigzagueando por toda Europa, las ruinas humanas del KZ Freiberg. Entre ellas se encontraban Priska y Hana, su hija de diecisiete días; Rachel y Mark, su niño de nueve; y Anka, a punto de dar a luz. Todavía no se conocían las unas a las otras y seguían luchando a diario por sobrevivir.

Pocos minutos después de que el largo viaje del tren 90.124 finalizara en la estación de Mauthausen, manos experimentadas abrieron las puertas de aquella cárcel rodante. A muchos de los ocupantes les había resultado imposible sobrevivir a los últimos días. Los que seguían con vida quedaron aturdidos por la sorpresa y la luz que se colaba en los vagones los cegó. Convertidos en criaturas salvajes, salieron del tren con los ojos abiertos como platos y delirando. Antes de que les diera tiempo a recobrar el aliento, los soldados de las SS los empujaron y tiraron de ellos para

disponerlos en columnas desiguales mientras les obligaban a bajar por una rampa de descarga construida para aquel propósito, a pocos cientos de metros de las chispeantes aguas del Danubio.

Anka, en la orilla norte del río, rodeada por una belleza que no se correspondía con el cargamento de aquel tren, lo único que veía era el muro que se alzaba frente a ella y las grandes letras negras que había en él y cuyo significado tradujo por «casa de peaje»; es decir: MAUTHAUSEN. En aquella fría tarde del domingo 29 de abril de 1945, la letal configuración de caracteres no solo sirvió para que cayera en la cuenta de dónde estaban como si acabasen de darle un bofetón, sino que le provocó su primera contracción. En aquel momento, ni siquiera el optimismo de Escarlata O'Hara iba a salvarla. Ya era «mañana».

«En cuanto vi escrito aquello que no quería ver... me puse de parto —contaba—. A pesar de que era lo último que había querido imaginar, allí estaba. Era un hecho. [...] Tenía tanto miedo que me puse de parto. Mauthausen poseía la misma categoría que Auschwitz. Cámaras de gas, selecciones... vamos, que se trataba de un campo de exterminio».

Lisa Miková sintió lo mismo: «Vimos el nombre de la estación y supimos que era un campo parecido a Auschwitz. Decíamos: “Pues vaya, esto es lo mismo, así que aquí termina todo”. Nos mirábamos unas a otras y el aspecto que teníamos nos parecía horrible: huesos y piel. Estábamos tan sucias y llenas de piojos... Parecía que ya estuviéramos muertas».

Anka consiguió recuperarse de la primera contracción, que casi la parte en dos. Paralizada por el horror y el dolor, intentaba que nadie se diera cuenta de que estaba a punto de traer un bebé al mundo y, durante unos segundos, y con la sana intención de recuperar el aliento, se agarró a la puerta del vagón como si le fuera la vida en ello. Casi nueve meses antes, en el lánguido y caluroso agosto de 1944, momento en el que era muy probable que todos sus seres queridos hubieran ascendido ya por la chimenea de Birkenau, Bernd y ella se habían reconfortado el uno al otro en aquella encantadora palomera de Terezín. Desafiantes, habían planeado tener un niño con el que reemplazar al pequeño Dan, cuya muerte, cuatro meses antes, los había dejado al borde de resquebrajarse. A las pocas semanas de que concibieran su segundo hijo, a Bernd Nathan lo enviaron al Este. Anka no tenía la más remota idea de si seguía vivo e intentaba no perder la esperanza pero, después de haber pasado por Birkenau, se temía lo peor. Eso podía significar que lo único que le quedaba de él era su bebé, cuya existencia había escondido y cuya tenacidad ante los peligros constantes no podía dejar de admirar.

Le había dado pavor pensar en las consecuencias que tendría dar a luz en la fábrica de Freiberg. Intentó asimismo no ponerse de parto en un vagón de carbón abierto. Se habría quedado pasmada y un tanto humillada si se hubiera enterado de que otras dos madres que viajaban en aquel mismo tren junto con sus bebés ya lo habían hecho. Ahora llegaba su turno y lo único que podía pensar era en que estaba a punto de alumbrar un hijo al que, muy probablemente, llevaran directo a la cámara de gas, junto con ella, nada más nacer.

Se agarró con fuerza la tripa e intentó coger aire mientras bajaba de aquel sórdido vagón con los

brutos soldados arremolinándose en torno a ellas, pero se le doblaron las piernas y cayó al barro como un guiñapo. Los nazis la apartaron a rastras y la dejaron con las que estaban demasiado débiles para moverse; y allí permaneció, doblada y apenas consciente de que un granjero se acercaba con su carretón. Vio cómo a las enfermas y moribundas las tiraban a dicho carro sin orden ni concierto — una pila de torsos, piernas y brazos— y a ella la voltearon encima del todo. «Las que podían andar tuvieron que marchar hasta la *Festung* («fortaleza») —contaba—. Descargaron a las que estaban enfermas o moribundas y las pusieron en el carro porque el campo estaba en lo alto de una colina, sobre la ciudad».

Mientras el carromato del granjero avanzaba entre crujidos, Anka yacía febril y desorientada entre los demás cuerpos sudorosos, apreciando, colina abajo, la fabulosa vista. A pesar de estar rodeada de mujeres que, enfermas terminales de tifus, olían fatal, y mientras rompía aguas entre tanta suciedad y tantísimos bichos, no podía dejar de contemplar, admirada, aquel paisaje. «Tenía más hambre que el lobo, pesaba unos treinta y cinco kilos y no sabía lo que me esperaba en la cima [...] y como si no tuviera nada de lo que preocuparme, ¡yo disfrutando de las vistas!».

Serían más o menos las ocho de la noche cuando el sol se ponía en el valle, mientras ella, medio tumbada, medio sentada, seguía arrobada por aquel entorno espectacular después de llevar dos semanas dentro de un vagón ennegrecido desprovisto de toda belleza. «Aunque apretara el frío, aún lucía el sol y hacía una preciosa tarde-noche de primavera. Subíamos la colina y me di cuenta de que el Danubio quedaba abajo y que los campos estaban empezando a reverdecer. [...] Recuerdo que pensé que nunca había visto nada tan bello y que quizá fuera la última cosa bonita que viera».

No obstante, para cuando el carro había ascendido los dos kilómetros y medio que la separaban de lo alto de la colina, sus contracciones cada vez eran más seguidas y la postal de la Alta Austria, con sus iglesias, *Schlösser* («palacios») y los distantes Alpes cubiertos de nieve, ya no le proporcionaba distracción alguna. «El carro apestaba, estaba lleno de barro y me encontraba con aquellas criaturas sin pelo y envueltas en harapos. Eran moribundas comidas por los piojos; aquellos bichos estaban por todos lados. Las pobres mujeres, inconscientes, se apoyaban en mí o yacían tumbadas sobre mis piernas. Yo iba sentada y el bebé empezó a salir —relataba—. Solo tenía un miedo: que el pequeño no sobreviviera».

Mientras se acercaban al KZ Mauthausen, divisó la formidable fortaleza de piedra, amenazante, construida bloque tras bloque por sus desafortunados prisioneros. Al tiempo que su bebé intentaba abrirse camino por entre sus piernas, contempló las enormes puertas de madera y las amenazantes torres de vigilancia de granito que permitían una vista de pájaro a una altura tan distante como los Alpes. Temió que no hubiera escapatoria tras aquellos muros.



Puerta principal de Mauthausen, donde nació el bebé de Anka.
(© KZ-Memorial Mauthausen.)

Consciente de que necesitaba ayuda, miró a su alrededor y vio, arrastrando los pies junto al carretón, a la doctora rusa que había trabajado en la enfermería de Freiberg junto con la doctora Mautnerová. «Le imploré que me ayudara, pero me hizo un gesto con la mano, se encogió de hombros y siguió caminando. Ni siquiera me miró o me dijo: “Lo siento. Todo va a salir bien”».

A Anka, que se abrazaba la tripa con fuerza e intentaba evitar lo inevitable, la bajaron del carro a la sombra de la puerta de acceso e, inexplicablemente, la cargaron en otro carruaje de madera «de esos en los que se transporta carbón». Aplastada entre las mismas mujeres, más otras que parecía que hubieran perdido el control de sus facultades mentales, se quedó aturdida. Sentía tanto dolor que cerró los ojos y notó que el carro se alejaba de aquellas puertas infernales y bajaba poco a poco hacia la *Sanitätslager* («enfermería»), cerca del campo de fútbol.

El bebé seguía intentando abrirse paso y Anka no paraba de gritar, pero se calló al percatarse de que tenía a su lado un soldado de las SS. Había como mínimo un guardia acompañando el carro y otro guiándolo y haciendo las veces de freno humano. El que tenía más cerca le dijo: «*Du kannst weiter schreien*» («Puedes continuar gritando»), pero nunca llegó a saber si se lo decía por compasión o estaba siendo sarcástico. Convulsionándose por el dolor y convencida de que aquellos eran sus últimos minutos sobre la faz de la tierra, gritó con todas sus fuerzas.

Anka contaba: «Mientras duró el parto no dejé de pensar en mi madre, no porque se hubiera compadecido de mí, sino porque me habría dicho: “¿¡Cómo se te ocurre tener un niño en estas circunstancias!?”». Me refiero al carro [...] y no habiéndome lavado en tres semanas. Ay, cuántísimo se habría enfadado». A medida que el sol se ponía, y en aquellas condiciones tan infernales de las que tanto se habría quejado Ida Kauderová, Anka dio a luz por fin. El bebé se le resbaló por entre las piernas envuelto en sangre y fluidos. Había sido un parto muy rápido en comparación con el de Dan, pero es que aquel bebé era muy pequeño. «De repente, allí estaba mi hijo. ¡Había salido!». El pequeño

ni se movía ni respiraba. «Durante casi siete o diez minutos no se revolvió. Tampoco lloraba. [...] Yo estaba sentada entre mujeres que yacían por encima y allí estaba el bebé. Fue... ¡indescriptible!».

Momentos después, el carro se detuvo junto a la enfermería y alguien llamó a un prisionero que era médico y que —Anka no se enteró hasta más tarde— había sido director de obstetricia en un hospital de Belgrado. «Vino corriendo y cortó el cordón umbilical, le pegó una palmada en el culo al bebé [para que llorase y respirase] y todo salió bien. Empecé a llorar. [...] Me dijo: “Es un niño”. Alguien lo envolvió en papel y, de pronto, sentía una felicidad inmensa».

Anka había querido una niña, pero acunó igual aquel bebé milagro y decidió llamarlo Martín. Le preguntó a alguien el día y la hora, decidida a recordar que su hijo había nacido a las ocho y media del 29 de abril de 1945. Los llevaron adentro y le sorprendió que la ayudaran a postrarse en un camastro en el que le permitieron acostarse sola. Aunque el sitio apestaba a excrementos y la higiene brillaba por su ausencia, era consciente de que las demás prisioneras no habrían tenido tanta suerte.

Su pequeño hijo, con la cabeza llena de pelo negro, yacía sobre su pecho, como Dan un año antes. Un bebé tan pequeño debería estar en una incubadora, pero Anka le dio el vital contacto de la piel contra la piel y se convirtió en «la mejor incubadora del mundo».

«No podía estar más feliz, teniendo en cuenta las circunstancias —decía—. Era la persona más feliz del mundo».

Rachel y Mark, su bebé, no estaban tan bien. En la estación de tren los habían cargado en un carro similar, lleno de moribundas, y conducido sin dilación hacia las hambrientas puertas del campo, que les esperaban con las fauces abiertas. Una vez franqueada la entrada, las bajaron del carro y las empujaron para que se dispusieran en varias filas —que las pobres formaban de modo irregular—, tras lo cual les ordenaron que esperasen en una vasta *Appellplatz* rectangular hecha a mano con rocas cuadradas rellenas de pequeñas piedras de granito. A su alrededor, el campo parecía estar sumido en el caos. Un humo asfixiante salía de las incineradoras, a las que los nazis echaban todo tipo de documentos, junto a los cadáveres de las víctimas más recientes asesinadas en la cámara de gas, con la intención de reducirlos a ceniza. Los soldados alemanes corrían de un lado para otro con papeles en las manos como si algo importante estuviera a punto de suceder.

Ninguna de las mujeres de Freiberg estaba al tanto de que, en los meses previos, la población del campo se había duplicado gracias al flujo continuo de deportados que llegaba a través de las «marchas de la muerte». La situación era inmanejable. Se habían quedado prácticamente sin comida e incluso habían tenido que organizar un campo provisional de tiendas de campaña. Se calcula que, en aquel punto de la guerra, en Mauthausen y sus campos satélite asesinaban ochocientos presos al día y que, a pesar del gran número de recién llegados, el mes anterior habrían acabado con veinte mil personas. Los soldados alemanes no querían dejar rastro de sus crímenes, en especial después del 23 de abril, en que Churchill, Stalin y Truman habían ordenado un bombardeo masivo de panfletos en todos los idiomas en los que se amenazaba con «perseguir sin descanso y castigar» a todos los culpables de haber infligido malos tratos a los prisioneros. Eso, junto con el hecho de que tenían casi

encima tanto al Ejército Rojo como al estadounidense, significaba que el mundo estaba a punto de descubrir lo que, durante seis años, había sucedido de verdad en aquella pintoresca región de Austria.

Las mujeres del tren no eran más que otro problema para los comandantes del campo, pero en cuanto decidieron qué hacer con ellas, a Rachel y a las pobres que componían su grupo las obligaron a sacudirse la extenuación y las guiaron de cincuenta en cincuenta hacia unas escaleras tras decirles que las conducían a darse una ducha. Con el pequeño Mark escondido debajo de su mugriento vestido, Rachel estaba tan débil que apenas era consciente de lo que sucedía, pero recordaba lo suficiente de Auschwitz como para saber qué podía significar aquello de la ducha. La cámara de gas de dieciséis metros cuadrados de Mauthausen, disfrazada de ducha comunal, ya había servido para asesinar a miles de personas de aquel campo y en los registros del mismo pone que en las últimas semanas los nazis gasearon a mil cuatrocientas personas. El 28 de abril, el día antes de que arribara el tren de Freiberg, treinta y tres comunistas austríacos acusados de ser «enemigos del Estado» habían muerto ejecutados junto con cinco prisioneros polacos, cuatro croatas y un austríaco de nacionalidad británica. Los alemanes no pospusieron aquellas ejecuciones a pesar de la presencia en el campo de delegados de la Cruz Roja, quienes negociaban la evacuación de varios cientos de prisioneros de Francia y el Benelux.

La cámara de gas funcionaba de modo un poco diferente de las de Auschwitz, pero también usaba Zyklon B *Giftgas* («gas venenoso»). Los nazis metían los mortíferos cristales en una gran caja de metal conectada a la cámara por una estrecha tubería. Luego, calentaban un ladrillo y lo metían en dicha caja. Cuando los cristales reaccionaban con el calor, el gas que emitían se filtraba en la cámara impulsado por un ventilador eléctrico.



Cámara de gas de Mauthausen. (© KZ-Memorial Mauthausen.)

Rachel no tenía ni idea de aquello. No sabía dónde estaban sus hermanas ni tampoco si habían

sobrevivido al viaje. Además, se había resignado a pensar que a su marido, Monik, lo habían asesinado. Tampoco albergaba esperanzas de volver a ver a su valiente hermano Moniek y menos aún a sus padres y hermanos menores, en manos del doctor Mengele y sus compinches. Lo único que tenía claro es que a ella y a su bebé los empujaban hacia una cámara grande y embalsada con unas tuberías de aspecto siniestro y que, a su entender, se hallaban a punto de morir. Habría sido un final lastimoso, si bien en consonancia con la terrible existencia que los nazis les habían obligado a padecer a su familia y a ella desde la invasión de Polonia, seis años atrás.

«Nos llevaron a una cámara en la que iban a gasearnos, pero los prisioneros habían desmantelado el sistema, por lo que no pudieron hacerlo», contaba después.

Nunca se sabrá si, en efecto, aquel día Rachel y quienes le acompañaban desde el tren fueron guiadas a la cámara de gas o, por el contrario, a una ducha de verdad que había cerca del *Appellplatz*. Las declaraciones son contradictorias y, dada la confusión reinante en los últimos días de la guerra, los alemanes llevaban pocos registros. Los testimonios de varios prisioneros, empleados y oficiales de las SS indican que el último gaseo tuvo lugar el 28 de abril, tras lo cual los nazis consideraron que sería muy complicado ocultar más asesinatos. Numerosas prisioneras del tren aseguraron que la intención era gasearlas el mismo día de su llegada, pero nadie sabe a ciencia cierta si los soldados de las SS que las condujeron hasta allí estaban decididos a cumplir las órdenes de erradicarlas o bien se lo dijeron para torturarlas psicológicamente.

Gerty Taussig, que es posible que estuviera en el mismo grupo que Rachel, insistía en que pretendían gasearlas, no que se lavaran: «A cincuenta de nosotras nos enviaron a las “duchas”, pero aquello era una cámara de gas. El gas no salía, así que nos ordenaron que nos marcháramos. Creo que se habían quedado sin gas. No las desmanteló nadie, lo que pasa es que ya no tenían con qué hacer que funcionasen».

Rachel contaba que cuando salieron de la cámara, secas, vestidas y vivas, el caos era todavía mayor. «Para ese momento, los alemanes corrían y gritaban y uno de ellos nos soltó: “Tranquilas, que os vamos a llevar al “Campo de los Rusos” y allí se os comerán vivas los piojos”». Mientras se ponía el sol, las llevaron de vuelta a la plaza de armas a empujones. Empezó a llover y les dieron un poco de sopa y agua, cortesía de la Cruz Roja, que había enviado paquetes de comida al campo. Luego, les obligaron a sentarse en el suelo y a esperar a que, de la estación, llegara el primer grupo de esqueletos harapientos que, a su entender, tenía suficientes fuerzas como para subir andando la colina.

«Llegar hasta allí les llevó horas», contaba Rachel. Hasta que no lo lograron, no les hicieron ponerse en pie de nuevo y bajar hasta el «Campo de los Rusos». Una vez allí, a unos cuantos cientos de metros de la enfermería en donde yacían Anka y su bebé, les obligaron a cruzar la verja de una valla de alambre de espino electrificada con 2.000 voltios y las encerraron en barracones.



Subida escarpada a la fortaleza de Mauthausen. (© Wendy Holden.)

Gerty Taussig contaba: «Allí no había más que paja y chinches. Yo tenía tifus. No sé cómo sobreviví. Supongo que tuve suerte». Varias prisioneras describieron las condiciones: «Estábamos muy enfermas», «Unas mujeres morían en brazos de otras», «No sentíamos nada», «Éramos como hierro», «Yacíamos medio muertas sobre nuestros propios excrementos», «Esperábamos la muerte».

Otras, incluida Priska —que llevaba a Hana y el ajuar que le habían dado las madres de Horní Bříza—, todavía se encontraban subiendo la colina. La madre tuvo que esforzarse en cada paso, a cada respiración, durante las más de dos horas que les llevó el ascenso al campo. El bebé, que lloriqueaba sin consuelo por culpa de las llagas y heridas que tenía debajo del blusón y del gorrito, se le pegaba sin fuerzas a los pechos secos, vacíos.

A pesar de su estado de debilidad severa y de tener los pies en carne viva, las guardias que les habían acompañado desde Alemania —a quienes los agitados oficiales del campo les ordenaban a gritos que las trataran mal— pegaban y empujaban a Priska y a las demás supervivientes del grupo. De cinco en cinco y vestidas con harapos, compelidas a darse prisa, las *Häftlinge* cruzaron la pintoresca ciudad que tan bonitas jardineras tenía en las ventanas y las fachadas de madera. La mayoría de los habitantes las ignoraban, pero algunos les escupían o les decían, con suma frialdad, que morirían en cuanto llegaran a lo alto de la colina.

De vez en cuando, los soldados les permitían que se detuvieran para tomar aliento. Estupefactas, embebían cuanto podían de aquellas pinceladas de «libertad» y, en especial, del increíble paisaje. A juicio de Priska, la intensidad del Danubio, un río que también cruzaba su querida Bratislava, resaltaba el panorama. «Piensa solo en cosas bonitas», le había pedido Tibor, así que intentó, por todos los medios, no concentrarse en aquella terrible sed que le reseca la garganta, ni en el miedo

aterrador que la embargaba, sino en la sorprendente exuberancia de los matorrales, los prados llenos de flores silvestres y el canto de los pájaros, que casi había olvidado ya.

Los relatos de las prisioneras a la hora de llegar a Mauthausen difieren muchísimo entre sí, dependiendo de si fueron cargadas en un carro u obligadas a ascender la colina en columnas por alguna de las dos rutas posibles. Las que marcharon a plena vista por el centro de la plaza del mercado se sintieron del todo invisibles para los vecinos de la ciudad, que saludaban a los soldados, los vitoreaban e invitaban a acontecimientos sociales o incluso les preguntaban qué película estaban echando en los cines. Algunas, desesperadas por beber, abandonaron la fila nada más ver la antigua fuente de piedra de la plaza. Lisa Miková contaba: «Nos obligaron a cruzar el pueblo medio muertas de hambre. La sed era aún peor. En el centro había una fuente maravillosa y corrimos a beber en ella, pero los vecinos nos lo impidieron y nos tiraron piedras. [...] Había un gran cordón de soldados de las SS, que nos pegó y obligó a regresar a la fila».



Fuente de Mauthausen donde prohibieron beber a las mujeres.
(© Wendy Holden.)

Las que llevaron por la ruta más rural, un camino secundario por el que no llamarían tanto la atención, se tiraban sobre la maleza que crecía en los bordes del serpenteante camino y, con los labios agrietados, chupaban sus frutos. Algunas cogían flores de cerezo y se las tragaban enteras. Otras se dejaban caer de rodillas, llenas de costras, para lamer el agua de un manantial que se filtraba por la parte más empinada de la colina.

Priska sujetaba a Hana como podía durante el ascenso y, dado el ensimismamiento que le producía el hambre, se preguntaba si Tibor llegaría a saber algún día que había sido padre o que su hija iba a

vivir para celebrar su primer mes de vida el 12 de mayo. «Ansiaba con todas mis fuerzas que mi hija se salvara —declaró—. Era importantísimo para mí. Más que nada en el mundo». Aturdida, llegó a la fortaleza al anochecer y, sin aliento, a empujones, se puso en fila con las demás mujeres, que componían un espectáculo miserable. «Tenía tanta hambre que ni siquiera reconocía a mis amigas —contaba, pero les esperaba una sorpresa todavía mayor—. En el patio había paquetes de la Cruz Roja que eran para nosotras. ¡Nos dieron café y pastel!».

Famélicas y tan sedientas que apenas podían tragar, comieron cuanto pudieron, convencidas de que iban a gasearlas. Frente a ellas se alzaba una altísima chimenea de ladrillo que eclipsaba toda esperanza. Después del pequeño ágape, les hicieron esperar dos horas y presentían lo que estaba a punto de sucederles. Demasiado cansadas como para luchar o correr, ni siquiera alzaron la vista para mirar a quienes tenían previsto aniquilarlas.

Lisa Miková decía: «Estábamos en el patio, de pie o sentadas, esperando el final. También había unos cuantos prisioneros y nos preguntaron de dónde veníamos y nos dijeron que teníamos suerte porque la cámara de gas ya no funcionaba. Uno de ellos aseguraba: “La ayuda está en camino. Ya no van a haceros más daño. No les interesa. Se encuentran demasiado ocupados preparándose para huir”. No teníamos claro si creerles. Bastaba con que quienes venían a socorrernos estuvieran a un día de camino para que los alemanes nos mataran».

Tirada en el suelo mientras el viento alpino soplaba prácticamente a través de ella, a Priska la despertó de su delirio la «gélida» voz de un oficial de las SS al que no conocía. En un idioma que la mujer entendía a la perfección, el militar les explicó a sus colegas que se habían quedado sin gas y que a las recién llegadas había que llevarlas a los *Zigeunerbaracke* («barracones de los gitanos»), donde hacía poco habían metido a los prisioneros evacuados de Ravensbrück. «De momento, aparcad allí este transporte». Priska oyó el familiar «*Schnell!*» y tuvo la sensación repentina de que los guardias y los *Kapos* las rodeaban con actitud intimidatoria una vez más, de modo que se apretaron las unas contra las otras para protegerse. Mientras se preparaban para ser pastoreadas a otro destino desconocido, la pequeña Hana se revolvió y gimió. Una de las *Kapos* vio el fardito que Priska sujetaba a la altura del pecho y gritó: «*Ein Baby! Ein Baby!*» Otra *Kapo* se acercó a toda prisa con los brazos extendidos y la intención de llevarse a Hana mientras gritaba: «*Keine Kinder hier!*» («¡Nada de niños aquí!»).

Cuando cada una de las guardias agarró una de las piernecitas pellejudas de su hija y empezó a tirar, la mujer se enfrentó a las dos —con una fuerza que desconocía que poseyera—, escupiéndoles a la cara y arañándose. «*Nein! Nein!*», gritaba Priska, que luchaba como una jabata. El ajuar que guardaba como un tesoro cayó al suelo, tras lo cual lo pisotearon y se perdió. El forcejeo por la vida de Hana duró varios minutos, mientras las tres mujeres y el bebé aullaban indignadas. Pero la escaramuza acabó, casi tan rápido como había empezado, gracias a la intervención de otra mujer. Una *Kapo* mayor posó una mano en el hombro de Priska mientras alzaba la otra a sus subordinadas, que soltaron a Hana de inmediato. La mujer se acercó y acarició la cabeza del bebé mientras decía en

baja voz: «*Ich habe nicht ein Baby in sechs Jahren gesehen*» («Hace seis años que no veo un bebé»), a lo que añadió: «Me gustaría pasar un rato con él».

Priska pegó un grito de protesta que le salió de lo más hondo y se quedó mirando a la veterana del campo con asombro. Sin decir esta boca es mía, las otras *Kapos* se retiraron y la prisionera, con el vestido roto, se dio cuenta de que aquella podía ser la única oportunidad de que su hija se salvara. Cuando su desconocida benefactora extendió los brazos para que le entregase a Hana, Priska dudó unos instantes, pero acabó tendiéndosela. «Sígueme», le dijo la *Kapo*, que tenía acento polaco.

En una secuencia de acontecimientos surrealista, la mujer le ordenó que esperara en la puerta de los barracones de los guardias mientras ella entraba con Hana. La madre corrió a una de las ventanas, que tenían unas cortinas a cuadros muy bonitas, y observó con nerviosismo cómo la guardia desvestía a su hija y la tumbaba en una mesa. La polaca se inclinó sobre la niña sonriendo y la arrullaba, como si no se diera cuenta del lamentable estado en el que se encontraba. Luego, fue a un armario y sacó un poco de cuerda y una chocolatina —un lujo que Priska casi había olvidado—; cortó un pedazo de chocolate, le ató la cuerda y lo dejó colgando sobre la boca del bebé, incitándolo. Hana, disfrutando de su primer juego, movió las piernecitas entusiasmada, sin duda, y sacaba y metía la lengua mientras fuera, helándose, el vaho de la boca de su madre empañaba la ventana.

Casi después de una hora, la guardia envolvió a Hana en su sucísima blusa, le puso el gorrito y salió con ella del cuartel. «Toma», le dijo con brusquedad a Priska, que no dejaba de temblar. Acto seguido, le ordenó a otro *Kapo* que escoltara a madre e hija hasta los barracones de los gitanos, donde se agolpaban las demás prisioneras, y se dio media vuelta como si lo que estaba a punto de sucederles no fuera de su incumbencia.

Para llegar a su nueva vivienda, un edificio que en parte se había diseñado para albergar aviones de guerra Messerschmitt —por lo que era conocido como «Campo de los Messerschmitt»—, Priska tuvo que descender la «Escalera de la Muerte» hasta la cantera que, por suerte, aquella noche se hallaba en silencio. El tramo ya era bastante traicionero de día, por lo peligroso que resultaba que los escalones fueran irregulares, pero de noche, con un bebé en los brazos y las piernas temblorosas por el cansancio, estuvo a punto de resbalar y caerse en varias ocasiones. Cuando por fin llegó abajo y dejó atrás, trastabillando, el acantilado por el que tantos se habían precipitado, a Hana y a ella las llevaron al más alejado de los treinta y pico bloques que había en Mauthausen, y que era poco más que una estructura húmeda al pie de la cantera. Dentro, unas mujeres que parecían prostitutas se peleaban armando gran alboroto en una esquina. Ni siquiera la miraron. Había unos camastros rotos y algo de paja tirada por el suelo, que estaba lleno de barro empapado de orina. Las prisioneras que acababan de llegar en el tren, exhaustas, yacían allí donde se hubieran dejado caer. En aquel sitio no había belleza alguna. Era, sin más, un sitio donde abandonaban a la gente para que se pudriera.

Mientras la *Kapo* jugaba con Hana, otras reclusas del tren de Freiberg habían tomado la misma ruta que Priska. Apenas podían dar un paso y muchas se cayeron en las escaleras y hubo que transportarlas hasta abajo. Se podría decir que, cuando llegaron al barracón, sencillamente,

encontraron un sitio donde echarse, «demasiado cansadas para vivir». A algunas de las más afortunadas, como Lisa Miková, les habían asignado un barracón algo mejor en el campamento principal, en lo alto de la colina, donde —a pesar de que tuvieran que dormir cuatro por camastro— se encontraron con unos prisioneros que cuidaron de ellas hasta el punto de poner en peligro su propia vida dándoles su comida y su agua con la esperanza de que no murieran. Claro que ninguna de aquellas mujeres tenía que alimentar a un recién nacido.

Con Anka y su bebé en la poco higiénica *Sanitätslager* («enfermería»), Rachel tirada con Mark en el suelo de un barracón infestado de piojos, y Priska y Hana acurrucadas y exhaustas en el suelo de un cuartel sucísimo, la interminable «marcha de la muerte» de aquellas mujeres por fin había terminado. Aun así, seguían estando a merced de un régimen asesino y su guerra no había concluido todavía. En el KZ Mauthausen existían incontables maneras de morir y las más frecuentes eran la inanición, el cansancio y la enfermedad —de todo lo cual ya eran víctimas tanto sus bebés como ellas—. En tal estado, los tres recién nacidos eran muy propensos a la hipotermia, la hipoglucemia y la ictericia.

Ninguna de las tres madres sabía qué les depararía el día siguiente y estaban demasiado cansadas como para planteárselo. Mientras el amanecer empezaba a reptar por los Alpes el 30 de abril de 1945, las tres madres y sus niños no se enteraron de la llegada del nuevo día ni de lo importante que iba a ser.

Esa misma tarde, mientras las tropas soviéticas se internaban en el *Führerbunker* de Berlín, Adolf Hitler y su nueva novia, Eva Braun, sentados el uno junto al otro en el sofá del estudio del búnker del líder nazi, se despidieron el uno del otro. Después de morder una cápsula de cianuro cada uno, Hitler se pegó un tiro en la sien derecha. Los rusos sacaron ambos cadáveres, los empaparon en petróleo y los quemaron. En su última voluntad y testamento, escritos el día en que nacía el bebé de Anka, Hitler expuso que elegía la muerte en vez de sufrir la vergüenza de que lo destituyeran o de tener que capitular. Ordenó a sus seguidores que defendieran las leyes de la raza aria «hasta el final» y que «se resistieran a los judíos, envenenadores de todas las naciones».

La noticia del suicidio de Hitler debió de correr como la pólvora entre los mermados mandos nazis, aunque no llegó a oídos de los hombres y mujeres moribundos que tenían a su cargo en aquellos últimos y desesperados días de la guerra. Si los prisioneros llegaron a saber algo, fue que hubo tiros y gritos todo el día, lo que solo sirvió para recordarles que seguían atrapados en el corazón de uno de los últimos campos dedicados a cumplir con el plan de Hitler: exterminar a los enemigos del Reich.

«Los alemanes estaban histéricos y le gritaban a todo el mundo —decía Lisa Miková, que estaba en el centro del campo, en la colina—. Los prisioneros tenían miedo de salir por si les disparaban». La mujer se había dejado caer en un colchónapestoso que había en el suelo de su barracón y cuando un prisionero checo le trajo un poco de pan, pensó para sí: «Tengo que sobrevivir». Aquel pan, hecho con serrín y harina de avellana, tenía un aspecto y un olor muy poco apetecibles, pero no fue eso lo que impidió que se lo comiera. «Estaba tan cansada que no podía ni comer. Tenía fiebre y debía de

estar delirando. Entonces, se me acercó otra mujer, me abrió la mano y me quitó el pan. La miré impasible. Me sentía tan débil que no podía ni moverme, ni protestar».

Solo Anka y su recién nacido, que se encontraban en la enfermería, tuvieron la suerte de que alguien cuidara de ellos. No obstante, y debido a las malas instalaciones médicas de que disponía, el sitio era poco más que un barracón en el que los presos aguardaban la llegada de la muerte. Sin embargo, en comparación con cómo la habían tratado en el tren, le pareció que los alemanes «no podían hacer más por ella», y ello a pesar de que su hijo, envuelto en papel, y ella, sucia y débil, estuvieran rodeados por enfermos que iban a morir de tifus o padecimientos peores. Contaba: «Para cuando llegamos, los alemanes estaban asustadísimos y empezaron a darnos de comer». Describió su cambio de actitud como «empalagoso y horrible», a lo que añadía: «El día anterior nos habrían matado sin miramientos y, de pronto, todo se había arreglado y éramos “el pueblo elegido”».

Recordaba, de cuando había tenido a Dan, que no era conveniente alimentar a un recién nacido en sus primeras doce horas de vida, por lo que descansó y dejó que Martin durmiera antes de intentar darle de comer. Cuando por fin se lo puso al pecho, se quedó sorprendida porque resultó que tenía tanta leche que podría haber alimentado a «cinco bebés», y añadía: «No sé de dónde salió. Si hubiera tenido fe, habría dicho que era un milagro». Su bebé, cuyos brazos parecían dedos meñiques, engulló aquel alimento.

Después de semanas comiendo poco más que pan duro, a la madre le sirvieron un plato de macarrones con mucha grasa. «Tenía tanta hambre que me los comí. ¡Ni imaginas el hambre que tenía!, [...] pero podrían haberme matado. Mis intestinos no lo soportaron». Casi de inmediato, la incapacitó una diarrea y se puso malísima. «Apenas me quedaba nada por dar y podría haber contaminado la leche del bebé; pero es que ¿cómo vas a resistirte a la comida cuando te mueres de hambre?».

De alguna forma, superó aquel revés, pero seguía sin saber si, por mucho que hubiera conseguido sobrevivir hasta entonces, los nazis la asesinarían al día siguiente. Los demás prisioneros, los de los barracones adyacentes, intentaban convencerla de que no tenía que preocuparse por la cámara de gas porque la habían «volado», pero no se atrevía a creer a nadie. Ignoraba si lo que decían era cierto aunque, desde luego, esperaba que así fuera.

En los acuartelamientos que quedaban más allá de la *Sanitätslager* («enfermería»), no había mucha esperanza para el resto de mujeres del transporte de Freiberg. El alojamiento estaba llenísimo de alimañas y de personas enfermas. Atormentadas por los piojos, ahora se hallaban todavía más sucias; hasta el punto de que se habían acostumbrado a estarlo. El olor a excrementos y a carne humana en descomposición hacía que les costase respirar. Algunos de los prisioneros muertos los habían trasladado al bosque y apilado de forma que parecían una montaña de huesos cubiertos de piel. Cuando Gerty Taussig, que había salido del barracón tambaleándose para respirar aire puro, vio aquello, se llevó tal impresión que precisó sentarse en un leño. Un preso se sentó a su lado y, como si

fuera un secreto importantísimo, le susurró: «No se lo digas a nadie, pero los mejores pedazos de carne están en el muslo».

Por primera vez en no sabían cuanto tiempo, a la mañana siguiente no llegó nadie para exigirles que se levantasen. Ni les sirvieron café aguado. En lo alto de la colina se oían disparos y ruidos cada vez más fuertes de disturbios, a medida que a los alemanes iba embargándoles el pánico. El estruendo que hizo una explosión a lo lejos era música para los oídos de los prisioneros. También se oía trabajar en la cantera, más allá de sus barracones, pero, de pronto, se hizo un silencio sepulcral y las mujeres se preguntaron si las habrían abandonado allí para morir.

En los días que siguieron al suicidio de Hitler, los presos que llevaban mucho tiempo en Mauthausen, que habían formado sus propios comités y grupos de resistencia, percibieron un cambio en la atmósfera del campo. Seguía habiendo *Appelle*, pero, prácticamente, el trabajo en la cantera había cesado —aunque a los más fuertes aún les obligaban a partir rocas y transportarlas—. Entonces, se dieron cuenta de que cada día había menos alemanes. De pronto, los prisioneros veteranos podían campar a sus anchas, llevarles comida y agua a los más débiles y animarles para que aguantaran. El rugido de los motores diesel de los vehículos que abandonaban el campo era casi constante y por fin las ambulancias de la Cruz Roja pudieron cruzar la entrada para llevarse a los refugiados de Francia y del Benelux. Los *Häftlinge* que residían en la parte baja del campo no estaban al tanto de que un posible rescate estuviera tan cerca y, además, tampoco se beneficiaban de los paquetes de comida que había traído la Cruz Roja porque los nazis se los llevaban casi todos.

Mientras Anka dormía profundamente por primera vez en meses, Rachel y Priska también intentaban descansar y recobrar fuerzas mientras sus hijos les exprimían hasta la última gota de leche. Ninguna de ellas fue consciente del momento en que, a primera hora del jueves 3 de mayo, Frank Zierys, de treinta y nueve años, el comandante de las SS que había dirigido el campo durante aquellos seis años, daba la orden de huir a sus tropas. Alguien había desmantelado la caja metálica donde se metía el Zyklon B *Giftgas* («gas venenoso») con el que se alimentaba la cámara de gas y el campo quedó en manos de una unidad de *Feuerschutzpolizei* («bomberos voluntarios») reclutada en Viena y asistida por algunos soldados alemanes. Luego, el *Standartenführer* («jefe de estandartes») Zierys escapó a su cabaña de caza con su esposa, donde lo capturaron y mataron. Sus soldados de las SS se dispersaron a los cuatro vientos.

Aquel día, un oficial francés liberado la semana anterior por la Cruz Roja consiguió hacerles llegar un mensaje a las autoridades aliadas para avisarles de que había decenas de miles de prisioneros en Mauthausen y en sus campos satélite y que era muy probable que los alemanes fueran a aniquilarlos siguiendo los dictados de una carta enviada por Himmler en donde ordenaba que se destruyera todo cuanto pudiera servir de prueba contra los nazis. «[El oficial] comenta que los alemanes están planeando exterminarlos a todos —decía el mensaje secreto—. Han recibido gas, dinamita y cubas para realizar ahogamientos en masa. Las masacres habían comenzado cuando el oficial abandonó el campo».

Dos días después, la mañana del sábado 5 de mayo de 1945, una escuadra de reconocimiento de los Thunderbolts, perteneciente a la 11.^a División Acorazada del Tercer Ejército de los Estados Unidos, estaba patrullando la zona, comprobando si los puentes eran seguros, cuando un agitado delegado de la Cruz Roja persuadió a su líder para que lo acompañase a Gusen y, después, a Mauthausen. La escuadra la dirigía el sargento Albert J. Kosiek, un suboficial que hablaba polaco y que, a pesar de que su teniente hubiera muerto hacía poco, había rechazado la promoción porque quería seguir con sus hombres. Hijo de polacos emigrados a Estados Unidos, el sargento Kosiek estaba a cargo de veintitrés soldados y seis vehículos —entre los que se incluía un tanque y su coche de exploración— cuando vio por primera vez la fortaleza en la colina, Mauthausen, que confundió al principio con una fábrica descomunal.



El sargento Albert J. Kosiek, libertador de Mauthausen. (© Larry Kosiek.)

Cuando empezó a percibir la «peste» que emanaba el campo descubrió, horrorizado, que no era ni mucho menos una fábrica, sino un sitio dedicado a asesinar a una escala mucho mayor de lo que nadie era capaz de imaginar. Igual que les pasó a muchos de los soldados aliados que entraron en los centros de asesinato nazis en los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial, fue una experiencia que ni Kosiek ni los suyos olvidarían jamás. Al otro lado de los altos muros de piedra con verjas dobles electrificadas, encontraron a miles de prisioneros con los ojos fuera de las cuencas, un gran número de los cuales estaban catatónicos y a punto de fallecer. Muchos iban desnudos y no parecían avergonzarse de ello, después de que, año tras año, les hubieran obligado a asistir a los *Appell* sin ropa. En las últimas etapas de la guerra, los harapos que vestían se les habían caído a pedazos o se los habían robado prisioneros que estaban más fuertes. Expuestos al clima de aquella manera, tenían la piel cubierta por heridas y llagas o carcomida por la enfermedad.

«Nunca olvidaré lo que vi —contaba el sargento Kosiek—. Algunos se tapaban con sábanas,

mientras que otros iban desnudos, hombres y mujeres, y componían la muchedumbre más consumida que he tenido la desgracia de ver. [...] Casi ni parecían seres humanos. Algunos no debían de pesar ni veinte kilos [...] lo que hacía que me planteara cómo era posible que siguieran con vida». A pesar de su terrible condición física y psicológica, algunos se peleaban y muchos se volvieron «locos de alegría», gritando, aullando y pegando alaridos en una variedad discordante de idiomas cuando vieron aparecer por la puerta a los estadounidenses.

El sargento Kosiek pidió a los prisioneros que mantuvieran la calma y llamó por radio a su cuartel general para informar de lo que había encontrado; hubo testigos que aseguraban que era «incapaz de explicar qué demonios era aquello». Sus soldados y él ya se habían encontrado al borde del camino con cientos de prisioneros a los que los nazis habían disparado o que habían muerto de cansancio debido a las «marchas de la muerte» a las que les habían sometido pero, psicológicamente, no estaban preparados para entrar en un campo de concentración. Estupefacto, el sargento Kosiek aceptó la rendición formal de los guardias austríacos y alemanes, que no opusieron resistencia y entregaron las armas. No solo estaban aliviados por entregarse a tropas estadounidenses en vez de a otras soviéticas, sino porque los libertadores —cuestión en la que los integrantes de la unidad de reconocimiento no cayeron hasta más adelante— no fueran el equivalente a las SS, equívoco al que dio lugar que el característico rayo rojo de la insignia de los Thunderbolts fuera similar a las SS serradas de las tropas de élite alemanas.

El resto de los soldados alemanes habían huido o intentado camuflarse con los trajes a rayas, pero enseguida los descubrieron y a muchos los mataron prisioneros enfurecidos. Los rusos supervivientes, sobre todo, querían venganza y mataron a sus antiguos carceleros alemanes con las manos desnudas. A muchos les pegaron palizas, los colgaron o lanzaron contra las vallas electrificadas, donde permanecieron días. A unos los abrieron en canal y sacrificaron. A otros los golpearon hasta la muerte con los zuecos que ellos mismos les habían entregado.

En Gusen, a cuatro kilómetros, el sargento Kosiek y los suyos ya habían presenciado escenas similares, pues el odio hacia los guardias había dado pie al linchamiento en masa de *Kapos* y otros, y más de quinientos de los veinticuatro mil presos murieron. En Mauthausen, los prisioneros vitoreaban a los escasos miembros del pelotón estadounidense allí adonde iban. Estos no pudieron evitar que aquellos se desmandaran y asaltaran la *Kommandantur* («comandancia») de las SS y se quedaran con todo cuanto pudieron. En un momento dado, presenciaron cómo dos mujeres se lanzaban contra las vallas electrificadas. Más tarde, les explicaron que eran prostitutas de los nazis y que no querían que las cogieran vivas. En las cocinas hubo una pelea después de que cientos de prisioneros entraran en ellas a saco «como una horda de salvajes». Hombres que se morían de hambre cogían puñados de harina y se los tragaban. Había prisioneros esqueléticos por el suelo, luchando a muerte por migajas. Desesperado por mantener el orden, el sargento Kosiek disparó la pistola al aire en tres ocasiones y, en polaco, ordenó a aquellos hombres que se calmaran.

En medio de aquel caos, los prisioneros les ofrecieron una «visita guiada». Entre los reclusos

había un profesor que hablaba inglés a la perfección. Les enseñaron diferentes zonas del campo, incluidos los crematorios, donde los hornos ardían a toda potencia y alcanzaban grandísimas temperaturas. La incineradora quemaba los cadáveres de cinco en cinco en lugar de hacerlo de uno en uno, como era habitual, y en el suelo había montones de prisioneros que acababan de ser asesinados, muchos de ellos con la cabeza abierta y sangrando todavía. Por todo el campo encontraron ratas que roían cadáveres, la mayoría de los cuales casi no parecían humanos. Los presos les hablaron de canibalismo y les mostraron cuerpos apilados como si fueran «haces de leña». En la cámara de gas descubrieron los cadáveres vestidos de más prisioneros.

A sabiendas de que sus soldados y él no estarían a salvo aquella noche en el campo, el sargento Kosiek organizó un comité de prisioneros encargado de supervisar el reparto de la comida y de prevenir más peleas y venganzas contra los *Kapos* y las prostitutas que quedaban. Les amenazó con que si no acataban sus órdenes, los estadounidenses pasarían de largo y los dejarían de nuevo en manos de los nazis.

Con la peste de Mauthausen aún en las fosas nasales, el pelotón abandonó el campo con la gran mayoría de los guardias alemanes —muchos de los cuales imploraban su protección— y prometió que el ejército de Estados Unidos llegaría al día siguiente en masa. Muchos de los presos temían que los abandonaran o que los alemanes regresasen, así que los más fuertes cogieron armas y se organizaron en patrullas, decididos a defenderse hasta la muerte.

Klara Löffová contaba: «De pronto, los estadounidenses se fueron y volvimos a sentir miedo, bien porque no hubiera quien nos diera de comer, no sabes cuánto asusta eso, bien porque los nazis volvieran. Además, no entendíamos por qué se marchaban. La explicación que nos dieron fue que, debido a la proximidad de la línea de demarcación [entre los soviéticos y los estadounidenses], las autoridades no sabían a qué jurisdicción pertenecíamos».

Oficialmente, sin embargo, a última hora del 5 de mayo de 1945 eran libres. El sargento Kosiek, de veintisiete años, hijo de inmigrantes polacos, había liberado en persona a los cuarenta mil prisioneros que había, más o menos, entre el KZ Mauthausen y el KZ Gusen, además de aceptar la rendición de mil ochocientos prisioneros de guerra.

En 1975, Kosiek volvió a Mauthausen con su esposa Gloria para liderar una procesión de libertadores por la puerta principal del campo y conmemorar así el treinta y nueve aniversario de la liberación. Siguió en contacto con muchos soldados que le ayudaron a conseguirlo y con algunos supervivientes, incluido el adolescente húngaro Tibor Rubin, que emigró a Estados Unidos y obtuvo la Medalla al Honor por su valor como soldado y prisionero de guerra en Corea. También hubo dos supervivientes polacos que visitaron al sargento Kosiek y a su familia años después en su casa de Chicago, Illinois, para darle las gracias en persona por lo que había hecho. El sargento murió en 1984 con sesenta y seis años de edad.

Su hijo Larry explica: «A mi padre le costó mucho hablar de aquellas experiencias, pero cuando, con trece años, estaba estudiando la guerra en el instituto, me dejó leer el informe que había

presentado a sus mandos. Conocía la existencia de los bebés en el campamento, lo que siempre le sorprendió; pero, por encima de todo, estaba orgullosísimo de los logros de su pelotón».

LA LIBERACIÓN



Supervivientes recuperándose tras la liberación de Mauthausen.

(© KZ-Memorial Mauthausen.)

Si Priska se enteró de la llegada de los estadounidenses a Mauthausen fue por algo que no oía en años: risas. «Era maravilloso». Le pareció que, a lo lejos, incluso se oía música.

Se levantó temblorosa de su «cama» de paja sucia y miró por la ventana. El sol del mediodía le hizo guiñar los ojos, pero vio tres vehículos militares que no le resultaban familiares, con estrellas pintadas, y que transportaban soldados jóvenes, ninguno de los cuales llevaba uniforme alemán. De modo que aquel era el aspecto que tenían los estadounidenses. Después de soñar tanto con sus libertadores aliados, verlos en carne y hueso le parecía un sueño. Todo en ellos se le antojaba diferente, desde su vestimenta hasta el casco, pasando por la manera en que caminaban, hablaban y olían.

Mientras muchos de los prisioneros mostraban su alegría por la llegada de los estadounidenses gritando: «¡Paz!», «¡Bienvenidos!» o «¡Somos libres!» en una babel de idiomas, otros permanecían donde estaban, tirados, apáticos e indiferentes. Algunos se sentaban, abrumados, llorando a mares, rezando para que aquellos hombres sonrientes no fueran una alucinación cruel. Algunas de las mujeres más jóvenes, que llevaban toda la vida soñando con conocer soldados estadounidenses, de repente se sintieron cohibidas. Repelidas por su propio olor, se pellizcaban las mejillas o intentaban, en vano, alisarse un pelo lleno de bichos y apelmazado por la suciedad.

Uno de aquellos soldados era un joven médico, el técnico de quinto grado LeRoy Petersohn. Con solo veintidós años y empleado en un periódico de Aurora, Illinois, Petersohn viajaba con el cuartel general del Mando de Combate B del general Patton (CCB). Tenía una gran cruz roja pintada en el casco y llevaba otra en un brazalete. Pete, como le conocían todos, ya habían «parcheado» a muchos soldados en el campo de batalla y había conseguido el prestigioso Corazón Púrpura al valor a raíz del impacto que recibió en la Batalla de las Ardenas. Cuando su división llegó a Mauthausen, pasó casi dos semanas atendiendo a los enfermos y a los moribundos, pero, en un principio, lo enviaron a los barracones que había debajo de los alojamientos principales para determinar quiénes necesitaban ayuda más urgente.

«Había visto cosas terribles antes de llegar al campo, pero me afectó muchísimo ver gente que se moría de hambre, personas que no eran más que piel y huesos», reconoció más tarde. Cuando llegó a un barracón en el que los prisioneros dormían de cinco en cinco en cada cama, encontró un «esqueleto» con el pulso débil que se murió ante sus ojos. «Era horrible y te consumía la vitalidad». Al joven médico, desarmado, le habían advertido de que no se acercase demasiado a los prisioneros o que no dejase que le abrazaran porque estaban llenos de bichos y padecían enfermedades infecciosas, pero contaba que «se arremolinaban» en torno a él. Mientras se abría camino por entre los cuarteles, examinando a enfermos y moribundos, no pudo hacer nada cada vez que prisioneros de verdad descubrían a guardias de las SS que se habían disfrazado de reclusos y, tomándose la justicia por su mano, los golpeaban hasta matarlos.



LeRoy Petersohn, el médico que salvó a Hana. (© Brian Petersohn.)

Priska, que se apoyaba vacilante en el marco de la ventana de su barracón, oyó las voces de los soldados y se dio cuenta de que hablaban en inglés. La joven profesora de idiomas que había dado lecciones de dicha lengua en su jardín cuando era una muchacha, reunió todas las palabras que su febril cerebro era capaz de recordar y pidió ayuda a gritos. «Les imploré a voz en cuello que

vinieran al barracón —contaba—. Por suerte, uno de aquellos soldados era médico. Miró el fardo que llevaba, lo abrió y vio a mi bebé, lleno de forúnculos de pus, consecuencia de la malnutrición».

Pete se quedó de piedra al toparse, en aquellos barracones insalubres e infestados, con una madre que tenía un recién nacido. Ambos padecían una desnutrición severa y estaban deshidratados, y el bebé, además, sufría una «infección masiva» y se hallaba cubierto de piojos «más grandes que él». El técnico de quinto grado consideró que había visto suficiente y fue corriendo a buscar a su oficial superior, el mayor Harold G. Stacy, para contarle lo que acababa de encontrar. El mayor era el cirujano de la división, quien había estado con Pete cuando fueron bombardeados, camino de reemplazar a dos médicos fallecidos durante la Batalla de las Ardenas.

«Le dije: “Doc, ¿puede venir conmigo? Quiero enseñarle una cosa”. Así que fuimos juntos a aquel barracón y nos aseguramos de que aquella niña, aquel bebé, tenía solo unas [pocas] semanas de vida. Había nacido en alguno de los otros campos». Pete preguntó cómo se llamaba y alguien le respondió: «Hana, se llama Hana». El médico explicaba: «Cuando los deportaron a Mauthausen, la idea era asesinarlos pero resultó que, el día en que llegaron, los alemanes se habían quedado sin gas».

Hana padecía una desnutrición tan severa y tantísimas infecciones que sus probabilidades de supervivencia eran muy, muy escasas. Además, los estadounidenses estaban superados por los miles de prisioneros que necesitaban atención médica urgente y eran conscientes de que se enfrentaban a una epidemia de tifus y a otras muchas enfermedades. Aun así, el mayor y el joven médico a sus órdenes se apiadaron de la niña y decidieron operarla de inmediato.

Con la intención de conseguir el permiso de Priska para llevarse a la niña, Pete aseguró a la nerviosa madre que harían todo cuanto estuviera en sus manos por salvarla. Era la segunda vez en menos de una semana que un desconocido le pedía que le dejara el bebé y no quería, bajo ningún concepto, volver a perder de vista a su hija. A pesar de que el inglés le fallaba, le imploró que le dejara ir con su bebé, hasta que el mayor Stacy, que hablaba alemán, consiguió calmarla. «La madre hacía lo imposible por venir —contaba Pete—. Mi superior [...] le explicó que se la devolveríamos, que íbamos a curarla, y eso la tranquilizó». Priska estaba demasiado débil para seguir intentándolo. Mientras veía cómo se marchaban, se preguntó si volvería a ver a su bella y pequeña Hanička, la de los ojitos azules y naricilla respingona.

Ambos doctores se subieron a un jeep. El mayor Stacy acunaba a Hana mientras Pete conducía hasta el 131.º Hospital de Evac. («de evacuación»), en el cercano Gusen. Aquel era el único lugar que poseía el equipamiento quirúrgico necesario para tratar las infecciones de la niña. A continuación, el mayor envió a Pete al Danubio, donde estaba destacado el 81.º Batallón Médico. Le ordenó que trajera penicilina —vital—, la milagrosa «medicina novedosa» que desde hacía poco tenían a su disposición y que debía mantener fría.

Para cuando volvió, su superior ya estaba operando a Hana en el quirófano de campaña, abriendo y saizando sus numerosos abscesos. El hombre acometía cada pústula de una en una, un proceso lento y complicado, y extirpaba las áreas de piel infectada cuando era necesario. Pete le seguía por aquel

cuerpecito, limpiando el pus y empapando cada herida con torundas de penicilina. Hana tenía el rostro desencajado de tanto llorar. A continuación, le cosieron las llagas, lo que la dejaría con cicatrices para el resto de la vida.

Mientras Priska esperaba noticias de su hija, las horas iban pasando sin consuelo. Cuando, por fin, al día siguiente, una enfermera del ejército de Estados Unidos le devolvió un bulto vendado de pies a cabeza, a la mujer se le caían las lágrimas. Priska, a quien habían trasladado a una enfermería móvil en la que solo había tres personas por habitación y donde cada una tenía su propia cama, miró a la enfermera y le preguntó angustiada:

—¿Está muerta?

—¡No, no! ¡Está viva! ¡Está sana! —le aseguró mientras Priska cogía a su hija en brazos y juraba no volver a perderla de vista jamás.

Pete Petersohn siguió de cerca el progreso de Hana y visitó con regularidad a la madre y a la hija. El mayor le explicó que las semanas que habían pasado en el vagón de carbón casi acaban con la pequeña. «Me dijo que había cogido una infección que se le había extendido por todo el cuerpo». Ambos intentaron convencer a Priska de que emigrara a Estados Unidos en cuanto el bebé y ella tuvieran fuerzas suficientes como para viajar. «Mi superior intentó convencerla de que se mudara a Estados Unidos con su hija —contaba Pete—. Estaba dispuesto a arreglarles los papeles para que ambas pudieran entrar [...] porque consideraba que había que seguir tratándola y que nosotros no teníamos los medios para hacerlo, pero ella no quería ni oír hablar del asunto. Deseaba volver a Checoslovaquia para buscar a su marido. [...] Tenía la esperanza de dar con él». Priska rechazó aquella oferta tan amable, dobló con cuidado la ropita de su hija —el blusoncito blanco y el gorrito que las demás prisioneras le habían hecho en Freiberg— y rezó para que la niña se recuperara rápido y pudiera llevársela a casa cuanto antes.

Unos pocos barracones más allá, el bebé de Anka seguía envuelto en el mismo periódico de hacía tres semanas. No tenía ni pañales ni nada suave con lo que vestirlo, solo papel de periódico. Aún no se había enterado de la existencia de Priska y Hana, ni tampoco de la de Rachel y Mark, y cada madre seguía creyendo que el suyo era el único «bebé milagro». Además, la actitud de sus libertadores no les hizo pensar lo contrario. «Cuando llegaron los estadounidenses, entraron y nos miraron como si fuéramos una de las Siete Maravillas —explicaba Anka—. Me filmaron para un documental de noticias. No podían explicárselo. Una mujer de treinta kilos con un bebé de menos de kilo y medio vivito y coleando. ¡No habían visto nada igual en un sitio así!».

Además de toda la atención que le dispensaron, contaba que lo mejor fue el chocolate que le dieron. «Fue maravilloso, solo que no podíamos comerlo. ¿Qué tipo de tortura era aquella?». Al fin, les permitieron consumirlo de onza en onza. Después de unos días, Anka llamó a una de las enfermeras, que se acercó a su cama. «Le pregunté si, por favor, le podía dar un baño a mi pequeñín, porque nunca lo habían lavado. Me miró como si estuviera loca y me preguntó: “¿Qué quieres decir? Tienes una niñita”. [...] Me puse histérica; la primera vez que lo hacía en toda la guerra. ¿¡Cómo podía

ser que fuera niña si me habían dicho lo contrario!?! [...] No sabía qué pensar. Nunca había oído nada así».

Anka montó tal escena que varios médicos se acercaron a su cama. Por petición de la madre, todos ellos examinaron al bebé al que había llamado Martín y le confirmaron que había dado a luz a una niña, no a un niño. Uno de los doctores le explicó que confundir el sexo de bebés pequeños o prematuros era un error común, puesto que sus genitales solían estar alargados e hinchados. «¡Me quedé encantada! —decía Anka—. ¡Siempre había querido una niña! [...] Era como un angelito. No podía dejar de calentarle los piecitos con las manos».

Anka, que acunaba a su hija con más fuerza si cabe después de que le dieran su primer baño, eligió llamarla Eva, pues no podía abreviarse ni variaba tampoco en otros idiomas —lo cual era muy importante para ella, pues le había tocado vivir una época en la que el nombre de las personas y el idioma que hablaban había adquirido una repercusión siniestra—. A pesar de haber nacido el 29 de abril en un carro, bajo las puertas del campo, Anka decidió que su hija celebraría siempre un segundo cumpleaños, el 5 de mayo, día en que la habían liberado y «había vuelto a nacer» como Eva Nathanová, una ciudadana libre. Aquella fue una decisión que, cada una por separado, tomaron las tres madres.

Sala, la hermana de Rachel, al oír disparos de artillería el 6 de mayo, el día después de que el sargento Kosiek aceptara la rendición alemana, fue la primera de las hermanas Abramczyk en darse cuenta de que los estadounidenses habían liberado oficialmente Mauthausen. Luego, vio tropas estadounidenses por el campo. «Llegaron jeeps con soldados y empecé a llorar al tiempo que todo el mundo gritaba; los que yacían en camastros aplaudían, contentos de que los estadounidenses estuvieran allí, que es como murieron algunos de ellos, dando las gracias. Al menos se enteraron de que habían venido pero, ¡oh, Dios mío!, cuánta gente murió en aquel momento. Demasiado enfermos y cansados, se habían rendido».

Sala estaba tan emocionada que quería compartir la noticia con su hermana mayor y corrió al barracón para verla. «Le dije: “¡Rachel! ¡Rachel! ¡La guerra ha terminado!”», y me pegó un bofetón porque pensaba que me había vuelto loca [...] pero aquel fue el día en que volvimos a nacer, en especial, el pequeño Mark. Los soldados estadounidenses se portaron muy bien con nosotras. ¡Que Dios bendiga los Estados Unidos de América!».

Rachel acabó aceptando que su hermana pequeña decía la verdad, pero estaba demasiado débil y no podía levantarse de la cama para ver a los libertadores con sus propios ojos. En cualquier caso, el campo se había convertido en un manicomio para entonces. El alivio que les producía volver a ser libres y ver aquella bandera blanca izada sobre las puertas hacía que los prisioneros sintieran una alegría desbordante, pero también una gran rabia por lo que les habían obligado a vivir. Hombres hechos y derechos lloraban y se comportaban como salvajes. Presos vengativos derribaron el gran *Reichsadler* («águila imperial») de madera que había presidido el garaje de las SS y la hicieron astillas. A los guardias que quedaban les pegaron palizas o los mataron, mientras bandas de

prisioneros vestidos con uniformes harapientos tocaban instrumentos desafinados o cantaban animadas versiones de las canciones más patrióticas que conocían.

Uno de los soldados estadounidenses que estuvo en el campo aquella semana fue el capitán Alexander Gotz, oficial médico miembro del destacamento hospitalario del 41.º Escuadrón de Reconocimiento de la Caballería Acorazada. Describió lo que había presenciado aquel día como «una ópera macabra y grotesca en la que los actores no parecían seres humanos». Incluso cuando la situación se calmó y los estadounidenses recuperaron el control, los prisioneros seguían estando en peligro. Se enfrentaban a un enemigo nuevo e inesperado: la compasión.

Los soldados estadounidenses tenían órdenes estrictas de no alimentar a los supervivientes hasta que el personal médico no dictaminara su estado como era debido. Después de la liberación de otros campos de concentración, el mando aliado había aprendido por las malas que dar de comer a gente con tanta hambre podía ser contraproducente y fatal. Sin embargo, los jóvenes soldados de la 11.ª División Acorazada no habían tenido ninguna experiencia como la de Mauthausen y les resultó imposible negarse a multitudes hambrientas, lo que tuvo resultados trágicos. De mil amores, pero sin pensar en las consecuencias, les entregaron sus raciones —incluidos dulces y cartones de cigarrillos—. Hombres y mujeres acostumbrados a vivir con líquidos aderezados con corteza de árbol o briznas de hierba se zamparon los cigarrillos en vez de fumárselos. Los que no habían visto un chicle en la vida, se lo tragaron entero. Otros, desaforados, incapaces de contenerse, usaron piedras afiladas para abrir latas de alubias, tras lo que deglutían el contenido, junto con insalubres cantidades de bacón, queso y chocolatinas Hershey.

Después de años de privaciones extremas y víctimas de la descomposición, los prisioneros tenían el cuerpo tan destrozado por dentro que su sistema digestivo era incapaz de procesar toda aquella comida sólida. Se calcula que mil trescientas personas debilitadas y deshidratadas murieron por enfermedades y diarreas producidas por la intolerancia de aquellas raciones suministradas durante los días posteriores a su liberación. Dos mil más murieron por otras enfermedades, en su mayoría, tifus y disentería.

Las tres madres y sus bebés también corrían peligro. Después de que las rescataran de sus cuarteles infestados de alimañas, las trasladaron a alojamientos mejores en donde les dieron de comer y beber. A su alrededor, las mujeres empezaban a morir como moscas. «Los estadounidenses no sabían cómo encargarse de la situación —explicaba Rachel—. Nunca habían visto a gente morir de hambre. Se lo daban todo».

Uno de los soldados le ofreció a Rachel su ración de chocolate, envuelta en un papel marrón. No recordaba la última vez que había visto una tableta, así que, durante un buen rato, se quedó sentada, mirando el dulce, sin decir palabra. Después, se lo llevó a la nariz, cerró los ojos e inhaló. El hombre, que pensó que desconocía lo que era, le dijo muy despacio: «Máscalo y trágalo». Incluso le hizo gestos con la mano para enseñarle cómo, lo que provocó que Rachel se echara a llorar. «¿Por

qué lloras?”, me preguntó. No se lo podía decir, así que se marchó». Cuando volvió, se lo preguntó de nuevo.

—Porque me has explicado qué es el chocolate —le respondió en esa ocasión.

Avergonzado, el soldado le pidió disculpas, pero añadió:

—¿Cuándo fue la última vez que te miraste al espejo?

Rachel estimó que debía de hacer un año, en mayo de 1944, cuando aún estaba en el gueto de Łódź, con su querido Monik y su encantadora familia.

—Cuando llegamos, pensábamos que érais salvajes —se disculpó el soldado—. No nos dábamos cuenta de que sois gente normal.

Aquellas desoladas sombras de las personas que habían sido antaño habían olvidado lo que significaba la palabra «normal». Algunos de sus compañeros, desechos humanos, estaban tan cansados que no eran capaces de apreciar la libertad recién recuperada; ni siquiera tras marcharse los nazis. Una de los supervivientes decía que, al principio, no podían comprender qué suponía todo aquello, por mucho tiempo que llevasen esperándolo. Según sus propias palabras: «Estábamos demasiado débiles y vacías por dentro como para sentir felicidad».

Muchos, y por si acaso volvían los nazis, huyeron a la desesperada, tambaleándose como borrachos a través de las puertas del campo que, de pronto, se hallaban abiertas de par en par. Fue un esfuerzo demasiado grande para algunos, que cayeron muertos un poco más allá de los muros. Otros consiguieron llegar a la ciudad o a granjas vecinas, donde imploraron que les dieran ropa y comida —casi siempre lo hicieron—. Algunos de los que estaban más desorientados se tiraron al suelo, incapaces de comprender el concepto de libertad o el milagro de la Naturaleza.

Pero aún no habían terminado sus padecimientos y, durante las siguientes semanas, incluso meses, solo los más fuertes sobrevivieron. Pocos sabían siquiera que los alemanes se habían rendido sin condiciones el 7 de mayo de 1945, en un pequeño colegio de ladrillo rojo de Reims, Francia, o que el mundo entero —millones de personas que salieron a la calle a festejarlo— había celebrado la victoria por todo lo alto al día siguiente. Con el cuerpo y el cerebro destrozado y sus seres queridos —muy probablemente— muertos, echadas de cualquier manera sobre las literas de los barracones atestados de Mauthausen, no daba la impresión de que esas mujeres tuvieran mucho que celebrar.

A las pocas semanas de la rendición nazi, los Aliados se repartieron el Imperio alemán. Enseguida corrió la voz de que, a pesar de haber sido los estadounidenses quienes habían liberado Mauthausen, los comunistas soviéticos iban a quedarse con el control de aquella parte de Austria. El 28 de julio era el último día en que el ejército de Estados Unidos podía permanecer en el campo, plazo en que se retiraría hacia el sur del Danubio y los soviéticos se harían cargo de él y de los reclusos que quedarán. Para muchos judíos, que temían a los rusos casi tanto como a los nazis, aquel momento se convirtió en su fecha tope para escapar a los territorios gobernados por los estadounidenses.

Con la intención de cortar el flujo de supervivientes infectados que salían del campo trastabillando de forma lastimosa, los estadounidenses cerraron las puertas y aseguraron a la gente que podría salir

en cuanto estuviera curada. «Queríamos volver a casa —decía Sala, que estaba en mucha mejor forma que la mayoría—. Nos lo prohibieron porque cabía la posibilidad de que todavía hubiera tropas de las SS deambulando por las inmediaciones. Muchos ni aceptaban ni entendían aquel razonamiento, por lo que acabaron explicándonos que estábamos en cuarentena». Sala se hallaba en condiciones de hacer lo que fuera por ayudar, así que se ofreció como voluntaria en la enfermería móvil, con capacidad para seiscientos pacientes, que habían montado sus libertadores, además del hospital de campaña erigido en el que podían atender a mil más. Ayudaba a suministrar vitaminas y otras pastillas y cuidó de los enfermos y los moribundos durante diez días. «Necesitaba hacer algo, aunque solo fuera suministrarles su última comida».

Fue entonces cuando contrajo el tifus. «No recuerdo gran cosa porque deliraba y me tenían en cuarentena. Recuerdo que oí decir a un médico italiano que no saldría de aquella. A partir de aquel día, mi hermana Ester me mantuvo con vida. Abría la ventana y entraba para darme de comer. No le importaba contagiarse. Estuve medio muerta una semana entera, pero ella permaneció a mi lado porque yo no podía ni ver ni caminar. Un día le pedí unas fresas y, no me preguntes cómo, pero encontró unas pocas; ahora bien, como estaba con fiebre y deliraba, le solté: “¡No quiero fresas!”. Pobre Ester. Me salvó la vida».

Rachel también hizo cuanto pudo. Con la ayuda de la Cruz Roja y de los voluntarios, los estadounidenses habían organizado un escuadrón de cocineros para que preparara la comida, comprobara su contenido nutricional y dividiera las raciones con cuidado. Pronto se vieron abrumados por el gran número de personas a las que tenían que alimentar y hubo que apostar soldados armados para proteger los suministros. Después de un tiempo, decidieron que sería mejor proporcionar cocinas a cada barracón y distribuir los alimentos para que los sirvieran tres o cuatro veces al día. Rachel enseguida se encargó de su cuartel y, sobreprotegiendo a sus compañeras, empezó a preparar sopa. «Tenía que cuidar de mi bebé y mis hermanas estaban enfermas, de modo que cogí una olla y me puse a cocinar», comentaba, rememorando el papel maternal que adoptó para cuidar de sus hermanas, tal y como había hecho durante su infancia en Pabianice.

Sala seguía empeorando y el tifus se hacía fuerte. Pasaron varias semanas antes de que estuviera fuera de peligro. «Me sentía tan débil... —decía—. Corría al baño, pero todo estaba lleno de cadáveres y parecía un infierno. [...] Había muertos por todos lados. Un día, un médico entró en mi habitación y me dijo: “Ya ha llegado junio, abramos las ventanas. El verano está aquí y poco a poco nos vamos curando”. Y así fue como me salvé».

Las semanas siguientes, mientras las tres madres y sus bebés recuperaban fuerzas e incluso ganaban un poquito de peso, las mantuvieron en secciones separadas del campo que, en aquel momento, se encontraba oficialmente en cuarentena. Considerando que tenían que encargarse de decenas de miles de supervivientes, en el campo imperaba lo que los estadounidenses denominaban un «caos organizado», y si este no iba a más era debido a que los más débiles no podían levantarse siquiera de la cama.

Aparte de Rachel, que había oído rumores de que existían otros bebés en el campo pero no había visto ninguno con sus propios ojos, ninguna de las tres madres sabía nada de las demás. A pesar de que podrían haberse apoyado unas a otras y compartido sus experiencias en Auschwitz, durante el tiempo que estuvieron en Freiberg o en el tren, las tres madres seguían creyendo que vivían una situación única. ¿Cómo iban a sobrevivir otras mujeres e hijos a todo lo que ellas habían padecido? Además, tenían muchas otras cosas en las que pensar; sobre todo, en recuperar la salud y procurar estar presentables para el día en que las dejaran marchar y, con suerte, pudieran reunirse con Tibor, Monik y Bernd.

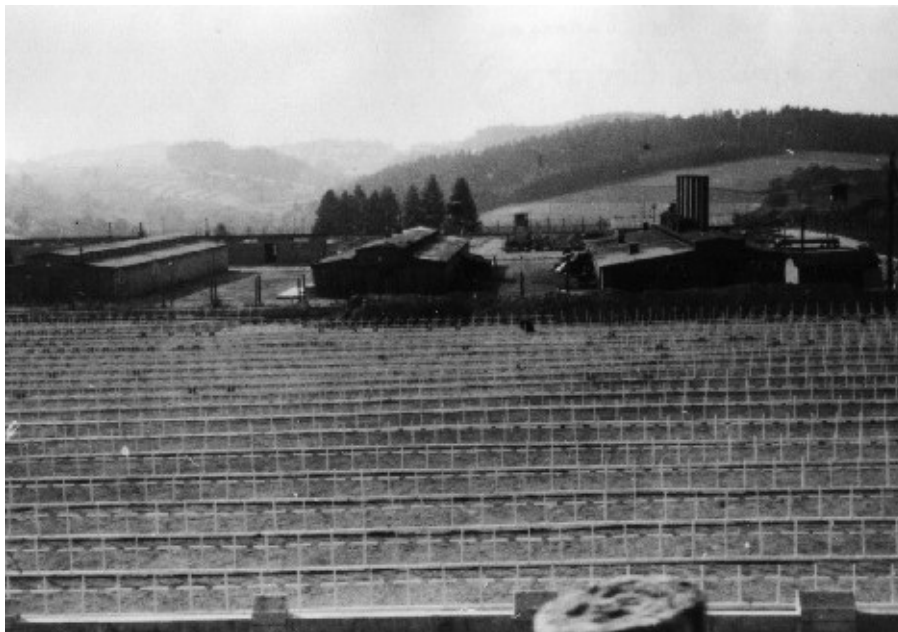
«No nos dejaban salir del campo porque tenían miedo de que infectáramos a los alemanes, así que nos tiramos allí cuatro semanas más —comentaba Rachel—. No obstante, después de unos cuantos días, algunas de las chicas bajaron a la ciudad y allí les dieron vestidos y otras prendas de ropa; nos lavamos la cara y empezamos a parecer personas normales una vez más». Las costureras rasgaban mantas y diseñaban faldas cruzadas, adaptaban la ropa interior de los hombres y las camisas —algunas de las cuales habían tomado de los alojamientos de los guardias o se las habían quitado después de fallecer—. Otras desgarraron cortinas de colores vivos o cogían los cobertores de los cuarteles de las SS y los *Kapos* y creaban faldas y blusas a cuadros con ellos. Las más afortunadas asaltaron las habitaciones de los oficiales de las SS de mayor graduación y se quedaron con su ropa. Esther Bauer, una de las supervivientes, decía: «Me dieron un traje de lana de color verde oscuro con el cuello de pelo. ¡Qué feliz estaba!».

Cuando llegaron los comandantes aliados para ver aquellos horrores con sus propios ojos, insistieron en abrir al público el KZ Mauthausen y en que subieran a los curiosos de la ciudad para que conocieran lo que habían hecho los nazis con los cuales habían convivido. Los residentes, llorando y tapándose la nariz con un pañuelo, juraban desconocer lo ocurrido, aparte del continuo mal olor y del humo que, día tras día, envolvía la ciudad como un sudario. Luego, las autoridades insistieron en que «se ofrecieran voluntarios» para ayudar a cuidar de los supervivientes. Aquello incluía ducharlos con agua bombeada del Danubio, esterilizar o quemar su ropa y rociarlos con DDT para intentar erradicar los piojos.

El preciado *Sportsplatz* de un acre, el campo de fútbol en el que los austríacos habían vitoreado al equipo de las SS, se convirtió en una fosa común para casi mil víctimas. Desnudas como estaban, resultaban casi inidentificables y muchas se hallaban en estado de descomposición. Unidades de la Compañía A del 56.º Blindado de Ingenieros llegaron con excavadoras y tanques dotados de palas para excavar zanjas de casi treinta metros de largo, dos de profundidad y tres de anchura. Entre ellos se encontraba el sargento Ray Buch, que llegó el 10 de mayo. «Nos encargamos de cavar aquellas zanjas [...] en el campo de fútbol que las SS habían construido sobre una plataforma de piedra. [...] Era complicado excavarlas. Primero tuvimos que picar a mano las rocas más grandes. Tratamos de dinamitar un par de ellas, pero el granito es la piedra más dura que existe. [...] Intentaron meter los cuerpos de pie [...] para que cupieran más en cada zanja sin tener que apilarlos unos encima de otros.

Quinientos por grupo. Cada carro contenía unos doscientos cuerpos. Los cadáveres estaban tan apilados que era difícil saber cuántos había».

A los prisioneros de guerra alemanes, incluidos antiguos guardias y oficiales de las SS, les obligaron a dar descanso eterno a los muertos con un poco de dignidad. A los civiles de Mauthausen que se habían beneficiado de la presencia de las SS, les pidieron que subieran al campo vestidos con sus mejores «ropas de domingo». Mientras sollozaban y lloraban, tanto a hombres como a mujeres les obligaron a cavar tumbas, cargar los cadáveres de los barracones en los carros y disponerlos en filas de ciento cincuenta individuos. Las tumbas las cubrieron con rocas y tierra y el sitio donde descansaba cada uno fue señalado con una cruz blanca o una estrella de David; en todas las que fue posible escribieron el nombre y la fecha de la muerte de la persona enterrada, pero en la mayoría hubo que indicar «Desconocido». Los libertadores rezaron unas oraciones por los muertos y convocaron a los habitantes para que asistieran a los funerales acompañados por sus hijos.



Tumbas y enfermería de Mauthausen.

(© KZ-Memorial Mauthausen.)

Después del alivio que sintieron tras la liberación y la incredulidad por haber sobrevivido cuando tantísimos otros habían muerto, los supervivientes siguieron descargando su ira contra los perpetradores de su sufrimiento. Cuando no estaban excavando tumbas, a los prisioneros de guerra alemanes les obligaban a limpiar las letrinas, a dismantelar y quemar los barracones más infestados de bichos, a trabajar en la cantera o a realizar cualquiera de los trabajos deshumanizadores que ellos les habían inflingido.

A pesar de los intentos por mantener cerrado el campo, era habitual que las casas, granjas y tiendas de la zona sufrieran incursiones y la gente de la ciudad, asustada, avergonzada o con cargo de conciencia, les diera comida, bebida y ropa a quienes se la pedían: personas con aspecto miserable y, a simple vista, muy enfermas.

Según avanzaba mayo y el sol de verano empezaba a quitarles el frío de los huesos a los supervivientes, la situación del campo mejoró mucho. Teñidos por la muerte y con una palidez traslúcida, cientos salían de los barracones arrastrándose para tumbarse en la hierba o dondequiera que consiguieran encontrar un sitio en el que dormir. Daba la impresión de que la luz del sol hubiera reducido la dureza de su entorno y el canto de los pájaros suavizaba algunos de sus recuerdos más dolorosos. Aunque la mayoría estaba impaciente por abandonar aquel sitio, que había sido un infierno en vida para muchos de ellos, había quienes temían por cómo sería la vida al otro lado de aquellos muros. Los Aliados habían convenido en repatriar a todos los supervivientes liberados, pero eran pocos los que se sentían capaces de volver a países como Alemania, Polonia o la Unión Soviética, donde habían masacrado a comunidades enteras y el odio a los judíos seguía muy extendido. Les atormentaba conocer qué habría sido de sus seres queridos y ansiaban reunirse con cualquiera que hubiera sobrevivido, pero ¿qué peligros les aguardaban a aquellos que volvieran y pidieran la devolución de sus propiedades? ¿Seguían, siquiera, teniendo un «hogar»?

Tanto los supervivientes mayores como los más jóvenes estaban tan traumatizados por las experiencias que habían vivido que no sabían lo que querían. Las cicatrices psicológicas eran profundas y las llevarían consigo el resto de la vida. Se desconoce incluso cuántos prefirieron suicidarse antes que enfrentarse al golfo que se extendía entre aquello que esperaban y la realidad con que iban a encontrarse. A otros, encarcelados durante tanto tiempo, el mero concepto de libertad les mareaba y querían empezar de cero. Miles planearon un éxodo masivo a la «tierra prometida», el Mandato Británico de Palestina, también llamada «Eretz Yisrael», o a Estados Unidos, Canadá o Australia —naciones en donde esperaban reconstruir su vida y estar a salvo—. Ahora bien, empezar sin nada les supondría padecer grandes penurias y sabían que, además, y muy a su pesar, las naciones con políticas de inmigración restrictivas no darían la bienvenida a hordas de refugiados menesterosos.

La indecisión acerca de qué hacer y adónde ir provocó una gran crisis entre ellos, que tuvo que solventar el personal militar estadounidense. Había entre ocho y nueve millones de supervivientes de la guerra en campamentos de evacuados o Personas Desplazadas (DP), dirigidos por el ejército u organizaciones voluntarias como el Equipo de Asistencia Cuáquero, la Administración de Asistencia y Rehabilitación de las Naciones Unidas (UNRRA), la Cruz Roja y la Organización Internacional de Refugiados. A pesar de que alguno de los campamentos más pequeños se dispuso en colegios, hoteles y hospitales, la manera más sencilla de organizar una cantidad de personas tal era hacerlo en las antiguas guarniciones, campos de trabajo o en los propios barracones donde los supervivientes habían estado presos. Durante unas cuantas semanas, hasta finales de julio de 1945, el KZ Mauthausen se convirtió en una especie de campo de refugiados —en uno de los dos mil quinientos que había repartidos por Alemania, Italia, Francia, Suiza, Inglaterra y Austria—. Al otro lado de aquellas vallas, antes electrificadas, a los despojados les daban ropa, alimentos y alojamiento, pero también los registraban, les proporcionaban atención médica y los clasificaban como «listos para la

repatriación». Entonces, tenían que esperar a que un país aceptase acogerlos o a que, desde el extranjero, un pariente les financiase el viaje. Para algunos, aquel proceso duró años, y el tratamiento a largo plazo de quienes los nazis habían arrancado de su hogar y obligado a enfrentarse a un futuro incierto fue, a menudo, menos compasivo de lo que debería haber sido.

La Cruz Roja hizo todo lo posible por acelerar el proceso. La UNRRA, por su parte, creó la Oficina de Seguimiento Central, que ayudaba a los supervivientes a encontrar a sus familiares mediante la publicación de listados en los periódicos y con emisiones diarias en la radio. Los voluntarios entrevistaban a todos y cada uno de los prisioneros y cumplimentaban el correspondiente número de formularios. Con el tiempo, fueron capaces de repatriar entre seis y siete millones de personas y ayudaron a emigrar a un millón y medio, si bien supuso un esfuerzo colosal, largo y, a menudo, controvertido.

Para aquellos que se encargaron de la repatriación de los más de cuarenta mil refugiados de veinticuatro nacionalidades como había en Mauthausen al país en el que querían vivir o al que años atrás habían considerado su hogar, la tarea fue una pesadilla logística. No se trataba solo de los daños físicos o psicológicos que sufría la mayoría, sino de que aquellas personas apenas tenían ropa, dinero o documentos. Europa era un crisol. Dado que los Aliados habían requisado la mayor parte de los trenes, barcos y vehículos de motor locales para transportar provisiones o devolver tropas y maquinaria a casa, no había suficientes transportes para enviar aquí o allí al abrumador número de personas que quería volver a uno u otro rincón del globo. A los repatriados no les iban a cobrar por el viaje, pero había que decidir quién lo iba a pagar, si los Aliados o los gobiernos que habían ordenado su deportación en primera instancia. Al final, se puede decir que el coste lo sufragaron a partes iguales.

Otro de los mayores problemas era que nadie podía demostrar que era quien decía ser. Todos los hombres, mujeres y niños que habían sobrevivido a los campos de exterminio, de concentración o de trabajo necesitaban un documento identificativo, pero lo único que tenía la mayoría era el número que llevaba tatuado en el brazo o el que había memorizado en los *Appelle* diarios. Los nazis habían quemado muchos de sus informes o se los habían llevado y no había manera de saber, de forma oficial, de dónde era toda aquella gente.

Incluso cuando les proporcionaron papeles nuevos, existía un clima de incertidumbre acerca de qué les esperaba a aquellos cuya comunidad hubiera sido erradicada de la faz de la tierra. Empezaron a oírse noticias e historias de personas que, una vez de vuelta en casa, se veían obligadas a exiliarse o que incluso morían asesinadas a manos de sus vecinos. A las viudas y a los huérfanos los consideraban mucho más vulnerables y los soldados hacían lo imposible por persuadirles de que les iría mejor si intentaban entrar en Estados Unidos.

Klara Löffová, una de las supervivientes, que se hizo amiga de un soldado estadounidense de diecinueve años llamado Max, de Brooklyn, Nueva York, se sintió muy tentada. A Max le caía tan bien que le llevaba comida de más y algunos de los codiciadísimos cigarrillos estadounidenses —que

acabaron convirtiéndose en la moneda del campo—. Cuando llegó la hora de despedirse, Max se presentó «formalmente» y le tendió la mano; ella empezó a hacer el mismo gesto pero, de pronto, la retiró, avergonzada, porque todavía estaba infestada de piojos y llena de mugre. El joven se la cogió, porque no le importaba, y se la besó. Klara nunca olvidó tanta amabilidad; de hecho, acabó yendo a vivir a Estados Unidos, donde el episodio del amable soldado se convirtió en una parte tan importante de la historia de la familia que al nieto de la superviviente lo bautizaron Max en su honor.

Priska, que observaba con nostalgia las aguas del Danubio, a lo lejos, sentía muchas ganas de volver a Bratislava y quería hacerlo con Hana lo antes posible. Estaba convencida de que Tibor las estaría esperando en el apartamento, rodeado de sus libretas y pipas. Hacía meses que no lo veía —aquella vez a través de las vallas en Auschwitz— pero, dado que pensaba solo en cosas bonitas, en ningún momento había querido plantearse que no hubiera sobrevivido.

Solo había un sitio al que quisieran ir Rachel y sus hermanas —veinteañeras todas—. «Nuestro padre siempre nos había dicho que, si alguna vez nos separábamos, después de la guerra volviéramos a Pabianice, para encontrarnos allí —explicaba Sala—. Por lo tanto, decidimos que allí sería adonde iríamos en cuanto estuviéramos fuertes». Rachel esperaba que, si Monik seguía con vida, fuera a recogerla y, así, pudiera conocer al bebé que habían tenido y cuya existencia él desconocía. No tenía ni idea de si todavía poseían las fábricas de la familia, aun cuando, de uno u otro modo, tuvieran que volver a empezar y crear una nueva vida.

Anka, con la pequeña Eva, no tenía adónde ir excepto a Checoslovaquia, pero decía que le «aturdía» la mera idea porque no sabía con qué iba a encontrarse. «Sabía que mis padres y mis hermanas habían muerto, era cuestión de deducción, pero no sabía qué habría sido de mi marido, de Bernd.» ¿Les quedaría algo en Třebechovice pod Orebem? ¿Seguirían siendo suyas la fábrica de cuero de su padre y la villa de su hermana Ruzena, o se habría apoderado alguien de ellas o incluso las habría quemado? ¿Deseaba permanecer en Europa si no le quedaba nada?

A su alrededor, la incertidumbre y confusión parecía muy grande. Ningún país europeo se había salvado de la guerra y el continente estaba sumido en el desconcierto. Mientras los Aliados daban caza a los nazis, amasaban un número mayor de pruebas sobre las atrocidades que aquellos habían cometido. Miles de alemanes huyeron de sus casas o se vieron obligados a abandonarla. Los Aliados arrestaron a cientos de oficiales de las SS o miembros del alto mando para someterlos a juicios de guerra y ejecutarlos, pero muchos otros escaparon de aquella red; incluido el *Unterscharführer* de Freiberg, Richard «Šára» Beck, al que nadie llegó a juzgar.

A Heinrich Himmler, segundo de Hitler y una de las personas que, por lo visto, más responsabilidad había tenido en el Holocausto, lo capturaron el 23 de mayo de 1945. El *Reichsführer* de las SS, que controlaba los campos de concentración y había visitado en persona Auschwitz y Mauthausen para conocer de primera mano cómo se estaba administrando la «solución final», mordió una cápsula de cianuro que tenía escondida en la boca y se suicidó antes de ser sometido a juicio.

En junio de 1945, los estadounidenses capturaron al doctor Josef Mengele —el «Ángel de la Muerte»—, pero lo liberaron por error un mes después. Haciéndose pasar por un peón agrícola, se cambió de nombre y permaneció huido el resto de la vida, hasta que, en 1979, murió ahogado en Brasil. Su esposa se había divorciado de él y su hijo renegó de él poco después de que acabara la guerra. Mengele no llegó a arrepentirse y siempre aseguró que solo seguía órdenes. Nunca debió de saber nada de Priska, Rachel, Anka y sus bebés, que, en Auschwitz, se le escaparon de entre sus tan cuidadas manos.

La suerte, el valor y la determinación mantuvieron con vida a las tres mujeres a lo largo de la guerra y también precisaron de dichas «cualidades» para la vida que les aguardaba «después». Todo había cambiado. No tenían sino preguntas a las que nadie sabía responder. ¿Dónde se hallaban sus seres queridos? ¿Cómo sería su vida en adelante? Tal y como dijo un prisionero de sí mismo: «Tanto en lo físico como en lo emocional, no era sino un signo de interrogación».

Antes de que se plantearan siquiera reservar asiento para volver a casa en alguno de los transportes a su disposición, cada una de las madres tenía que llevar a cabo una formalidad: certificar el nacimiento de su hijo. Había que registrar a los niños en el ayuntamiento de Mauthausen, trámite que realizaron entre el 14 y el 17 de mayo de 1945. En cuanto se sintieron con fuerzas, Rachel y Anka volvieron a la ciudad, colina abajo, y pagaron la tasa establecida antes de rellenar los formularios necesarios. Priska, incapaz de presentarse ante la gente de la ciudad, le pidió al marido de su amiga Magda Gregorová, el actor Martin Gregor —que se había reunido con su esposa en el campo—, que lo hiciera por ella.

Cada madre recibió un *Geburtsurkunde* («certificado de nacimiento») oficial austríaco. Hana fue inscrita de forma incorrecta como Edith Hanna Löwenbein, nacida en Freiberg el 12 de abril de 1945, con la coletilla de «*Gefangenen-Bahntransport*» («prisioneros de un transporte ferroviario»). Nada se decía de que hubiera nacido sin atención médica sobre una mesa de madera en una fábrica de trabajadores forzados de los nazis el día antes de que su madre y ella fueran deportadas en tren. Inscribieron a Tibor como padre y a «Piri» como madre y en ambos pusieron «*Jetziger Wohnort unbekannt*» («con domicilio actual desconocido»), antes de asignarles Bratislava como su anterior residencia.

E 1

Geburtsurkunde

(Standesamt Mauthausen No. 45/45)

Edith Hanna Löwenbein

ist am 12. April 1945


in Freiberg i. Sa. (Gefangenen- geboren. Bahntransport)

Vater: Tibor Löwenbein, geb. 27.9.14
 jetziger Wohnort unbekannt, zuletzt Bratislava,
 Fischertorgasse 7 wohnhaft

Mutter: Piri Löwenbein, geb. 6.8.16
 jetziger Wohnort unbekannt, zuletzt Bratislava,
 Fischertorgasse 7 wohnhaft

Änderungen der Eintragung:

Mauthausen, den 14. Mai 1945

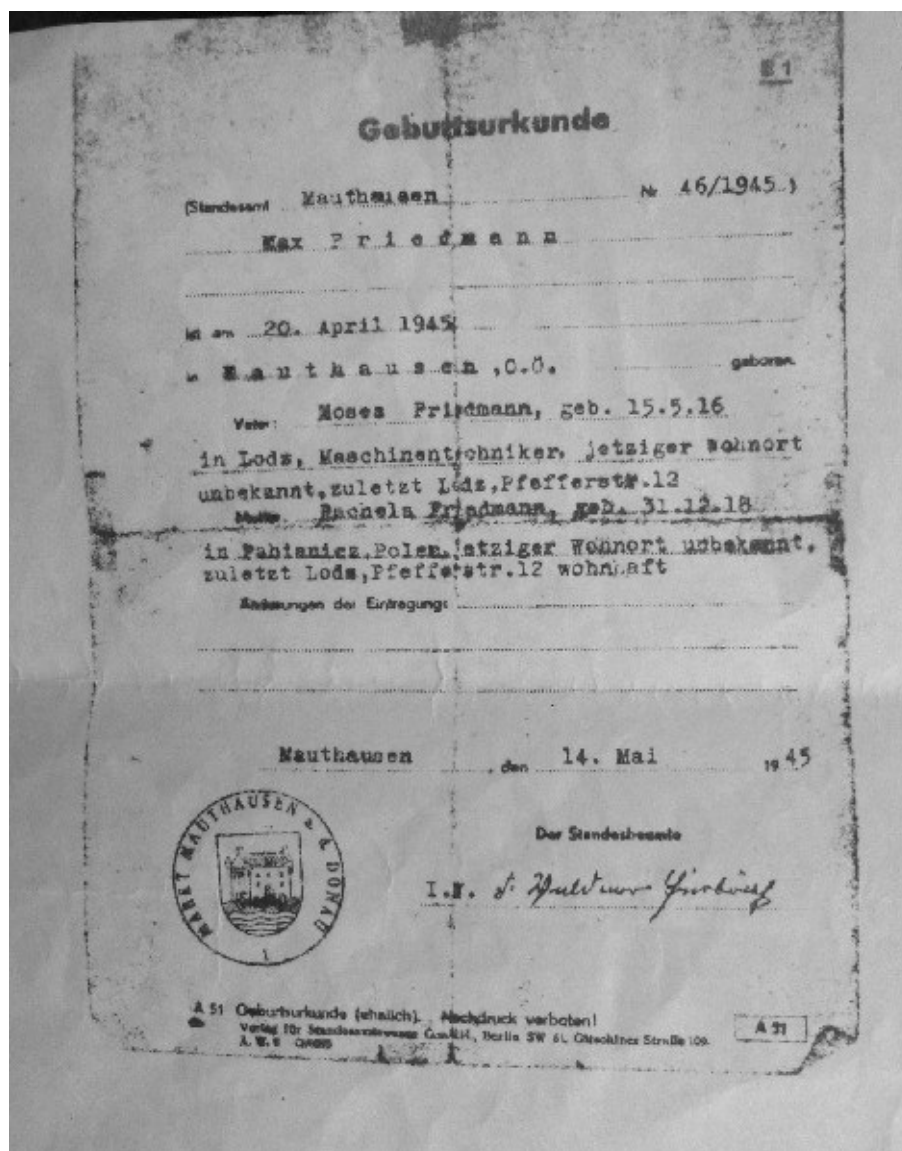


Der Standesbeamte
 I.V. *H. Müller*

A 51 Geburtsurkunde (ehelich). Nachdruck verboten!
 Verlag für Standesamtswesen GmbH, Berlin SW 61, Oranienstraße 109.
 A. W. 3 01005

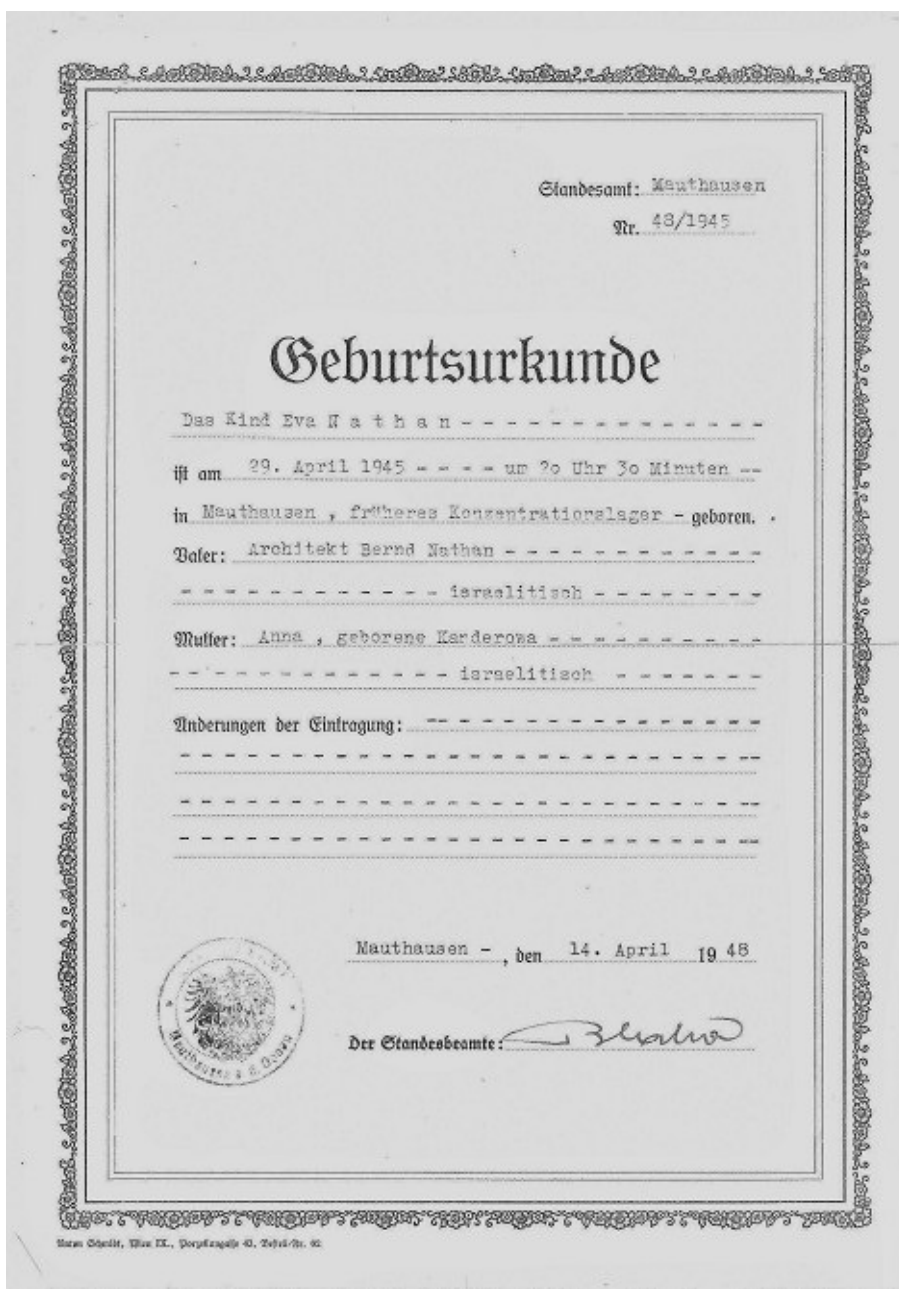
Certificado de nacimiento de Hana. (© Hana Berger Moran.)

El lugar de nacimiento que constaba en el certificado de Mark y Eva era «Mauthausen» o «Mauthausen *früheres Konzentrationslager*» («antiguo campo de concentración») y las fechas respectivas de nacimiento eran el 20 y el 29 de abril. De ellos también se desconocía un domicilio fijo. El registrador que firmó el certificado de nacimiento de Mark jamás habría imaginado el lugar en que su madre lo había dado a luz, cerca de Most, en un vagón de carbón abierto, bajo la lluvia. De Eva, que había llegado en un carro sucio a la sombra de las puertas del campo, el certificado de nacimiento decía que había venido al mundo a las ocho y media de la noche, pero tampoco se daba ninguna explicación sobre las terribles condiciones en las que lo había hecho.



Certificado de nacimiento de Mark. (© Mark Olsky.)

Armadas con aquel importante papel, aparte del carné de identidad provisional en el que figuraba su nombre y fecha de nacimiento, y un documento firmado por la Cruz Roja Internacional que certificaba que habían estado presas en un campo de concentración, por fin consideraron aptas para el viaje a las tres mujeres. Además, a todas ellas les entregaron un volante fechado y firmado por el director de la nueva oficina de mando de Mauthausen, en donde se aseguraba que no padecían ninguna enfermedad contagiosa. La Cruz Roja entregó ropa y gorras a tantos supervivientes como pudo —algunos de los cuales aún vestían con los harapos que les habían lanzado años atrás—; quienes se peleaban por aquellos jerséis en cuya etiqueta ponía «Fabricado en Estados Unidos». Luego, al igual que el resto de refugiados, tan solo necesitaron esperar a que hubiera disponible un transporte que las condujera al destino elegido.



Certificado de nacimiento de Eva. (© Eva Clarke.)

Las mujeres habían estado presas de los nazis entre ocho meses y casi cuatro años. A todas les parecía casi una vida. De edades comprendidas entre los veintiséis y los veintinueve años, y considerándose menos judías que la mayoría, estaban tan cambiadas —tanto en lo físico como en lo psicológico— que era imposible reconocerlas. Apenas se sentían capaces de recordar cómo era su anterior vida, la libertad, las diversiones despreocupadas de la juventud, el amor. Tal y como decía Rachel: «Cuando salí de allí, con veintiséis años, me había convertido en una anciana».

Los prisioneros de guerra rusos que habían conseguido sobrevivir a las crueldades extremas a que les habían sometido en Mauthausen fueron los primeros en abandonar el campo —el 16 de mayo de 1945— y a ellos les dedicaron un sentido adiós. Mientras la gente se reunía en el *Appellplatz* para despedirse de ellos, los soviéticos pronunciaron unas palabras que más tarde pasarían a llamarse «Promesa de Mauthausen» y con las que juraron que seguirían una senda de libertad y que lucharían

siempre en contra del odio entre las personas, al tiempo que se esforzaban por defender la justicia social y nacional. «Se abren las puertas de uno de los peores y más sangrientos campos de concentración —anunciaron—. Estamos a punto de volver a nuestro país. [...] Los prisioneros liberados [...] dan las gracias desde lo más profundo del corazón a las naciones aliadas y victoriosas que han hecho posible nuestra liberación. [...] ¡Larga vida a la libertad!».

Los estadounidenses y la Cruz Roja les entregaron un paquete de suministros con cigarrillos, artículos de aseo y comida básica para que les durara todo el viaje. Por su lado, los supervivientes que se quedaban en el campo viendo partir a los rusos se atrevieron a pensar en una vuelta inminente a casa. En algún lugar, al otro lado de aquellos muros de granito, estaba la vida que habían dejado atrás hacía tanto tiempo. Aquellos que lograron no caer en la maquinaria nazi, seguían con sus quehaceres diarios, reconstruyendo su hogar, reparando las infraestructuras de su ciudad, educando a sus hijos y trayendo al mundo otros nuevos. La gente normal volvió al trabajo e intentó olvidar la guerra, como tendrían que hacer los supervivientes.

Muchos de sus amigos y parientes jamás volverían a casa, pero albergaban la esperanza de poder contar con algunos. Priska, con veintinueve años, se preguntaba si Gizka, su amiga de la infancia, seguiría en Zlaté Moravce y si habría conseguido mantener a salvo los objetos valiosos de la familia. Los sistemas eléctricos y de comunicaciones de toda Europa estaban estropeados, de modo que no había manera de llamarla —por mucho que hubiera sabido su número—. Mientras se preparaba para partir, prometió seguir en contacto con Edita, la que durante tanto tiempo había sido su protectora, y compartir las aventuras o desventuras que les surgieran de regreso a casa.

Daba igual cuántos parientes perdiera por culpa de los horrores de Auschwitz, Rachel sabía que tenía que estar agradecida por haber conservado a tres de sus hermanas. Mientras que tantos otros de los que le rodeaban habían perdido a toda la familia, ella aún conservaba a Sala, Ester y Bala.

Anka, de veintiocho años, tenía a la fiel Mitzka a su lado. Durante cuatro años habían vivido y estado a punto de morir juntas y el lazo que se había formado entre ellas perduraría toda la vida. También tenía muchas otras buenas amigas: mujeres que habían sentido la pérdida de Dan y que se volcaron con ella al nacer Eva.

Lo que no sabía ninguna de ellas era el paradero de su esposo —Tibor, Monik y Bernd—. El periodista más listo que un lince, el leal dueño de una fábrica y el guapo diseñador de interiores: tres jóvenes decentes con esperanzas y sueños, quienes habían conquistado a las chicas y se habían casado con ellas justo antes de que irrumpieran los acontecimientos sísmicos que les rompería la existencia. ¿Habrían sobrevivido ellos también? ¿Qué posibilidad existía de que las mujeres que habían sido madres hacía tan poco se reunieran de nuevo con sus maridos en un final de cuento que desbaratara el infame plan de los nazis? ¿O sus sueños no serían más que cenizas? Solo había una manera de saberlo, y de ver qué persistía del país en el que se habían criado y sufrido una suerte desigual.

Las tropas soviéticas habían liberado Eslovaquia en abril de 1945. De sus noventa mil judíos, solo sobrevivieron veinte mil. La llegada del Ejército Rojo sentaría las bases para que, tres años después,

el Partido Comunista se hiciera con el poder y decidiera que el país iba a formar parte del Bloque del Este, situación que duró más de cuarenta años. Ahora bien, antes de eso, los eslovacos expulsaron a todos los alemanes y dieron la bienvenida a sus antiguos ciudadanos. De hecho, enviaron transbordadores al cercano puerto austríaco de Enns para que trajeran de vuelta a casa a los prisioneros eslovacos de Mauthausen por las aguas más o menos en calma del Danubio. En un viaje que duró menos de una semana, Priska navegó con Hana unos doscientos setenta kilómetros hacia el Este y llegó al corazón de Bratislava, la ciudad que tanto amaba. Desembarcaron muy cerca del apartamento en donde los nazis habían arrestado a Tibor y a ella, justo después del Yom Kippur, en septiembre de 1944. La solterona Edita volvió a una Hungría devastada para ver lo que quedaba de las personas que conocía y amaba. Aunque se separaron entonces, las dos mujeres mantuvieron el contacto toda la vida.

Polonia había cambiado tanto que estaba irreconocible. El país, que había tenido la mayor población judía de todo el continente europeo, había sido el epicentro del Holocausto. Polonia no solo sufrió daños catastróficos por culpa de los bombardeos aéreos, sino que también perdió a millones de sus habitantes. Bajo el control soviético después de que el Ejército Rojo liberase el país, las minorías se desvanecieron y los alemanes tuvieron que huir. Muchos polacos se negaron a volver a casa y prefirieron trasladarse a la parte de Alemania controlada por Estados Unidos. Rachel y sus hermanas se lo plantearon, pero la promesa que le habían hecho a su padre era demasiado importante como para romperla.

Las autoridades polacas y aliadas acordaron que quienes hubieran sobrevivido a Mauthausen y quisieran volver a casa tendrían que hacerlo en vagones de transporte para el ganado. Los vagones estaban limpiísimos y no cerraron las puertas para que a los supervivientes no les recordara sus aterradoras jornadas camino de los campos. Rachel, el pequeño Mark y las tres hermanas supervivientes recibían comida e iban cómodamente sentadas en bancos. Había que recorrer ochocientos kilómetros para volver al país que no solo había perdido a casi todos sus judíos, sino que había llegado a albergar los peores campos de exterminio.

Anka era la que tenía que recorrer una distancia menor, si bien ya no se trataba solo de regresar a su país. Su destino era Praga, a doscientos kilómetros, pero, el 5 de mayo, el mismo día en que los estadounidenses habían liberado el KZ Mauthausen, la ciudad había vivido una sangrienta revolución que había durado tres días. Los soldados checos y soviéticos de la Guardia Revolucionaria habían derrocado a los nazis dos días antes de la capitulación oficial de Alemania, tras lo cual empezaron a emitir por las radios el mensaje: «¡Muerte a los alemanes!». Ciudadanos con sed de venganza tomaron las calles y murieron cientos de civiles y soldados alemanes, a menudo de forma brutal. La milicia convirtió a varios miembros de las SS y de la Wehrmacht en «antorchas humanas» y las multitudes dieron caza a hombres, mujeres y niños, sin tener en cuenta su postura política durante la guerra. Entre los mutilados, los fusilados y los linchados había profesores y médicos eminentes.

El alzamiento terminó el 8 de mayo, el día antes de que el Ejército Rojo entrara en la ciudad para

reclamar aquel territorio y comenzar a expulsar de Checoslovaquia a unos tres millones de alemanes —y asesinar a varios cientos—. Anka estaba casada con un alemán, por lo que se encontraba en una especie de limbo. Como era judío, de acuerdo con las Leyes de Nuremberg, Bernd había perdido la ciudadanía alemana, y su esposa tampoco podía convertirse en ciudadana alemana. Ahora bien, dado que estaba casada con un alemán, para las autoridades checoslovacas ella también era alemana. Aunque jamás había renunciado a su madre patria, aquello significaba que perdía su ciudadanía checa. Por tanto, después de la guerra no solo no tenía hogar, sino que carecía también de estado, aparte de que lo más probable era que se hubiera quedado viuda con un bebé enfermizo a su cargo, una posición nada envidiable. Mientras pasaba mayo, lo único que tenía claro la mujer —después de cuatro años transcurridos en guetos y campos— era que deseaba volver a casa a toda costa.

Dado que el país sufría escasez crónica de carburante, al principio, las autoridades checas no podían enviar trenes a Austria, por lo que varios cientos de compatriotas tuvieron que esperar en Mauthausen. Para acelerar el asunto, los prisioneros enviaron a Praga al checo más importante que había entre ellos, un profesor de derecho de la Universidad Carlos, el doctor Vratislav Busek, al que los nazis habían encarcelado por razones políticas cinco años antes. En menos de una semana, el profesor volvió a Austria con noticias de que un tren los esperaba en la estación de České Budějovice; sus compatriotas lo habían engalanado con flores y un gran cartel en el que ponía: «*Z pekla Mauthausen, domů*» («Desde el infierno de Mauthausen, bienvenidos a casa»). Anka y su bebé, junto con sus amigas de Terezín, viajarían en autobús o camión hasta allí y, después, a Praga, juntas, con la esperanza de descubrir qué había sido de sus maridos y familiares.

Vestidas con ropas raídas y desparejadas, a las tres madres y a sus pequeñísimos bebés los engulló el éxodo en masa de cuantos se disponían a abandonar Mauthausen a lo largo del verano de 1945. Los soldados estadounidenses tomaron fotografías granuladas en blanco y negro de las serpenteantes e interminables hileras de despojados, los cuales parecían un río humano que naciera en el campo y descendiera por la colina hacia la ciudad. Tras aguardar con paciencia en columnas numeradas a que los camiones del ejército o de la Cruz Roja los condujeran a la estación, a alguno de los puntos de reunión o al muelle, aquella gente que había tenido futuros tan prometedores y a la que se lo habían arrebatado todo, formaba ahora una masa de refugiados sin un céntimo en los bolsillos.



Supervivientes abandonando el KZ Mauthausen. (© Stephanie Sullivan.)

No fueron muchos los que quisieron contemplar por última vez aquel glorioso escenario donde la maldad lo había permeado todo. ¿Quién iba a desear mirar atrás para ver los imponentes muros de su cárcel y reflexionar sobre qué habría sido de ellos de no haber cometido el pecado mortal —a ojos de los nazis— de nacer judíos? No, era momento de mirar hacia delante. Como bien dijo uno de ellos: «Ya podemos empezar a vivir».

Desde el día en que su corazoncito había empezado a latir sincopado con el de su madre, aquellos bebés podrían haber sido fácilmente destruidos en innumerables ocasiones.

Miles de bebés que nacieron durante la Segunda Guerra Mundial no sobrevivieron.

Incontables millones ni siquiera tuvieron la oportunidad de intentarlo.

En seis años, los nazis habían matado, más o menos, a dos tercios de los nueve millones y medio de judíos que vivían en Europa, junto a millones de no judíos. De las casi mil mujeres que habían cargado en el tren de Freiberg, y de los prisioneros que se habían unido más tarde al convoy, solo la mitad aparecieron en los recuentos realizados después de la guerra.

Por una serie de milagros, estas tres mujeres jóvenes que los nazis habían contado una y otra vez a lo largo de varios años de *Appelle*, se encontraban entre los vivos la última vez que pasaron lista.

Gracias al coraje, la esperanza y la suerte, aquellos bebés fueron los primeros prisioneros de un campo a los que se les puso nombre en vez de asignárseles un número. Tras desafiar aquellos tiempos sombríos con su nacimiento, su legado consiste asimismo en estar destinados a convertirse en los últimos supervivientes del Holocausto.

Para todos ellos, 1945 marcó el fin de algo que tardarían años en aceptar. Ahora bien, también marcó el inicio de aquello que varias generaciones no pudieron experimentar siquiera: la oportunidad de volver a vivir y amar.

EN CASA

PRISKA

El primer barco de pasajeros con permiso para surcar el Danubio después de la guerra salió del puerto de Enns en dirección Este el 19 de mayo de 1945, tres semanas después de la liberación del KZ Mauthausen. La línea de flotación iba hundida debido al gran número de refugiados que, ansiosos por salir, se apelotonaban debajo de la cubierta. Entre ellos se encontraban Priska Löwenbeinová y su hija.

El viaje fue largo, difícil y estuvo sembrado de peligros, pero el barco fue acercándose poco a poco a Viena, detrás de un dragaminas que iba buscando bombas submarinas que no hubieran explotado. Los nazis se habían hecho con el control del Danubio después de que Hitler declarara que el río se encontraba bajo dominio alemán. Flotillas de barcos de guerra de la armada del mar Negro habían patrullado por la principal vía fluvial europea para proteger puertos vitales y defenderlos de los aviones aliados con sus cañones antiaéreos. Cuando la guerra se estaba acabando, los alemanes cargaron cientos de aquellos barcos con toneladas de explosivos y los dispusieron a lo ancho del río para ralentizar el avance de las fuerzas soviéticas. Durante décadas, aquellos navíos naufragados supusieron un grave peligro para los barcos que surcaban la zona.

A ciento cincuenta kilómetros de Mauthausen, el transbordador de Priska se vio obligado a detenerse en la histórica Tulln, una ciudad que había sufrido muchos bombardeos debido a su base aérea, su refinería y su puente ferroviario. Los restos del puente destruido hacían que, temporalmente, el río no fuera navegable, de modo que hubo que retirarlos. Durante dos días, el barco, con su carga de zarrapastrosos que debía dormir echada sobre la paja, atracó en la orilla oriental de Tulln. El inesperado retraso hizo mella en los nervios de los supervivientes, que estaban detenidos en la nación en la que había nacido Hitler. Algunos no pudieron soportarlo e insistieron en desembarcar. Se encaminaron hacia el Oeste a pie, sin equipaje, y recorrieron la ciudad para coger un tren que los llevara a Viena o a sitios más alejados, pues pagaban los billetes con cigarrillos estadounidenses que, para entonces, eran tan valiosos como el oro.

Con un bebé a su cargo, Priska no gozaba de tal flexibilidad, por lo que permaneció a bordo y esperó a que el cauce del río estuviera limpio y el transbordador los llevara a casa. Cuando, el 22 de mayo, por fin desembarcó en Zimný Prístav («Puerto de Invierno»), en Bratislava, descubrió que, a pesar de que hubieran bombardeado la ciudad, el casco antiguo había sobrevivido casi sin un

rasguño. Quería ir corriendo a su apartamento, ansiosa porque Tibor la estuviera esperando, pero Hana era su prioridad y la niña volvía a necesitar cuidados médicos urgentes. Se le habían abierto las heridas durante el viaje y tenía los vendajes empapados de sangre.

Con miedo de haberse equivocado por no seguir el consejo del mayor Stacy, llevó a su hija a todo correr al Hospital Infantil de la calle Duklianska, donde un médico apellidado Chura, doctor en pediatría, examinó a aquel bebé tan desnutrido y cubierto de llagas y le anunció que tenía que operar a la niña de inmediato. Por segunda vez en cuestión de semanas, a Hana la sometieron a una operación de urgencia para sajar y limpiar los múltiples abscesos provocados por una seria deficiencia en vitaminas. Luego, el doctor volvió a coserla y la admitió en un ala especializada.

Priska esperaba con ansiedad la noticia de que Hana mejorara y rezaba para que sobreviviera. «Tenía un buen presentimiento porque la niña quería vivir. Quería vivir de verdad». El doctor Chura le dijo las mismas palabras cuando salió del quirófano.

Como la operación había sido un éxito y Hana estaba fuera de peligro, dos monjas que trabajaban en el hospital se llevaron a la madre, famélica, a la cocina. Priska miró en derredor, hambrienta, y vio una olla con una especie de estofado de alubias. Antes de que nadie le dijera nada, cogió la olla y se la comió enterita, literalmente, mientras las cocineras y las monjas la observaban «en un silencio atronador». «Nadie me detuvo ni me dijo nada —contaba Priska—. Tenía tantísima hambre...».

Las hermanas se dieron cuenta de que la madre también necesitaba cuidados y le ofrecieron un sitio en donde quedarse hasta que Hana estuviera recuperada y ella hubiera recobrado las fuerzas. La mujer aceptó agradecida y permaneció bajo sus cuidados durante dos semanas. Después de descansar y dejar a su hija durmiendo, volvió al lugar al que pensaba que también habría ido Tibor: su antiguo apartamento. Se quedó destrozada al comprobar que había sido uno de los pocos edificios del casco antiguo en recibir un impacto directo. Solo encontró escombros. Devastada, rebuscó entre los restos y no podía creérselo cuando encontró una de las preciadas libretas de su marido; aun cuando aquella característica caligrafía suya estuviera manchada. La guardó como un talismán hasta el día de su muerte.

Tanto la comunidad judía como otras habían levantado grandes tablones de noticias en el centro de Bratislava para que la gente dejara mensajes a sus seres queridos, así que Priska escribió que la niña y ella habían sobrevivido y dejó la dirección del hospital. Luego, volvió con Hana para esperar a Tibor y a cualquier otro que hubiera conseguido salvarse. Según pasaban los días y las semanas, amigos y familiares empezaron a llegar a la ciudad, incluidos su hermana pequeña Anička (la pequeña Anna) y su tío, el doctor Gejza Friedman, con el que su hermana se había refugiado en las montañas Tatra. Su abuelo había sobrevivido a la purga nazi pero, por desgracia, había muerto más tarde al precipitarse por accidente por una ventana. El tío Gejza sugirió que viviesen todos juntos. Con el paso del tiempo, Hana llegó a adorar a su tío «Apu», la única figura paterna que tuvo, y Priska también lo consideraba un padre suplente, sobre todo, dada la ausencia de los suyos propios.

Su hermano Bandi les escribió desde el Mandato Británico de Palestina para decirles que se

encontraba bien, que se había casado y que tenía una hijastra. Su otro hermano, Janko, no tardó en aparecer, por sorpresa; había sido uno de los partisanos que con tanta valentía habían luchado. Llevaba el pelo por los hombros y el niño que se había separado de ellas volvía hecho un hombre. Gracias a su hoja de servicios, gozaba de todo tipo de beneficios, incluido elegir acomodo en la ciudad; así que lo primero que hizo fue entregarle a Priska las llaves de cuatro grandes apartamentos entre los que su familia y él podían elegir. Lo más seguro es que dichas viviendas hubieran pertenecido a familias judías que nunca volverían a casa. Priska no estaba dispuesta a «tomar posesión» de los «ropajes de un muerto», decidida a permanecer allí donde había vivido, para que Tibor pudiera encontrarla.

Pasaron semanas y no tuvieron noticias de sus padres, Emanuel y Paula Rona, orgullosos propietarios de una cafetería en Zlaté Moravce y deportados a Auschwitz en julio de 1942. Mucho más tarde, unos amigos de la familia le contaron que los habían gaseado al mes de llegar a Birkenau. Tampoco volvió Boežka, su hermana de treinta y cuatro años, la solterona que Priska había intentado rescatar de las deportaciones aquel día de marzo. Años después, descubrió que, debido a su gran talento con la aguja y el hilo, los nazis la habían puesto a cargo del departamento de costura de Auschwitz, lo que la había salvado de la cámara de gas. Durante tres años, hizo y reparó uniformes y otras prendas para las SS. A pesar de arriesgar su vida con ello, Boežka era amable con las chicas que trabajaban para ella y hacía la vista gorda cuando remendaban en secreto su propia ropa o la de otros presos. Priska se quedó descorazonada al leer en un informe poco fiable que en diciembre de 1944, un mes antes de que los rusos liberasen el campo, su hermana se había suicidado lanzándose contra una valla electrificada. Más tarde, sin embargo, una mujer que la había conocido bien en el campo le aseguró que eso no era cierto y que había muerto porque contrajo el tífus. Priska prefirió creer la segunda versión.

Las semanas se convirtieron en meses y seguía sin tener noticias de Tibor, ni lo veía por la calle, como Priska siempre había imaginado que sucedería. Sentía que estaba en una especie de inframundo, del que era incapaz de salir, ni siquiera para ir a Zlaté Moravce, no fuera a ser que su marido no la encontrara y se marchara. Como tenía un bebé enfermizo del que debía cuidar, no podía trabajar y, por tanto, no tenía dinero. Tampoco sabía lo que iba a suceder en su país. Aunque se había reconstruido la nación checoslovaca y al anterior presidente eslovaco, monseñor Jozef Tiso, lo habían colgado por colaborar con los nazis, el 80% de los judíos había muerto y el futuro de la nación, en manos de los comunistas, era muy incierto.

Después de un par de semanas viviendo en el hospital, y con el poco dinero que le habían dado la Cruz Roja y su tío, se estableció cerca de su antiguo apartamento para poder ir allí al menos una vez al día a comprobar si su marido la estaba esperando. Su nueva vivienda quedaba en la zona de servicio del segundo piso de un grandioso edificio de la plaza Hviezdoslav. Húmeda e infestada de ratas, comprendía un pequeño dormitorio, una sala y una cocina en la que ella instaló una bañera.

Un día, mientras empujaba el carrito de Hana camino de los tablones de anuncios para ver si había

algún mensaje nuevo, se topó con el señor Szüsz, a quien conocía de antes de la guerra. El hombre la saludó calurosamente antes de contarle que había estado con Tibor en los campos. En Auschwitz, le explicó, habían sido dos de los mil trescientos hombres que los alemanes trasladaron al campo de trabajo de Gliwice —renombrado Gleiwitz—, a unos veinte kilómetros, donde les obligaban a hacer ladrillos o a reparar vagones de mercancías en talleres ferroviarios, conocidos como *Reichsbahnausbesserungswerk*. Entonces, le confirmó que su marido no volvería jamás. «No creía que el bebé y tú hubierais sobrevivido —le explicó mientras el cerebro de Priska intentaba rebelarse contra lo que le estaban diciendo—. Dejé de comer y estaba demasiado débil como para cuidar de sí mismo. Decía: “No quiero seguir viviendo. ¿Para qué quiero vivir sin mi esposa y mi hijo?”».



Hana y su madre Priska en 1946. (© Hana Berger Moran.)

Priska, que intentaba buscar algún significado oculto en aquellas palabras, acabó alejándose del señor Szüsz dando tumbos, para llorar sin que la viera. Destrozada, le atormentaba no conocer los detalles precisos de la muerte de su marido. Tiempo después, gracias a los testimonios de otros supervivientes y de personas que lo conocían, descubrió cuanto quería saber. En el duro e invernal enero de 1945, con temperaturas que llegaron a menos 20 °C, a los más o menos mil trescientos prisioneros medio muertos de hambre de Gliwice, vestidos con pijama y zuecos, los obligaron a emprender una «marcha de la muerte» hasta las enormes plantas de carburante sintético de Blechhammer, a cuarenta kilómetros. Les ordenaron que caminaran en formación cerrada y les advirtieron de que dispararían a todo aquel que se apartara. Avanzaron por la nieve y el hielo hasta unirse a una masa serpenteante de cuatro mil criaturas que se movía penosamente hacia Gross-Rosen,

uno de los últimos campos de concentración aún en funcionamiento, casi a doscientos kilómetros de allí. La suya resultó una de las «marchas de la muerte» más sonadas. Los nazis dispararon sin compasión a cientos de prisioneros vestidos con uniformes a rayas hechos jirones y cuyos huesos ya no podían con ellos, tras lo cual los tiraban a la cuneta para que nadie los viera y allí los dejaban.

«Tibor se rindió, sin más —le contó a Priska uno de los que había sobrevivido a aquella marcha—. Murió de hambre a finales de enero de 1945. [...] Se cayó en un lado de la carretera y allí se quedó. [...] Lo más probable es que le pegaran un tiro».

Tibor Löwenbein, el sonriente periodista, empleado de banca, marido y padre al que le gustaba fumar en pipa, pereció en un sitio indeterminado, en el arcén de una carretera helada de Silesia, Polonia, unos pocos meses antes de que acabara la guerra, con veintinueve años. Priska no tenía cadáver alguno por el que llorar o al que decirle *kaddish*. No habría funeral, nada que señalara su tumba para poner unas piedras o encender una vela en su *yahrzeit* («aniversario de su muerte»). De hecho, no se podría celebrar ningún ritual de despedida, ni judío ni de ningún tipo.

Su viuda jamás se recuperó de su muerte y se negó a casarse de nuevo. «Mi matrimonio con mi marido fue maravilloso —decía—. Permanecí sola porque no podría vivir con nadie más o encontrar a alguien como él».

A Priska la reconfortó que Gizka, su amiga de la infancia, y otros, le devolvieran sus pertenencias más preciadas. Entre ellas se encontraban las adoradas fotografías de su boda, unas cuantas cartas de Tibor e imágenes de la familia que había perdido. También estaban los pendientes preferidos de su madre y un medallón que Paula Ronová acostumbraba a llevar colgando de una bonita cadena de oro, además del reloj de bolsillo y la leontina de su abuelo.

Priska decidió dedicarse a los estudios, por lo que contrató a una chica para que se encargase de Hana y volvió a la universidad para estudiar un posgrado de francés e inglés. Tal y como siempre había planeado, empezó a trabajar de profesora en Bratislava, en una escuela de primaria de la calle Karpatská. En 1947 se cambió el apellido después de que el inspector del colegio se quejara de que se le iba a hacer un nudo en la lengua pronunciando aquel Löwenbeinová. «Una de mis colegas tomó, por su cuenta y riesgo, la iniciativa de decirle al inspector que cambiaría mi apellido para que sonase más “eslovaco” y, sí, lo hice». Le gustaba la palabra francesa «*l’homme*» para «hombre» y pensó que Lom con el sufijo -ová sería un apellido sencillo. Luego, cuando una colega le contó que había un famoso actor de cine checo que se llamaba Herbert Lom, su elección todavía le gustó más.

Educó a su hija como Hana Lomová y la bautizó en la fe evangélica. Decía que, por encima de todo, lo que quería era darle una buena educación a su Hanka. «Era su madre, su consejera y su amiga —explicaba—. Vivíamos la una para la otra. Nunca me decepcionó».



Hana y Priska en 1949. (© Hana Berger Moran.)

Pasó cinco años en Bratislava, momento en el que por fin aceptó que, en efecto, Tibor no iba a volver. Su hermana Anička se había casado de nuevo y vivió en la ciudad hasta el día de su muerte. Su hermano Janko se marchó en 1948 a vivir a Israel, cerca de su hermano Bandi. En 1950, su tío Gejza la persuadió para que se mudara con él a una nueva clínica de Prešov, en el este de Checoslovaquia, donde era el director del departamento de neumología. Como Hana era una «niña enfermiza» que padecía serias hemorragias nasales, adenoides y problemas intestinales, el hombre consideraba que era mejor para ella vivir respirando el aire fresco de las montañas y tener a mano todo tipo de cuidados hospitalarios.

Priska trabajó de profesora de idiomas en Prešov donde, después de varios años enseñando inglés, alemán y francés en los institutos locales, fundó el departamento de Literatura y Lingüística Inglesas en la universidad y pasó a ser adjunta de la facultad de Filosofía y Letras. En 1965, mientras Hana estaba en la Universidad de Bratislava, Gejza —su adorado tío Apu— se suicidó, convencido de que padecía un cáncer de pulmón. Tenía sesenta y cinco años. Fue Priska quien lo encontró, en la casa en donde vivían juntos, y aquello casi acaba con ella. Sola de repente, se mudó de nuevo a Bratislava, a cuatrocientos kilómetros, para estar cerca de su única hija.

Hana descubrió sus verdaderos orígenes religiosos cuando tenía seis años y alguien la llamó «sucia judía». Corrió a casa y se lo contó a su madre, a lo que esta respondió: «Te voy a enseñar fotos de mi madre y de mi padre, que eran judíos». La niña las vio y dijo: «Vale, pues yo también quiero ser judía. ¿Puedo ir a jugar?». Por lo visto, nunca volvieron a molestarla con aquello; aunque tampoco le iba explicando a la gente que había nacido en un campo de concentración: «No venía a cuento».

Cuando su hija creció, Priska se aseguró de contarle su increíble historia y le enseñaba con frecuencia fotografías de Tibor, además de compartir con ella anécdotas y las cartas de su padre. Conservaba la libreta y su preciosa colección de sellos, que el hombre le había dejado a un amigo para que se la guardase. «Quería que lo supiera todo de su padre y cómo nos las habíamos tenido que

ver, pero quería que tuviera buenos recuerdos y que no pensara solo en las cosas malas —contaba—. Deseaba que sintiese próximo a su padre y que supiera cómo es la vida. [...] Me acordaba de todo, así que se lo conté».

Hana describe a su madre como una persona «explosiva» que era «tan dura» que se había propuesto tener a su hija a toda costa. Durante años, Hana pensó que su padre quizás hubiera sobrevivido a los campos y se quedaba mirando, esperanzada, a todos los hombres altos, rubios, con ojos azules y bigote con que se cruzaba. Hasta que no cumplió algún año más de la veintena, no aceptó que estaba muerto.

Su madre y ella permanecieron en contacto con Edita, la protectora de Priska en el campo, que fue a visitarlas desde Viena, donde vivía, cuando la muchacha tenía diecinueve años. «¡No podía dejar de abrazarla!», cuenta Hana. En 1944, como parte de su *mitzvá*, su deber moral, Edita le había prometido a Tibor, aún en el tren, que cuidaría de su esposa embarazada. Su esperanza era que, así, quizá ella se salvara también y encontrara un buen marido. Dios había escuchado sus plegarias y, después de la guerra, se casó con un rabí. Hana recuerda de aquella visita que «tenían dos hijos pequeños y su marido era muy reservado. No dejaba de repetirme lo valiente que había sido mi madre».

Priska también intentó encontrar a la otra Edita de su vida, la doctora Edita Mautnerová, quien le había ayudado a dar a luz en la fábrica de Freiberg y había sido una de las que lograron escapar del tren. «Nos dio mucha pena enterarnos de que había muerto después de la guerra —explica Hana—. No tuve oportunidad de darle las gracias». Con la intención de que su hija las conociera, Priska organizó una reunión con alguna de las mujeres con las que había compartido aquella vivencia, incluidas Chava Livni y su amiga Magda. Hana también conoció al marido de Magda, Martin Gregor, el actor que había registrado su nacimiento en Mauthausen y que le dijo: «¡Ahora tienes mucho mejor aspecto!». Más tarde conocería a un hombre que había trabajado con su padre en un periódico antes de la guerra y que le preguntó: «¿Eres la hija de Tibor?». El compañero de su padre rompió a llorar porque guardaba muy buenos recuerdos de él.



En 1960, quince años después del nacimiento de Hana, Priska la llevó a Horní Bříza para dar las gracias en persona a sus habitantes por lo que habían hecho por las prisioneras del tren. El señor Pavlíček había muerto, pero hablaron con muchos que guardaban muy buenos recuerdos de él. Colocaron piedras cerca de las vías, donde habían enterrado la primera vez a aquellos diecinueve hombres y diecinueve mujeres fallecidos durante el transporte, y visitaron el cementerio de la ciudad, donde habían sido sepultados por segunda vez. Los brízanos les contaron que, en noviembre de 1945, los soviéticos habían llevado a varios oficiales y soldados de las SS a la ciudad y les habían obligado a exhumar con sus propias manos los cadáveres en descomposición. Los adolescentes Jaroslav Lang y Vaclav Stepanek lo habían presenciado, junto con muchos otros. «Nos alegramos de verlo —cuenta el señor Lang con toda la tranquilidad del mundo—. Era el castigo por lo que habían hecho. Los alemanes tenían que pagarlo». A continuación, dieron descanso eterno a los cadáveres con el mayor de los respetos en una ceremonia muy concurrida celebrada en el lugar en el que la ciudad había erigido, a modo de homenaje, una impresionante estatua de bronce que representaba a un hombre muriendo colgado de un alambre de espino. Era obra del famoso artista checo J. Matějů y la había pagado la ciudad. En una carta escrita a las autoridades locales en 1949 para pedir donaciones, muchos residentes suscribieron las siguientes palabras: «No sabemos cómo se llaman ni su nacionalidad, tan solo sabemos que murieron bajo la inclemente bota nazi para que nosotros pudiéramos vivir».

En la ciudad grabaron y fotografiaron con cariño la visita de Priska y Hana y el reportaje gráfico figura hoy en día en el museo local y en un tablón de anuncios especial que hay en la estación, donde vivía el señor Pavlíček. Después, Priska escribió a la ciudad para darle de nuevo las gracias:

Tanto en aquel momento como ahora, estoy segura de que sin la ayuda de la valiente gente de la Bohemia Occidental no hubiéramos sobrevivido, sobre todo, mi hija. También estamos agradecidas a Horní Bříza [...] por los inolvidables momentos que pasamos allí. En las entrevistas jamás se nos olvida mencionar lo que sus habitantes hicieron por nosotros durante nuestra triste encarcelación.

Priska también llevo a su hija quinceañera a Mauthausen en un viaje organizado por un grupo antifascista. La experiencia la traumatizó, en especial, cuando vio las fotografías de los que habían muerto en la cámara de gas el día antes de la llegada de su madre. «Fue una experiencia muy dura para mí, mientras que parecía que a mi madre no la afectara —cuenta Hana—. Hablaba con los demás y compartían sus experiencias». Pasaron más de cuarenta años antes de que Hana se sintiera con fuerzas para volver al campo. Priska no volvió.

En 1965, Priska escribió también a la gente de Freiberg, que la había invitado a volver como una de las asistentes de honor de una ceremonia para recordar a las mujeres que trabajaron en la fábrica. Tras aceptar agradecida su «calurosa invitación» al homenaje, añadió: «Hana era el bebé más bonito que había visto en la vida [...] con la cabecita redonda, el pelito rubio y aquellos ojos azules, que

copié de los preciosos niños freibergueses, que me fascinaban a diario con sus enormes ojos mientras, escoltadas, íbamos y volvíamos de la fábrica». Les dijo que apenas había diferencia entre una freiberguesa de veinte años y su Hana que «para mí, es la niña más bonita, la mejor hija y mi vida entera». Visitaron la fábrica, pero no las llevaron al sombrío monumento de piedra que había en el cementerio de la ciudad y donde ponía «KZ Freiberg» sobre un breve tributo a los «Sacrificios del Fascismo».



Priska y Hana de vacaciones en Eslovaquia en 1965.

(© Hana Berger Moran.)

Aparte de la treintena de pequeñas cicatrices que le habían dejado por el cuerpo los abscesos que casi acaban con ella cuando era un bebé, Hana no tenía problemas graves de salud. Dado que había estado cubierta de piojos nada más nacer, desarrolló una reacción alérgica a las mordeduras de los insectos, pero la mayor herencia de su inusual gestación fue su «aversión patológica» a todo tipo de gritos debida, a su entender, a lo que oyó en el útero de su madre y durante sus primeras semanas de vida. «Si alguien me habla con agresividad, lo único que quiero es salir corriendo y esconderme — explica—. ¡No olvidemos que nací tapándome los oídos!».

Cuando Hana tenía veintitrés años, recién casada, se quedó embarazada de su único hijo. Corría el año 1968 y, mientras el bebé crecía en su interior, observaba con nerviosismo cómo las protestas estudiantiles de la Primavera de Praga empezaban a desafiar al gobierno comunista. En agosto de 1968, cuando medio millón de soldados del Pacto de Varsovia invadieron Checoslovaquia para reinstaurar el orden, decidió abandonar el país de inmediato. «Puede que se debiera a los primeros pasitos que di en la vida pero, en cuanto vi los tanques y oí los disparos, tenía claro que no pensaba quedarme y dar a luz en un mundo así», explica. Se fue a vivir a Israel, donde alumbró a Thomas, «Tommy», en diciembre. En 1972 estudió un doctorado en Química Orgánica y once años después emigró a Chicago, el país de sus libertadores. Ha estado casada en dos ocasiones con judíos y tiene

dos nietos, Jack y Sasha. Mark, su tercer marido, con el que lleva veinticuatro años, es gentil, físico y nefrólogo, y ambos trabajan en la industria farmacéutica y viven cerca de San Francisco, California.



Hanna con su hijo Tommy, su nuera Julie y sus nietos, Sasha y Jack.

(© Hana Berger Moran.)

Los legados principales que los campos dejaron a Priska fueron la preocupación por la comida y que detestara el frío. «Siempre abría la nevera o miraba en la despensa y preguntaba: “¿Tendremos suficiente o nos faltará?” —explica Hana—. Por suerte, nuestra casa era pequeña, por lo que siempre parecía que estuviéramos muy bien aprovisionados». A Priska también le gustaba dormir y lo consideraba un lujo; su cama y su ropa de cama se convirtieron en algo fundamental, sobre todo en los últimos tiempos.

Al final del camino, Priska aseguró: «He disfrutado de una vida maravillosa con mi hija después de que [...] la tuviera en un campo de concentración. [...] Ella es un tesoro para mí. [...] Doy gracias al buen Dios porque me la concediera y les deseo a todas las madres que tengan por sus hijas el mismo sentimiento de amor que yo tengo por ella. Es una muy buena madre y una buena hija. Adora a su hijo y es buena persona». Nunca dejó de mostrarse optimista ni de pensar en cosas bonitas, de modo que añadía: «Sobreviví. Aquí estamos. Traje un bebé a casa. Eso es lo más importante».

Hana cuenta: «Mi madre siempre fue muy fuerte y decidida. Su palabra preferida en eslovaco era *presadit'*, que significa tirar para delante o lograr que las cosas sucedan. Creo que durante el tiempo

que pasó en los campos su objetivo era conseguir que ocurriera algo que, en su caso, fue sobrevivir y mantenerme con vida».

Priska sufrió demencia senil cuando envejeció, pero vivió lo suficiente como para conocer y querer a su único nieto, Tommy. Cuando su estado fue empeorando, imploraba a menudo que le trajeran a su hija. «Por favor, perdóname», le decía a Hana, pero no sabía qué era lo que debía perdonarle; lo único que estaba claro era que el pasado había vuelto a apoderarse del cerebro de su madre.

Después de su noventa cumpleaños, en agosto de 2006, hubo que internar a Priska Löwenbeinová en un asilo. Allí la supervisaba una enfermera que se ocupaba de ella en exclusiva y que le enviaba informes diarios a su hija acerca de su estado de salud. Tres semanas después, la hospitalizaron por deshidratación y otros problemas médicos. Hana corrió a su lado desde su casa en California y estuvo con ella varias semanas, hasta que tuvo que volver a su exigente trabajo. Cuando volvió al asilo, Priska se pasó dormida casi dos semanas, hasta que, el 12 de octubre de 2006, murió en paz mientras dormía.



Priska con ochenta y tantos, en Bratislava. (© Yuri Dojc.)

La mujer que, a lo largo de la guerra, había perdido tres bebés y a su marido Tibor, además de a muchos miembros de su familia más cercana, se había dedicado el resto de la vida a su hijita «perfecta», nacida en la mesa de madera de una fábrica de las SS en mitad de un ataque aéreo. En 1996, diez años antes de que su madre muriera, Hana donó al Museo del Holocausto de Washington el blusón y el gorrito que le cosieron las prisioneras de Freiberg. Su madre los había conservado durante cincuenta años.

Las cenizas de Priska están enterradas en un cementerio de Bratislava que se llama Slávičie Údolie

(«Valle de la Alondra»), situado en una colina arbolada a menos de un kilómetro del Danubio. Estará rodeada de cosas bonitas para el resto de la eternidad.



Tumba familiar donde están enterradas las cenizas de Priska, en Bratislava. (© Wendy Holden.)

RACHEL

A pesar de que las hermanas Abramczyk le habían prometido a su padre que volverían a casa en Polonia de inmediato, después de la guerra, tuvieron que esperar a que Sala se recuperase del todo para viajar, lo que las retrasó hasta mediados de junio. «Cuando quedó claro que me iba a curar, decidimos volver a casa en cuanto tuviera fuerzas», comentaba Sala.

Aunque se sentían atraídas por el hogar como si un hilo invisible tirara de ellas, el futuro de aquellas cuatro mujeres era aún muy incierto. Solo treientos mil de los tres millones trescientos mil judíos polacos habían sobrevivido a la guerra y se calcula que mil quinientos murieron en manos de las turbas en los años posteriores a su regreso a casa, muchos de ellos por antisemitismo. El haber sabido que iban a acontecer aquellas barbaridades habría aterrado a Rachel y a sus hermanas y las habría colocado en una posición menos envidiable si cabe. Ahora bien, tampoco tenían muchas más opciones. Había tantos refugiados que buscaban santuario en el extranjero que las puertas de muchos destinos alternativos se cerraron. Gran Bretaña, Francia y Canadá acogieron a miles, pero Gran Bretaña limitó el número de los que huían a Palestina, adonde muchos tenían esperanzas de ir a vivir. Los Estados Unidos de América acabaron aceptando cuatrocientos mil refugiados, pero a muchos más les negaron la posibilidad de empezar una vida nueva allí. Los judíos polacos, que no eran bienvenidos en el resto del mundo, no disponían de demasiadas alternativas a volver a su país, un estado de paja soviético por aquel entonces.

Como era la hermana mayor, y a pesar de que solo contase veintiséis años, Rachel volvió a adoptar

su papel maternal y le tocó decidir no solo qué era lo mejor para su bebé y para ella, sino también para sus tres hermanas. Cuando acabó la guerra, Sala tenía veintiún años; Ester, veinte; y Bala, diecinueve. Habían pasado los que deberían de haber sido los seis mejores años de su juventud en guetos y campos, y no conocían otra vida que no fuera cuanto quedase en Pabianice o en Łódź. La única buena noticia que recibieron se la dieron dos amigos polacos con quienes se habían encontrado en Mauthausen y que les aseguraron que hacía dos semanas, la última vez que los habían visto, su padre y su hermano Berek estaban vivos. Habían permanecido juntos en Bergen-Belsen, pero los separaron. Si aquello era verdad, estaba claro que los hombres de su familia también irían a Pabianice en cuanto pudieran, de hecho, quizá estuvieran esperándolas ya allí.

Con un aspecto «bastante desaliñado», las cuatro mujeres se subieron a los autobuses que las trasladaron hasta los vagones de ganado en donde realizaron otro viaje interminable, que se detuvo y arrancó en numerosas ocasiones debido a los riesgos de bombardeos, la escasez de carburante y los tramos de vía destruidos. Fueron incapaces de reconocer Varsovia después de la brutal supresión del alzamiento, pero no se quedaron mucho tiempo, ya que tomaron otro tren —abarrotado— y, por fin, un tranvía hasta Pabianice.

De vuelta a su ciudad natal, descubrieron que todo había cambiado. La mayoría de los judíos que conocían habían sido borrados de la historia. A ellas les habían arrebatado el bonito apartamento de sus padres y sus queridas pertenencias. Un antiguo empleado vivía en su casa y se negó a devolvérsela porque, según decía, ya no les pertenecía. Decía que el Partido Comunista lo había «elegido» para cuidar de aquellas propiedades en nombre de las autoridades.

Los amigos y vecinos que tenían desde pequeñas se habían quedado con todo lo que habían querido, por lo que el elegante y florido hogar de su juventud, al que su madre, Fajga, se refería como su «castillo», no era más que un recuerdo. No quedaba ni rastro de las obras de arte que con tanto gusto habían elegido, ni de su maravillosa porcelana; y la música y las risas que habían sido una constante en aquel sitio no eran sino ecos en sus recuerdos. Lo único que consiguieron recuperar las hermanas fueron unas preciadas pertenencias que sus padres les habían confiado a sus mejores empleados y que estos les devolvieron de mil amores. Traumatizadas y sin hogar, apelaron a las autoridades locales que había a cargo de coordinar la vuelta a casa de los refugiados. Estas les asignaron un apartamentito en el que aguardaron, esperanzadas, poder reunirse con su padre y su hermano «en cualquier momento». Pero con el paso de las semanas no solo se vieron obligadas a vender sus pocas posesiones a cambio de algo de dinero con el que mantenerse, sino que la esperanza fue desvaneciéndose. Sala se puso a coser para traer algo de dinero a casa, aunque aquella pequeña unidad familiar empezó a darse cuenta, con profunda pena, de que, del pasado, lo había perdido todo y a todos.

De los doce mil judíos deportados desde Pabianice durante la guerra, solo quedaron quinientos. Mark, el bebé, era el único recién nacido. Cada vez que las hermanas iban a la ciudad, de la que tantos buenos recuerdos guardaban, de continuo se topaban con miradas desdeñosas. Ni una sola vez se

sintieron bienvenidas. Rachel incluso oyó cómo una mujer se quejaba diciendo: «Mira que los quemaban día y noche... ¡y cuántos hay vivos todavía!».

Sala contaba: «Nuestra casa ya no era nuestra casa. La ciudad tampoco me gustaba ya. Parecía un cementerio y no conocía a nadie». La guapa rubia que tan popular había sido en el colegio no encontraba ni una cara familiar. Consternada, fue a ver a su antigua profesora de dibujo para contarle que seguía viva. «Mi profesora me quería tanto cuando era pequeña que me había hecho un retrato. Le dije a mi familia: “¡Estará encantada de volver a verme! Voy a ir a explicarle lo que nos ha sucedido”. Pero la mujer abrió la puerta y me soltó: “Vaya, así que sigues viva”, a lo que añadió: “No tengo nada para ti”. Ni siquiera me preguntó qué me había pasado. Me dio con la puerta en las narices. Fue como si me pegaran una bofetada».

Aproximadamente un mes después de que llegaran a casa, las hermanas recibieron la carta de un tío que estaba en Nueva York y que se había puesto en contacto con las autoridades polacas. Estas le habían informado de que su sobrino Berek se hallaba ingresado en un hospital de Suecia, adonde lo había enviado la Cruz Roja para que se recuperara de la pérdida de un ojo y de otras heridas que había sufrido en los campos. Emocionadas, se pusieron en contacto con su hermano, que les envió una fotografía en la que aparecía con un vendaje muy aparatoso en la cabeza. «Ni siquiera mencionó a papá, así que entendimos que no había conseguido sobrevivir», contaba Sala.

Tampoco decía nada de Moniek, el hermano adolescente que tan voluntarioso se había mostrado al ofrecerse para acompañar a los niños más pequeños cuando los nazis liquidaron el gueto de Pabianice. Les contó lo de Chełmno. Tampoco decía nada de su madre, Fajga, o de los inocentes que habían fallecido —sus hermanos gemelos Dora y Heniek, de catorce años, además de la adorable «bebé» de la familia, Manusia, de doce—. Con lo que sabían por entonces de Auschwitz, tuvieron que aceptar que no volverían a oír las voces cantarinas de su madre y sus hermanos. Lo único que podían hacer era desear que su pequeña familia hubiera permanecido junta hasta el final y que no hubiera sufrido mucho. Sala explicaba: «Eran jóvenes y guapos y la vida les habría sonreído».

Mientras aún estaban intentando asumir la pérdida de sus padres y de sus hermanos, Bala, que era la que más próxima había estado de Berek, les anunció de pronto que se iba a Suecia a cuidar de él. «Me necesita», dijo. La muchacha consiguió dar con él y lo cuidó durante muchos años. Fue Bala quien les contó que el hombre había perdido el ojo a causa de una paliza recibida en el suelo de un guardia tras haber intentado salvarle la vida a su padre en Bergen-Belsen: «Había conseguido proteger a su padre durante aquel tiempo a pesar de que fuera demasiado anciano y estuviera demasiado débil para trabajar, pero, entonces, un día, le ordenaron que no le ayudara con su tarea, a lo que Berek hizo oídos sordos, por lo que el guardia le pegó una patada en la cara y perdió el ojo». A su padre lo mataron de un tiro tres días antes de que los británicos liberasen el campo.

Rachel seguía sin tener noticias de Monik. Se preguntaba si su marido la estaría esperando en Łódź, intentando volver a poner la fábrica en marcha. Con grandes dificultades, en un país que, prácticamente, carecía de sistema de transporte o infraestructuras, viajó hasta allí con unos amigos

que la protegieran, pero se encontró con que el gobierno se había apropiado de la fábrica. La población judía de Łódź, que ascendía a más de doscientos mil individuos antes de la guerra, se había quedado en cuarenta mil almas, la mayoría de las cuales se vieron obligadas a mudarse o a emigrar. La familia lo había perdido todo y a todos.

«Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que no queríamos quedarnos en Polonia —explicaba Sala—. Allí no nos quedaba nada». En la tumultuosa Europa de después de la guerra, las hermanas decidieron ir a Múnich, a la zona estadounidense, porque les aseguraron que desde allí podrían viajar adonde quisieran. Llegaron a la ciudad asolada por la bombas con lo puesto y una o dos maletas —para todas— con sus pertenencias. Cuando se corrió la voz de que los supervivientes de su distrito de Polonia se estaban mudando a Múnich, amigos y vecinos suyos llegaron hasta allí y no tardaron en establecer una comunidad para apoyarse unos a otros. Rachel siguió preguntando a los recién llegados si sabían algo de su esposo, esperando, en parte, malas noticias, aun cuando nadie le diera nunca información fiable y el hombre no apareciera jamás.

Después de varios meses, acabó aceptando que Monik habría muerto, aunque nunca llegó a conocer los detalles de su fallecimiento ni a saber dónde se hallaban sus restos. Durante mucho tiempo pensó que lo más probable era que lo hubieran enviado a Auschwitz y lo hubieran gaseado, pero alguien de Łódź que conocía a su hermano Berek le aseguró que Monik había conseguido evitar la última deportación que salió del gueto y quedarse en la zona. Poco después, un «alemán con un revólver» le pegó un tiro en las calles de Łódź. Muriera como muriera, no llegó a saber que su leal y joven esposa había sobrevivido y tenido un hijo suyo. Yacería para siempre en una tumba imaginaria a la que no podría ir a poner piedras, ni tampoco llevar a su hijo.



El bebé Mark junto con, de izquierda a derecha, Sala, Rachel y Ester en Alemania, 1946. (© Mark Olsky.)

Acostumbrada al dolor, y decidida a seguir con su vida y darle un futuro mejor a su hijo, Rachel se quedó cuatro años más en Múnich. Mark fue a la escuela y el alemán se convirtió en su primera

lengua. Su madre y sus tías hablaban en polaco solo cuando no querían que supiera lo que estaban diciendo. El 19 de marzo de 1946, Rachel volvió a casarse. Sol Orviesky —apellido que abrevió más tarde a Olsky— era un talentoso joyero judío que había conocido antes de la guerra. Rachel estaba segura de que sería un buen padre para su hijo aunque, durante muchos años, se sintió mal por haberse casado tan pronto de nuevo y a veces se preguntaba qué pasaría si Monik apareciera de repente en la puerta de su casa. «Volví a casarme porque aquella era una situación muy complicada para una mujer y un niño que necesitaba una figura paterna», se justificaba.



Rachel y Mark en 1949. (© Mark Olsky.)

Antes de la guerra, Sol, que tenía cuarenta años y provenía de una familia muy ortodoxa de Pabianice, estaba casado y tenía un hijo. Un soldado alemán le arrancó a su bebé de los brazos durante un pase de lista y se culpó el resto de la vida por no haber ofrecido más resistencia. A excepción de su sobrino Henrike y de dos hermanos que habían volado a Estados Unidos, había perdido a toda su familia, incluida su esposa e hijo, y había pasado la guerra en un campo de trabajo procesando las pertenencias de los muertos. Cuando lo liberaron, pesaba menos de treinta kilos, había perdido los dientes y sufría graves problemas de salud a consecuencia de ello.

Fue Sol quien ayudó a su familia y a las hermanas Abramczyk económicamente después de la guerra. Trabajó con un químico alemán que había desarrollado un proceso con el que convertir el lingote de oro europeo en el estándar estadounidense de menos quilates y por el que ganó un contrato para procesar el oro que se transfería al extranjero desde los bancos alemanes. Rachel y sus hermanas ayudaban en el negocio y daba la impresión de que los estadounidenses preferían hacer tratos con los supervivientes del Holocausto antes que con los alemanes. Siempre pagaban en dólares, ya que, por entonces, los marcos alemanes no valían nada, de modo que era una manera muy razonable de ganarse la vida mientras la ciudad que los rodeaba soportaba una reconstrucción dolorosa. Incluso acogieron y ayudaron a supervivientes de Pabianice.

Tres años después de que se casaran, y en cuanto fue legal viajar al estado de Israel, de reciente

creación, Rachel —sionista desde bien joven— persuadió a su marido para que se fueran a vivir allí. La familia tomó el primer barco que salía de Marsella, Francia, y se estableció en Petach Tivka, cerca de Tel Aviv, donde estuvieron diez años. Sol, incapaz de ganarse en Israel la vida como joyero y comerciante de oro, dejó su profesión y se puso a trabajar de peón en una fábrica de acero.

Durante la guerra, Rachel había perdido todas las fotografías de su boda y de su primer esposo, pero en Israel se encontró con una mujer que había sido novia de Monik y que conservaba una foto pequeña del hombre de cuando corría su época de estudiantes. Rachel la convenció para que se la diera y la conservó toda la vida, antes de cedérsela a su hijo.

Puesto que había prometido proteger a Mark hasta el día en que muriese, se negó a tener hijos con Sol para que el hombre no eligiese como favoritos a los suyos en vez de a su «hijo milagro». Después, y a pesar de que no hablaban inglés, la familia se fue a vivir a los Estados Unidos de América en 1958 para evitar que a Mark lo reclutara el ejército israelí. Sol volvió a establecerse como joyero —y relojero— pero sufrió una serie de infartos y murió en 1967, con sesenta y un años. Rachel trabajó «como una mula» para que el negocio siguiese adelante y poder asegurarse de que a su hijo no le faltaba de nada.

En Múnich, su hermana pequeña Ester se había casado con Abe Freeman, natural de Pabianice y antiguo amigo de su hermano Berek. Abe había pasado casi cuatro años en Auschwitz y llevaba un tatuaje. La pareja se fue a vivir a Nashville, Tennessee, después de que una organización de ayuda a judíos les asegurase en una convención celebrada en Múnich que no estaba «muy lejos» de Nueva York. Cuando llegaron, se dieron cuenta de que, por el contrario, Nashville se encontraba «en la otra punta del mapa», pero estaban contentos y tuvieron éxito en la ciudad, por lo que permanecieron en el país de sus libertadores el resto de la vida. Tuvieron dos hijas, Shirley y Faye, y cinco nietos. Ester falleció en 2003.

Sala conoció al que acabaría convirtiéndose en su marido, Henrike (Henry), cuando vivían en el gueto de Pabianice. El hombre era sobrino de Sol Olsky, el segundo marido de Rachel. Sala y Henry también estuvieron juntos en Łódź, pero en Auschwitz a él lo habían enviado a Mauthausen y, una vez allí, a los túneles de Ebensee —uno de sus campos satélite—, el cual poseía una de las tasas de mortalidad más altas de todos los campos de concentración. Después de la guerra, lo buscó por todos lados. «Siempre supe que acabaríamos juntos. [...] A las ocho semanas de que volviera, me preguntó: “¿Quieres casarte conmigo?”, a lo que respondí que sí, y pasamos juntos sesenta y cuatro maravillosos años». Henry, que también había estado a punto de morir de tifus, tenía un tío en Estados Unidos que les prometió interceder a su favor, por lo que la pareja fue al colegio nocturno en Múnich para aprender inglés antes de ir a vivir a Nueva York y, después, a Chicago. Más tarde, se mudaron a Nashville para estar más cerca de Ester y Abe. Sala se cambió el nombre por «Sally», más estadounidense, y Henry y ella tuvieron dos hijas, Ruth y Deborah, que, a su vez, tuvieron tres hijos.

Bala se quedó en Suecia, se casó con un judío polaco llamado Jakob Feder y tuvo dos hijos, David y Mikael, que, entre ambos, tuvieron cuatro hijos. Murió en 1986 por un cáncer de pecho y jamás les

contó a sus hijos, que emigraron a Israel tras su muerte, las experiencias que había vivido durante la guerra.

Berek se marchó de Suecia en 1956 y se fue a vivir a Estados Unidos, donde trabajó en empresas de servicios de comida en San Francisco y permaneció en la ciudad hasta el día de su muerte. Se casó con Pola Nirenberg, superviviente del Holocausto, y tuvieron dos hijos, Leif y Steven, el último de los cuales es neurocirujano en Nashville y tiene, a su vez, cuatro hijos. Berek conoció al «hijo milagro» de Rachel cuando Mark tenía dieciséis años y enseguida se hicieron muy buenos amigos. Entre todos ellos, los vástagos de la familia Abramczyk que sobrevivieron a la guerra tuvieron nueve hijos y veinte nietos. Fue, como solían decir, su «final feliz».

Igual que pasó con tantos otros supervivientes, las hermanas intentaron olvidar los recuerdos de la bárbara historia que les había tocado vivir y pocas veces hablaban de ello, porque era «demasiado duro». En una época en la que las terapias conversacionales eran bastante novedosas, algunos de los supervivientes del Holocausto se sentían muy culpables por haber sobrevivido cuando tantos de sus compatriotas habían muerto. Otros se enfrascaban en el trabajo o en la familia para intentar olvidar, o bien se entregaban al alcohol o se suicidaban. Tal y como lo explicaba Esther Bauer: «Durante los primeros veinte años no podíamos hablar de ello y, los veinte siguientes, nadie quería escucharnos. Hasta que pasaron veinte años más, nadie empezó a hacernos preguntas».

Así, cada cual tenía que hacer frente por su cuenta a las experiencias que se le habían grabado a fuego en la memoria. Se las arreglaban lo mejor que podían con los incómodos recuerdos que les asaltaban siempre que se activaba alguno de los muchos que les aguardaban agazapados detrás de cada esquina. Podía ser por oír un martillo neumático o el petardeo del tubo de escape de un coche; por ver un muro alto o un tren de mercancías; por alguien que hablase alemán o por el olor a pelo chamuscado; por ver un montón de ropa u oír el ladrido de un perro. Un superviviente se vino abajo un día en que su peluquero encendió una maquinilla eléctrica para cortarle el pelo. A otros les asaltaban paranoias cuando veían insectos, como moscas azules. Algunos sufrían ataques de pánico cuando el metro estaba muy lleno. Al tiempo que intentaban adaptarse a vivir sin miedo, era indudable que los supervivientes habían perdido el sentido de la proporción.

Aun así, de alguna manera, salieron adelante, igual que habían hecho en los campos. Sala explicaba: «Bastaba con que nosotros lo supiéramos; se trataba de algo que queríamos dejar atrás». No fue fácil convencerla pero, en agosto de 2010, acompañó a su sobrino Mark y a otros miembros de su familia a Louisville, Kentucky, a la última reunión de los miembros que quedaban de la Asociación de la 11.^a División Acorazada, los «Thunderbolts», cuyos integrantes, que empezaban a desbandarse, habían liberado Mauthausen. Entre los más de cuatrocientos asistentes había ochenta y un veteranos y unos pocos supervivientes. Después de una conmovedora ceremonia en el Museo Patton, soldados jóvenes de Fort Knox les rindieron tributo antes de que se celebrase la cena y el baile, en el que tocó la banda de la base. Mark cuenta que fue muy emotivo y que su tía, que nunca antes había asistido a un homenaje, estaba «profundamente conmovida». Después de conocer a

algunos veteranos, Sally declaró: «Salir viva de aquel infierno fue pura suerte. Nosotros éramos los afortunados. Lo conseguimos. No hay nada más que decir».

Su hermana Rachel se mostraba de acuerdo: «Fue como ganar o perder jugando a la lotería —le dijo en una ocasión a su hijo—. Estábamos a merced de personas que ahora eran amables, ahora nos mostraban una crueldad desmedida. Algunos de los que sobrevivieron se jactaban de que lo consiguieron porque fueron más listos o fuertes, pero muchísimos de los que murieron eran mucho más listos y fuertes que ellos. La suerte fue lo único que marcó la diferencia».

A pesar de insistir en que ella había dejado atrás aquellos recuerdos, a Rachel se le puso el pelo blanco con treinta y tantos años y perdió casi todos los dientes. El dentista le dijo que el feto le había consumido todo el calcio del cuerpo, que se había bebido en forma de la poca leche que daban sus pechos. El paso de los años no extinguió los recuerdos y Rachel sufrió insomnio casi toda la vida, igual que Sol. Mark los oía llorar o caminar por la casa en las, para ellos, «noches oscuras del alma».



Rachel (izquierda) con sus hermanos Sala, Berek, Bala y Ester en Israel, en la década de los ochenta. (© Mark Olsky).

Sabía dónde había nacido «desde que empecé a hablar» pero, rodeado como estuvo en Israel por los hijos de otros supervivientes del Holocausto, su llegada al mundo le parecía bastante normal. Sus padres se negaban a comprar nada que estuviera hecho en Alemania, como el coche. Puede que no fuera sorprendente que, por tanto, cada vez que le preguntaban qué quería ser cuando fuera mayor, Mark respondiera: «¡Alguien que mate tantos alemanes como sea capaz!». Rachel lo regañaba: «Lo perdimos todo y a todos, si perdemos la humanidad, perderemos lo único que nos quedó». Hasta que Rachel no estuvo en los últimos años de su vida no admitió que la generación responsable de lo que había sucedido en Europa había muerto.

Cada vez que Mark le preguntaba por sus experiencias durante la guerra, su madre le respondía: «No vas a aprender nada de ellas, excepto que debes protegerte. Si parece que es el momento de marcharse, márchate. —Luego, molesta, añadía—: No puedes ni imaginar lo malo que fue aquello,

así que es inútil intentarlo». Con todo, en una ocasión su madre le amonestó diciendo: «¿Por qué no me preguntas nunca por lo que sucedió en la guerra?». Jamás visitó ninguno de los guetos o los campos, ni siquiera el KZ Freiberg, como tampoco vio películas ni leyó libros acerca del Holocausto —aparte de *La lista de Schindler*, de la que dijo: «No está mal».

Mark, que sufre múltiples alergias, incluido el asma y la fiebre del heno, no descubrió que Sol no era su verdadero padre hasta que encontró su certificado de nacimiento cuando tenía catorce años, pero su madre y él nunca hablaron largo y tendido sobre dicho asunto. «Cuando nací, a mi madre se le metió en la cabeza que iba a protegerme a toda costa. [...] Supuse que mi padre habría muerto en la guerra». Aunque su madre se volvió una mujer «muy resuelta» y «una adicta irredenta al trabajo», lo empujó a estudiar una carrera y a convertirse en un hombre de provecho. Mark cuenta que Sol era un «padre estupendo» y que los dos estaban muy orgullosos de él cuando se convirtió en un respetado doctor de urgencias. Mark y Mary, una gentil, se casaron en 1969. Tienen cuatro hijos y cuatro nietos y dividen su tiempo entre Wisconsin y Arizona.

Igual que Anka y muchas mujeres de su generación, Rachel era una gran admiradora de *Lo que el viento se llevó* —novela que le había encantado en Polonia— y, después de la guerra, a menudo citaba a Escarlata O'Hara en la escena en que esta grita: «A Dios pongo por testigo que no podrán derribarme. Sobreviviré y, cuando todo haya pasado, nunca volveré a pasar hambre». Estaba decidida a que nunca, nadie, volviera a ponerla en una situación que no controlara o en la que no pudiera alimentar a su familia. Se aseguró en persona de que los dos hombres de su vida no pasaran jamás hambre e insistía en cocinar y ocuparse de las labores de la casa incluso después de sus turnos de catorce horas en el trabajo; porque esa era su «prerrogativa».

Cuando vio *Lo que el viento se llevó* con su nieto Charlie, en particular las escenas en donde se muestra cómo sufren los personajes durante la Guerra de Secesión, le dijo: «Y ¿eso les parece duro?». Años más tarde llevó a Charlie y a otros de sus nietos al Museo Yad Vashem, en Jerusalén, donde contestó a muchas más preguntas de las que jamás había respondido a su hijo.



Rachel (sentada a la derecha) en 2002, con (de izquierda a derecha) su nieto David, su nuera Mary, su hijo Mark, su nieto Charlie y su nieta Margaret. (© Mark Olsky.)

Hacia el final de su vida, Rachel sufrió una serie de achaques, incluidos diabetes, hipertensión y algunos problemas de corazón. También padecía daños nerviosos en las piernas, se quedó sorda y tenía los huesos comidos por la osteoporosis, lo que le provocó múltiples fracturas vertebrales. De su incapacidad para moverse comentaba: «¡Les digo a mis piernas adónde tienen que ir y no me obedecen!». Mark contaba que, con ochenta años, su madre se sentía «débil y cansada después de haber sido fuerte y estado sana durante años. [...] Le costaba disfrutar de la vida y anhelaba que le llegara el fin». Aun así, celebró su ochenta y cuatro cumpleaños con la familia en Nochevieja de 2002, al poco de dejar su trabajo de voluntaria en el hospital local. Dos meses después la sometieron a una operación rutinaria en la vejiga e insistió en que se la programaran cuando sus hermanas Ester y Sala estuvieran de viaje en Hawái, «para que no se preocuparan».

Mark voló a Nashville desde su casa, en Wisconsin, para estar con su madre. A su lado, justo después de la operación, la mujer sufrió un fallo cardíaco muy grave. «Abrió los ojos unos instantes y me miró», cuenta su bebé, que nació en un tren de carbón. Rachel Olsky murió el 19 de febrero de 2003.

Con cincuenta y siete años y después de toda una vida intentando vivir de acuerdo con la herencia de su extraordinario nacimiento, Mark se había quedado huérfano. Su indomable madre, que a punto estuvo de morir sesenta y pico años antes y que tanto había tenido que soportar en la vida —incluida la muerte de dos maridos— siempre le restaba importancia a lo que habían padecido Mark y ella. «¡Mira la que estás liando por una cosilla de nada!», solía decirle a su hijo.

Rachel está enterrada en un tranquilo rincón del cementerio judío de Nashville, Tennessee, rodeada de bellos cerezos.



Tumba de Rachel en Nashville, Tennessee. (© Wendy Holden.) ANKA

Después de tres semanas descansando y recuperándose en la enfermería de Mauthausen, Anka y Eva estaban listas por fin para volver a casa. Mientras se preparaba para que la repatriaran a Praga, soldados y personas que le deseaban lo mejor le dieron montones de ropa para bebé y le hicieron tantos otros regalos, que Eva se hallaba «muy bien aprovisionada».

Con el importante certificado de nacimiento de la niña y los nuevos documentos de identidad de Anka —que ya no llevaban estampada una «J»—, el 20 de mayo de 1945, madre e hija se subieron a uno de los autobuses que iban a České Budějovice y, después, a un tren engalanado con flores con destino a Checoslovaquia, tras despedirse con efusividad de quienes la habían salvado.

Igual que en el caso de las otras madres, el de Anka fue un viaje tortuoso plagado de esperas y retrasos. La mayoría de las estaciones de tren carecía de personal, pero estaban llenas de gente desesperada por volver a casa, que intentaba subirse como fuera, incluso en el techo. Una noche lúgubre, los prisioneros de Mauthausen, con aquel aspecto lastimoso, consiguieron llegar por fin a su destino, la estación praguense de Wilson. Era un sitio que Anka conocía a la perfección por todas las veces que había viajado hasta allí desde Třebechovice para visitar a su tía y porque se trataba de la estación en la que se había bajado siempre cuando se mudó a la ciudad para estudiar Derecho. Le parecía que todo aquello hubiera sucedido en otra vida.

Sin embargo, para Anka, el momento más deprimente de aquel conflicto fue llegar a la Praga de después de la guerra, tras la revolución. «Tantos años luchando para seguir adelante e intentar no preocuparte o pensar siquiera... —decía—. Hasta entonces, nunca me paré a pensar que no habría nadie esperándome [...] ni mis padres ni mis hermanas [...] no había nadie, ni ningún sitio que considerar un hogar. —Luego, añadía—: Cuando me di cuenta, fue aterrador. Para mí, el peor momento de la guerra».

Aparte del daño sufrido durante la revolución, los pilotos estadounidenses habían arrasado partes de la ciudad al confundirla con Dresde en los ataques de febrero, por lo que los sistemas de transporte y energía estaban sumidos en el caos. Extensas áreas de la ciudad permanecían a oscuras. Anka, frágil tanto en el plano físico como en el emocional, no tenía dinero y su único plan consistía en ir, cuando amaneciera, al apartamento de su prima Olga. A pesar de que desafiara a la lógica, estaba segura de que su prima habría sobrevivido porque se había casado con un gentil. Mientras tanto, Anka y sus amigas tuvieron que esperar a oscuras hasta que delegados de la Cruz Roja lo arreglaron todo para que durmieran en el Hotel Graaf, cerca de la estación.

A la mañana siguiente, se escabulló con Eva y fue a la estación del tranvía. Al ser una de las primeras supervivientes de los campos en llegar a Praga, su apariencia la convirtió en una curiosidad. A pesar de que en los noticiarios que emitían en los cines de todo el mundo habían aparecido las horribles imágenes de los campos liberados y de sus supervivientes, la gente se sorprendía al ver a una mujer delgada como un palo, con el pelo desigual y la ropa de segunda mano raída que le entregaron en Mauthausen. A muchos les producía lástima y le daban dinero.

«Tan solo necesito para el billete del tranvía», insistía, tras lo cual solo aceptaba lo indispensable. Sorprendentemente, de día parecía que la ciudad no hubiera cambiado, aun cuando para Anka, desorientada, estuviera irreconocible. Subió las escaleras hasta el segundo piso del apartamento de la calle Schnirchova, cerca del Reciento Ferial Art Nouveau, y se quedó fascinada al encontrar pan y sal—los fundamentos de la vida— en la puerta, una bienvenida tradicional checa. Mientras llamaba, acababan de dar las diez de la mañana y cuando le abrieron se encontró con su prima Olga Šroňková, su marido Ivan y sus dos hijos, que habían oído que estaba viva y habían esperado su regreso. «¡No tenemos piojos!», les dijo Anka antes de dejarse caer, llorando y por primera vez en muchos años, en brazos de sus familiares. En realidad, Eva y su madre seguían teniendo piojos, pero a sus parientes no les importó porque estaban muy aliviados de volver a verla.

«Por favor, ¿podemos quedarnos unos días para recuperarnos?», les pidió. Estuvieron allí tres años y medio porque Olga y su familia les dieron una calurosa bienvenida y un nuevo punto de partida en la vida. «Fueron buenísimos con nosotras. Aunque tenían dos hijos adolescentes, nos acogieron en su pequeño apartamento ¡y durante mucho tiempo!».

Los primeros días después de su llegada, Anka se dedicaba básicamente a comer y a dormir. No se hacía a la idea de tener a su disposición tanta comida como quisiera y, por las noches, se levantaba en secreto para beber toda el agua que le apeteciera o asaltar la despensa. Parecía incapaz de dejar de comer pan e incluso habría hecho pescado al horno con Olga en mitad de la noche si hubieran tenido lumbre.

Cuando quedó claro que Eva y ella habían traído los piojos a la casa y que ambas tenían costras—causadas por ácaros parásitos—, las admitieron en un hospital, donde estuvieron ingresadas varios días para que las trataran con lociones insecticidas y antibióticos. Olga, que tenía veinte años más que Anka, la visitaba a menudo y era muy, muy paciente con ella. Poco a poco, empezó a contestar a sus

preguntas y a contarle qué había sucedido en Praga durante su ausencia. Olga y su hermana Hana —ambas casadas con gentiles— se habían librado de los arrestos hasta los seis últimos meses de guerra, cuando las llevaron a Terezín. A los maridos los habían enviado a un campo distinto para no judíos, en Checoslovaquia. Todos habían sobrevivido.

Le explicó que ningún otro miembro de la familia se había puesto aún en contacto con ellos. No se sabía nada de Stanislav e Ida, los orgullosos padres de Anka, de la afligida Ruzena ni de su guapo y rubio hijo Peter, o de su divertida hermana Zdena y su marido Herbert. Olga le enseñó la postal que los nazis le habían obligado a escribir a Zdena en Birkenau —la que contenía la palabra en clave *lechem* (pan), su último y valiente intento porque supieran que la estaban matando de hambre—. Zdena, la vibrante y preciosa mujer que tanto había querido a su marido y la vida que compartían, se había apagado como una vela.

Olga tampoco había oído nada de sus padres, que Anka había visto por última vez partiendo de Terezín. Ni se sabía nada de Bernd. La familia había registrado todos los nombres de los parientes desaparecidos ante las autoridades pertinentes. Cuando los días se convirtieron en semanas y seguían sin tener noticias, le iba pareciendo cada vez más probable que su hija y ella fueran los únicos supervivientes de su extensa familia.

Por si fuera poco, a Anka se le secó el copioso suministro de leche materna justo cuando llegaron a Praga. «Era como si su cuerpo hubiera dicho: “¡Basta!” en cuanto decidió por sí mismo que podían abastecerme con leche de fórmula u otras comidas —cuenta Eva—. Lo irónico del asunto fue que el padre de Peter envió una caja llena de botes de leche en polvo Ostermilk desde Inglaterra, pero cuando mi madre me llevó al pediatra para una visita rutinaria, este le dijo que esa leche era muy mala para mí y debería tirarla, cosa que en efecto hizo». Así, todos los intentos que Anka realizaba por alimentar a su bebé acababan con la madre llorando de dolor y frustración. No le quedaba leche y sus pechos estaban muy sensibles. Cuando un especialista le dijo que lo que Eva necesitaba era «comer, comer y comer», Anka vio que no le quedaba más alternativa que obligarla a hacerlo. A Eva, poquita cosa y capacitada solo para mamar, la tumbaban en el sofá y le daban sopa con una cucharita hasta que se atragantaba o la ingería. Fue una experiencia traumática para todos.

Además, Anka tenía otras preocupaciones. Desposeída de la ciudadanía checa por haber estado casada con un alemán y debido a la expulsión de estos del país, le preocupaba hallarse en peligro, por muy judía que fuera. Cada día recorría con Eva, a la que llevaba en un cochecito, las diferentes oficinas gubernamentales, donde rellenaba formularios y hablaba con oficiales, esforzándose por recuperar la ciudadanía.



Anka y Eva en Praga en 1945. (© Eva Clarke.)

Seguían sin recibir noticias de Bernd ni del resto de sus parientes, a pesar de los interrogatorios a los que sometía a todos cuanto se encontraba y que podrían haber estado en los campos con ellos. Se negaba a perder la esperanza y se dijo a sí misma que su marido se hallaba en camino. No obstante, poco a poco, a través de personas que conocían a su familia, fue descubriendo cuál había sido el destino de sus parientes cercanos. A sus padres y hermanas, y también a Peter y a su cuñado, los habían deportado a un campo familiar checo de Birkenau pensado para engañar a la Cruz Roja. Stanislav, el orgulloso padre de Anka —al que, en Terezín, se le habían roto tanto las gafas como el espíritu—, había muerto de neumonía en cuestión de semanas. Los nazis habían gaseado a la sonriente Zdena y a su atractivo marido Herbert, junto con Ruzena, en cuanto vaciaron el campo familiar. Peter, el sobrino de Anka, que solo tenía ocho años, sufrió abusos sexuales por parte de los guardias antes de ser gaseado. Ida, la jovial y gordita matriarca de la familia, que se había encargado de la caja registradora en la fábrica de cuero, además de entretener a las clientas, se volvió loca en cuanto su familia desapareció y lo más probable es que acabara también en las cámaras de gas. «Puede que el hombre que me contó lo de mi madre [que perdió la cabeza] lo hiciera porque sentía pena por mí, así que no sé si es cierto pero, en caso de serlo, habría sido una bendición».

Un día, mientras aún intentaba asimilar toda la información, se topó con un hombre. «Me lo encontré por casualidad en una calle muy bonita que se llama Na Přikopech. [...] Ni siquiera recuerdo qué hacía allí, pero me topé con él. Lo conocía de antes de la guerra y no sabía que había estado en el mismo campo que Bernd. [...] Cuando me vio, se mostró encantado y me preguntó: “¿Lo sabes ya?, no esperes a tu marido. Lo asesinaron poco antes de la liberación. Vi con mis propios ojos cómo le disparaban”. Siempre le estaré agradecida porque fuera al grano y no diera mil y una vueltas para contármelo. No me hizo esperar».

Anka acabó descubriendo que, poco después de su llegada a Auschwitz II-Birkenau, en septiembre de 1944, habían seleccionado a Bernd para trabajar en el molino y en la fábrica de munición de un

campo satélite llamado Bismarckhütte («cabaña de Bismarck»), en Chorzów Batory, Silesia. Situado cerca de la acería propiedad de la empresa Berghütte, el campo albergaba unos doscientos prisioneros judíos forzados a trabajar de peones o a construir piezas de armas. Sobrevivió al severo invierno pero, el 18 de enero de 1945, evacuaron a todos los prisioneros a Gliwice, situado a treinta kilómetros, en una «marcha de la muerte» por la nieve. Puede que Bernd acabara uniéndose a la columna de pobres almas en la que iba Tibor, el marido de Priska, pero jamás lo sabremos, tampoco si llegaron a conocerse.

En aquella marcha, los nazis pegaban un tiro en la nuca y abandonaban en el arcén, donde se congelaban, a todos cuantos se retrasaran o cayeran al suelo. Ese había sido el destino de Tibor. A los que siguieron adelante —y de quienes apenas se podía decir que estuvieran vivos— los subieron después a unos vagones de ganado y los enviaron a los campos de Nordhausen-Dora o Buchenwald. Fue en ese último trecho del camino cuando un soldado de las SS mató a Bernd, justo delante del tren. Meses después, nadie supo decirle a su apenada esposa qué había sido de su cadáver, el cual yacería, lo más probable, abandonado en mitad de un paisaje nevado. No tenía ni idea de si lo habrían enterrado más tarde ni si existía tumba alguna a la que presentar sus respetos.

Tampoco descubrió por qué habían matado a Bernd cuando faltaba tan poco para que acabara la guerra, aunque —después de pasar cinco años en los campos— prefería creer que no hubo ninguna razón aparente. A los pocos días de su asesinato, el Ejército Rojo llegaba a la zona de Gliwice, lo que habría significado la libertad para él y la posibilidad de reunirse con su esposa embarazada.

La noticia de que su marido no iba a volver estuvo a punto de acabar con Anka, pues era incapaz de aceptarlo, después de todo por lo que había pasado. Sin embargo, y aunque el corazón se le helara, se negó a desesperarse. Había muchos otros por los que lamentarse y muchos asuntos que tener en cuenta, y Eva era el más importante de todos. De alguna manera, consiguió rehacerse, poner un pie delante del otro y seguir adelante con su vida. «No tenía tiempo para lamentos. Alguien me preguntó: “¿Qué tal lo llevas?”, a lo que respondí: “No tengo nada que sobrellevar, solo centrarme en lo necesario para garantizar el día a día”, lo cual ya era suficiente, porque no sabía de dónde iba a sacar el dinero».

Y todavía recibió otras malas noticias. La muchacha a la que le había confiado sus más preciadas pertenencias vino a verla bastante avergonzada para devolverle el reloj de Bernd y otros objetos, pero le confesó que había vendido las cortinas verdes de seda y quemado todas las sagradas fotografías de Anka porque temía que la incriminasen si las encontraban. «¡La habría matado! Si había algo que deseaba recuperar por encima de todo, eran esas fotos». Después de haber perdido tanto, los bienes materiales significaban poco o nada para aquellos que habían vuelto de los campos; en verdad, lo que más les importaba, de hecho, eran los recuerdos. Los momentos personales vividos con sus seres queridos, de repente, se convertían en lo más valioso del mundo —para Anka también— y su sirvienta le estaba diciendo que no le quedaba ninguno. Sin embargo, la mujer persistió y fue al estudio de fotografía donde se había hecho las fotos de boda —regentado por un judío—. Aunque

el hombre hubiera muerto, los negativos seguían en los archivos y Anka consiguió que le hicieran unas copias.

Su prioridad, como siempre, era Eva. «Tenía que pensar en ella, que era cuanto me hacía seguir adelante. [...] Ella es lo único que es mío de verdad, y siempre lo ha sido. Todos queremos a nuestros hijos, pero yo sentía como si el cordón umbilical que nos había unido no estuviera cortado. [...] Tenía que ayudarla si quería que viviese. Tenía que proporcionarle lo que necesitara, tanto en lo psicológico como en lo físico».

Cuando Olga y su familia se fueron de vacaciones aquel primer verano después de la guerra, Anka decidió ir a Třebechovice pod Orebem y comprobar qué quedaba de su casa familiar y del negocio. Lo único que sabía era que los alemanes se los habían requisado en su día. Sola con su hija, fue a la estación Wilson y cogió un tren que la condujera al sitio en el que había pasado los mejores momentos de la infancia. «No tenía dinero pero no podía trabajar porque Eva me necesitaba mucho. Decidí que yo era la única heredera de la familia y, dado que la fábrica seguía en marcha aunque estuviera en manos de los comunistas, les explicaría que tenía una hija pequeña a la que alimentar».

Cuando llegó, le asaltaron recuerdos emotivos de los veranos de su infancia, de cuando toda la familia comía en el patio o se tumbaba en una esquina del jardín, sobre un almohadón, y leía. La alta chimenea de ladrillo que siempre temía que se les cayese encima le recordaba ahora a otras chimeneas más siniestras y casi no se atrevía a caminar cerca de ella.

Habló con los directores comunistas de la empresa y, sorprendida, resultó que convinieron en pagarle un pequeño estipendio mensual. «Era muy, muy poco, pero era mejor que nada». La villa de estilo Bauhaus de su hermana también la habían requisado y estaba habitada por uno de los trabajadores de la fábrica —un acérrimo comunista—, de modo que Eva y ella fueron acomodadas en una pequeña habitación de la casa, sin acceso a la cocina ni al baño y sin apenas muebles. «Me trataban como a una puta».

Aunque al principio disfrutaba del privilegio olvidado que suponía no estar rodeada por cientos de personas y poder respirar aire fresco, enseguida le pudo la soledad. La rodeaban las voces sordas de su familia. El sueño de volver a casa, a un sitio cálido y bello donde siempre hubiera risas, o la acogieran con los brazos abiertos, se había convertido en una pesadilla de la que quizá no pudiera escapar nunca. El pasado había desaparecido y se sentía como si se hallara en otra especie de campo, casi tan cruel como aquellos en los que había pasado la guerra.

Atrapada en aquella pequeña prisión, ni siquiera le permitían coger un tomate del enorme jardín por el que había correteado feliz cuando era niña. Peor todavía, un día que salió a dar un paseo con Eva, a la que llevaba en el carrito que alguien le había donado, una abuela checa a la que conocía la paró y le dijo con crueldad: «¡Seguro que es hija de un nazi!». El comentario hirió de tal manera a Anka que se puso a llorar y salió corriendo. «Los checos me trataban muy mal y me dolía. Era la gente con la que había crecido. No esperaba nada de los alemanes, pero la gentuza checa y comunista me hacía pensar que habría sido mejor que yo también hubiera muerto. Fue horrible».

También hubo, sin embargo, inesperados actos de amabilidad. Cuando algunos de los amigos de sus padres se enteraron de que había sobrevivido, fueron a verla para presentarle sus respetos. La mujer no tenía ni idea de que Stanislav e Ida hubieran confiado a aquellas personas, que tuvieron el valor de conservarlas durante la guerra, su mejor plata y porcelana, sus alfombras y joyas. Que aquellos buenos amigos le devolvieran objetos tan preciados la conmovió y les dio las gracias por su honestidad. «Me lo devolvieron prácticamente todo». No obstante, ni siquiera con aquellos actos de decencia, estar «en casa» era ya lo mismo. Cuando su prima Olga se enteró de cómo y dónde estaba viviendo, insistió en que Eva y ella volvieran a Praga. Poco después, las visitó un amigo de su cuñado Tom Mautner, quien llegó con comida y ropa de Inglaterra. Se llamaba Karel Bergman y era un judío que se dedicaba a hacer pelucas y redecillas para el pelo, y cuyo padre también había tenido una fábrica. Anka lo conocía de antes de la guerra. Karel, igual que Tom, había huido a Gran Bretaña, donde trabajó de intérprete para el Mando de Caza.

Sin hogar en el que vivir y con poco dinero para tirar adelante, Anka se encontraba en una situación delicada. No podía quedarse con Olga toda la vida, sabía que tarde o temprano debía establecerse por su cuenta. Cuando Karel empezó a mostrar cierto interés, se sintió aliviada, aunque le costó tres años persuadirle para que se casara con ella. «Estaba convencida de que era el hombre ideal no solo para mí, lo que no resultaba tan importante, sino para Eva, que sería como un padre para ella. Si en alguna cosa he acertado en la vida, ha sido en esto». La pareja acabó comprometiéndose, pero no podía casarse porque ella seguía esperando que le devolvieran la nacionalidad checa.

Casi a diario, Anka iba con Eva a las oficinas gubernamentales para preguntar si había novedades en relación con su caso. Dejaba el carrito de la niña aparcado fuera mientras entraba para hablar con los funcionarios y siempre, cuando salía, se encontraba con una multitud de adultos arrullando a su preciosa hija. No tardó en darse cuenta de que a las autoridades les venía bien obstruir su solicitud porque si no volvía a ser checa de forma oficial, no tendrían que devolverle la fábrica o compensarle por su pérdida. Un día, uno de los funcionarios con los que había tratado casi a diario durante tres años le preguntó: «¿Habla usted checo?», y ello a pesar de que, hasta entonces, hubieran conversado siempre en su lengua materna.

Tras convencer a las autoridades de que la considerasen checa de nuevo, el 20 de febrero de 1948, con treinta años, se convertía en la señora Bergmanová. Su nuevo marido era quince años mayor que ella. En 1939, el hombre había huido al Protectorado Británico de Palestina, desde donde había conseguido llegar a Gran Bretaña, alistándose en la RAF, pero como era demasiado mayor para ser piloto, se había hecho intérprete. Se casaron el mismo día en que tuvo lugar el *putsch* comunista que establecía un nuevo orden político en Checoslovaquia.



Boda de Anka y Karel Bergman en 1948. (© Eva Clarke.)

En cuanto los recién casados pudieron salir del país de acuerdo con la legalidad, prepararon a Eva y sus pocas pertenencias y cogieron un tren con el que cruzaron Alemania y Holanda con la intención de unirse a otros refugiados checos en Montreal, Canadá. Sin embargo, una vez en Holanda —donde se reunieron brevemente con Louis, el padre de Bernd, que había sobrevivido a la guerra—, se desviaron a Gales, porque a Karel le ofrecieron allí un trabajo como supervisor de una fábrica de guantes. En cuestión de cinco años, su marido acabó comprando la fábrica y la pareja se quedó a vivir. Desde el principio, en el pequeño apartamento amueblado del primer piso de un edificio de Cathedral Road, Cardiff, Anka amó su hogar y su nueva vida en un país en el que se sentía libre y a salvo. «Era un apartamento que estaba por debajo de la media, un sitio destartalado y horrible, pero nunca había sido tan feliz. No tenía ni un penique. No sé cómo me las arreglé. Pensaba en mi madre, a la que le habría satisfecho mucho que la vida me fuera bien».

Una de las cosas de las que más se alegraba era de poder recuperar su pasión por el cine. Cada vez que Eva estaba en la guardería —y más tarde en el colegio— iba al cine sola casi a diario. «Da igual lo que echen —decía—. Lo que importa es que tengo la libertad de ir».

Pequeña, desnutrida y enfermiza, el desarrollo físico de Eva parecía lento, pues con veintidós meses todavía no andaba. Anka la llevaba a uno y otro pediatra por miedo de que sufriera algún daño permanente. La atormentaban en especial los progresos de la hija de una amiga, que le sacaba, por lo menos, seis meses de ventaja. No obstante, su resistente hijita fue ganando fuerza y pronto «se puso al día de forma admirable». Iba a un colegio en el que no entendía ni una sola palabra, pero con cinco años hablaba el idioma con fluidez e incluso empezó a ganar premios. Aparte de la salud, no parecía que tuviera ningún otro problema, su apetito era normal y disfrutaba, sobre todo, de los platos típicos

checos que tan bien preparaba su madre, muchos de los cuales había aprendido a cocinar con ingredientes imaginarios en los barracones.

La herencia principal del tiempo que Eva pasó en los campos fue que se ponía histérica cada vez que oía un martillo neumático. Para calmar a su hija, Anka tenía que pedir a los operarios que se detuvieran o bien taparle los oídos. La madre acabó pensando que la niña oía las remachadoras mecánicas de la fábrica de Freiberg cuando estaba en su útero.

A Eva le contaron la historia de su familia desde muy pequeña, pero no se enteró de que Karel no era su padre hasta que tuvo cuatro años. Detrás de la puerta de la cocina había colgada una bolsa de la compra que alguien le había hecho a su madre en Praga y tenía cosidas las iniciales «A. N.» de Anka Nathanová.

Su madre contaba: «Estábamos en la cocina y preguntó: “Mami, ¿Por qué pone A. N.? ¿No debería ser A. B.?”. Pensé que era el momento de explicárselo, así que le dije: “¿Has oído hablar de la guerra?”, como ella asintió, proseguí: “Bueno, pues tu padre murió en la guerra y se apellidaba Nathan. [...] Después, me casé con el papá de ahora y desde entonces me apellido Bergman, ¡así que tienes dos papás!”. Eva bajó a la calle a jugar con los otros niños y enseguida oí que decía: “¡Pues yo tengo dos papás y tú solo tienes uno!”, momento en que me di cuenta de que nada podría hacerle daño».



Eva y Anka en Cardiff en 1952. (© Eva Clarke.)

Más tarde, cuando Eva fue descubriendo más cosas, a menudo contaba que había nacido en un campo de concentración, aunque no alcanzase a comprender las implicaciones de lo que significaba. Hasta

que no leyó *El diario de Ana Frank*, en la adolescencia, no empezó a comprender lo horroroso que era cuanto había estado diciendo. A veces, fantaseaba con que su «primer padre» había sobrevivido en secreto a la guerra y que volvería con ellas, pero quería tantísimo a su «segundo padre» que dichas fantasías tampoco eran muy frecuentes.

Anka le propuso tener un hijo a su nuevo marido, pero este desestimó la oferta y se ofreció a adoptar a Eva, a quien siempre había considerado suya. «Lo único que quería mi madre era crear una familia adorable para mí —cuenta Eva—. Así que Karel me adoptó y ha sido el único padre que he conocido».

El hombre, que durante la guerra había perdido a su madre, a su hermana melliza y al hijo de esta, además de al resto de la familia, casi nunca hablaba de esas muertes —si es que lo hizo alguna vez—. Anka, sin embargo, se obsesionó y veía todas las películas y documentales sobre el Holocausto. Fue a ver *La lista de Schindler* en cuanto la estrenaron y describió las escenas de los campos como «casi perfectas». Hubo un episodio que la conmovió en concreto, cuando los judíos eran apiñados en vagones de ganado y los alemanes echaban el cerrojo de las puertas. Los nazis se reían mientras los prisioneros sacaban la mano por cualquier rendija e imploraban un poco de agua, momento en que Schindler cogía una manguera y los rociaba como si se tratara de otro acto de crueldad cuando, en realidad, pretendía saciar su sed.

Tenía baldas enteras con libros sobre el Holocausto, varias fotografías de Josef Mengele, a quien —como fue el caso de Rachel y Priska— enseguida reconoció como el doctor sonriente y educado de los guantes, el del hueco entre las palas, responsable de las selecciones en Auschwitz durante las pocas semanas clave que pasó allí en la segunda mitad de 1944. También tenía en su biblioteca multitud de biografías de nazis de aquella época, algo que a menudo sorprendía a la gente. Cuando le preguntaban a qué era debido, respondía: «A que todavía intento desentrañar el por qué de lo que hicieron». También estudió, pasando el dedo una y otra vez por las páginas, la lista de cuantos habían muerto en Terezín y Auschwitz para ver cómo y cuándo habían vivido y muerto las personas que conocía.

Cuando en 1989 acabó el mandato comunista, a Anka por fin le devolvieron la fábrica que su familia tenía en Třebechovice. «La vendí de inmediato, y mal, porque no tenía ni idea de cómo llevar una fábrica y, además, no quería tener nada que ver con ella». No podía evitar sentirse culpable y pensar en lo que hubiera dicho su padre: «Primero nos la quitan los alemanes; luego, los comunistas; y, ahora, ¿la vendes tú porque sí? ¡Cómo has podido hacerlo!». Fue una decisión que la atormentó durante toda su vida.

Anka jamás volvió a Auschwitz y no quería saber nada de los alemanes. Igual que Rachel, no quería nada de fabricación alemana en su casa y se opuso con vehemencia al Eurotúnel porque decía que: «¡Los alemanes podrían cruzarlo!». Años después de la guerra, cuando su marido compró máquinas nuevas para la fábrica, la empresa que las producía envió a un ingeniero para que enseñara cómo manejarlas a los empleados. Karel invitó al hombre, de origen alemán, a cenar. Anka sirvió la

cena y, en un momento dado, cuando el marido le preguntó de dónde provenía en concreto y este respondió: «De Freiberg, en Sajonia», la mujer se marchó de la habitación y no volvió a hablar con él.

Cuando llevaba a Eva a Londres en tren, tenía que pasar por las acerías de Newport, con sus altas chimeneas industriales que escupían humo y llamas. No hubo una sola vez en la que no tuviera que apartar la vista. Siendo ya anciana, sufrió un problema en el oído interno llamado «enfermedad de Ménière». Un especialista le dijo que aquella era una dolencia que se veía mucho en trabajadores del acero, mineros del carbón y estrellas de la música —personas que están expuestas a niveles muy altos de ruido—. No había imaginado a qué podría deberse hasta que el médico le explicó aquello.

En 1968, con veintitrés años, Eva se casó con Malcolm Clarke, un gentil que acabó siendo profesor de Derecho en la Universidad de Cambridge. La pareja tuvo dos hijos, Tim y Nick, y tres nietos —Matilda, Imogen y Theo—. Anka los conoció y los quiso a todos. «Fue maravilloso para mi madre — cuenta Eva—. Todavía no había conseguido creer que habiéramos sobrevivido y, de pronto, tenía dos nietos que le dieron bisnietos. Era un milagro.»

Cuando Anka conoció a Kenneth Clarke, su consuegro, se enteró de que había sido piloto en el Mando de Bombarderos de la RAF durante la guerra. El hombre le enseñó su libro de registros, donde ponía que el 13 de febrero de 1945, a las seis menos veinte de la tarde —hora en la que tanto ella como el resto de prisioneras estaban encerradas en la fábrica de Freiberg—, había sobrevolado por encima de ellas en un Lancaster para bombardear Dresde; tras lo cual volvió a la base, a las diez y diez de la noche. El hombre se echó a llorar y le dijo: «¡Podría haberos matado a las dos!». Anka lo tranquilizó con una sonrisa y respondió: «¡Pero no lo hiciste!».



Anka con Eva, sus nietos Tim y Nick, y sus bisnietos Matilda, Imogen y Theo, en Inglaterra. (© Eva Clarke.)

A finales de los sesenta, cuando Eva vivía en Singapur con su marido, le pidió a su madre que

escribiera su historia. Quería un relato detallado para sus hijos. A Anka le pareció muy buena idea. Karel se enteró de lo que le había sucedido a su esposa durante la guerra al leer sus notas por casualidad y se sintió muy conmovido.

Años después, Anka visitó Terezín con Eva, a quien le enseñó dónde había vivido —y casi muerto—. Fue un viaje muy emotivo. Cuando Eva volvió al gueto, años después ya sola, se sintió muy conmovida al descubrir que habían incluido el nombre de su hermano Dan en una pared para homenajear a los muertos —era el único rastro físico del bebé cuya muerte había propiciado que ella naciera.

Hana, la prima de Anka, que lo más probable es que sobreviviera a la guerra porque estaba casada con un gentil, editó un libro de poemas y dibujos de niños de Terezín que tituló *I never saw another butterfly*, en alusión al poema del joven Pavel Friedman, uno de los que habían fallecido allí. La mujer también se convirtió en conservadora del Museo Judío de Praga y desempeñó un papel importante en conseguir que los nombres de las víctimas —incluido el de Bernd y el de otros quince miembros de la familia de su prima— quedaran inscritos en la sinagoga de Pinkas.

Después de pasar toda la vida trabajando entre bastidores dentro del ámbito educativo, Eva se retiró y decidió contar la historia de su madre, sobre todo en los colegios, para lo cual viajó a lo largo y ancho del país con la Asociación Educativa del Holocausto (HET). Su trabajo inspiró un ballet titulado *Anka's Story* que coreografió una compañía de danza de Cambridge y se representó en el Edinburgh Fringe. Eva ha estado en Auschwitz varias veces con diversos grupos de estudiantes y profesores y siempre que, en Birkenau, pasa cerca del edificio de la *Sauna* no puede evitar mirar al suelo en busca de la alianza de su madre y el anillo de pedida con la amatista, que nadie ha encontrado jamás.

En 1985, en su cuarenta cumpleaños, Eva llevó a sus dos hijos y a Malcom a Mauthausen. Hoy en día, el antiguo campo es un monumento conmemorativo bellamente preservado en el que no hay que pagar para entrar. En 1985, sin embargo, solo se permitía la entrada libre a los supervivientes y cuando Eva intentó explicarle al taquillero que era una de ellos, el hombre se echó a reír —lo que la hizo llorar— y se negaba a creerla por la edad que tenía.

El punto de vista religioso de Anka, una no creyente convencida, nunca varió. «Nadie puede responder a la pregunta “¿Dónde estaba Él?” —decía—. Nadie ha resuelto ese asunto ni por qué nos eligieron a nosotros para darnos un trato así —Siempre optimista, añadía—: Si no me quedaba otra que vivir aquella experiencia, me pilló en el mejor momento físico y mental porque era joven y fuerte. [...] Mientras se lo contaba a mi hija cuando esta era aún muy pequeña, con la intención de liberarme de ello cuanto antes, me dio la impresión [...] de que había sobrevivido bastante bien; además, mi hija tiene salud y está bien de la cabeza, por lo que, al menos para mí, pero solo para mí, no para el resto de mi familia, la cosa salió de forma satisfactoria dentro de lo que cabe. [...] Eva era mi afirmación a la vida; fue ella quien hizo que siguiera adelante y me mantuviera cuerda».

Karel, su marido, murió de un infarto en 1983, con ochenta y un años. Durante su incineración,

Anka volvió a ver el humo salir de una chimenea y se puso a temblar y a llorar. «¿Quién me mandaría mirar?». Esparcieron sus cenizas por el cementerio judío que había cerca de su ciudad natal, en la rural República Checa, cerca de un impresionante monumento conmemorativo de piedra erigido para él y otra gente de la zona que, bien dejó el país con el fin de luchar contra los nazis desde el extranjero, bien falleció en los campos. Después de aquello, Anka le pidió a Eva que a ella la incinerara asimismo cuando llegase su hora, aun cuando fuera en contra de la tradición judía. «A ver, es como acabó el resto de mi familia, ¿no?», solía bromear.

Anka pasó en Cambridge, con Eva y el marido de esta, los tres últimos años de su vida. Con noventa y seis años, permaneció lúcida hasta el final y siempre se mostró muy coqueta. En sus últimos días, la mujer que se había rizado las pestañas para ir a ver a su marido al gueto, se maquilló para recibir la visita de su nieto mayor. Anka estaba orgullosísima del trabajo de su hija, que hablaba del Holocausto a los estudiantes, y le habría encantado que la recordaran en un libro. «Cuanta más gente sepa lo que sucedió, más improbable será que se repita. Espero —decía—. Esta es una historia que debería enseñar a la gente lo que nunca tendría que volver a suceder».



Anka en 2013, con su bisnieta Matilda, celebrando su noventa y cinco cumpleaños. (© Eva Clarke.)

Eva le da la razón: «Es muy importante recordar a todos esos millones de personas a las que asesinaron los nazis. En especial, a aquellos a los que nadie ha podido recordar porque murió la familia entera e incluso la comunidad. Nuestro deber es contar la historia de lo sucedido e intentar que atrocidades así no vuelvan a producirse».

Anka Nathan-Bergman murió en casa con Eva a su lado el 17 de julio de 2013. De acuerdo con sus deseos, esparcieron las cenizas en el mismo sitio en que fueron diseminadas las de su segundo marido, en el tranquilo cementerio judío que hay en medio del bosque cercano a Drevikov, en la República Checa.

Después de vivir sesenta y cinco años en el Reino Unido, un país que llegó a adorar, pero en el que siempre se sintió una extranjera y una refugiada, Anka por fin volvió al país que tanto amaba, el suyo.



Tumba de Anka, en la República Checa. (© Wendy Holden.)

LA REUNIÓN



Los «bebés» y sus libertadores, los Thunderbolts. (© Hana Berger Moran.)

«Los Thunderbolts nos liberaron y los Thunderbolts nos reunieron», insistía Hana Berger Moran en su hogar, en el país de sus libertadores. Y bien lo sabía. Fue la hija de Priska quien, en el verano de 2003, decidió buscar a los médicos que le habían salvado la vida en Mauthausen cincuenta y ocho años antes.

«Mi madre todavía estaba viva, en Bratislava, y yo quería saber si Pete seguía con vida para conocerlo y darle las gracias». Buscando por Internet llegó a la página electrónica de la Asociación de Veteranos de la 11.^a División Acorazada del Ejército de los Estados Unidos y descubrió que estaban a punto de celebrar una reunión en Illinois. Les envió una carta que colgaron en su página electrónica y publicaron en su revista trimestral, *Thunderbolt*.

Tras explicarles las circunstancias de su nacimiento, seguía:

Cuando se produjo la liberación de Mauthausen, yo apenas era un bebé de tres semanas. Como a mi querida madre le gusta contar, los tanques llevaban estrellas blancas y se quedó sorprendidísima de lo jóvenes que eran los soldados que iban en ellos. Recuerda que sonaba la canción *Roll Out the Barrel*. [...] El cirujano que me operó no pensaba que fuera a sobrevivir sin el tratamiento adecuado y le pidió encarecidamente a mi madre que viajara con ellos a Estados Unidos. Sin embargo, desoyó su consejo porque decía que tenía que volver a Bratislava a esperar a su marido, mi padre. [...] Me encantaría conocer el nombre del médico o médicos que me trataron y que me indicaran la manera de ponerme en contacto con las personas de su división que ayudaron a los prisioneros después de la liberación. [...] Me gustaría expresarles mi profunda gratitud a los libertadores del campo de concentración de Mauthausen.

Hana, que decía de sí misma que, cuando nació, era como «un gusanito delgado», insistía en que ella no era la heroína de la historia. «La increíble era mi madre». Pasó algo de tiempo, pero a principios

de 2005 recibió un mensaje de parte de un hombre que contaba diecinueve años cuando lo liberaron de Ebensee, uno de los campos satélite de Mauthausen, y que se había convertido en el representante de Estados Unidos en el Comité Internacional de Mauthausen. Max Rodrigues Garcia, que vivía en San Francisco, no muy lejos de Hana, había leído su carta y la invitó a viajar a Mauthausen por el sesenta aniversario de la liberación, al que creía que asistiría Pete Petersohn, de ochenta y dos años.

En mayo de 2005, Hana y su marido Mark volaron a Austria desde San Francisco y Pete y su hijo Brian lo hicieron desde Chicago. Los libertadores, acompañados por sus familiares, y unos pocos supervivientes se reunieron en el Hotel Wolfinger —sito en la enorme plaza mayor de Linz— para compartir historias con personas a las que hacía años que no veían. Hana se encontraba en el abarrotado salón cuando entró un grupo de hombres con las gorras de béisbol amarillas y blancas de los Thunderbolts, uno de cuyos integrantes parecía mayor y más cansado que el resto. Enseguida tuvo la certeza de que se trataba de Pete. Después de que el hombre se acomodara en una mesa de la esquina, Hana se acercó, se sentó en silencio a su lado en mitad de una animada conversación y esperó. De pronto, se hizo el silencio en la sala y Max Rodrigues Garcia, que estaba sentado cerca, estaba tan emocionado que necesitó taparse la boca para dejar de gritar.

Unos minutos después, de algún modo, Pete presintió la presencia de Hana, dejó de hablar, se volvió hacia la desconocida que tenía al lado y, con lágrimas en los ojos, le dijo: «Hana».

Ambos se abrazaron durante varios minutos, incapaces de hablar.

«¡Me abrazaba con tantísima fuerza que pensé que me iba a romper!», comentaba Pete.

Habían pasado sesenta años desde la última vez que se habían visto y aunque Hana no recordaba nada, sujetar entre sus manos la mano del médico que había convencido a un superior para que intentara salvarla en un sitio donde había miles que necesitaban atención urgente tanto como ella, fue una de las experiencias más conmovedoras en la vida de ambos. Hana, llorando a mares, le dijo que lo quería mucho y que le estaba muy agradecida porque la hubiera salvado. Luego, le enseñó algunas de las cicatrices que le había dejado en los brazos y en el pecho la operación a la que había sido sometida en el hospital de campaña.

A Pete, aquella reunión lo emocionó de todo corazón. A las pocas semanas de la liberación de Mauthausen, se había sentado frente a una máquina de escribir y había empezado a relatar sus vivencias durante la guerra, a las que había añadido decenas de fotografías tomadas por entoces. A pesar de lo joven que era, se había dado cuenta de la importancia que tenía el testimonio de alguien que lo había presenciado todo.

Ahora bien, la experiencia había tenido sus consecuencias. En una entrevista que le concedió al historiador Michael Hirsch en 2008, Pete confesaba: «Me vine abajo [en Mauthausen]. [...] Llevaba muchísimas horas de pie [...] necesitaba descansar [...] me sangraban la nariz y el oído, y no podía dormir.



En 2009, Hana se encuentra con el médico estadounidense que la salvó en Mauthausen. (© Brian Petersohn.)

[...] Mi superior me ordenó que me tomara dos días de descanso. Todavía hoy lucho contra aquello [...] porque he de tener cuidado con mi estado mental [...] cuando me acuesto, por ejemplo. Pienso que voy a dormir bien y, entonces, empiezan a aparecer los cadáveres [...] las pilas de cadáveres y las ratas comiéndoselos. [...] Voy al psicólogo pero no sé qué más puede hacer por mí. [...] Y ha ido a peor con los años [...] supongo que me lo acabaré llevando a la tumba».

Hana le pidió que le contara qué sabía del mayor Stacy y se enteró de que, por desgracia, había fallecido. Las preguntas que le hizo después a la familia del mayor le revelaron que, como muchos otros soldados, nunca había hablado de lo que sucedió en la guerra. Y, en efecto, tampoco había hablado del bebé al que había ayudado a sobrevivir.

Mientras Pete y Hana hablaban un poco más, el hombre consiguió resolverle, por fin, por qué su madre, confundida, no paraba de pedirle que la perdonara. El militar estaba convencido de que tenía que ver con el hecho de que Priska la hubiera «entregado» en dos ocasiones, la primera a la *Kapo* nada más llegar a Mauthausen y, después, a los médicos, pues en ninguno de ambos casos sabía qué iba a pasar con su hija. «Pete me contó que mi madre era muy “amable” y que sabía que pretendían ayudarnos, pero añadió: “Me sorprendió... que me entregara a su hija. No sabía si volvería a verte. Confió en mí para que te salvara y te llevara de nuevo con ella”. Creo que era por eso por lo que se sentía culpable».

Hana, con afecto, apodó a Pete «papá» o «papá Pete» y ambos siguieron en contacto por correo electrónico y por teléfono durante los años siguientes. En un correo electrónico que le escribió Pete poco después de que se reunieran en 2005, le contó de su estancia en Europa:

En general, fue maravilloso pero lo mejor de todo ha sido conoerte «por segunda vez» después de sesenta años, los momentos felices que me hiciste recordar y que me ayudarás a responder a una pregunta que siempre me había planteado: ¿Sirvió de algo lo que hicimos? Recé entonces porque así fuera, por tu bien. Mis servicios en el campo de batalla habían terminado. Rezaba porque aquellos de quienes me había encargado sobreviviesen y porque les hubiera administrado el tratamiento médico adecuado. Y ahí estaba el bebé de Mauthausen, había mucho por lo que dar las gracias y mucho que dejar atrás, sí, pero te confieso que pensaba muchas, muchísimas veces en el bebé.

Por desgracia, Priska estaba muy enferma como para conocer a Pete y darle las gracias en persona. La mujer murió un año después. Hana siguió en contacto con el militar y fue a visitarlo a su casa poco antes de su muerte, con ochenta y ocho años, en 2010, poco después de que lo nombraran miembro honorario vitalicio de la 11.^a División Acorazada. Pete dejó cuatro hijos, trece nietos y diez bisnietos. A pesar de que no lo había pasado bien después de la guerra, LeRoy Petersohn siempre dijo que haber salvado a un bebé había sido la experiencia más positiva de toda su vida.

Aunque a Hana se le cerraba una puerta, se le abrió otra. En 2008, cuando Eva Clarke, hija de Anka, contaba sesenta y tres años —su madre tenía noventa—, se encontró por casualidad con la página electrónica de la 11.^a División Acorazada y decidió ponerse en contacto con sus integrantes. En un correo electrónico fechado el martes 20 de mayo, escribió a los soldados de Estados Unidos para darles las gracias por haberlas liberado a su madre y a ella. Añadía:

Nací en Mauthausen el 29 de abril de 1945. Mi madre, Anka Bergman, dice que los soldados estadounidenses nos hicieron cientos de fotos, pero nunca hemos visto ninguna. Les agradeceríamos mucho que nos indicasen si queda alguna de esas fotografías en las que aparecemos mi madre y yo recién nacida. Nuestra historia aparece en la revista *Thunderbolt*.

Al otro lado del Atlántico, Hana leyó el artículo y no podía creer lo que veían sus ojos. ¿Otro bebé? ¿En Mauthausen había nacido otro bebé? ¿Antes de que los liberaran? Desde la publicación de un libro alemán que catalogaba los archivos que quedaron del KZ Freiberg, se dio cuenta de que, por curioso que resultase, había habido otras mujeres embarazadas en Freiberg y en el tren, incluida una *Kapo* polaca, aunque diera por hecho que ninguno de los bebés, y quizá tampoco todas las madres, habrían sobrevivido. Años más tarde, descubrió un niño que había nacido en Mauthausen después de la liberación; se llamaba Robert, como el obstetra de Belgrado que había ayudado a su madre a traerlo al mundo. El niño solo vivió unas semanas y su madre, Gerty Kompert, prima de la superviviente Lisa Miková, también estaba muerta.

Mediante la página electrónica de los Thunderbolts, Hana respondió al mensaje de Eva y las dos «bebés» —que vivían a más de seis mil kilómetros la una de la otra— por fin se pusieron en contacto. Eva también estaba sorprendida de que hubiera alguien más en el mundo cuya madre padeciera las mismas penurias. Había encontrado la carta original de Hana en una vieja edición de *Thunderbolt* y no había podido pasar por alto las similitudes entre las vivencias de ambas mujeres. Priska y Anka tan solo habían sido dos prisioneras más de entre los miles existentes que nunca se conocieron o que

nunca fueron conscientes de la existencia de los otros pero, como si de un milagro se tratase, ambas habían dado a luz a bebés que, de forma más milagrosa aún, habían logrado sobrevivir.

Después de cruzarse las dos una serie de correos electrónicos y también con las autoridades austríacas que, en la década de los sesenta —y en parte a petición de los Thunderbolts—, habían convertido el KZ Mauthausen en un impresionante monumento conmemorativo, Hana y Eva acordaron asistir al sesenta aniversario de la liberación del campo, el 8 de mayo de 2010. Iba a ser la última vez que los veteranos estadounidenses que quedaban con vida realizaran una visita oficial, porque cada vez eran menos, estaban mayores y más achacosos. El número de liberados también iba mermando, por lo que los oficiales vieneses del Ministerio del Interior austríaco habían planeado para la ocasión un acontecimiento multitudinario al que asistieran varios jefes de Estado. Cuando la 11.^a publicó los detalles en su página electrónica, además de la emocionante noticia de que tanto Eva como Hana pensaban asistir, se abrió otra puerta.

Al otro lado del país, un joven neoyorquino que había estado rastreando la página electrónica para saber más sobre los soldados que liberaron a su padre, encontró el boletín. Charlie Olsky, de treinta y dos años, era el hijo pequeño de Mark y Mary. Charlie, director de publicidad en una empresa de distribución cinematográfica en Manhattan, era el historiador extraoficial de la familia y quien más información había recabado de su abuela Rachel. Había sido él quien la acompañó por el Yad Vashem siendo niño y él fue también quien decidió organizar un cumpleaños sorpresa a su padre.

«Charlie me dijo: “Voy a ir a Mauthausen en tu sesenta cumpleaños y me vas a acompañar” — cuenta Mark—. No había vuelto desde 1945, a pesar de haber estado a cuarenta y cinco kilómetros cuando visité Dachau. Le había preguntado a mamá un par de veces si le apetecería volver, pero siempre me contestaba que era lo último que deseaba en la vida. Me decía: “Era un campo malvado, horrible y sucio; pero lo peor de todo es que se encontraba en uno de los parajes más bonitos del mundo”».

Mark desconocía que Charlie hubiera planeado todo el viaje, además de la «reunión» con Hana y Eva, hasta el último detalle. No obstante, unos días antes de partir —y aconsejado por su madre, a la que le preocupaba la reacción de su marido ante una sorpresa así—, le contó el secreto.

«Me dijo: “Tengo que contarte una cosa”, tras lo cual me explicó lo de los otros dos “bebés” que habían nacido en los campos y me explicó que se había puesto en contacto con ellas y que nos conoceríamos en Mauthausen. Me quedé de piedra. Aunque mi madre había oído que en el campo había otros bebés, no llegó a verlos y no sabía si creérselo. A pesar de ser médico, nunca se me había pasado por la cabeza la idea de que otros niños sobrevivieran, igual que yo, a las deportaciones. Cuando subimos al avión, todavía no había sido capaz de digerir la noticia».

Durante el viaje de Estados Unidos a Europa, Charlie y Mark tuvieron tiempo para reflexionar sobre el inminente encuentro y preguntarse cómo serían los otros dos «bebés». «Lo primero que pensé fue que se trataba de dos personas cualesquiera que no tendrían nada en común conmigo, aparte de la edad y la forma en la que habíamos nacido. Me obligué a no albergar grandes esperanzas.

Hablaba conmigo mismo y me decía que todo saldría bien pero que lo más probable fuera que se tratase de gente a la que no me gustaría tener de vecinos».

Los oficiales y organizadores del homenaje dieron una calurosa bienvenida a los «bebés» en cuanto llegaron a Mauthausen. Habían previsto que se alojaran en hoteles de Linz antes de que, a la mañana siguiente, empezase la ceremonia de conmemoración —que duraba todo el día—. En el momento de registrarse, los tres acordaron verse en un café de la antigua plaza mayor, para la que tantos planes había tenido Hitler. Los tres estaban nerviosísimos.

Eva y su marido, Malcolm, llegaron pronto, se sentaron a una mesa y esperaron. Hana fue la segunda en aparecer, también con su marido; y Mark y Charlie fueron los últimos.

«Nos saludamos y, de pronto, estábamos riendo y llorando al mismo tiempo —cuenta Eva—. Fue fascinante. Conocernos y encontrarnos allí por primera vez resultó increíble. Algo de lo más natural y entre nosotros se creó un verdadero lazo emocional».

Los supervivientes permanecieron toda la tarde en la cafetería, hablando, mientras Charlie lo filmaba todo. Con mucha discreción, los maridos de Hana y Eva se marcharon para que los hijos de Priska, Rachel y Anka pudieran hablar de sus madres y de cuanto les habían contado de su nacimiento. Al final de la jornada se separaron a regañadientes, pero quedaron para cenar, unas horas después, en un restaurante de la ciudad, donde siguieron hablando como si se conocieran de toda la vida.



Eva, Mark y Hana se encuentran en Mauthausen en 2010.

(© Prof. Albert Lichtblau.)

Mark explicaba: «Las conocí y resulta que ambas eran muy simpáticas, dulces, guapas, agradables y listas. Cuando empezamos a hablar, pensé: “¡Oye, son personas de lo más interesantes y maravillosas! Esto no puede ser una coincidencia. Tienen vidas interesantes y, sí, ¡parecen de la familia!”». Sin duda,

eran tal y como me gusta que sean mis amigos. No alcanzo a explicarlo, pero enseguida me sentí como en casa; enseguida teníamos una amistad verdadera y estupenda. Fue como conocer a mi familia. Lo triste es que, debido a la dispersión que se produjo después de la guerra, no nos hubiéramos conocido hasta entonces».

Como los tres eran hijos únicos, los tres tuvieron la misma e inesperada sensación de hermandad y se dieron cuenta, de inmediato, de que siempre iban a sentirse próximos entre sí. Mark decía: «Es fascinante que haya gente que comparte la misma historia que tú. Hubo muchos que no lo consiguieron y muchos otros a los que torturaron y asesinaron. Nosotros sí lo conseguimos. Me siento como una de esas personas a la que han arrancado de su familia original y, de pronto, un día, ¡se reencuentra con ella!».

Hana, por su parte, contaba: «Nos unió la suerte, pero ahora tenemos un lazo irrompible y una sensación fortísima de unidad. Estoy encantadísima de llamarlos “hermanos”». Le gusta tomarles el pelo a sus «hermanos» diciéndoles que, ya que es la mayor —nació el 12 de abril de 1945—, deberían mostrarle respeto. Mark —nacido el 20 de abril— contraataca afirmando que, como es el único chico, él es quien más cariño merece recibir. Eva —nacida el 29 de abril— es la pequeña y se burla arguyendo que es mucho más joven que ellos. «Nuestras madres eran mujeres muy fuertes y les agradecemos sus esfuerzos de todo corazón», añade.

Al día siguiente, subieron juntos al campo, convertido en un monumento conmemorativo, y sintieron el peso de la historia. Aunque ya había visitado el campo antes —la única de los tres—, Eva se emocionó muchísimo al ver de nuevo la amenazadora entrada a la sombra de cuyas puertas había nacido. Los barracones que en su día hubo colina abajo, donde fueron abandonados los enfermizos Hana y Mark junto a sus madres para que murieran, no existían ya, pero la vista de los Alpes desde las colinas austríacas era igual que como se la habían descrito sus difuntas madres.

Los cadáveres de aquellos a quienes habían enterrado en el osario, debajo del campo de fútbol, ya no estaban allí; se los habían llevado para que recibieran sepultura de nuevo en un apacible cementerio amurallado que había en el centro del campo. En cuanto a las numerosas hileras de barracones donde malvivieron los deportados, habían sido sustituidas por un jardín muy bien cuidado, dominado por una serie de monumentos de piedra o metal de lo más impresionantes y emotivos con los que honrar a los *Häftlinge* de todas las nacionalidades que habían muerto allí.



Monumento conmemorativo checoslovaco y puertas donde nació
Eva. (© Wendy Holden.)

Los «bebés» recorrieron juntos los pocos escalones que conducían a la cámara de gas, con sus paredes cubiertas por baldosas blancas y las siniestras tuberías negras, y prácticamente se quedaron sin palabras. De acuerdo con la idea de los nazis, los tres tendrían que haber exhalado su último aliento en aquel sitio opresivo, acunados por sus madres, medio muertas. Sin embargo, el destino tenía otros planes para ellos. Aunque volvieron a casa después de la guerra, no conocieron a su padre y los tres crecieron creyendo que las desesperadas circunstancias de su nacimiento y el milagro de su supervivencia implicaban que nadie más podía haber nacido en aquel infierno terrenal y conseguido vivir. Se equivocaban.

Un año después de su visita a Mauthausen, los tres «hermanos de corazón» volvieron a quedar, en esa ocasión en Inglaterra. En enero del 2011 viajaron a la casa que Eva tiene en Cambridge para participar en una ceremonia especial que se iba a celebrar en Guildhall en conmemoración del Holocausto. Allí, Hana y Mark conocieron a Anka. La mujer, que tenía noventa y tres años, estaba débil, pero tenía la cabeza muy lúcida y le conmovió mucho conocer a los otros bebés que habían sobrevivido, a quienes abrazó con fuerza. Hana cuenta: «Conocer a Anka fue muy emotivo. Me habría encantado que hubiera conocido a mi madre. Me dijo: “Tú también eres mi hija”, y lo cierto es que sentí que, en efecto, así era».

Mark se muestra de acuerdo: «Fue muy especial. Era una señora maravillosa, tan alegre, inteligente

y elocuente, con gran sentido del humor y la memoria intacta».

No pasó mucho tiempo antes de que los «bebés» volvieran a reunirse de nuevo en Mauthausen, el 8 de mayo del 2013, donde inauguraron una exposición en la que se incluye una réplica muy precisa del blusón y el gorrito de Hana, hechos a partir de los originales, que pidieron prestados al Museo del Holocausto de Washington. Anka, que acababa de celebrar su noventa y seis cumpleaños, no gozaba de un estado de salud tan bueno como para viajar a Austria con ellos y, de hecho, murió dos meses después. Su funeral, en Cambridge, fue emitido por Internet para que su nieto y la familia de Australia tuvieran la oportunidad de seguir en directo el desarrollo de la ceremonia. Hana y Mark — los hijos «postizos» de Anka— también lo vieron por Internet y ambos pudieron rezar una oración silenciosa por la última de las madres supervivientes.

Dignas de encomio, aquellas mujeres excepcionales no solo demostraron voluntad de seguir adelante y sobrevivir durante los años en que duró la guerra, sino que su fortaleza y resolución sirvieron para que sus hijos también sobrevivieran. A su vez, sus hijos tuvieron hijos y crearon una segunda generación, y luego una tercera, que siguen vivas, gozando de la existencia, desafiando a Hitler y su plan de borrarlos de la historia y el recuerdo.

Los fantasmas de sus madres y de los millones de personas que murieron durante la guerra exigen que contemos su historia cuantas veces haga falta para que no se olvide jamás. Como dijo Hana: «Todos intentamos vivir la vida lo mejor que podemos, procurando llenar el vacío que dejaron esas otras vidas. En honor a su recuerdo, cada nuevo día es prometedor».

Aunque siempre se recuerden entre sí, los «hijos milagro» de Priska, Rachel y Anka —todos ellos supervivientes natos— no iban a poder acudir al proyecto de conmemoración que tuvo lugar en Freiberg en 2015. Con el nombre de «Seguimos aquí», implicaba el encuentro de tres generaciones de ciudadanos y familiares de supervivientes del KZ Freiberg en un festival cultural que incluiría literatura, música, poesía y esculturas relativas al Holocausto, y que pondría en marcha el intercambio de estudiantes entre las ciudades hermanas de Freiberg y Ness Ziona, en Israel.

Por el contrario, a cuatrocientos cincuenta kilómetros al sur de Freiberg, tres «bebés» volverían a la colina de las vistas espectaculares de Mauthausen en mayo del 2015 para conmemorar el setenta aniversario de la liberación. En el sitio que debería haberse convertido en su tumba —a pesar de que la tiranía nazi estuviera dando sus últimos coletazos—, los huérfanos de setenta años podrían agarrarse con fuerza las manos y salir andando por la puerta del campo tras los pasos de aquellas tres mujeres, sus madres, que no solo sobrevivieron a horrores inimaginables, sino que desafiaron a la misma muerte para darles a ellos la vida.



Mark, Eva y Hana participan en el desfile conmemorativo en Mauthausen. (© Charlie Olsky.)

PASANDO LISTA

Las tres mujeres cuya historia compone el corazón de este libro perdieron a más de veinte miembros de su familia más próxima por culpa de Hitler y sus secuaces. Además de los círculos cercanos que componían estas tres familias, el número de muertos se extendió como ondas en el agua y abarcó a abuelos, tíos, primos y familias políticas, generaciones y comunidades enteras, y los borró de la faz de la tierra.

El nombre y el rostro de estos familiares tan queridos representan una pequeñísima parte de los millones de personas que desaparecieron y murieron a manos de aquellos que decidían quién podía vivir y quién debía morir.

Puede que nunca lleguemos a conocer el nombre de muchos.

Ninguno de estos seres queridos yace en suelo sagrado o posee lápida alguna.

No existe ningún lugar de reposo que indique la manera brutal en que murieron.

No hay ningún destino que visitar que recuerde aquellos rostros que una vez fueron esperanzados.

Solo tienen estas páginas:

Esposos y padres

Tibor Löwenbein (1914–1945)

Monik Friedman (1916–1945)

Bernd Nathan (1904–1945)

Progenitores

Emanuel Rona (1884–1944)

Paula Ronová (1889–1944)

Shaiah Abramczyk (1870–1944)

Fajga Abramczyk (1898–1944)

Stanislav Kauder (1870–1944)

Ida Kauderová (1882–1944)

Selma Nathanová (1880–1944)

Ita Friedmann (1899–1944)

Hermanos

Boežka Ronová (1910–1944)

Moniek Abramczyk (1923–1943)

Heniek Abramczyk (1931–1944)

Dorcka Abramczyk (1931–1944)

David Friedman (fechas desconocidas)

Avner Friedman (fechas desconocidas)

Anička «Maniusia» Abramczyk (1933–1944)

Zdena Isidorová (1904–1944)

Herbert Isidor (1916–1944)

Ruzena Mautnerová (1906–1944)

Hijos

Peter Mautner (1935–1944)

Dan Nathan (febrero-abril de 1944)

Ningún día te borraré de la memoria
del tiempo.

VIRGILIO

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

INVESTIGACIÓN DE LA AUTORA Y FUENTES NO PUBLICADAS HASTA EL MOMENTO

Entrevistas de la autora a Hana Berger Moran, Mark Olsky, Eva Clarke, Sally Wolkoff, Gerty Meltzer, Esther Bauer, Lisa Miková, Werner Reich, Max R. Garcia y Bronia Snow, supervivientes del Holocausto.

Entrevistas de la autora a Charlie Olsky, Shirley Speyer, Jana Zimmer, Brian K. Petersohn, Jean Gore, Larry Kosiek, Stephanie Sullivan, Julie K. Rosenberg, David Feder, Miki Feder y John Tygier, familiares de supervivientes del Holocausto.

Viajes de investigación de la autora a Cracovia, Auschwitz I y II, Łódź, Pabianice, Chełmno, Praga, Terezín, Horní Bříza, Třebechovice pod Orebem, Zlaté Moravce, Hradec Králové, Drevikov, Bratislava, Sered', Freiberg, Linz, Most, Plzeň, C̣eské Budějovice y al KZ Mauthausen.

Documentos y fotografías propiedad de Michael Düsing, doctor en Historia, y entrevistas de la autora al señor Düsing y a Cornelia Hünert, del Departamento Cultural de la Ciudad de Freiberg, Alemania.

Entrevista de la autora a Pascal Cziborra, de las facultades de Historia, Filosofía y Teología de la Universidad de Bielefeld, Alemania.

Entrevistas de la autora a Zdeněk Procházka, alcalde de Horní Bříza, a su hija Michaela, a la historiadora Bozena Royová y a los lugareños Jaroslav Lang y Vaclav Stepanek, de la República Checa.

Entrevista de la autora a Dita Valentová en Třebechovice pod Orebem, República Checa.

Entrevista de la autora a Martin Winstone, del Centro y Museo Nacional Británico del Holocausto, Nottinghamshire, Reino Unido.

Entrevista de la autora a la matrona Abby Davidson, licenciada en Ciencias con honores, Londres.

Notas personales de las experiencias de Anka Bergman, escritas por su hija Eva Clarke en 2009.

Notas personales de las experiencias de Klara Löffová, escritas por su hija Jana Zimmer en 2000.

Carta de Priska Lomová detallando sus experiencias a la Unión de Combatientes Antifascistas en 1990.

Cartas enviadas entre Tibor Löwenbein y su esposa Priska en 1941.

Entrevista a Anka Bergman por Frances Rapport, profesor del *Qualitative Health Research Interview*, Universidad de Swansea, Gales, en el 2007.

Cartas, documentos ferroviarios y oficiales y fotografías de los supervivientes, con permiso del Museo de Horní Bříza, República Checa.

Documentos y fotografías con permiso del Museo Estatal de Auschwitz, Polonia, y entrevistas de la autora a Wojciech Płosa, doctora y directora de los Archivos; a Piotr Setkiewicz, doctor y director del Departamento de Investigación; y a Anna Ren, guía del museo.

Documentos y fotografías con permiso del Museo Judío de Praga, República Checa, y entrevistas de la autora a las archivistas Julie Jenšovská y Radana Rutová.

DECLARACIONES DE ARCHIVO DE LOS TESTIGOS

Lomová, Priska; entrevista 15134. Web 2014. *Archivo de Historia Virtual*. Fundación Shoah USC (sfi.usc.edu).

Olsky, Rachel; entrevista 15161. Web 2014. *Archivo de Historia Virtual*. Fundación Shoah USC (sfi.usc.edu).

Bergman, Anna; entrevista 28239. Web 2013. *Archivo de Historia Virtual*. Fundación Shoah USC (sfi.usc.edu).

Wolkoff, Sally; entrevista 12886. Web 2014. *Archivo de Historia Virtual*. Fundación Shoah USC (sfi.usc.edu).

Meltzer, Gerty; entrevista 1686. Web 2014. *Archivo de Historia Virtual*. Fundación Shoah USC (sfi.usc.edu).

Freeman, Abraham; entrevista 16384. Web 2014. *Archivo de Historia Virtual*. Fundación Shoah USC (sfi.usc.edu).

Entrevista filmada a Anka Bergman por Jean Laurent Grey y Solomon J. Salat para el Museo Mauthausen.

The Baby Born in a Concentration Camp, documental de la BBC producido por Emily Davis en el 2011.

Defiant Requiem: Voices of Resistance, documental de la PBS dirigido por Doug Schultz en el 2012.

Película propagandística nazi sobre Theresienstadt (Terezín). Identificador de la película: 2310; del Archivo de películas y vídeos de Steve Spielberg.

«Liberation of Mathausen (and KZ Gusen I, II & III)», escrito por el exsargento Albert J. Kosiek. Publicado en: *Thunderbolt*, Asociación de la 11.ª División Acorazada, vol. 8, nº 7, mayo-junio de 1955, con permiso de su hijo, Larry Kosiek.

Entrevista a Priska Lomová por la editora Eva Richterová en el periódico *Bojovník*, parte del Sváz Protifašistických Bojovníkov, en 1980.

Entrevista a Anka Bergman por Helga Amesberger para el Proyecto de Documentación de los Supervivientes de Mauthausen, en el 2003.

BIBLIOGRAFÍA

Adelson, Alan (ed.), *The Diary of Dawid Sierakowiak: Five Notebooks from the Lodz Ghetto*, Bloomsbury, 1997.

Bankier, David, *Jews are Coming Back*, Berghahn Books, 2005.

Berenbaum, Martin, *Witnesses to the Holocaust*, Harper Collins, 1997.

Chladková, Ludmilla, *The Terezín Ghetto*, Památník Terezín, 2005.

Chodakiewicz, Marek Jan, *After the Holocaust*, Columbia University Press, 2003.

Cichopek-Gajraj, Anna, *Beyond Violence: Jewish Survivors in Poland and Slovakia, 1944-48*, Cambridge University Press, 2014.

Cziborra, Pascal, *KZ Freiberg*, Lorbeer Verlag, 2008.

Demetz, Peter, *Prague in Danger: The Years of German Occupation, 1939-45*, Farrar, Straus and Giroux, 2009.

Dobroszycki, Lucjan (ed.), *The Chronicle of the Łódź Ghetto, 1941-44*, Yale University Press, 1987.

Düsing, Michael, *Wir Waren Zum Tode Bestimmt*, Forum Verlag Leipzig, 2002.

Elias, Ruth, *Triumph of Hope*, Wiley & Sons, 1998.

Engelberg, Hedi, *The Trains of the Holocaust*, Engpublishing, 2014.

Fantlová, Zdenka, *The Tin Ring*, Northumbria Press, 2010.

Flam, Gila, *Singing for Survival: Songs of the Lodz Ghetto, 1940-45*.

Fontanel, Beatrice, *L'homme barbelé*, Grasset & Fasquelle, 2009.

Friedman, Saul S. (ed.), *The Terezín Diary of Gonda Redlich*, University Press of Kentucky, 2008.

Frister, Roman, *The Cap or the Price of a Life*, Weidenfeld & Nicholson, 1999. [Hay trad. cast.: *La gorra o el precio de la vida*, Círculo de Lectores, 1999.]

Gilbert, Martin, *The Holocaust: A History of the Jews of Europe During the Second World War*, Holt Paperbacks, 1987.

—, *Never Again, A History of the Holocaust*, Harper Collins, 2000.

—, *The Righteous*, Doubleday, 2002.

Gissing, Vera, *Pearls of Childhood*, Pan Books, 1988.

Graham, Desmond (ed.), *Poetry of the Second World War, An International Anthology*, Pimlico, 1998.

Haffner, Sebastian, *Defying Hitler*, Weidenfeld & Nicholson, 2002.

Hastings, Max, *Bomber Command*, Pan, 1979.

—, *All Hell Let Loose, The World at War 1939-45*, Harper Press, 2011. [Hay trad. cast.: *Se desataron todos los infiernos: Historia de la Segunda Guerra Mundial*, Crítica, 2011.]

Heller, Celia S., *On the Edge of Destruction: Jews of Poland between the Two World Wars*, Wayne State University Press, 1993.

Hirsh, Michael, *The Liberators, America's Witnesses to the Holocaust*, Bantam Books 2010.

Hofman, Edith, *The Last Goodbye*, Memoirs Publishing, 2012.

Horwitz, Gordon J., *In the Shadow of Death: Living Outside the Gates of Mauthausen*, The Free Press, 1990.

I Never Saw Another Butterfly, Schocken Books, 1993.

Jones, Robin, *Railways and the Holocaust: The Trains that Shamed the World*, Mortons Media, 2013.

Kielar, Wieslaw, *Anus Mundi, 1500 Days in Auschwitz/Birkenau*, Times Books, 1972.

Kluger, Ruth, *Landscapes of Memory*, Bloomsbury, 2003.

Kulka, Otto Dov, *Landscapes of the Metropolis of Death*, Penguin, 2014. [Hay trad. cast.: *Paisajes de la metrópoli de la muerte*:

- Reflexiones sobre la memoria y la imaginación*, Taurus, 2014.]
- Kunst Und Kultur Im Konzentrationslager Mauthausen 1938-1945*, Katalog zur Ausstellung, 2013.
- Langbein, Hermann, *Against All Hope: Resistance in the Nazi Concentration Camps 1938-1945*.
- , *People in Auschwitz*, The University of North Carolina Press, 2004.
- Lanzmann, Claude, *Shoah*, Da Capo Press, 1995. [Hay trad. cast.: *Shoah*, Arena Libros, 2003.]
- Le Chêne, Evelyn, *Mauthausen, The History of a Death Camp*, Methuen, 1971.
- Lengyel, Olga, *Five Chimneys*, Academy Chicago, 1947.
- Levi, Primo, *Se questo è un uomo*, De Silva, 1947. [Hay trad. cast.: *Si esto es un hombre*, El Aleph, 1987.]
- Lewis, Helen, *A Time to Speak*, The Blackstaff Press, 1992.
- Longerich, Peter, *Holocaust, The Nazi persecution and murder of the Jews*, Oxford University Press, 2010.
- Michels, Louis J., *Doctor 117641, A Holocaust Memoir*, Yale University, 1989.
- Posner Gerald L. y John Ware, *Mengele*, First Cooper Square Press, 2000. [Hay trad. cast.: *Mengele: El médico de los experimentos de Hitler*, La Esfera de los Libros, 2006.]
- Rapport, Francis, Anka Bergman, Terry Farago y Edith Salter, *Fragments, Transcribing the Holocaust*, Hafan Books, 2013.
- Schiff, Hilda, *Holocaust Poetry*, St Martin's Griffin, 1995.
- Sem-Sandberg, Steve, *The Emperor of Lies*, Farrar, Straus and Giroux, 2011. [Hay trad. cast.: *El imperio de las mentiras*, Random House, 2012.]
- Sereny, Gitta, *The German Trauma, Experiences and Reflections 1938-2000*, Penguin, 2000. [Hay trad. cast.: *El trauma alemán: Testimonios cruciales de la ascendencia y la caída del nazismo*, Península, 2005.]
- Smith, Lyn, *Forgotten Voices of the Holocaust*, Avebury Press 2005. [Hay trad. cast.: *Las voces olvidadas del Holocausto*, Círculo de Lectores, 2006.]
- St. Georgen-Gusen-Mauthausen. Concentration Camp Mauthausen Reconsidered*. BoD, 2008.
- Survival*, producido por Holocaust Centre.
- Taylor, Frederick, *Dresden*, Bloomsbury, 2004. [Hay trad. cast.: *Dresde: El bombardeo más controvertido de la Segunda Guerra Mundial*, Temas de Hoy, 2005.]
- The Concentration Camp Mauthausen 1938-1945*, New Academic Press, 2013.
- The Visible Part, Photographs of Mauthausen Concentration Camp*, Mandelbaum, 2005.
- To the Bitter End, The Diaries of Victor Klemperer*, Trafalgar Square, 1999.
- Vrba, Rudolf, *I Escaped from Auschwitz*, Robson Books Ltd, 2006.
- Weber, Thomas, Martin Parr y Timothy Prus, *Łódź Ghetto Album*, Chris Boot, 2005.
- Weiss, Ann, *The Last Album: Eyes from the Ashes of Auschwitz-Birkenau*, W.W. Norton & Co, 2001.
- Weiss, Helga, *Helga's Diary*, Penguin, 2013. [Hay trad. cast.: *El diario de Helga: Testimonio de una niña en un campo de concentración*, Sexto Piso, 2013.]
- Whitworth, Wendy (ed.), *Survival, Holocaust Survivors Tell Their Story*, Quill, 2003.
- Winstone, Martin, *The Holocaust Sites of Europe: An Historical Guide*, I.B. Tauris, 2014.

OTRAS FUENTES

- Museo conmemorativo de Auschwitz-Birkenau (<http://en.auschwitz.org>)
- Museo conmemorativo de Terezín (<http://www.pamatnik-terezin.cz>)
- Museo conmemorativo del KZ Flossenbürg (www.gedenkstaetteflossenbuerg.de)
- Museo conmemorativo de Mauthausen (<http://www.mauthausenmemorial.at/>)
- Museo del Holocausto de los Estados Unidos de América (<http://www.ushmm.org>)
- Yad Vashem (<http://www.yadvashem.org>)
- Biblioteca Virtual Judía (www.jewishvirtuallibrary.org)
- Fundación para conmemorar a las víctimas de trabajos forzados en Auschwitz (www.fcsla.org)
- Centro de comunicación Janusz Korczak (www.korczak.com)

Museo de la herencia judía (www.jewishgen.org)

Portal informativo de los lugares de recuerdo europeos (www.memorialmuseums.com)

11.ª División Acorazada (www.11tharmoreddivision.com)

Museo judío de Praga (www.jewishmuseum.cz)

Asociación educativa del Holocausto (www.het.org.uk)

Centro y museo nacional del Holocausto (www.holocaustcentre.net)

Página electrónica educativa del Holocausto (<http://www2.holocaust.cz/en/main>)

Museo imperial de la guerra (www.iwm.org.uk)

AGRADECIMIENTOS

Cuando investigamos situaciones acontecidas hace muchísimo tiempo y de las que apenas quedan protagonistas vivos, los escritores les debemos eterna gratitud a aquellos que deciden documentar sus experiencias y a quienes consideran que es importante escribir una crónica antes de que sea demasiado tarde. No me considero una excepción, por lo que he de reconocer que sin la inestimable generosidad tanto de las personas que vivieron aquella época extraordinaria como de los diligentes historiadores que los encontraron, habría sido imposible escribir este libro.

Con humildad y gratitud, quiero alabar, en especial, el coraje y la tenacidad de Priska, Rachel y Anka, las tres mujeres cuya voluntad indomable de vivir compone el hilo central y conector de este libro. Por desgracia, no llegué a conocerlas en persona pero, después de pasar tanto tiempo «en su compañía», siento como si lo hubiera hecho. He tenido la inmensa fortuna de gozar de acceso ilimitado a los testimonios personales que compartieron con su familia, ya fueran orales o escritos, y a las declaraciones que dieron a varios investigadores a lo largo de los años y que estos grabaron y filmaron. Gracias a todos a ellos, siempre brillará la esperanza.

Gran parte de mi investigación no habría sido posible sin la desinteresada ayuda de sus tres «bebés» —Hana, Mark y Eva— que me han nombrado «hermana honoraria», lo que es un orgullo para mí. Su amabilidad, paciencia y cooperación a la hora de ayudarme a rellenar varios huecos han servido para que este libro sea mucho mejor. Solo espero haber hecho justicia a su increíble historia. También estoy muy agradecida a sus familiares más cercanos, que fueron igual de corteses conmigo, incluidos Mary y Charlie Olsky, Shirley Speyer, Mark Moran, Tommy Bergeu, Julie Z. Rosenberg, David y Miki Feder, y el profesor Malcolm A. Clarke.

Cuando, en el 2013, descubrí por casualidad la historia de un bebé que había nacido en el Holocausto, Eva Clarke fue la primera persona con la que me puse en contacto. Por aquel entonces pensaba que sería el único bebé que habría sobrevivido al Holocausto personal de su madre. En cuanto me dijo que también estaban Hana y Mark, y cómo se habían convertido en «hermanos de corazón», tuve claro que debía incorporar su historia y dar forma a un volumen épico que abarcaba más de un siglo. Así es como fue concebido *Nacidos en Mauthausen*.

Son muchas las personas y organizaciones —a lo largo y ancho de ocho países— que me han asistido en esta dilatada gestación, incluidos supervivientes, familiares, otros escritores, funcionarios del gobierno y muchísimas personas entregadas que trabajan en archivos históricos. De todos ellos, quiero destacar lo abiertos y generosos que fueron tanto con su tiempo como con sus conocimientos. Mi agradecimiento más sincero a los supervivientes Sally Wolkoff, Tennessee; Gerty Meltzer (de soltera Taussig), Arizona; Lisa Miková, Praga; Esther Bauer, Yonkers; Max R. Garcia, San

Francisco; Werner Reich, Nueva York; y Bronia Snow, Surrey; todos los cuales me confiaron sus recuerdos sagrados. También me siento en deuda con Jana Zimmer, California, por sus inestimables reflexiones acerca de su difunta madre, Klara Löffová; a Brian K. Petersohn, Chicago, por los recuerdos de su padre, LeRoy «Pete» Petersohn; a Larry Kosiek, Illinois, por los recuerdos de su padre, el sargento Albert J. Kosiek; y a Jean Gore por los del suyo, el mayor Harold G. Stacy. Gracias a Stephanie Sullivan por dejarme ver las fotografías de su padre, Paul E. Soldner, que fue uno de los libertadores de Mauthausen; y a mi amigo John Tygier, Londres, por compartir alguna de las experiencias de su familia en Łódź, Treblinka y Rusia.

Los atentos miembros del equipo del Museo conmemorativo de Mauthausen, que trabaja para el Ministerio del Interior austríaco, en Viena, fueron excepcionalmente serviciales y acogedores. Le doy las gracias al ministerio por mostrarse de acuerdo con que este libro se presentase en el mismo sitio en el que madres e hijos fueron liberados en mayo de 1945 y, por tanto, «renacieron». Del Proyecto Conmemorativo, bajo la dirección inspiradora de la doctora Barbara Glück, merece mención especial Thomas Zaglmeier, que no solo fue mi guía personal del campo en mi primera visita, sino que ha seguido manteniendo viva la memoria de los supervivientes gracias a su entrega constante y silenciosa.

Tanto a él como al equipo educativo del museo les han asistido de manera impecable Christian Angerer, Peter Egger y Helga Amesberger, del Proyecto de Documentación de Supervivientes de Mauthausen, que han sido muy generosos con su tiempo y material. También quiero darle las gracias al profesor y doctor Albert Lichtblau, de la Universidad de Salzburgo, por sus ánimos y ayuda. De la central del museo, situada en Viena, mi agradecimiento a Stephan Matyus, Jochen Wollner, Doris Warlitsch y Renate Paschinger. Robert Vorberg no solo fue quien más me ayudó de entre todos los historiadores y archivistas, sino que se mostró muy amable —junto con su colega Christian Dürr— al revisar y comprobar los hechos de los pasajes del libro relacionados con Mauthausen. De Múnich quiero darle las gracias a Ulrich Fritz, de la Fundación conmemorativa de Baviera, quien trabaja en el Proyecto Campos de Concentración y Campos Satélite de Baviera.

En Freiberg, Alemania, hay una persona que ha trabajado sin descanso para mantener vivas las historias de las prisioneras. El doctor Michael Düsing ha buscado a todas las supervivientes y escrito una serie de libros sobre ellas, además de fomentar que niños de la zona se implicasen en proyectos conmemorativos y encargarse de que se inaugurara una placa en honor de los que vivieron y murieron bajo el régimen nazi. Decidido a que su ciudad natal jamás olvide los campos de trabajo que albergó, recibe la ayuda diligente de Cornelia Hünert, del Departamento Cultural de la Ciudad de Freiberg. Ambos han dejado en muchas ocasiones lo que tenían entre manos para ayudarme en mi investigación y fueron tan amables como para sacrificar uno de sus fines de semana para ofrecerme una visita guiada.

A la hora de investigar lo que sucedió en Freiberg, Johannes Ibel, director del Departamento de Historia del Museo Conmemorativo del Campo de Concentración de Flossenbürg, fue muy paciente

conmigo. Igual que el escritor e historiador Pascal Cziborra, de las facultades de Historia, Filosofía y Teología de la Universidad de Bielefeld, quien respondió con suma cortesía mis interminables preguntas. Gracias también al doctor Peter Schulze, de Hannover, por investigar en mi nombre.

Estaba segura de que mi primera visita a Auschwitz sería emocionante, dura, pero mi excelente guía, Anna Ren, fue capaz de expresar tan bien los horrores, pero sin perder la compostura, que casi la hizo tolerable. También estoy agradecida por su tiempo y paciencia a Wojciech Płosa, directora de los Archivos, y al doctor Piotr Setkiewicz, director del Departamento de Investigación, pues ambos se reunieron conmigo en el campo para responder a mis preguntas y ayudarme a conseguir fotografías clave, además de buscar en su base de datos. Alicja Bialecka también fue un salvavidas. Por otro lado, mi excepcional conductor, traductor y guía Łukasz Jaros me facilitó muchísimo el viaje por Polonia.

De la República Checa quiero darles las gracias en especial a Julie Jenšovská y a Radana Rutová, del Museo Judío de Praga. De Terezín me gustaría dárselas a Aneta Plzáková, del Instituto de Iniciativas de Terezín; a Tomáš Fedorovič, editor de artefactos históricos; así como a Eva, del Departamento de Documentación.

Los habitantes de Horní Bříza merecen una mención especial en este libro, y la bienvenida que me dieron el alcalde, Zdeněk Procházka, y su hija Michaela fueron una muestra de la gran amabilidad que sus antecesores les mostraron a las prisioneras. Me siento en deuda con la historiadora local Bozena Royová; y con Jaroslav Lang y Vaclav Stepanek por su conmovedor testimonio, que nunca habían compartido con nadie.

También estoy en deuda con Dita Valentová, propietaria de la antigua fábrica que la familia de Anka tenía en Třebechovice pod Orebem y que con tantísima amabilidad se prestó a enseñarme dónde había crecido Anka. En Eslovaquia quiero darle las gracias a Eva Richterová por la delicada entrevista que le hizo a Priska. El profesor Frances Rapport fue muy generoso al proporcionarme acceso a las transcripciones de sus entrevistas a Anka Bergman de la Universidad de Swansea, Gales. También quiero darles las gracias a la productora Emily Davis y al equipo de la BBC que rodó y editó el magnífico documental *The Baby Born in a Concentration Camp*, en el que pude ver a Anka con vida. La Compañía Joven de Danza Elevation, de Cambridge, hizo un buen trabajo con su ballet *La historia de Anka*, que Eva y yo tuvimos la suerte de ver en el Edinburgh Fringe —aunque lloramos mucho.

Quiero rendir homenaje al profundo trabajo de la Fundación Shoah USC y a los testimonios de sus archivos, que han dado voz a muchas historias que nadie había contado hasta entonces. También deseo rendírsele al valor de todos aquellos que grabaron sus recuerdos para que nosotros recordemos lo que de otra forma habríamos olvidado. En especial, me gustaría reconocer la ayuda del conservador Crispin Brooks; y la de Doug Ballman, director de Relaciones Exteriores del Archivo Online; y la de Georgiana Gomez, supervisora de accesos del Instituto de Historia y Educación Visual de la Universidad del Sur de California. En el Reino Unido recibí la ayuda del

competente Russell Burke, consultor informativo de la Biblioteca Bedford, de la Royal Holloway de la Universidad de Londres, quien me permitió acceder a los archivos de la Fundación Shoah que no se hallan a disposición del público en general.

Del excelente Centro y Museo Nacional Británico del Holocausto de Nottinghamshire, Inglaterra, quiero darle las gracias a James Cox, director de Asuntos Públicos, pero, en especial, al escritor Martin Winstone, que fue tan amable de leer un primer borrador del manuscrito. De Yad Vashem quiero agradecer su ayuda a Maaty Frenkelzon, del Archivo Fotográfico. Del Museu d'Història de Catalunya quiero darle las gracias a Francesca Rosés por compartir información acerca de sus fotografías.

En el University Press de Kentucky le debo mucho a Fred M. McCormick, director de Publicidad y Derechos, por permitirme usar extractos de los diarios de Gonda Redlich. En los Estados Unidos de América le estoy agradecida a Dan O'Brien, editor de la página electrónica de la 11.ª División Acorazada, y a todos los supervivientes y familiares de los «Thunderbolts», muchos de los cuales se pusieron en contacto conmigo. Varios escritores han sido generosos por el tiempo que me dedicaron y por la información que me facilitaron, incluidos Michael Hirsh y Ken Breck que, con toda amabilidad, me cedieron su libreta de contactos para que hablara con los libertadores.

La extraordinaria partera Abby Davidson, licenciada en Ciencias con honores, me proporcionó una información muy valiosa en lo relativo al proceso del parto y de los cuidados médicos que necesitan las madres desnutridas y los bebés muy pequeños. Le debo varias cervezas a mi amigo Michael Bröllochs por sus inestimables traducciones del alemán, y a Anne Gray una botella de Montrachet por sus traducciones del francés.

He tenido la gran suerte de disponer de un equipo editor extraordinario, liderado en Londres por el brillante Adam Strange, de Little Brown, cuyo entusiasmo por este proyecto no disminuyó ni una pizca desde el momento en que le leía la primera página y casi hago que se eche a llorar. Creo que hemos dado forma al legado que él tenía en mente. Gracias también a la inimitable Ursula Mackenzie, jefa ejecutiva de Little Brown, con quien siempre me ha sido tan sencillo trabajar, a la editora Rhiannon Smith, al revisor de textos Steve Gove y, por sus ánimos, a Victoria Gilder, Kirsteen Astor, Zoe Hood, Linda Silverman y Charlie King, mandamases de mercadotecnia y publicidad, y a Sophie Burden, por la cubierta de la edición británica.

El incansable departamento de derechos, compuesto por Andy Hine, Kate Hibbert y Helena Doree, me cogió de la mano cuando hubo que llevar a cabo las delicadas negociaciones internacionales y procesos de licitación. Para ayudarme a cruzar el campo de minas que suponen los contratos tuve a las inquebrantables Sarah Burton y Kate Pool, de la Sociedad de Autores, Londres. Me gustaría darles las gracias a todos los editores extranjeros que tan entusiasmados se mostraron en la London Book Fair del 2014 y, a partir de ellos, a todos los agentes internacionales, traductores, directores artísticos, profesionales de ventas y mercadotecnia que han hecho un trabajo tan brillante para conseguir que esta historia viera la luz. En especial, quiero darle las gracias a Sonia Draga, mi

editora polaca, que se reunió conmigo en Auschwitz. También a Joeska de Wijs, de House of Books, Holanda; a Anja Benzenhöfer, de RBA Libros, España; a Claudia Coccia, de Edizioni Piemme SpA, Italia; a Henrik Karlsson, de Massolit Forlagsgruppe AB, Suecia; a Kirsten Fasmer, de Rosinante & Co., Dinamarca; a Nikolay Naumenko, de AST, Rusia; a Marcus Strecker y Mauro Palermo, de Globo Editora, Brasil; a Frédérique Polet, de Presse de la Cite, Francia; a Juhami Korolainen, de Minerva, Finlandia; a Gisela Lal Aghighi, de Weltbild, Alemania; y a Guilherme Pires, de 20/20 Editoria, Portugal.

De Harper Collins, Estados Unidos, quiero darle las gracias a mi editora Claire Wachtel —hija de un superviviente del Holocausto—, a quien ayudaron muchísimo las editoras asociadas Hannah Wood, Leslie Cohen y Penny Matras. También en Estados Unidos, quiero agradecer a Mary Anne Thompson, talentosa exploradora editorial, que hiciera circular la noticia como nadie más lo habría hecho. Lucy Ferguson, la campeona de mi editora y mi amiga incondicional, me aseguró que iba por el buen camino. Carly Cook es una de las editoras cuyas habilidades literarias más admiro y una mujer formidable con una percepción excepcional. También le doy las gracias por prestarse a echarle un ojo profesional al manuscrito antes de que lo leyera nadie más.

He conseguido mantener la intensidad de este proyecto en perspectiva gracias al contacto casi diario con Clare Arron, mi mejor amiga. Su fuerza, coraje y buen humor ante cualquier adversidad siguen inspirándome. Juntas, lo hemos conseguido un año más.

Y por último, pero bajo ningún concepto porque sea el menos importante, le debo un sentido agradecimiento a Chris, mi marido y mejor amigo, el hombre de la risa mágica, con las manos grandes y capaces, y con un corazón más grande y capaz si cabe. Tal y como ha sucedido en incontables ocasiones, me perdió durante meses y no solo no se quejó ni una sola vez, sino que se sumergía en la historia, me escoltaba y apoyaba, proporcionándome todas las tazas de té que necesitaba, sin olvidar las tónicas con ginebra de emergencia. Perdona por las pesadillas.

WENDY HOLDEN

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:

www.rba.es